P. Alberto Risco S. J.

LA EPOPEYA del ALCAZAR de TOLEDO.

21 Julio a 28 Septiembre 1936.

D G
A

LA EPOPEYA DEL ALCÁZAR DE TOLEDO

ALBERTO RISCO, S. J.

LA EPOPEYA
DEL
ALCAZAR DE TOLEDO

RELACIÓN HISTÓRICA DE LOS SUCESOS DESDE LOS COMIENZOS DEL ASEDIO HASTA SU LIBERACIÓN, 21 JULIO A 28 SEPTIEMBRE DE 1936

1937
IMPRENTA ALDECOA
BURGOS

ES PROPIEDAD

IMPRENTA ALDECOA.-BURGOS 13695

A LA VIRGEN INMACULADA DEL ALCÁZAR

Madre de la Misericordia: ¿A quién dedicar el pobre canto de esta EPOPEYA gloriosa sino a Vos? Habéis sido una de las defensoras y heroínas del Alcázar. Quisisteis ser con ellos cautiva en aquel recinto, para vivir las horas de agonía que rodaban sobre el espíritu de los sitiados; para oír sus plegarias y derramar en sus almas el bálsamo de la esperanza; para darles finalmente la victoria, que sólo se debe a vuestro poder.

España entera os está invocando también hoy con la misma fe, con el mismo amor con que dentro del Alcázar se os invocaba. Extended ya la victoria final sobre todo el suelo español. Tened por cierto que todos los españoles hemos de pregonar ante el mundo lo que pregonan esos agradecidos héroes del Alcázar de Toledo: «¡A Vos, oh Virgen Inmaculada, y sólo a Vos, debemos el triunfo sobre la hidra marxista!» Será esta una de tantas pruebas amorosas de vuestra predilección sobre nuestra España.

EL AUTOR

UNA ADVERTENCIA DEL AUTOR

Yo vine a Toledo pocos días después de su gloriosa liberación de las garras marxistas; estaba en Portugal por obra y gracia del flamante Gobierno que tan cariñoso se había mostrado con los hijos de San Ignacio de Loyola regalándoles el humanitario Decreto de Disolución.

Lloré de pena al ver las ruinas del caído Coloso. ¡Había visto tantas veces su arrogante figura elevarse sobre la plaza de Zocodover! Venía con ánimo de escribir la gloriosa epopeya del Alcázar. Visité sus ruinas; aspiré los fétidos miasmas de sus sótanos y recé dentro de su maloliente Piscina, convertida hoy en panteón de los últimos que cayeron, como todos los otros compañeros, con el nombre de España en sus labios moribundos y el ¡Viva Cristo Rey! saliendo de sus pechos con el último aliento de su vida preciosa. Hablé con todos los supervivientes que pude, oyendo sus heroicos hechos de armas y saqué cuantas fotografías pude.

La galantería de los bravos militares del Alcázar me siguió por todos lados. El Excmo. Sr. General D. José Moscardó se brindó a leer el original de mi libro para acotarlo y rectificarlo de suerte que no se dijese nada que no estuviera en completa armonía con la verdad. Se me dejó copiar uno de los pocos ejemplares que se habían sacado a máquina del Diario de Operaciones, y, como verá el lector, me vi en posesión de algunos relatos, completamente inéditos, sobre los puntos más importantes del asedio, como la explosión de la mina, los dos tristemente célebres parlamentos del comandante Rojo y del señor Vázquez Camarasa y, de un modo detalladísimo, los actos de piedad que embalsamaron el ambiente de los sótanos del Alcázar en aquellos tristes momentos.

Es lo que ofrezco a mis lectores, pudiéndoles asegurar que omitiré detalles secundarios; pero los esenciales están todos consignados con la

mayor garantía de veracidad y sin exageraciones poéticas que pudieran oscurecer el fondo de los sucesos. Sin embargo, les prometo en otra edición más datos concretos, como si dijera, más destellos de luz que iluminen el cuadro y que tal vez se hayan escapado a la investigación de este mi primer estudio.

Mi intención no ha sido otra que la de ofrecer a la admiración del mundo el heroísmo de mis compatriotas, para que se llenen de respeto hacia una España que arrulló la cuna de tantos hijos valientes; hacer ver que fué la fe, solamente la fe cristiana, la que pudo sostenerles en los combates, y, además, queridos lectores, aportar con mi pobre trabajo el óbolo que vaya a sostener esta lucha que mi Patria ha emprendido con el solo fin de sacudir un yugo extranjero que la tenía humillada, y que se la deje rezar, se la deje vivir en paz y se la deje emprender un nuevo camino de retorno hacia aquella vida de grandeza que vivieron nuestros padres a la sombra del sagrario y bajo la protección del amor de nuestra Madre la Virgen bendita.

ALBERTO RISCO, S. J.

EL CAUDILLO DE LOS HEROICOS DEFENSORES DEL ALCAZAR,
EXCMO. SR. D. JOSÉ MOSCARDÓ

(Marín, fotógrafo. San Sebastián.)

La defensa del Alcazar es una lección práctica de moral militar un poco más compleja y de mayor duración que las que diariamente se daban en las aulas de aquel histórico edificio a nuestros caballeros cadetes

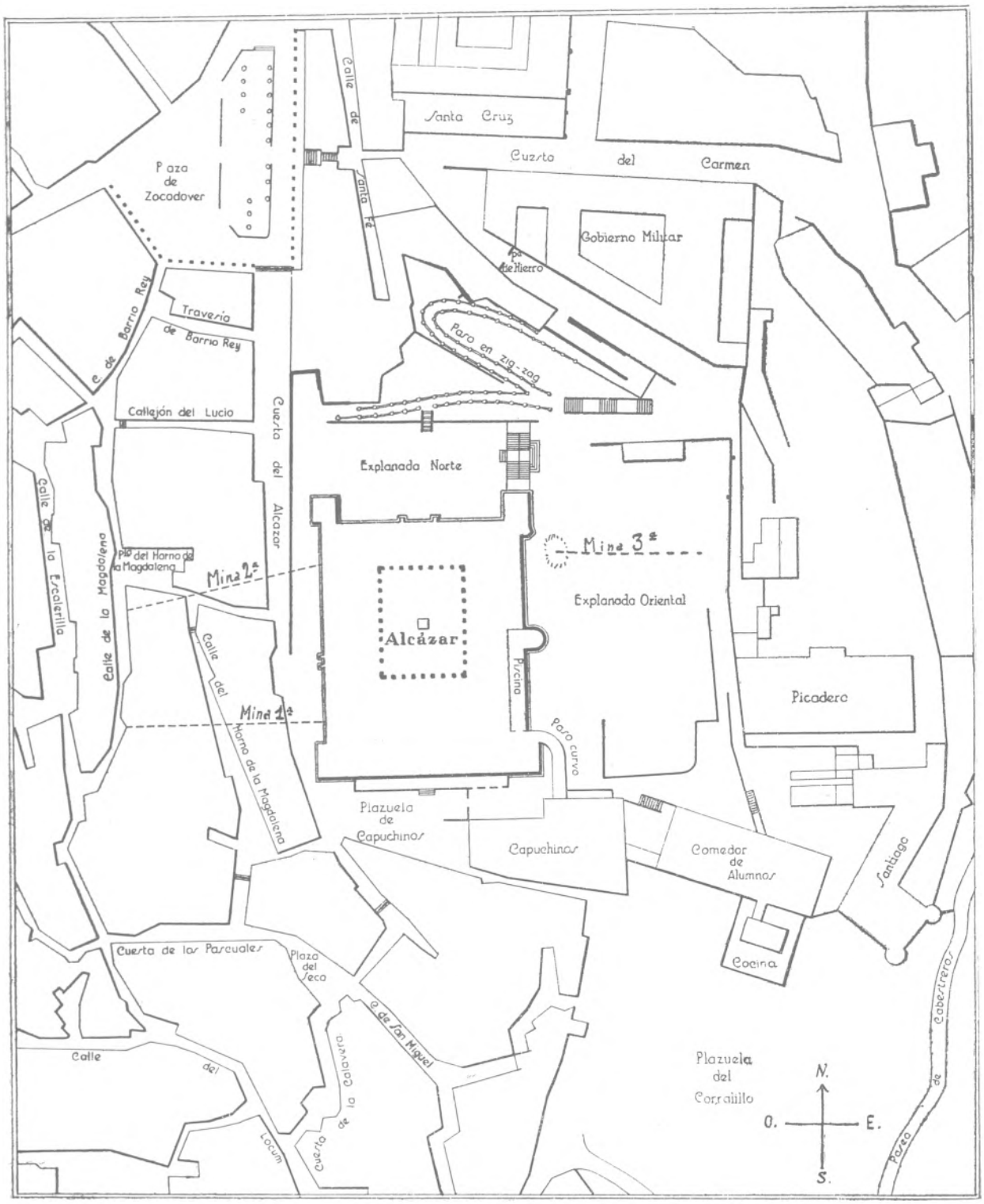
Es un hecho, resultado del choque espantoso entre dos ideales, uno puro y otro bastardo, cuyo final no podía ser sino nuestro triunfo, comprendiendo también en este concepto nuestro total aniquilamiento si hubiese sobrevenido. La lección de moral estaba dada cualquiera que hubiese sido nuestro final en el Alcazar en el que no cabía ni la entrega ni la rendición.

Aquel maravilloso instrumento musical formado por mil y pico

de voces humanas que vibraban al mismo tiempo y al unísono, era tan completo, tan ajustado y sus registros funcionaban tan a la perfección que durante aquella audición, un poco larga sin duda, no hubo una sola discordancia, la armonía fué absoluta, constante. La victoria era así segura ¿A qué costa? No importa a cuanto, a mucha, era preciso, venció el ideal puro y honrado, venció la Patria.

Cuando contempleis sobre el cielo toledano el perfil majestuoso de las ruinas del Alcazar recojed nuestra emoción para escribir con ella sobre aquellos sillares abatidos por la metralla una oración por los que cayeron y la declaración solemne de nuestra fe en Dios y en España

José Moscardó



Plano del Alcázar, conservado por el general Moscardó.—El recinto donde se realizan las proezas de los sitiados, comprende: de Norte a Sur, desde la Cuesta del Carmen hasta la plazuela del Corralillo. De Oeste a Este, desde la Cuesta del Alcázar, todo lo comprendido en el plano. A la izquierda se detallan los sitios de las dos minas y las calles por donde solían hacer las "razzias" y se les paqueaba

PRÓLOGO

EL PADRE RISCO, CONFESOR DEL ALCAZAR

Le encuentro en una de las cuestas resbaladizas con su pavimento de guijarros, tan toledana por esto, y porque la enmarcan un caserón de claveteada puerta; enfrente, unas viviendas enclenques, resaltando en el fondo del azulado y seco cerro de los Cigarrales; *y allá arriba, una iglesuela con su torre mudéjar.*

Toma el sol deleitosamente un borriquillo, cuyo dueño ha debido de perderse en el laberinto de las inmediatas callecitas, y la misma luz que bruñe la plata áspera de la piel del jumento, dora con un matiz verdoso el manteo de un clérigo, a quien precede su sombra, como, si se me permite anticipar mi pensamiento, Virgilio guiaba al Dante.

Anciano, fino, menudo, revuelto el cabello y descuidada la barba, es decir, no recientemente afeitada; con sus envejecidos hábitos, polvorientos y manchados de yeso, dicho sacerdote parece ser uno de los seis que milagrosamente se salvaron del fusilamiento en la imperial ciudad, *donde acabaron de esta manera noventa curas. Contribuye a la melancólica sospecha el aire distraído, más bien, absorto, que inmoviliza la cara del Padre, con sus ojuelos chispeantes y su boca delgada y vibrante bajo la carnosa nariz, más dispuesta para la ternura irónica que para una espectral gravedad.*

Y, en efecto, al descubrirme, entre las yedras y junto al granítico brocal del aljibe, en el patio del caserón, la faz del supuesto sonámbulo se anima en cien rítmicas arrugas, que son otras tantas sonrisas.

—Buenos días—exclamo yo—. ¿Cómo le va y de dónde viene el Padre Risco?

El Padre Alberto Risco, de la Compañía de Jesús, contesta:

—Vengo en su busca...

A poco, de sus manos han pasado a las mías unos cuadernillos, el manuscrito, en suma, de este libro.

He sido yo, por consiguiente, un lector adelantado de la obra destinada, sin duda, a contarlos por millares. El interés del tema, insuperable, y la maestría del escritor, consagrado de antiguo en diversos y nada fáciles géneros literarios, bastarían a asegurar el éxito. Pero es que ahora el literato se confunde con el sacerdote. ¿Qué es lo que quiere decirse con esto? Que el ilustre novelista nos ofrece algo más que un relato artístico, revelándonos por una vez todo un secreto de confesión.

El Padre Risco, con su amor, con su patriotismo, con su sagacidad, con su tacto y su caritativo anhelo, ha confesado a los héroes del Alcázar. Hasta a las mismas ruinas del Alcázar ha confesado. Durante algún tiempo se le ha visto vagar por los gloriosos escombros, entre los cuales, además, y por tal modo vinculándose a ellos, ha rezado responsos por las víctimas que aún yacen bajo las piedras caídas. Así, con una noble y piadosa atención, pero sin que las emociones estorbaran la investigación prolija, el diestro narrador superó el reportaje posible, rebasó el documento de archivo, dándonos, y Dios se lo pague, la suprema confidencia de los pechos como murallas y de los muros con alma; del sitio y redención del Alcázar de Toledo, hecho tan insigne que por sí solo purifica al mundo entero.

Las ruinas se han declarado monumento nacional *y Altar de la Patria. He tenido la fortuna y el honor de intervenir en tal decisión del Jefe del Estado, el generalísimo Franco. Recogí la idea, que flotaba en el ambiente, solicité del Ayuntamiento de Toledo que la tutelase, realizándose el acto de mi demanda en la iglesia de San Juan, única que se ha salvado de la profanación marxista, y en donde hablé al pueblo una tarde del mes de los muertos, colgado el templo con litúrgicos paños funerarios. La voz del seglar adquirió inusitado fervor por obra y gracia del ambiente, sacro y españolísimo. Desde su vigilante retiro, advirtió el Jefe del Estado la profundidad del ruego, acogiéndolo, son sus palabras, con "devoción máxima". Y he ahí cómo el Alcázar, repetida-*

mente destruído y reconstruído, termina su carrera con el triunfo del espíritu sobre la materia.

Para admirar y soñar y orar entre los conmovedores despojos, no ha de haber mejor guía que el P. Risco, confesor de la Epopeya. La lectura de este libro moverá a peregrinaciones. Cuando los futuros romeros contemplen tanta grandiosidad, la simple primera impresión les descubrirá de un golpe todo el significado de aquella lucha contra los adalides de las Tinieblas, *diremos con palabras de San Pablo.*

Ruinas del Alcázar. Cuanto más cañonazos disparaban los rojos, *más escombros caíanles encima, y en cambio, arriba, cada vez más y más cielo.*

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

Toledo, diciembre 1936.

I

HACIA EL ALCÁZAR

El buen Canpeador que en buen hora cinxó espada,
derredor del otero, bien cerca del agua,
a todos sos varones mandó facer una cárcava (*foso*),
que de día nin de noch no les diessen arrebata;
que sopiessen que mio Cid alli avie fincanza.

(*Poema de Mío Cid.*)

España no podía más. Sentíase ya como asfixiada, teniendo que sufrir con la pasividad de un forzado de galeras el ambiente de sentina que le obligaban a respirar aquellos hombres que, constituídos en Gobierno legal, iban, con lentitud criminal y sistemática, desmochando todo el ramaje milenario de sus Instituciones y de sus religiosas creencias.

El fracasado alzamiento militar del general Sanjurjo había sido una de tantas sacudidas nerviosas del Ejército español para desembarazar a su madre Patria de las mallas en donde aquellos hombres la tenían secuestrada.

El noble intento fracasó por razones que no nos interesa estudiar a nosotros; pero, desde entonces, el Ejército español, el verdadero Ejército, ese león que vela siempre, tendido a los pies de Castilla Madre, atenazado y maltrecho por los zarpazos de una fiera, que se llamaba ya presidente de la República de Trabajadores, y que no era más que un lacayo de Rusia, maquinaba entre sombras y acechaba el momento oportuno para descargar su vigorosa zarpa sobre sus verdugos.

Aquel momento propicio vino a señalarlo un crimen gubernamental, sin precedentes en los anales de las vergüenzas que señalan el paso de la masonería por los senderos de la historia de nuestra Patria. Don José

Calvo Sotelo, uno de los hombres más de bien que pisaban la tierra española, tan inteligente y de tan relevantes prendas de talento, que cualquier nación extranjera se hubiese enorgullecido con poderle llamar su hijo, cayó asesinado alevosamente la noche del 13 de julio.

Aquel crimen, repito, no tenía precedentes en la historia criminal de la masonería; los superaba a todos por sus monstruosos adjuntos. Se preparó en un Consejo de ministros de Madrid, hostigados éstos por la gran Logia francesa, establecida en la rue Cadet de París. Se llevó a cabo por un capitán de guardias de Asalto, secundado por una pandilla de hombres pertenecientes al mismo Cuerpo y vestidos con el uniforme del Cuerpo; se utilizó para perpetrar el crimen un camión oficial, que al día siguiente, manchado aún con la sangre del mártir, prestaba sus servicios tranquilamente en las Embajadas.

Y España y su pundonoroso Ejército y los hombres honrados no pudieron contenerse ya por más tiempo. Aquel crimen no se podía tolerar; era preciso echarse al campo e ir rebuscando, una por una, las venenosas plantas del marxismo ruso, y hacerlas desaparecer de la hidalga tierra española, aunque la operación de escarda costase el sacrificio de otras víctimas inocentes.

Ese espontáneo resurgir de España, cuyas palpitaciones jubilosas llenan hoy nuestras ciudades y nuestros campos, con cantos de fe cristiana y con himnos marciales de guerra santa, trasportando nuestras almas a siglos pasados, en que la Patria era grande, era feliz y dichosa, porque era católica; tendrá con el tiempo su narrador, el cual, con documentos en la mano, aunque con un asco y una repugnancia casi infinita en su corazón de español, nos deje un boceto de esas escenas que presenciaron los pueblos y las ciudades que no pudieron sumarse a tiempo al movimiento salvador. ¡Si, en vez de contarlas, pudiéramos borrarlas del tiempo para que no manchasen con lágrimas, con sangre y con inmundicias las limpias páginas de nuestra historia patria!...

Yo voy a ceñirme al relato de uno de esos episodios que, como rosas de sangre, van brotando al paso marcial de los espíritus victoriosos de la guerra, que cabalgan de prisa en seguimiento de una bandera roja y gualda, llevándola hacia el triunfo final de nuestros santos ideales.

Al sorprender los hechos que se llevaron a cabo en el derruído Alcázar para irlos engarzando en mi narración, más que una página de

historia, me parece que voy formando un ramillete de flores de heroísmo, de todos los matices y de todos los perfumes imaginables, con que unos hijos buenos de España han querido obsequiar a su Madre Patria, para consolarla de los años de esterilidad y de rebajamiento moral a que otros hijos malditos y degenerados la habían tenido condenada.

Los recuerdos gloriosos de Guzmán *el Bueno,* de Numancia, de Zaragoza y de Sagunto han reverdecido en la memoria de Castilla Madre, y las naciones extranjeras, que han tenido sus ojos clavados en las torres de aquel coloso de piedra, en cuyas entrañas se defendía por salvar el honor de su Patria un puñado de héroes, han tenido que confesar, una vez más, que España vive; y cuando ellas la creían ya envejecida y decrépita a poder de las lacras inyectadas por influencias marxistas venidas de Rusia, la han visto alzarse entre las ruinas de la Numancia contemporánea para decir al mundo que sigue siendo la misma, la que ellas saludaban con respeto cuando el sol no se ponía en sus dilatadas fronteras.

* * *

Se estaba preparando el glorioso alzamiento. Varios generales y jefes lo esperaban en España para secundarlo en los sitios donde ejercían su mando, y por medio de enlaces seguían con más o menos detalles la preparación de aquel, para toda la España de orden, tan esperado suceso. El coronel Moscardó tenía en él alguna relación, aunque indirecta y secundaria, por medio de dichos enlaces con el general Mola.

Don José Moscardó Ituarte era comandante militar de la plaza de Toledo, por ser el coronel más antiguo con mando en dicha capital, y desempeñaba el cargo de Director de la Escuela Central de Gimnasia.

Como este pundonoroso militar va a ser el protagonista, el alma de las gloriosas páginas que van a escribir con su heroica resistencia unos cuantos hijos de España que no quieren hacer traición a sus convicciones y a sus juramentos militares, pronunciados al besar la bandera de su Patria querida, daremos un boceto nada más de su personalidad y con él seguiremos las huellas de sus pasos con más claridad.

Su físico nos lo describe un enviado especial del diario *F. E.* de Sevilla, con este rasgo: "El coronel Moscardó es enteramente un caballero del Greco; sus ojos, luz, alegría y tristeza." Yo puedo añadir que es un

caballero de fe cristiana, profundamente arraigada, un católico práctico, lo mismo que su esposa y sus hijos, y tan modesto, que, al hablar yo con él bastantes días después de terminado el asedio y de ser ascendido a general, aún llevaba en la bocamanga las estrellas de coronel, porque no se había preocupado de engalanarse con los nuevos entorchados.

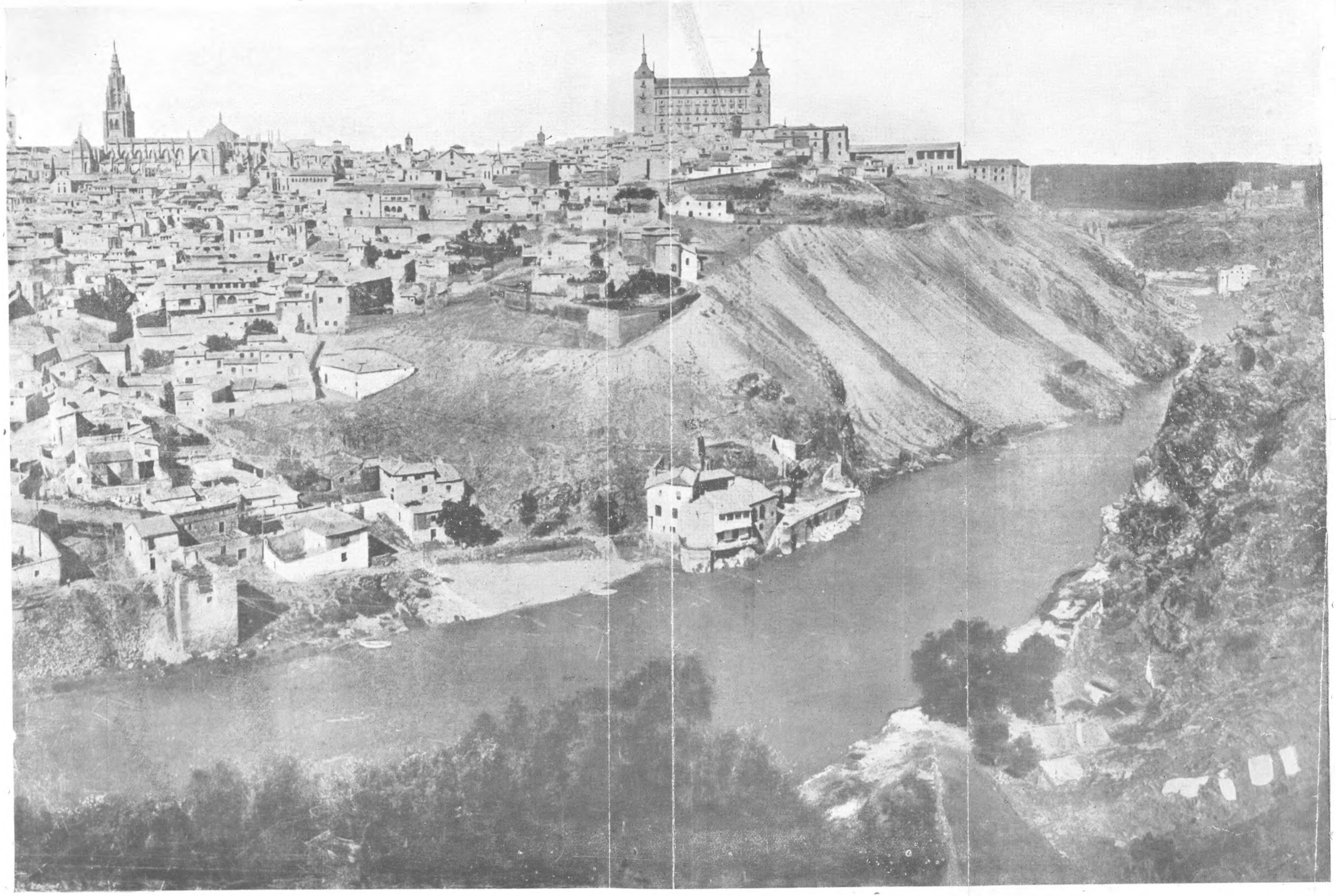
Este es nuestro protagonista. Veamos ahora los diversos elementos que, mandados y dirigidos por el caudillo, van a desempeñar su papel, más o menos relevante, pero todos con legendario y español heroísmo, en nuestra epopeya.

La guarnición de Toledo, según las referencias que poseo del hoy general don José Moscardó, la componían: la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia, que había terminado el curso ordinario a fines de junio, y, por lo tanto, en la Academia no existía entonces ningún cadete, y sí unos ocho o diez jefes y oficiales profesores, más la tercera parte de la Sección de Tropa, que sumarían unos 140 hombres, con escasa instrucción militar, pues su misión era la de ordenanzas, sirvientes y los varios oficios mecánicos de la Academia; y será bien advertir que el coronel que entonces desempeñaba el cargo de Director de la Academia estaba entonces ausente de Toledo, y ni se presentó al comenzar el asedio, ni se sabe aún su paradero.

La guarnición de Toledo contaba, además, con la Escuela Central de Gimnasia, cuyo director, según hemos visto, era el señor coronel don José Moscardó. Por haberse terminado también el curso en esta Escuela a fines de junio, no había ningún alumno; quedaban tan sólo ocho profesores y unos veinte soldados, con empleos de ordenanzas, parecidos a los de la Academia. En la Caja de Reclutas había cinco oficiales y cinco soldados.

Dependiente de la autoridad militar, como es natural, estaba la Fábrica de Armas. Constituíase su personal de veinte, entre jefes y oficiales de Artillería, y unos 1.600 obreros de ambos sexos, todos, con muy contadas excepciones, afiliados a los partidos de la extrema izquierda.

Para completar el recuento de este puñado de héroes legendarios que van a formar la defensa del Alcázar de Toledo, hay que citar otros grupos, que en la ciudad están deseando que brille por alguna de las lomas, sea ella en cualquier dirección, ese rayo de luz de reconquista española y cristiana que todos esperan con ansiedad en medio de la noche



Toledo era la síntesis de la vida española: la Cruz y la Espada; la afiligranada Catedral y la airosa mole de su Alcázar. No se ha roto su espada de temple toledano; quedan los pechos de los defensores para probar al Frente Popular que sigue España viviendo de sus dos ideales, el valor de sus hijos y la fe cristiana de sus almas, invencibles por ser creyentes y piadosas

de barbarie y de criminal desorden en que vivía nuestra Patria, para mirarle con júbilo y decirle: ¡Presente!

Dependientes de la Comandancia militar vivían en Toledo bastantes jefes y oficiales con permiso de veraneo o retirados por los inicuos decretos de aquella hiena que estaba destrozando a zarpazos nuestro Ejército y se llamaba Manuel Azaña, y otros ya retirados por su edad o por otros motivos.

Acababan de llegar también a Toledo varios oficiales de Artillería, recién salidos de su Academia, que habían de permanecer en la Fábrica de Armas unos quince días realizando un curso de precisión, según cuenta uno de ellos, el teniente don Andrés Ravina. Estos jóvenes artilleros desempeñaron un brillante papel en la defensa.

Dentro de la ciudad se habían formado ya esos grupos de jóvenes simpáticos y belicosos, llenos de nervio patriótico y cristiano, que después han rivalizado con los veteranos del Tercio, de los Regulares y de los Ejércitos de línea, plantel florido de héroes que tienen por divisa, o las flechas y el yugo, y los mandaba don Pedro Villaescusa, o la boina de sangrientos reflejos, o el grupo de jóvenes pertenecientes a la Acción Popular, que estaba formando el animoso comandante retirado, hoy gobernador civil de Toledo, don Silvano Cirujano.

Se notará, desde luego, al pasar revista a todos estos núcleos que formaron la defensa del Alcázar, la cantidad grande de jefes y oficiales que entre ellos figuran. Este es un dato importantísimo, sobre el cual insistiremos después. Su misma autoridad de Oficial, la mayor comprensión del arte de la guerra que les daba su formación, y el espíritu patriótico que informó su conducta, aceptando y aun pidiendo puestos inferiores a su categoría, tuvo que influir de un modo decisivo en la exacta y rigurosa disciplina que se observó en el Alcázar hasta el día de su liberación.

Todo este contingente de fuerzas tan heterogéneas no sumaban más que unos 250 hombres, gran parte de ellos jefes y oficiales; el núcleo mayor de defensores lo dió la Guardia civil, ese benemérito Cuerpo que vela siempre por el mantenimiento de la policía y del orden y que siempre se halla dispuesto a morir en el cumplimiento de su deber, como reza su cartilla. Al frente de ellos estaba el teniente coronel don Pedro Romero Basart. También de este valiente defensor del Alcázar

han dado la semblanza varios periódicos; y siento mucho no haberla podido conseguir, al menos, de los otros dos tenientes coroneles, don Manuel Tuero y don Antonio Valencia, que con tanta bizarría desempeñaron sus cometidos durante la defensa.

De don Pedro Romero dice así un periódico de Valladolid: "Es un hombre de buena estatura; fuerte; en sus movimientos y ademanes indica vida activa, profesión militante. En su rostro apenas han dejado huellas visibles las penalidades del asedio."

Esto dice el que lo interrogaba. Yo puedo rectificar esta aparente robustez, diciendo que el pundonoroso jefe ha perdido, como todos, bastantes kilos de peso durante su estancia en el asedio, y que las huellas del sufrimiento, del insomnio, del hambre y de las emociones recibidas en aquellos sótanos lúgubres, se reflejan todavía, cuando esto escribo, en la cara pálida del general Moscardó, en la luz brillante, pero inquieta, de los ojos del teniente coronel Romero, y en la amarillez cérea que marchita las caras de todos los que he podido ver y tratar, desde los jefes hasta la clase de tropa, y, sobre todo, en las mujeres y los pequeñuelos. Recuerdo de una niña que, al hablarme no hace muchos días en la plaza de Zocodover, posaba sobre los míos sus grandes ojos con una mirada tan vaga, tan indefinida, que parecían dos ventanas detrás de las cuales se estaban desarrollando aún las trágicas escenas del Alcázar.

* * *

Cuatro compañías de la Guardia civil prestaban sus servicios en la provincia de Toledo. La primera y la cuarta se hallaban en la capital; la segunda y tercera, diseminadas por la provincia en numerosos puestos aislados, que defendían los pueblos, ya todos ellos envenenados por las ideas disolventes del marxismo.

La previsión del jefe don Pedro Romero hizo que todos ellos pudieran contribuir a la empresa gloriosa que se meditaba. Cada comandante de puesto había recibido un sobre cerrado con instrucciones. En el sobre se daba una consigna común a todos ellos; eran unas palabras de la cartilla de la Guardia civil, que decían: "Siempre fiel a su deber."

Sin preceder esa consigna, los comandantes de puestos no debían obedecer orden ninguna, aunque emanase del Gobierno de Madrid.

Cuando se recibiera ésta, cada comandante abriría el sobre y ejecutaría las órdenes que dentro se especificaban. Eran éstas unas instrucciones detalladísimas para que los puestos aislados se concentrasen en un núcleo común, indicándoles los caminos más seguros para hacer el viaje; los objetos y documentos que debían llevar: se les aconsejaba que se trasladasen con la familia, para que ésta no peligrara en el caso de una revancha marxista, y así otras medidas de prudencia que el caso requería.

Los núcleos de concentración donde habían de reunirse eran la capital, Talavera de la Reina, Ocaña, Tembleque, Torrijos y Mora, pues por sus medios de comunicación con Toledo era más fácil confluir desde ellas a la ciudad. De estos núcleos sólo diremos que efectuaron sus marchas con relativa felicidad. Engañando a los milicianos de los pueblos, que suponían ser aquella marcha sobre Madrid por órdenes del Gobierno, les despidieron en algunos con jubilosas aclamaciones y con el puño cerrado, que levantaban al pasar la Benemérita en sus caballos o en sus camiones requisados.

Sólo el núcleo de Tembleque, por falta de medios de trasporte, no pudo ponerse a tiempo en camino y quedaron en poder de los milicianos un teniente y algunos números, que fueron conducidos en calidad de presos a Madrid.

* * *

Era el 18 de julio: el día anterior había venido entre las alas misteriosas de la radio un grito de guerra, lanzado por el general don Francisco Franco al otro lado del Estrecho: lo habían recogido muchos valerosos generales en Sevilla, Navarra, Zaragoza y varias otras provincias y se habían lanzado al campo del honor para medir las fuerzas de los leales con las fuerzas del mil veces maldecido Frente Popular, y arrebatarle la presa que tenía ya medio deshecha entre sus garras: esta presa era España.

En un salón del Alcázar, adornado de trofeos descoloridos y mustios, porque eran recuerdos de glorias ya pasadas, se encuentra charlando nerviosamente un buen número de jefes y oficiales de varias Armas: esperan la vuelta del señor Moscardó, que el día antes había salido para Madrid.

Nos internamos ya con este episodio entre las brumas misteriosas que envuelven la epopeya del Alcázar, dándole un colorido suave y dulce de influjo providencial de Dios sobre toda aquella gesta gloriosa.

El coronel don José Moscardó había sido designado días atrás, como Director de la Escuela Central de Gimnasia, para asistir en comisión oficial a la célebre Olimpíada que había de celebrarse en Berlín.

El día 18 de julio tomó al coronel en Madrid haciendo los últimos preparativos del viaje, que había de emprender al día siguiente. Al llegar a Madrid, hacia las diez y media de la mañana de aquel memorable día 18, se enteró de que en Africa se había dado la voz de guerra por los leones del intrépido Yagüe, y el general Franco le formaba un eco marcial desde su sitio de ostracismo más que de mando.

Aquella era la voz de la Patria que llamaba a todos sus hijos leales cerca de sí para lanzarse a recobrar los derechos y la libertad de que unos miserables asalariados de la nación sin Dios le habían despojado. Había que alzar la frente, dar un paso hacia aquella Madre, afligida y deshonrada, y decirle: —¡Aquí está mi sangre; tómala, es tuya!

Y eso hizo aquel día el coronel don José Moscardó. Varias versiones he leído sobre este paso, tan decisivo para la lucha que se avecina. Estoy siguiendo el relato oído de los labios del que lo dió.

Llamó por teléfono al capitán de Caballería don Emilio Vela Hidalgo para que avisase a los profesores y cadetes que él pudiera con la urgencia que el caso requería. "Me constaba—dice el general Moscardó—de la decidida voluntad de muchos de ellos en favor del alzamiento."

La actividad del capitán Vela dió por resultado el que se presentaran en el Alcázar varios profesores y siete u ocho cadetes. Entre éstos se debe hacer una mención especial de uno de ellos: es el hijo del general Cruz Borbolla. Fué uno de los cadetes que más pronto hicieron acto de presencia en el Alcázar. Su padre, cuya desgraciada filiación todos sabemos, le llamó por teléfono desde Madrid, reprendiendo su locura y ordenándole que se volviera. El muchacho, con serenidad, pero con entereza, respondió a su padre que no podía obedecerle, porque era su conciencia la que le había dictado aquella resolución.

El general Cruz Borbolla envió a Toledo un auto con un agente, para que a viva fuerza le trajesen a su hijo; tampoco le pudieron rendir.

Envió otro auto, y ya con tales conminaciones, que el bravo cadete se vió en la precisión de abandonar el Alcázar por no comprometer a sus compañeros.

Pero al llegar a Madrid se encerró en el Cuartel de la Montaña con los jefes y oficiales sublevados y en aquel recinto murió gloriosamente poco después. No sabemos si al padre le habrá dicho algo la conciencia desde alguno de los rincones donde la tenga escondida.

El coronel don José Moscardó concluyó así el relato, donde me hizo estas declaraciones: "Yo no me entrevisté con ningún señor del Gobierno de Madrid, como dicen algunos, sino que tomé un auto y a toda marcha regresé a Toledo para evitar que se me detuviera, pues era de los más significados por mis ideas."

Llegó a Toledo y se dirigió al Alcázar, donde le esperaban varios jefes y oficiales. Al entrar, le miraron todos los que estaban en el salón.

—¿Y qué?—le preguntaron con los ojos.

—¡Señores!—les dijo calmadamente; porque este es su modo de hablar y de poner en ejecución lo que habla—. ¡Señores, la provincia de Toledo se suma desde este día al alzamiento! Ustedes tienen la palabra.

Un ¡Viva España! y otro ¡Viva el Ejército salvador! hicieron moverse en sus panoplias los trofeos mustios de pasadas victorias, que brillaron con deslumbrador centelleo heridos por un rayo de sol que penetraba por la ventana; era el sol de la gloria.

Entonces se dieron las órdenes; el teniente coronel Romero cursaría las palabras de su consigna a los puestos de la provincia; los jefes de Infantería, ayudados por la Guardia civil que prestaba sus servicios en la capital, ocuparían militarmente el recinto de la ciudad. ¡Toledo por el general Franco!

Así se hizo. Acuartelóse la tropa, se tomaron militarmente los puntos estratégicos, y la ciudad quedó amparada con el dominio militar. Según un trozo de diario que poseo, escrito por alguno de los dirigentes rojos, la excitación entre los milicianos del Frente Popular era sorda, pero precursora de una violenta reacción.

La tarde de este día 18 trascurrió en completa calma. Eran ya como las doce de la noche: bares, tabernas, cafés y cines estaban repletos de público; en las barandillas de Zocodover se cuchicheaba con un ruido

cauteloso entre los grupos de milicianos. La "Pasionaria", esa mujer que tiene un epíteto en la conciencia de todo español, que no cabe en estas páginas, hablaba por la radio desde Madrid incitando a las turbas con su lenguaje de prostíbulo; se la oía en silencio en los bares y cafés.

Terminó de hablar; el cuchicheo sordo se convirtió en alaridos de fiera, y sonó un disparo que, partiendo de las barandillas, fué a dar en el cuartelillo de la Guardia Municipal, ocupado a la sazón por un retén de la Guardia civil. Se cruzó un vivo tiroteo, que ocasionó tres heridos a la Benemérita y de los milicianos murieron seis, entre ellos un tal Huertas, muy calificado por sus hazañas entre los dirigentes.

Renació, por fin, la calma, y Toledo quedó sepultado entre las sombras tranquilas de la noche.

El día 19 puede calificarse de forcejeo diplomático. La manzana de la discordia eran las armas y pertrechos de la Guardia civil y, sobre todo, el rico tesoro de cartuchería que se guardaba en la famosa Fábrica de Armas. En efecto, custodiábanse en ella una gran cantidad de cartuchos maüser, enviados por el Gobierno con el objeto de que sirviesen a las milicias marxistas en el alzamiento que tenían preparado para fines de julio. La remesa ascendía a cerca de un millón de cartuchos.

Comenzó el balanceo diplomático por una llamada al teléfono desde el Ministerio de la Guerra de Madrid. El coronel Moscardó, que era el llamado, se puso al aparato.

—¿Quién habla?

—Soy el jefe de servicio del Ministerio de la Guerra.

—¿Qué desea?

—Que envíe inmediatamente a Madrid todas las municiones que existen en la Fábrica de Armas.

—No distingo bien la voz. Haga el favor de darme la orden por oficio o por telegrama.

—¿Es que no se fía de mí?

—Le repito que curse la orden por la vía oficial.

Y colgó el teléfono. Era dar tiempo para que su plan se redondease.

Entre tanto, se reforzaban el cuartelillo de Zocodover, los Bancos y los sitios de peligro por fuerzas de la Guardia civil y soldados del servicio del Alcázar.

Al ver que con el coronel Moscardó nada se conseguiría, comenzó

la presión con el gobernador civil. Varias visitas que le hicieron, una de ellas por milicias insolentadas ya y llevando como caudillo al presidente de la Diputación, señor Vega, hombre que luego va a entregarse a la más canallesca conducta siendo ya gobernador civil, tampoco tuvieron resultado. Ni el armamento de la Guardia civil ni los cartuchos de la Fábrica le pudieron arrebatar.

En la noche de este día se presentó en Toledo un hombrecillo, lleno de arrogancia marxista, dispuesto a resolver decididamente el litigio. Era el diputado socialista señor Prat.

Desempeñaba el cargo de gobernador en el provincia de Toledo don Manuel María González, trasladado recientemente de la de Albacete, y tanto en una como en otra provincia se había dado a conocer como persona digna y ecuánime, de cuyas prendas se tenían algunas muestras en su corta actuación en la de Toledo. El señor González estuvo siempre, y de un modo especial en esta ocasión, de parte de la buena causa.

El Gobierno de Madrid había dispuesto ya de un modo definitivo armar a las milicias del Frente Popular, haciendo que se les entregasen las armas que hubiese en la Academia y las que días atrás, por diversas órdenes dadas a la Guardia civil, habían sido recogidas al elemento popular, que estaba armado hasta los dientes con armas cortas y largas.

A ejecutar esta orden del Gobierno, es decir, a desarmar a la Guardia civil y a la tropa, fortaleciendo con sus despojos a la canalla marxista, había venido el orondo diputado.

El señor Prat se dirigió al gobernador civil, porque creyó que las armas recogidas al pueblo estaban en su poder. Este le contestó que las tenía el teniente coronel de la Guardia civil en su cuartel. Se le pidieron a dicho jefe, señor Romero, el cual respondió con cierta sorna que esas armas ya no existían, porque, al recogerlas, se habían convertido en chatarra.

Habló después el señor Prat de pedir también las armas que existían en la Academia, a lo que respondió el gobernador que esa era incumbencia del comandante militar de la plaza; que se las pidiera a él.

El general señor Moscardó termina así el apunte que me va guiando: "Entonces el señor Prat, con serio recelo, preguntó al gobernador: —Y el comandante militar ¿me las entregará?— Por desgracia o

por suerte suya, no vino a buscarlas al Alcázar. Y he de advertir que el hecho de pedir las armas de nuestros cadetes para entregarlas al Frente Popular era motivo más que suficiente para rebelarse contra el Gobierno que lo mandaba."

Todavía habla un documento privado que poseo, de otro toquecito de teléfono, hecho desde Madrid por el señor Sarabia, que fué la cena del plato tan servido y manoseado en aquel día.

La tensión violenta y salvaje de las turbas iba en aumento, sobreexcitada por el discurso que el señor Prat les espetó y por los de otros descamisados camaradas que iban ya viniendo de Madrid.

El día 20 se repitió el plato del día. Ordenes al coronel de la Fábrica, señor Soto, para que enviase a Madrid el millón de cartuchos, tan codiciados por ambas partes, y nuevo telefonazo del señor general Pozas, Inspector General de la Guardia civil, puesto por el Gobierno, intimando al coronel señor Moscardó que si aquella misma noche no estaban en su poder las existencias pedidas, enviaría una columna a Toledo y bombardearía la plaza. Nueva diplomacia por parte del heroico defensor para no obedecer.

Entre tanto, había comenzado ya a venir de los pueblos un núcleo de concentraciones de la Guardia civil, que se iban alojando, parte en el cuartel, parte ya directamente, con sus familias y sus caballos, en el Alcázar. La ciudad seguía bajo el poder militar y sometida a rigurosa vigilancia. Las dos corrientes eléctricas de diverso signo estaban casi en contacto; la descarga no se haría esperar. Por eso el coronel don José Moscardó, de acuerdo con los otros jefes del Alcázar, determinó declarar el estado de guerra al día siguiente.

Los toledanos se despertaron el día 21 a los acordes marciales de los tambores que recorrían las calles proclamando el estado de guerra en la ciudad, a las siete de la mañana. Era un día marcial; el decisivo para deslindar los campos combatientes. Los comités de los milicianos —según se expresa cierto diario inédito que se dejó olvidado alguno de ellos en nuestra residencia, al llevarse a un anciano jesuíta, el virtuoso Padre Martín Juste, para fusilarle—se llenaron de indignación cuando sonó el redoble de los tambores; se congregaron y determinaron declarar la huelga general, que era la orden recibida del Gobierno de Madrid, su amparador y su padrino de guerra.

La reconcentración se iba efectuando en el Alcázar; a él fué llevado también, en calidad de prisionero, el gobernador civil y su familia, único medio de ponerles a salvo de las iras marxistas. Varias otras personas subieron también. La Guardia civil seguía entrando en Toledo, después de vencer dificultades sin cuento y con una serenidad estoica. Por eso, al alborear la mañana de este día 21 tenemos ya en el Alcázar una animación extraordinaria. Se dijo la Misa, como de costumbre, en la capilla de las Hermanas de la Caridad, que iba a ser la última hasta que celebrase otra el señor Camarasa, de la cual trataremos, con pena, a su tiempo.

—Había ya mucha gente—decíame la Madre superiora Sor Josefa Barber—; las mujeres mostraban mucho miedo, un verdadero pánico, pues se hablaba de que en aquella mañana iba a comenzar el bombardeo. Celebró el Santo Sacrificio el arcediano de la catedral, el venerable sacerdote don Rafael Martínez Vega, el que muy pocos días después va a sufrir un glorioso martirio, asesinado por las turbas milicianas.

Hacia media mañana, el coronel Moscardó vuelve a ser llamado al teléfono. Ahora es el general Riquelme quien le habla:

—A sus órdenes, mi general. ¿Qué desea?

—Hacerle una pregunta. ¿Podremos contar con usted? ¿Permanece usted fiel a la República? Conteste de un modo categórico.

—Según a la que sea. A la española, sí. A la rusa soviética, no.

—Bien. Entendido. Entonces, entregue las armas y municiones que tiene custodiadas en la Fábrica.

—Yo no puedo poner esas armas en las manos de las milicias marxistas.

—Bien, las tomaremos nosotros.

Poco después un avión revoloteaba por encima del Alcázar lanzando proclamas para excitar a los milicianos a la lucha y a los ya acorralados en el edificio a rendirse. Por la tarde volvió otro aparato, que dejó caer las primeras bombas sobre el Alcázar.

Había que pasar, pues, el Rubicón, y el coronel Moscardó lo pasó airosamente. Ordenó que todo el material de guerra que existía en la Fábrica de Armas fuese trasladado al Alcázar. Iban formando el convoy varios oficiales de Artillería de los que cursaban entonces las prácticas

de precisión, mandados por el bizarro comandante don Pedro Méndez Parada y jóvenes oficiales de los ya instalados en el Alcázar.

Según los datos que me facilitó amablemente el capitán de la Guardia civil don José Rodríguez Valero, formaban la expedición varios camiones para la carga, protegido cada uno por cuatro números de la Benemérita, y otro camión del Cuerpo con veinticinco guardias de escolta.

El coronel de la Fábrica opuso resistencia, que don Pedro Méndez se encargó de aminorar con palabras algo fuertes, y haciendo de peones los mismos oficiales y guardias, fueron trasladados aquella noche todos los cartuchos al Alcázar. La Fábrica se rindió ignominiosamente al siguiente día 22; varios de los valientes que en ella se hallaban, como los tenientes de Artillería Borda y Ríos, lograron llegar a encerrarse en el Alcázar.

Era ya la noche de este día 21 tan agitado, cuando de nuevo se pidió la presencia del comandante militar en el teléfono. Ahora se trataba del ministro de Instrucción Pública, señor Barnés, hombre de pulcra palabra, pero de hechos que no responden a esta pulcritud verbosa. Acababan de caer las primeras bombas de aeroplano sobre el Alcázar, aunque en escaso número y como un aviso paternal de algún tigre padre.

Barnés hablaba desde la central de Toledo, porque había venido de Madrid a charlar un rato con un hijo médico que en la ciudad tenía. Tomó un tono patriarcal y persuasivo, en consonancia con el aviso del avión.

Dijo que lamentaría el Gobierno tener que llegar a la destrucción del edificio, joya de arte y repleto de recuerdos militares; pero que no habría más remedio que hacerlo si persistían los del Alcázar en su actitud, "la cual no dejaba de ser una *muchachada,* hasta simpática en otras circunstancias distintas de aquellas".

Cerca de media hora estuvo derrochando persuasión y elocuencia, hasta que, viendo que aquellos *muchachos* estaban demasiado pertinaces y rebeldes a la obediencia debida al Poder constituído, concluyó dándoles dos horas de plazo para reflexionar, y se retiró del aparato.

* * *

Este día 21 pudo considerarse como el primero de la legendaria defensa del Alcázar, pues casi todos sus defensores estaban allí. La Guardia civil había evacuado ya su cuartel, arrojando al pozo o inutilizando las armas recogidas a los paisanos en sus requisas; las familias que habían de pasar allí todo el asedio se iban instalando en los sótanos. Entre ellas no estaban ni la esposa ni los hijos del comandante militar.

La población siguió, el día 22, toda la mañana en poder de la Comandancia militar. Poseo una copia de la orden del día del 21 para el servicio de la Guardia civil y otra para la tropa del servicio del Alcázar. Están custodiados por la Benemérita los Bancos, la plaza de Zocodover, los puentes de Alcántara y San Martín, las puertas de Bisagra y del Cambrón, el domicilio del Comandante militar, calle de Santa Clara, número 4, el Gobierno civil y el palacio episcopal, con la catedral, la cárcel y otros edificios señalados.

Además de estos servicios de la Benemérita se pusieron destacamentos de fusilería y ametralladoras en el Balcón del Miradero, terraza de los Padres Carmelitas, Ayuntamiento, San Juan de los Reyes y demás puntos estratégicos.

Pero, al fin, la retirada hacia el edificio del Alcázar se hizo necesaria; las fuerzas eran muy desiguales; había que mirar por las vidas preciosas que se sacrificarían inútilmente. He aquí un resumen de la parte militar de los días 21 y 22, sacado del diario de operaciones.

El día 21, como hemos visto, comenzó el verdadero asedio con el vuelo de un avión, que dejó caer sobre el Alcázar doce bombas, que causaron algunos desperfectos en el edificio; en una salida hubo ya intenso tiroteo, con muerte de varios izquierdistas, que llevaron la peor parte en la refriega; se hicieron varios prisioneros, hombres y mujeres, que fueron conducidos al Alcázar y quedaron en calidad de rehenes hasta el día de la liberación; uno de ellos, rabioso comunista, se llamaba Francisco Sánchez López y era maestro en la cárcel.

Más tarde voló de nuevo una escuadrilla de tres aviones, que lanzaron varias bombas. Los milicianos comenzaron de un modo serio la ofensiva: apareció una fuerte columna, al mando del funesto Riquelme, procedente de Madrid: al llegar hacia el Cementerio, dividióse en

dos; una que fué contra la Fábrica de Armas, y otra que avanzó sobre el Hospital de Afuera.

Defendía este edificio una sección de muchachos valerosos de la Escuela Central de Gimnasia, mandados por el intrépido comandante don Ricardo Villalba, ayudados por algunos soldados de la Benemérita; y en este sector se derrochó de un modo increíble la sangre fría y el heroísmo, sosteniendo el forcejeo de la columna Riquelme, de unos miles de fieras, que con toda clase de elementos de guerra, artillería, ametralladoras, morteros y numerosos carros blindados, se obstinaba en pasar hacia el interior de la ciudad.

Este era el estado de ambos bandos el día 21. El día 22 apareció a las cinco de la mañana un trimotor rojo, que volvió a dejar su carga sobre el edificio del Alcázar. A las diez de la mañana, una batería emplazada en la dehesa del Pinedo abrió el fuego con cañones de diez y medio y comenzó a arder la torre sudeste del Alcázar. Otros aviones, fallando la puntería, prendieron fuego en una manzana de casas situadas en la Cuesta del Alcázar y otras en el plaza de Zocodover.

La Fábrica de Armas, como es de suponer, pues su director estaba entregado al partido de izquierdas, rindióse a discreción, y algunos de sus oficiales, después de grandes peligros, se incorporaron a los defensores.

En estas circunstancias, era imposible, y aun imprudente, continuar la lucha y se dió la orden de concentración en el Alcázar. Esta se hizo al caer de la tarde y con un orden admirable; los diversos grupos que defendían los puentes, puertas y edificios de Toledo fueron replegándose por Zocodover y subieron aquella primorosa calzada que trepa hasta la esplanada norte, y que había de verles bajar, dos meses después, triunfadores y victoriosos, cuando ya no era calzada ni era otra cosa que un ingente montón de piedras, subidas unas sobre otras para aclamarles.

El comandante Villalba, con los suyos, se había estado defendiendo durante cuarenta y ocho horas con fusil y bombas de mano contra una columna, que no bajaría de seis mil fieras, azuzadas por Riquelme. En el repliegue hubo que lamentar un muerto y cinco heridos; desaparecieron un médico, un practicante y varios soldados. El grupo que defendía el Banco de España no pudo llegar hasta Zocodover y cayó en las manos de los marxistas.

Al cerrar la noche quedaba la ciudad de Toledo en pleno dominio de aquellas fieras. A la luz de la luna veíase allá arriba, sobre la plaza de Zocodover, la mole ingente del Alcázar en trágica silueta. Sobre esta roca se acababan de refugiar los héroes de nuestra Leyenda.

Comenzaba el asedio.

II

DÍAS DE ESPERANZA

"Si en la pelea veis caer mi caballo y mi estandarte, levantad primero éste que a mí."

(*Lema que lleva la estatua de Carlos V del Alcázar.*)

El recinto donde se acaba de refugiar ese puñado de héroes, hijos de la verdadera España, con la esperanza de poderse sumar al movimiento salvador, es muy extenso; no se reduce al edificio aislado; tiene muchas dependencias, que brevemente y sin detenernos en digresiones históricas vamos a recorrer.

Desde la plaza de Zocodover subía una calzada primorosa que, doblando después en dos tramos acodados, nos ponía en la gran explanada del Norte. Limitaba esta inmensa plaza, de un lado, la balaustrada de hierro, como un balcón corrido, a cuyos pies serpea el Tajo, con su puente de Alcántara; más allá, el famoso castillo de San Servando y la carretera de la Estación, y más allá, como fondo de un cuadro artístico, los célebres cigarrales, aferrados, a guisa de nidos de águilas, a las rocas que forman la escarpada montaña.

Paralela a esta verja o balcón, en el fondo de la explanada, alzábase la fachada norte, la principal del edificio del Alcázar, suntuosa mezcla de transición entre los estilos plateresco y grecorromano, debida al arte del célebre Covarrubias, en cuya puerta se destacan, labradas en piedra, las águilas imperiales de Carlos V ofreciendo protección y hospitalidad al visitante. El lienzo del Oeste, que data de los tiempos de los Reyes Católicos, sigue la dirección de las casas que allá abajo, como pequeñuelos al abrigo de la sombra de algún gigante, se acercan

confiadas hasta tocar sus recios muros. La parte sur, de estilo dórico, obra de Herrera, da hacia el inmenso campo donde se alza la Fábrica de Armas, que se refleja en los remansos del Tajo; y, finalmente, la parte oriental del edificio, la más antigua, cuyos viejos cubos delatan su época de tiempos del rey San Fernando, da hacia esas laderas de casucas viejas que descienden hasta el río, en cuya opuesta orilla reina desde su ermita la encantadora Virgen del Valle.

Dentro del edificio, sobrecogía al visitante con respetuosa admiración el patio central con sus columnas severas y su broncínea estatua de Carlos V encadenando al *Furor;* su escalera regia, donde se volcó todo el gusto artístico de Villalpando y Herrera; sus museos militares y otras joyas de arte y de historia, que no hemos de describir.

Bajando por una puerta que se abre en la fachada oriental, se extiende el campo de instrucción de los cadetes, el Picadero, uno de los más famosos en su género que existía en Europa, con su armazón fuerte de hierro, y más a la derecha, hacia Capuchinos, los pabellones de la clase de tropa, el comedor de los cadetes y los almacenes de víveres; finalmente, la hermosa Piscina, adosada ya a los muros del edificio, verdadero alarde de higiene y de gusto refinado.

Por el lado opuesto del inmenso campo de instrucción, descendiendo por unas veredas sombreadas de arbolado y de flores, llamadas el Zig-Zag, se baja al Gobierno militar, edificio sólido, con toda la amplitud y comodidades para oficinas y pabellones que su misión requería. Este edificio tenía su entrada principal en la cuesta llamada del Carmen, que baja de Zocodover por el Arco de la Sangre y deja a la derecha la célebre posada o mesón del Sevillano, resto genuino de los mesones del siglo XVI, donde es tradición que escribió Cervantes su ingeniosa novela titulada *La Ilustre Fregona.*

Frente a la entrada del Gobierno militar, ostenta la severidad cenobítica de su construcción el hospital llamado de Santa Cruz de Mendoza, con su portada de fama mundial, construído por dicho prelado hacia el año de 1514, donde a la sazón estaba abierto a los visitantes el Museo Arqueológico de Toledo.

Todos estos edificios serán no sólo testigos de la heroicidad de nuestros bravos defensores, sino campos directos de acción, donde van a desenvolverse escenas quizás más trágicas, más emocionantes y más su-

blimes que las que presenciaron aquellos viejos testigos en nuestras gestas medievales.

Y entramos ya dentro del recinto del Alcázar para recoger las primeras impresiones de los sitiados.

* * *

Los muros del edificio guardaban las vidas de unos mil cien hombres dispuestos a tomar las armas; 750 de ellos pertenecían a la Guardia civil; el resto, a la clase de tropa y a las juventudes de los partidos de derecha, y más de cien de ellos eran jefes y jóvenes oficiales de las distintas Armas.

El mando lo asumió el coronel Moscardó, como más antiguo, y a sus órdenes estaban tres tenientes coroneles, que se turnaban en la vigilancia y defensa de la noche; éstos eran don Manuel Tuero, de Infantería, que ha quedado gravemente herido; don Antonio Valencia, de Caballería, y el más antiguo de los tres, don Pedro Romero, de la Guardia civil.

El Alcázar de Toledo, como todas las fortalezas antiguas, disponía de sótanos espaciosos, que en ésta los formaban dos series, una más profunda, más húmeda, más sombría que la superior.

En los más altos, en la parte que daba al Poniente y estaban, por eso, más abrigados y defendidos, se albergaron 520 mujeres y 50 niños, que formaban, en general, las familias de los jefes, oficiales y tropa, especialmente los de la Guardia civil.

Varias de ellas, mujeres ya ancianas; una de las jóvenes acababa de dar a luz un niño.

Sobre esta multitud apiñada en el Alcázar comenzaron su acción destructora las columnas del general Riquelme, desde el día 23, cercándola totalmente. Las fachadas norte y oriente presentaban un blanco halagador a las baterías marxistas, que desde luego se establecieron en esta forma: en Pinedo cuatro piezas de 10,5 y otras cuatro de 7,5. Muy pronto comenzaron también a vomitar metralla sobre los muros del Alcázar dos de los cañones de 15,5; en Los Alijares se colocaron tres de 7,5 y siete de 15,5.

Los aviones siguieron el día 23 su acción destructora con bombas

de gran potencia. El día 23—me dijo una mujer—se convirtió el cielo toledano en un infierno de metralla. Aún no habían comenzado a disparar todavía las piezas de quince y medio, cuyas baterías se emplazaron el día 25. Un continuo *paqueo* molestaba a los refugiados, como flechazos espesos de plomo, que venían de todas las proximidades y en todas direcciones, aun de la parte oeste, que da ya a la misma ciudad. Esta fué la horrísona sinfonía con que mañana y tarde celebraron las rojas milicias los albores de aquella nueva vida de heroico deportismo que habían comenzado a vivir los legítimos descendientes del Cid.

Y es el caso que, por entonces, aquella vida no desagradaba del todo a los sitiados, en especial al elemento combatiente. Se habían guarecido en la fortaleza con el alma llena de alegres ilusiones y esperanzas de un pronto y definitivo triunfo, que trajese a su Madre Patria la paz, y, con la paz, los nuevos retoños primaverales de futura grandeza que ellos con su gesta de caballeros medievales harían reverdecer.

Para los refugiados en el Alcázar, aquel refugio era tan sólo un compás de espera. La guarnición de Madrid, según sus cálculos, estaba de parte del alzamiento; el cuartel de la Montaña daría en seguida el grito libertador; Guadalajara, Cuenca y Ciudad Real eran provincias donde los partidos de derechas habían triunfado, de hecho, en las pasadas elecciones; era gente de orden y se alzarían también de un día para otro, ávidos de dar un mentís a los amaños falsos de las urnas electorales.

Tengo delante los partes captados por la radio de campaña que poseía la Guardia civil; uno, emitido a las cuatro y quince de la mañana del día 20 de julio, dice así: "Visto persisten algunos focos de rebeldía, es necesario aplastar con energía todo conato de resistencia, imponiendo medidas de rigor en proporción a los excesos cometidos. El movimiento es arrollador y triunfante. No debe permitirse jamás la huída de cabecillas responsables. No dar crédito a patrañas que en su desesperación extienden los cercados. Divulgar la verdad por notas a las radios locales. *Franco.*" Así era la verdad; pero no en todas las provincias de España; y ni los refugiados del Alcázar ni el mismo Franco podían suponer que los tentáculos del pulpo marxista lograsen ahogar en su misma cuna las energías de los que en Madrid y en otras provincias forcejeaban por romperlos.

Ignorantes de este maldito poder, los primeros días se vivió en el Alcázar una vida de franco optimismo, de rosadas ilusiones.

Oigamos a dos requetés, Mariano Cirujano y Andrés Pita, que escribieron después sus impresiones: "Al principio, la resistencia se organizó por escuadras de dieciocho o veinte hombres, cada uno al mando de un oficial. Estábamos tan seguros del triunfo del movimiento, que esperábamos la inmediata llegada de nuestras tropas y nos habíamos organizado en la mejor forma para realizar nuestra salida... Los dos o tres primeros días, creyendo que nuestro encierro iba a ser corto, no nos preocupamos de comer ni de dormir y permanecíamos alegres en los parapetos. Se paseaba por el patio del Alcázar como si fuese un Zocodover en pequeño; se formaban grupos y peñas. Los niños se acostumbraron de tal modo al encierro, que teníamos que reñirles para que no jugasen en el patio durante los bombardeos." "Por lo demás—nos dice el teniente de Infantería don Benito Gómez Oliveros—, nuestra vida en el Alcázar durante estos primeros días no ofrece nada de particular; paseábamos normalmente por el patio del edificio, porque éste estaba aún completo y su aspecto, limpio y alegre, convidaba a una espera de nuevos acontecimientos relativamente cercanos. A base de los elementos de que disponíamos, se organizó la defensa. La Academia estaba dividida en sectores, dominando todos los frentes, y estos sectores estaban guarnecidos por oficiales, guardias civiles, soldados de tropa, falangistas y requetés y muchachos de Acción Popular." Estos sectores de que habla el señor Oliveros no guarnecían tan sólo las fachadas del Alcázar. Los sitiados fueron dueños hasta los últimos días de los edificios que hemos descrito, excepto el Hospital de Santa Cruz, que quedó desde luego en poder de los rojos, y desde él se dominaba, a distancia de unos veinte metros, el Gobierno militar y las frondosas laderas que suben en zigzag por la parte oriental del Alcázar.

Las mujeres, mezcladas en un verdadero comunismo cristiano todas las clases sociales, comenzaron a acomodarse por los largos y húmedos sótanos altos que dan a la parte de la ciudad. Objetos de lujo, aun los más necesarios para el aseo, apenas si habían traído ninguno; pero no importaba; unos días de sacrificio y de privaciones podían pasarse de cualquier modo. La turba infantil tomaba aquel nuevo aspecto de su vida primaveral con alegre jugueteo. Los defensores, llenos de optimis-

mo, que rayaba en el delirio, acudieron a los puestos que se les señalaba en la orden del día, y el grito de ¡Viva España!, ¡Arriba España!, se mezclaba con el trino de los pájaros que anidaban entre las moreras y las acacias que sombrean los paseos, llamados *El Zigzag,* que bajan desde la ancha explanada del Oriente hasta las últimas dependencias del Gobierno militar. Para amenizar el entusiasmo de aquella pasajera reclusión, se pensó en lanzar al público un periódico que recogiese en sus galeradas los ecos marciales de los guerreros y las emociones que levantasen entre la gente pacífica el canto de los obuses milicianos, que habían comenzado a arrullarles con su salvaje sinfonía.

En el Alcázar existía un aparato multicopista para uso de la Academia; no necesitaban más para comenzar el periódico, ni el joven falangista don Amadeo Roig, su editor responsable, ni los colaboradores que espontáneamente se ofrecieron a dar amenidad y salsa patriótica a sus líneas; el papel abundaba en la oficina de la imprenta.

Era también conveniente publicar en el diario las noticias que fuesen llegando sobre el movimiento arrollador de sus hermanos, los leales a la bandera roja y gualda, que desde los comienzos del asedio fué la única enseña que arrulló los amores de tantos héroes. ¿Cómo recibir esas noticias? La Guardia civil poseía una radio pequeña de campaña, que se instaló en el patio central; después fué emigrando de covacha en covacha, para verse libre de la persecución de la metralla, hasta encerrarse en el depósito de armamentos.

Cuando los sitiadores cortaron la corriente eléctrica el día 23 de julio, el aparatito enmudeció; se pasaron bastantes días sin poder conseguir que hablara; las audiciones se tenían aplicando el oído con grande atención a los aparatos de las casas vecinas, que sólo dejaban oír las mentiras de la Radio Madrid. La solicitud de los mecánicos hizo que, al fin, acumulando pilas sacadas de los camiones, se consiguiera tener la recepción dentro del Alcázar. Desde entonces aquel pequeño aparato que hablaba a los náufragos aislados en el peñasco de piedra, fué un amigo leal; era la voz de España, que les iba contando diariamente sus avances y sus operaciones de limpia por campos extremeños y andaluces, atacados de la filoxera marxista. Al principio, la Madre España hablaba a sus hijos con voz muy lejana, detrás de las noticias, mentirosas y falsas, de la bellaca Radio Madrid; pero los sitiados oían

muy bien el acento de su Madre, y, entre líneas, recogiendo la verdad que se encerraba en el fondo de las continuas y siempre crecientes victorias marxistas, iban siguiendo los pasos de la vieja España del Pilar, y llenándose de orgullo al sentirse sus hijos y de esperanzas al admirar sus avances victoriosos. Después les pudo hablar claramente desde Lisboa. Sin aquel aparatito pequeño, sin aquel amigo que, hablándoles con fingido acento de enemigo, les inyectaba cada día nuevo optimismo, ¿qué hubiese sido de los pobres defensores del Alcázar?

Tenían consigo los defensores tres buenos mecánicos, que manejaban el aparato y le restañaban sus quiebras y le alimentaban con las pilas y baterías robadas a los autos; eran don Román Carrión, don Antonio Caparrós y don Félix Garrido.

Pero el alma de la radio de campaña, en combinación con el periódico, fué don Andrés Marín, al que pronto veremos también a la cabecera de los enfermos, ante la tumba de los muertos o ante las plantas de la Virgen Inmaculada, dirigiendo los rezos y las novenas. Como se había ejercitado en la taquigrafía, era el que, sentado incómodamente sobre el filo de un mechinal, iba tomando las noticias de la radio para darlas después en el periódico a la expectación de los lectores.

Las Hermanas de la Caridad, entre tanto, van disponiendo la enfermería para un caso, desde luego esperado, de serios y sangrientos combates. Son cinco ángeles del cielo. Están cuidando la enfermería del Alcázar desde hace cerca de veinte años. La sacrílega persecución del Gobierno del Frente Popular, que ha dejado tantos hospitales, orfanatos y mansiones del dolor en manos laicas, asalariadas y torpes, arrojando de ellos a las heroínas de la caridad cristiana, no ha podido, aunque lo intentó, separar de la enfermería del Alcázar a estas cinco Hermanas. En vano la Superiora, Sor Josefa Barber, fué invitada por la Superiora del Hopistal de Toledo a que bajase con las cuatro Hermanas; las cinco han decidido quedarse en el Alcázar. En él han de encontrar más ocasiones de ejercitar su caridad y su espíritu de sacrificio. ¿Cómo van a desaprovechar esta ocasión? Médicos especializados en cirugía, no los hay en el Alcázar: ya admiraremos, sin embargo, la destreza y el heroico desvelo de los que allí se encerraron.

La capilla es preciosa, cuidada con mimo y filial cariño por las Hermanitas de la Caridad. En el altar se alza esbelta, llena de sobrehumana

majestad, una imagen de cartón piedra, como de metro y medio de altura, copia de la Inmaculada de Murillo. Esta Reina, esta Madre de Misericordia, va a sufrir con sus hijos los horrores del asedio y va a derramar sus favores sobre aquellos héroes con la misma prodigalidad con que su Hijo derrama las flores sobre una pradera cuando la fecundan los rayos del sol primaveral.

Tampoco se han cuidado aquellos hombres de proveerse, en la parte de alimentación, para un asedio prolongado. En los sótanos hay un aljibe, de agua de lluvia, que abastece a las necesidades del Alcázar; en los depósitos de víveres no hay más existencias que las que han sobrado del tiempo en que los alumnos han vivido cursando sus estudios, lo que sobró a los caballeros cadetes. Pero no importa; el comandante militar, hombre acostumbrado a confiar mucho en la divina Providencia, ha dispuesto que la alimentación sea abundante. ¡Dios proveerá!

El día 24 se ha hecho una salida por Zocodover y los alrededores del Alcázar: los milicianos rojos les han hecho frente, y han mordido el polvo seis de ellos, entre los cuales lamenta el diario inédito la muerte de un tal Domingo Alonso; debió de ser una fiera marxista. Pero la finalidad del escarceo militar es, sobre todo, la de traer víveres. En medio de la refriega, ha bajado un camión de los sitiados, que custodiaba el capitán Cuartero, el auxiliar don Eladio Durán y algunos números de la Guardia civil. Se han traído al Alcázar lo que han podido requisar mientras repelían la agresión de las milicias, excitadas por los truculentos discursos que el día de ayer les ha pronunciado, a voz en cuello, el vocinglero diputado señor Palomo y el nuevo gobernador civil que ellos se han designado en la persona del señor Vega.

Los almacenes de víveres han recibido, sin embargo, un pequeño refuerzo. Debido a la amabilidad de don Eladio Durán, puedo dar a los lectores la lista de las existencias que en estos almacenes había al comenzar el asedio: 1.200 kilos de judías, 200 de arroz, 200 libras de chocolate; de lo demás, cantidades insignificantes. En la salida del 24, se compraron alguna cantidad de embutidos y dos sacos de arroz, dos de garbanzos, dos de judías, dos de azúcar y dos de sal, más 150 kilos de café. También existían en el almacén unos 800 kilos de patatas, alguna cantidad de ellas casi podridas, que se estaban dando a los caballos y se aprovecharon para las personas. Leche condensada, 3 cajas con 48 bo-

tes pequeños cada una, 6 cajas con 4 botes de 5 kilos cada uno. Hay que advertir que, muy pronto, estas existencias, que no darían para mantener ni media semana a las 1.800 personas encerradas en el Alcázar, fueron a la enfermería, o se reservaron para los niños y las mujeres.

Y pues hemos detallado tan al pormenor las existencias de los víveres, veamos, porque es esencialísimo, el material de guerra de que en el Alcázar se disponía, y que puede compararse con el otro de que a su capricho podían disponer los asaltantes.

En el Alcázar se contaba con 13 ametralladoras, 13 fusiles ametralladores, dos cañones de acompañamiento con unas cuarenta granadas de dotación, aunque no todas rompedoras; unos tres morteros de 50 milímetros, con regular dotación; granadas de mano, fusiles y mosquetones, los que trajo la Guardia civil y los que había en la Escuela de Gimnasia y Depósito de la Academia, que eran unos quinientos. Cartuchos, los que habían subido de la Fábrica de Armas, es decir, cerca de un millón.

Es un dato muy elocuente para probar la disciplina, la serenidad y el aplomo que reinó entre los sitiados, el que, no habiéndose economizado con tacañería este reducido material, después de setenta y dos días de fuego constante, siempre nutrido y a las veces violento, todavía, al terminar el asedio, quedaban unos 700.000 cartuchos de reserva; y es que, como me decía uno de los oficiales, "nosotros no gastábamos pólvora en salvas; bala que salía de nuestro fusil, era bala que dejaba un hombre fuera de combate".

* * *

En medio de esta segura confianza de pronta libertad y en medio del abandono de todo lo material se vivió en el Alcázar durante los tres primeros días, mirando con desprecio los inútiles forcejeos del adversario. Pero llegó muy pronto el día en que la realidad se impuso y los directores de la defensa pudieron darse exacta cuenta de la negrura desesperante de aquella realidad.

Los enemigos, ya en número de muchos miles—nueve mil parece que acudieron en los primeros días como buitres al señuelo de la carne muerta que barruntaban—, comenzaron a preparar un ataque a fondo

contra la invicta fortaleza: les ayudaban las baterías y los aeroplanos vomitando sin cesar metralla.

Y llegó un día de gloriosa memoria para aquellos hombres, que se están moviendo ahora como oscuros fantasmas entre los huecos de las ventanas y entre los parapetos de las dependencias que se extienden por la explanada oriental.

Era aquel un día de júbilo intenso para la España creyente. La fiesta del Apóstol Santiago, el 25 de julio. Nuestras invencibles columnas, como si vieran cabalgar con ellos por los aires a su egregio patrono cual otro día memorable le vieron animándoles con su presencia en la dura jornada de Clavijo, avanzaban con ardoroso empuje detrás de una bandera, que muy pronto iba a despojarse ante la faz del mundo del vergonzoso crespón morado con que unos criminales vividores habían querido desfigurar su encantadora hermosura. Andalucía y Cáceres, Navarra, León y Castilla, Galicia y Aragón se vestían de fiesta para aclamar con delirantes gritos de entusiasmo el paso marcial de los soldaditos españoles, que cruzaban sus calles para ir en busca de la victoria o de la muerte por su santo ideal.

Y mientras se desarrollaban entre nosotros esas escenas de bullicioso patriotismo, que levantan las almas de la tierra y las encienden en místicas ansias de amar y de morir por la bandera que arrulló nuestra cuna, allá, en aquel agrio peñasco que sostiene sobre sus lomos de granito el Alcázar toledano, estaban unos hermanos nuestros, nuestra propia sangre, atravesando uno de los días más crueles del fatídico asedio.

Ya, la tarde del 24, comenzaron a entonar las vísperas del santo Patrono de España con horrible salmodia los cañones emplazados en Los Alijares y en la dehesa del Pinedo. Las granadas de diez y medio habían prendido fuego en la torre noroeste del Alcázar en combinación con varios aviones, que con su desafinada puntería provocaron también varios incendios en las casas contiguas al Alcázar y destruyeron la artística torre de la parroquia de la Magdalena.

Desde luego, se vió que su blanco predilecto era la fachada principal del edificio, que se orienta hacia el Norte.

Aún no había saludado la aurora del día 25 las crestas de los montes toledanos, que se bordan de verdes almendros y se engalanan con

AÑO VII NUM. 1.744

PRIMERA EDICION

Número suelto: 15 céntimos

Apartado 8.094

AHORA

PASEO DE SAN VICENTE, 26

Madrid, martes 28 de julio de 1936

Precios de suscripción: Madrid, 3,50 pesetas al mes. Provincias, 12,00 pesetas trimestre; Extranjero, 30,00 pesetas trimestre

Teléfono 18340

DE CINCO EN CINCO, DESARMADOS Y CON LOS BRAZOS EN ALTO, SALEN DEL ALCAZAR TOLEDANO LOS REBELDES QUE LO DEFENDIAN

EN UN AVANCE DE VEINTE KILOMETROS, EN SOMOSIERRA, CAE EN PODER DE TROPAS Y MILICIAS UN CONVOY ENEMIGO DE ARMAS, MUNICIONES Y MANTENENCIAS

LOS SUBLEVADOS DE CORDOBA, DISPUESTOS A RENDIRSE A LAS TROPAS DEL GOBIERNO, PERO NO A LAS MILICIAS

EL CUARTEL DE LOYOLA, DE SAN SEBASTIAN, IZA BANDERA BLANCA

Al recibir a primera hora de la tarde a los periodistas, el director general de Seguridad les manifestó que en aquellos momentos acababa de recibir la noticia de que se han rendido, sin condiciones, los facciosos que con sus familiares se habían refugiado en el Alcázar de Toledo.

Según informes de origen particular, parece que esta resolución obedece a que los rebeldes consideraban inútil e imposible toda defensa, puesto que en el día de ayer habían comenzado los trabajos para la construcción de una mina, que tenía por objeto volar el Alcázar.

Los jefes, oficiales y guardias civiles fueron saliendo, desarmados, en grupos de cinco en cinco.

Después de la rendición de los últimos rebeldes, Toledo recobró en absoluto la normalidad.

La noticia fué acogida en la ciudad con júbilo indescriptible.

Al conocerse el hecho en Madrid se dispuso la salida inmediata de cuatro camiones con guardias de Asalto para hacerse cargo de los que se han entregado.

des, quienes, en su huida, abandonan abundante material de guerra

Varios diputados luchan valientemente

En la acción de hoy lucharon valientemente en el frente de Somosierra el director general de Obras Hidráulicas, don Julio Just, y los diputados socialistas señores Vidarte, Lamoneda y Rubiera.

En el Alto del León

Como no hacia aire, la lucha se sostenía a base de la artillería, haciéndose poco fuego de fusil y ametralladora. Desde una de las baterías hemos podido observar con potentes gemelos de campaña que nuestra artillería ha logrado desalojar las posiciones de los facciosos, que están abandonadas por completo. Protegidas por la artillería, las fuerzas leales a la República avanzan en guerrillas.

A partir de las doce y media de la mañana, en el frente escasean los disparos. Los rebeldes están faltos de municiones en gran escala, y la mayoría de las que tiran caen sin espoleta

Número del "Ahora" de 28 de julio, dejado caer desde un avión rojo sobre la explanada oriental del Alcázar, dándoles a los sitiados una noticia que ellos no sabían, a pesar de ser los actores del drama de la rendición, que se desarrollaba en la fantasía de los mentirosos miembros del Gobierno de Madrid

La entrega de los últimos rebeldes en la capital toledana

Aquí una muestra de las consecuencias de la lucha en Toledo, provocadas por la criminal e inútil resistencia de los facciosos

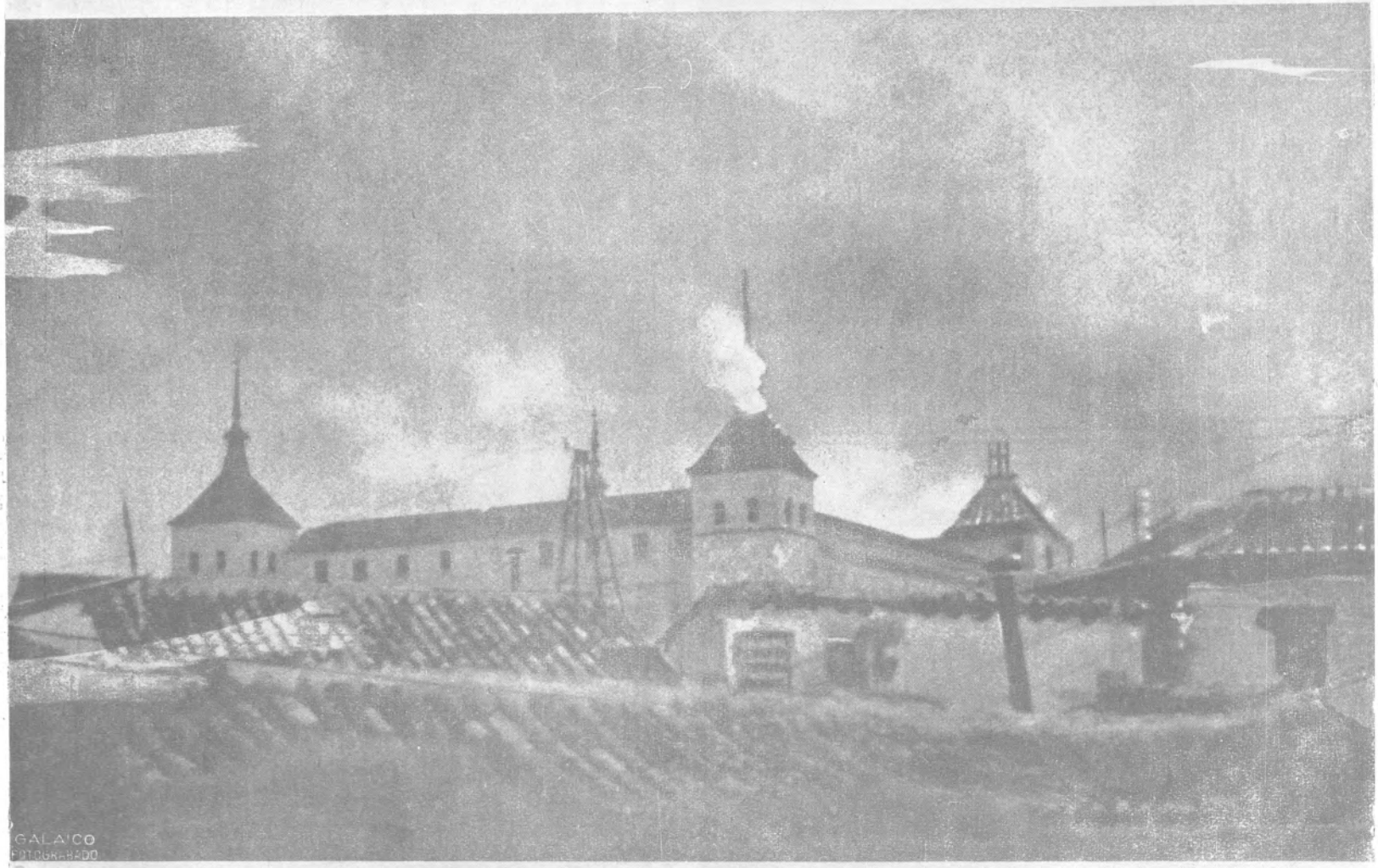
En la mañana de ayer, los rebeldes que constituían el único foco faccioso subsistente en Toledo, y que se hallaban refugiados en los sótanos del Alcázar, se rindieron ante la conminación de un nuevo ataque de las fuerzas leales, que les habían cercado y reducido a la impotencia. Los jefes y oficiales fueron saliendo, desarmados, en grupos de cinco en cinco y aprehendidos por nuestras tropas. He aquí una foto del histórico edificio después de la rendición (Foto Albero y Segovia)

Milicianos disparando desde Zocodover contra el Alcázar, poco antes de la entrega de los últimos rebeldes de Toledo (Fotos Albero y Segovia)

l periódico rojo "Ahora", mintiendo bellacamente a las naciones civilizadas, con una estupidez inconcebible en un dia- o cuyos redactores tuviesen un adarme de vergüenza. El incendio que se ve en la parte superior izquierda lo han provocado los mismos milicianos con su "criminal e inútil" locura

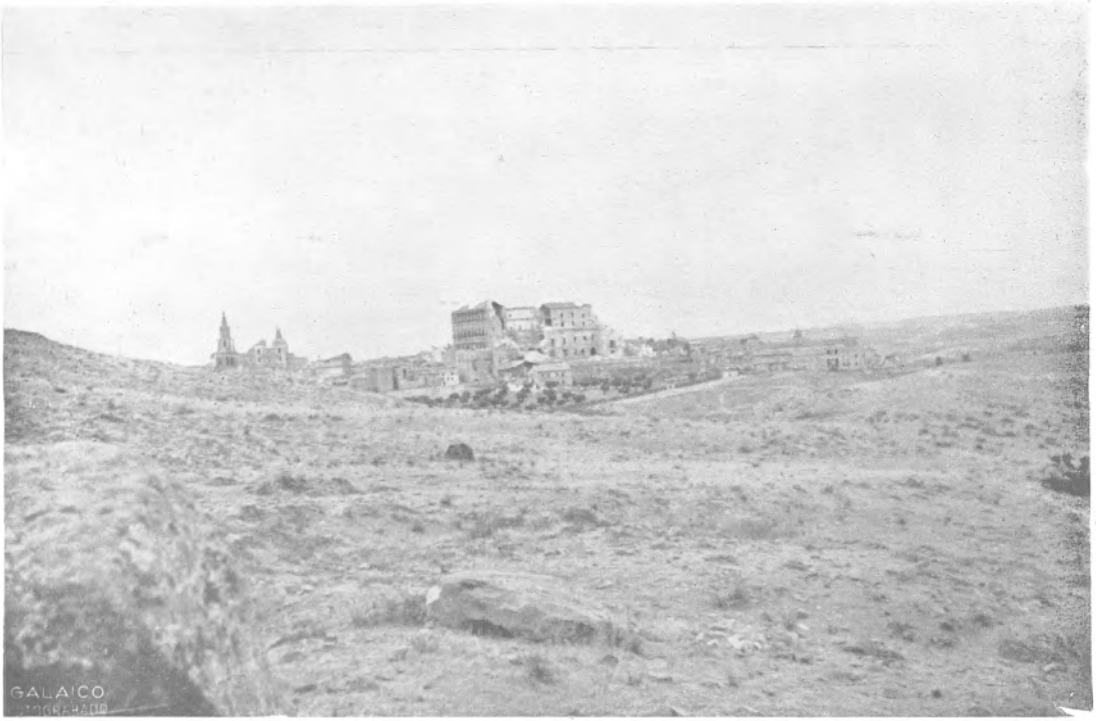
AHORA

La rendición de los facciosos en el Alcázar de Toledo

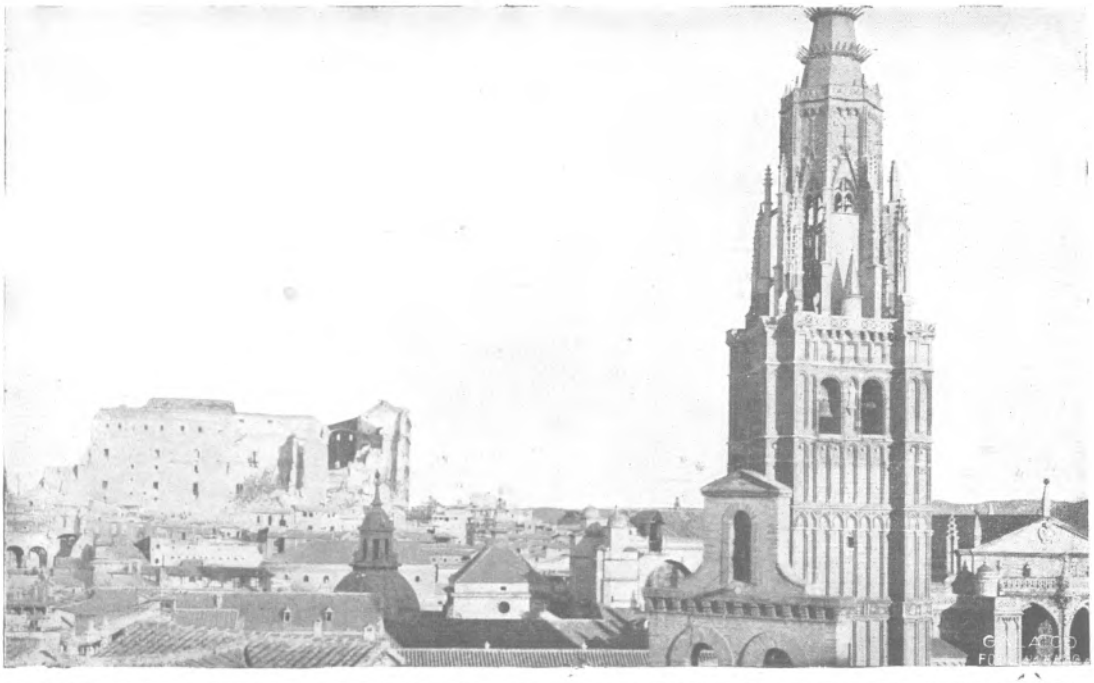


Aquí se ve el Alcázar ardiendo por efecto del intenso cañoneo. Obsérvese la torreta de primer término ardiendo, y la del fondo en esqueleto
(Foto Marina)

Debemos esta artística fotografía al buen deseo de los redactores gráficos del "Ahora" de ver en llamas todo el edificio. Probablemente se sacó la noche del 24 de julio, cuando una escuadrilla de aviones rojos incendió la torreta del lado NO. Pudieron y debieron volver la máquina fotográfica hacia el otro lado y darnos la visión de "muchas casas de Toledo que ardieron esta noche por efectos de la mala dirección del bombardeo" (Diario del Alcázar).



Desde los montes donde se alzan los famosos "cigarrales" de Toledo, se puede contemplar el esqueleto del coloso caído, que pregona ante el mundo la criminal barbarie de la fiera marxista. Lienzos oriental y sur



Desde la antigua residencia de los jesuítas, el autor saca esta foto para dar a conocer el efecto de las dos minas simultáneas. Lado oeste del Alcázar; en primer plano, la Catedral

(Foto del autor.)

sus lujosos cigarrales, cuando ya las baterías de Pinedo, siguiendo el compás al vuelo de gigantescos pájaros de hierro, que llevan cabalgando entre sus alas los genios destructores de la muerte, comenzaron a celebrar la fiesta españolísima de aquel día. El objetivo era, a no dudarlo, la fachada norte del Alcázar; su plan, el de abrir una fuerte brecha y comenzar por ella el asalto del edificio.

Un aeroplano describe una curva sobre el cielo; se precipita, hasta rozar casi las torres del Alcázar, y deja caer multitud de papeles. Son números del *A B C,* impresos aquel mismo día. Este periódico, de fama mundial, lo han profanado los directores del Frente Popular entregándoselo a los partidos rojos para que puedan mentir en sus columnas contando victorias que, a falta de realidad, tengan al menos la credibilidad de estar estampadas en letras de imprenta.

Aquellos números, que se procuró recoger en seguida por la autoridad, venían tan impregnados en refinada malicia, que hicieron mucho más daño en el ánimo de los defensores que los mismos instrumentos de guerra que en aquellos momentos sentían caldearse sus entrañas arrojando muerte y destrucción sobre los muros del Alcázar.

En aquel periódico, con grandes caracteres, se anunciaba al mundo la rendición del Alcázar de Toledo ante el empuje indómito del general Asensio, contando el acto de la rendición con todos sus pormenores. Para hacer más creíble la canallesca pantomina, se habían compuesto en él unas fotos que representaban a varios guardias civiles, con las manos en alto, salvando los escombros del derruído edificio en actitud de entregarse.

Esta infame tramoya, esta patente ignominiosa de embustero público y universal, que aquel día firmó la Historia, para que el mundo todo conozca toda la honradez que anida en las conciencias de los hombres que forman el Frente Popular, era para los defensores del Alcázar, y de un modo especial para sus directores, de una trascendencia inmensa, de unas consecuencias fatales.

Si los otros caudillos que luchaban entonces por la liberación del territorio español, destrozado por aquellos bandidos engalanados con carteras ministeriales, se persuadían de que los héroes toledanos, los que se habían encerrado en el Alcázar para rimar una epopeya que engalanase las páginas de nuestra historia patria, se habían rendido,

habían roto aquellas espadas toledanas con cuyas puntas comenzaron ya a rimarla, ¿para qué acudir ya en su defensa? ¿Para qué trazar un movimiento libertador sobre Toledo, que de suyo no entraba en los planes del alto mando?

Todo este cúmulo de negras conjeturas pasó por la mente del coronel Moscardó y de los jefes superiores del Alcázar, atenazando su espíritu, mientras dirigían la defensa en aquel memorable día de Santiago.

Por eso, el teniente coronel don Pedro Romero nos dice, sintiendo todavía la angustia de su alma, aun después de verse libertado: "El asedio fué terrible. Durante los tres primeros días se nos hizo el ataque con granadas de siete y medio, que apenas hacían mella en los fuertes muros del Alcázar. Cuando nuestros enemigos comprobaron la impotencia de estos proyectiles, emplazaron los de diez y medio, y aun con éstos, los efectos sobre el edificio eran casi nulos. Entonces comenzaron a disparar con granadas de quince y medio, y es inconcebible la cantidad de proyectiles que de este tipo lanzaron sobre nosotros. Este día nos pareció que el mundo se desplomaba sobre nosotros. Destruyeron las granadas el cuarto de banderas, el bar y una torre."

Mientras el cielo se desplomaba sobre el Alcázar, en expresión del señor Romero, sus intrépidos defensores se movían con rapidez vertiginosa en sus puestos de combate. Era la primera vez que se escuchaba, durante el asedio, el horrendo estampido de las granadas de quince y medio, que se acercaban por el aire con un silbo característico y, al tocar los muros y explotar sobre ellos, dejaban caer las piedras de las cornisas, lanzándolas a enormes distancias.

Un corneta de la Guardia civil, desde el patio central, y un vigía, en cada uno de los otros puestos, estaban a la mira. Al ver desde lejos el fogonazo del cañón, daban aviso con la corneta. Un altavoz, colocado en el patio, daba la voz de *¡fuego!* Todos los defensores lanzábanse al suelo; el proyectil llegaba silbando su canto de muerte; explotaba; abría una brecha; se desplomaba un trozo de capitel o el alero de un tejado y... otra vez de pie y a seguir disparando hasta que el agrio chillido de la corneta volvía a sonar. Y así todo el día.

De pronto, una granada de quince y medio se acerca silbando como un buho que pasase con rápido vuelo por entre las torres; da sobre la artística puerta de entrada, en la fachada principal; se la lleva tras sí

hasta el interior; encuentra a su paso la estatua de bronce de Carlos V que se alza en medio del patio pisando con sus pies la figura de un negro encadenado, y la derriba por el suelo, dejando intactas las dos figuras, y va a explotar, por fin, en la escalera central, cuyos tramos de piedra se desencajan y derrumban los unos sobre los otros.

"Yo estaba al lado de la estatua—me dijo el simpático guardia civil Gregorio Pérez—; me pasó rozando el proyectil, y uno de los cascos, al reventar, cruzó como una exhalación entre mis piernas. Nada me pasó, gracias a la Providencia divina."

La estatua del Emperador quedó sin lanza; ésta saltó convertida en astillas, y la mano, ya inerme, señalaba con su dedo índice al sitio de donde baja la victoria hasta las manos de aquellos que en Dios confían; el dedo de Carlos V señalaba el cielo. Entre tanto, un poderoso trimotor, de inconfundible marca soviética, paseaba tranquilo por encima del patio central, dejando caer pesadas bombas de trilita, que levantaban las duras losetas de granito que forman el pavimento; el *paqueo* arreciaba sobre todos los puestos de combate como tremenda granizada; castañeteaban sin cesar las ametralladoras, y allá, dentro de la ciudad, veíanse las negras humaredas de los incendios de varias iglesias.

Al cerrar la noche, se calmó la irascibilidad de los cañones; las sombras se tendieron por aquellos contornos, y la luna, en su cuarto creciente, vertía sus pálidos reflejos sobre las primeras ruinas del regio Alcázar toledano. Veamos ahora el efecto que en los sitiados han producido los horrores de aquel día.

Me dijo un oficial de la Guardia civil, que más de una vez tuvieron, durante el cañoneo, que intimidar a varios niños porque no se podía acabar con ellos que se mantuviesen quietos en los sótanos; querían ver aquello desde la puerta que da al patio, donde las granadas explotaban sin darse unas a otras descanso.

En un artículo dice así el heroico capitán Vela: "Después de los primeros cañonazos de los días 23 y 24 de julio, apareció allá lejos, el día de Santiago, una cosa grande que no se apreciaba bien lo que pudiera ser; pero he aquí que de pronto se nos inicia con un recio chupinazo la dinastía de los *Felipes,* que de este modo bautizamos a los cañones de quince y medio. Fueron reinando, porque se contaron todos: Felipe I, II..., V. Hasta aquí la historia iba de acuerdo con la rea-

lidad. Pero es que la dichosa dinastía era inagotable, y así llegamos a Felipe VII, VIII... ¡La historia, en este punto de dinastías, es una embustera; no cabe duda!"

Así tomaban a broma aquellos hombres la llegada de los mortíferos instrumentos con que sus enemigos les pretendían aniquilar.

Al día siguiente de este ataque formidable, que debió haber sido el decisivo, apareció el primer número del periódico, que titularon *El Alcázar*. El lance del día de Santiago les dió margen para burlas y chirigotas durante los tres primeros números. En el número segundo, correspondiente al 27 de julio, se dan estas noticias: "*Información Alcazareña.*—El día de Santiago, Patrón de España, nos lo amenizó la artillería enemiga con las salvas de rigor que evidencian su incultura, pues no tienen más eficacia que la destrucción de la riqueza arquitectónica de esta joya."

Pocas líneas después prosigue:

"*Cock-tail de Bravos.*—Don Pepino (es decir, las granadas), haciendo *el Comendador*, visita casi todas las dependencias. Como lleva bigotes del quince y medio, se le respeta y se le cede el local por algunos instantes. Quedó terminantemente prohibido recoger granadas antes que explotasen, pues era un verdadero abuso no dejarlas cumplir su misión.

"El cañón, después de su generosidad con nosotros, hace que los proyectiles pasen de largo, teniendo que consolarles con cantar aquella copla andaluza... *¡Adiós, Granada!*" Alude este saladísimo e ingenioso equívoco a una canción, ya muy conocida por España, en que se canta un adiós a la ciudad granadina.

Pero aún se ríen esos héroes con más desprecio de los alardes del Frente Popular en el número siguiente, que es el tercero, donde se pone este jocoso anuncio:

"*Necrología.*—Víctima de una delicada operación, llevada a cabo por el doctor Cañonazo, ha fallecido nuestro querido amigo don Carlitos V. El Negro, que desde hace tiempo le acompañaba, no pudiendo resistir *el golpe,* murió repentinamente. Nuestro más sentido pésame al *Negus.*

"También ha fallecido don Cronómetro, víctima de una catarata explosiva, cuya extracción fué llevada a efecto con toda felicidad. Enhorabuena."

Y, para colmo de estoicismo, de sangre fría, en medio de aquel ambiente de muerte que allí se respira y que se desprecia con un heroísmo inconcebible, véase el entrefilete que se pone en la primera columna de este número. Se ha hablado en otros anteriores de la presencia de un potente trimotor, que dejó caer metralla abundante los días 24 y 25 y que parece lo pilotaba el aviador rojo Rexach. El día 26 no hizo acto de presencia, y los redactores del diario se ríen de él con este aviso:

"*Anuncio.*—Se ha perdido un pajarito muy mono, que hasta hace dos días volaba y cantaba por los alrededores de la nueva Numancia. Atiende por el nombre de *Trimotorcito.* Si alguna persona lo *descubre,* se le ruega que avise inmediatamente."

Al leer estos párrafos, repletos de gracia y de humor satírico, y al saber en dónde están escritos y quiénes los escribían, no sabemos qué hacer: si reírnos con los autores de estos chistes, o si dejarnos llevar de ese misterioso escalofrío que recorre nuestros miembros al hallarnos en presencia de la sublimidad.

Y es lo extraordinario, que siguieron después los festejos. El día 27 el patio central del Alcázar ofrecía el aspecto animado de una ciudad alegre y confiada, en muy distinto sentido del que dió a esta frase nuestro inmortal dramaturgo don Jacinto Benavente. Se formaron los equipos; se invitó al público femenino de los sótanos, que acudió con serena confianza, y se celebró el triunfo del día de Santiago, en que los esfuerzos del enemigo por preparar un ataque a fondo se habían estrellado contra el valor de los defensores, con un partido de *foot-ball* y, al caer de la tarde, con una familiar verbena, donde se oyeron delicados cantos regionales.

Esta primera página de la inmortal epopeya del Alcázar de Toledo se cierra con dos episodios, de trágica sublimidad moral, sobre los cuales vierten sus reflejos de gloria dos cruces laureadas de San Fernando. Uno de ellos se desarrolla la misma tarde del duro combate del día de Santiago; el otro tenía aún embalsamado todo el recinto del Alcázar con fuerte esencia de flor de heroísmo.

Al enmudecer los cañones de las baterías enemigas, fatigados de su inútil tarea, se reunieron los jefes del Alcázar para deliberar sobre la situación dolorosa en que la infame calumnia del periódico madrileño

les había colocado. Era preciso, necesario a todo trance, llegar hasta los caudillos, que comenzaban ya a sembrar de laureles su paso por las ciudades y pueblos conquistados. Había que decirles que aquel periódico mentía como un bellaco; que los hijos de España, encerrados en el Alcázar de Toledo, seguían defendiéndose como legítimos cachorros del león de Castilla y estaban decididos a no salir de allí ni rendir la fortaleza mientras palpitase un corazón, mientras quedase una gota de sangre que ofrecer en holocausto por el honor de la bandera.

Pero también había que darles cuenta de la situación difícil en que se hallaban los defensores, cercados totalmente por manadas de fieras marxistas, que, más tarde o más temprano, subirían al Alcázar, y aquellas débiles mujeres y aquellos niños inocentes serían las presas favoritas, o de su lujuria, o de su ferocidad. Bastaría pintar el cuadro; la caballerosa hidalguía del general Franco y de los otros caudillos no necesitaba más argumento para saber lo que el deber nacional les imponía.

Y hubo uno que desde luego se prestó a desempeñar tan peligrosa comisión. Don Luis Alba era un joven capitán de Infantería; de regular estatura, moreno, de músculos resistentes, templados en el continuo ejercicio gimnástico, conocedor del campo como buen cazador, y experto en los escondrijos del intrincado Guadarrama.

¡Pobre muchacho! ¡Tan jovial, tan ingenuo!... Se brindó a recorrer disfrazado de arriero la distancia que separaba a los sitiados del frente salvador y hablar personalmente con el general Mola. ¡No volvió al Alcázar! Se descolgó la noche del día de Santiago por las últimas tapias que lindan con esas casucas que bajan hacia el Tajo. Atravesó el río a nado; se mezcló entre los milicianos que subían a la sierra, y fué descubierto por algún espía; tal vez, a lo que parece, por un antiguo asistente. Fué preso; logró escapar y volvió a caer de nuevo en las garras de los milicianos.

Hasta aquí lo que se sabía de él. Su buen amigo, y amigo mío también, don José Rodríguez Valero ha ido siguiendo el rastro sangriento que sus verdugos dejaron en pos de sus huellas, y podemos avanzar más en el desenlace de la tragedia. Traíanle preso a Toledo en un camión, y Dios permitió que el vehículo tropezase con un auto frente a la venta llamada del Hoyo, que está entre el río Guadarrama y Toledo viniendo

de Avila. En la venta bebían vino varios milicianos, que salieron al ruido del accidente.

—¿Qué lleváis ahí?—preguntaron al chófer del camión.

—Una buena presa. Es un fascista del Alcázar.

—¿Y lo lleváis vivo? Vais a ver lo que se hace con esos perros.

Y le asesinaron cobardemente. ¡Más de veinte contra uno! El camión siguió a Toledo con el cadáver, que fué depositado en la Fábrica de Armas. Un conocido del capitán Alba, quizá pariente, por temor de que le tildaran de hombre de derechas, no quiso ni avisar siquiera a la familia del malogrado héroe para que reclamara el tesoro de sus restos mortales.

Pero muy pronto el Gobierno de Madrid tuvo noticia de aquel triunfo. ¡Un defensor del Alcázar en sus manos!... Era preciso llevar a la ex Corte y pasear públicamente aquel trofeo para levantar el espíritu del pueblo. Y allá fué arrastrado el cadáver del capitán don Luis Alba, y entró por las calles de Madrid entre los aullidos jubilosos de unas mujerzuelas que ostentaban la misma filiación moral de la Nelken y la "Pasionaria", y profanaban sus marchitos despojos. ¡A moro muerto, gran lanzada, que dice el adagio español!

¡No te inquietes en el sitio donde reposes, capitán Alba; tú vives todavía, y el lecho donde duermes es el regazo, tibio y amoroso, de tu Madre España. Ni turbe tu sueño la visión de la venganza o de la justicia; tus hermanos no olvidan tu nombre ni el de tus asesinos; tú cumpliste con tu deber; ellos cumplirán con el suyo.

Dos días antes de comenzar el malogrado capitán su trágica odisea, los muros del severo Alcázar toledano habían presenciado otra escena, la más sublime que se desarrolló en aquel recinto, donde los episodios sublimes, de tanto prodigarse, se convirtieron en vulgares aventuras. Aquel día la Madre España se llenó de maternal orgullo recordando que muchos siglos antes se la habían conmovido las entrañas al presenciar otra escena semejante, que los libros de Retórica citan como ejemplo de *sublimidad moral.*

Yo también siento un orgullo grande al decir al lector que el relato que va a oír lo he recibido de los labios mismos del protagonista.

Recordemos que uno de los hijos del coronel Moscardó se halla en-

tre las garras de las fieras sanguinarias que señorean la ciudad de Toledo.

Trasladémonos de nuevo al despacho del comandante militar del Alcázar. Es la mañana del día 23 de julio, cuando se están organizando los servicios y acomodando a las mujeres y a los niños por los sótanos del Alcázar. Están con él varios jefes y oficiales que reciben órdenes.

Suena el teléfono; piden de la ciudad que el señor Moscardó se ponga al aparato. Un hombre, con voz campanuda, que suena a fatuidad y orgullo, le habla.

—¿El coronel Moscardó?

—Al aparato. ¿Qué desea?

—Soy el jefe de las milicias socialistas; el que tiene el mando de la ciudad. ¿Me entiende? Le doy a usted diez minutos para decidirse. Si dentro de ese plazo no ha entregado usted el Alcázar, cónstele que fusilaré inmediatamente a su hijo, y sepa que le tengo aquí, a mi lado; y para que vea que no le quiero asustar con una mentira, le va a hablar su mismo hijo por el teléfono.

En seguida se oye la voz del joven en el micrófono:

—Papá, ¿cómo estás?

—Bien, hijo mío. ¿Qué pasa?

—Me dicen que si no entregas el Alcázar van a fusilarme. No tengas pena por mí. Yo muero gustoso por Dios y por España.

—Sí, Luisito. Muere como español y como cristiano, dando dos vivas: uno a Cristo Rey y otro a España. ¿Me prometes hacerlo así?

Detrás del micrófono sonaron distinta y claramente dos vivas lanzados con acento seguro y varonil: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!

La voz campanuda se vuelve a oír en el teléfono:

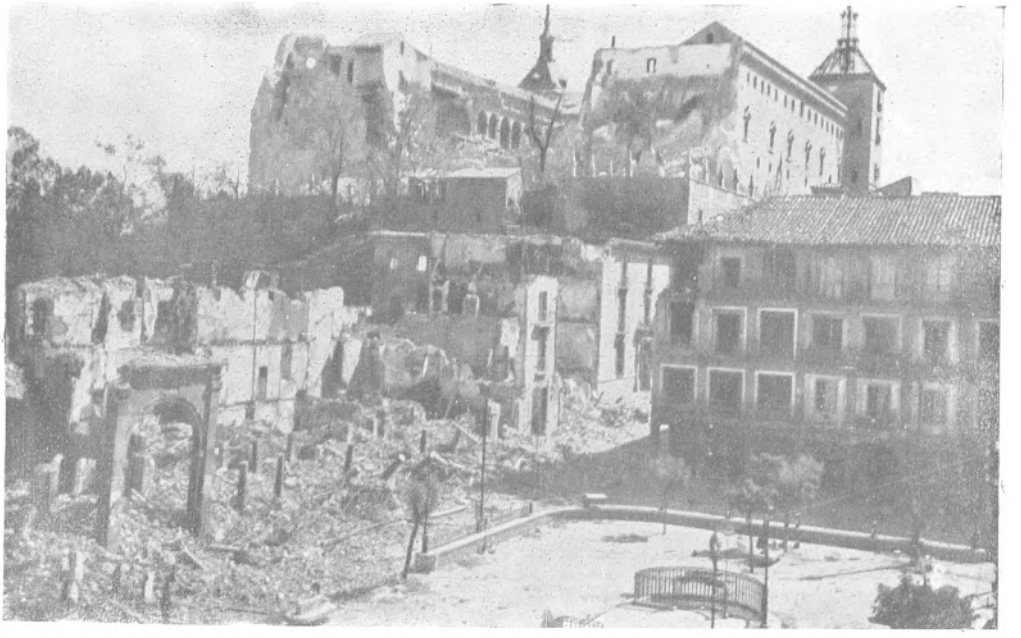
—Señor coronel. Abreviemos. Le he dado diez minutos de término y han pasado ya cinco. ¿Qué resolución toma?

—Que le regalo a usted los cinco minutos.

El auricular cayó sobre la horquilla. Los circunstantes se sintieron sobrecogidos de un pavor misterioso y se lanzaron al cuello de su jefe. Una sombra, vestida de arnés y malla de acero, atravesaba entonces por el espacioso salón mirando a su hermano con intenso cariño. Era la sombra de Guzmán *el Bueno*.

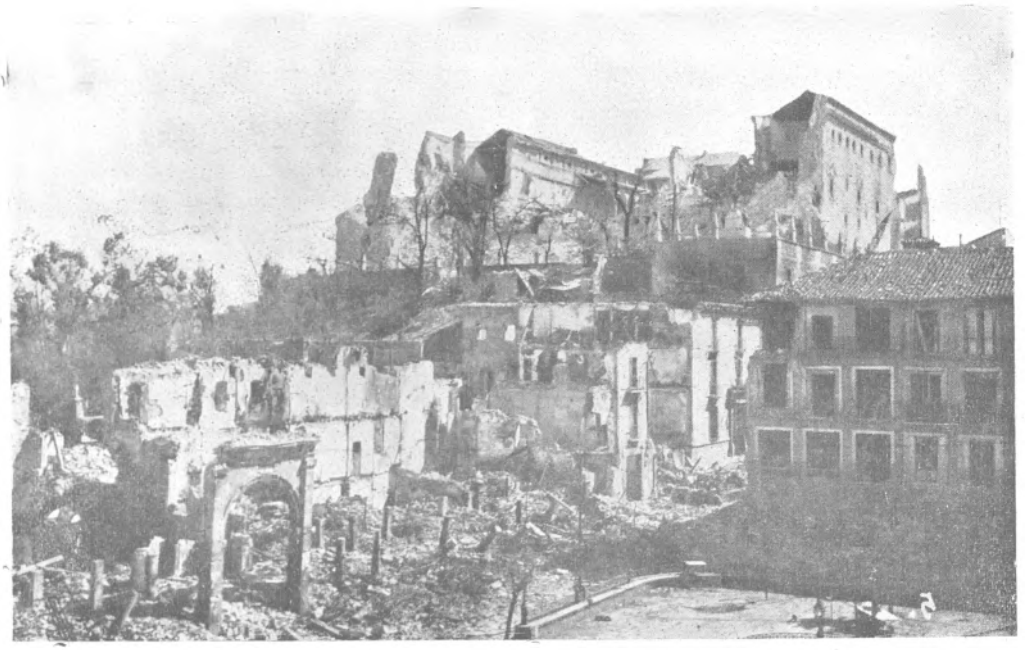
Oculto en su taller fotográfico de la plaza de Zocodover, y con pena en su alma de español, don Lucas Fraile va sacando estos diversos aspectos del regio Alcázar, conforme va perdiendo la galanura de sus torres y de sus muros severos.—Primer aspecto: el Alcázar hacia el 5 de septiembre. Después de cuatro días de intenso bombardeo, se derrumba la torre del NE. el día 4 de septiembre

(Foto L. Fraile. Toledo.)



Segundo aspecto del Alcázar. Derrumbada la torreta nordeste, comienza la obra demoledora de los rojos contra la noroeste. La torre "que desprecio al aire fuera, a su gran pesadumbre se rindió" a las once de la mañana del día 8 de septiembre, festividad de la Santísima Virgen, a quien los marxistas tanto odio profesan

Tercer aspecto del Alcázar. Intermedio entre el 8 de septiembre y el 18, en que explotan las minas. Sigue la acción destructora sobre la fachada del Norte para poder dar el último y definitivo asalto por este lado, al explotar las minas que se estaban preparando



Aspecto último del Alcázar desde el 21 de septiembre. La mina ha desgajado de su base la torreta sudoeste, envuelta entre los escombros del muro occidental. La estúpida saña de los rojos se reconcentra en la torre SE., que aún permanece enhiesta, como el dedo descarnado de un cíclope herido, que sigue señalando a los defensores el sitio donde deben tener puesta su esperanza. Por fin, el día 21, perdida su última joya, queda el coloso en la actitud que presenta en la foto del señor don Lucas Fraile

III

VIDA ÍNTIMA DEL ALCÁZAR

Lasciate ogni speranza voi ch' entrate.
"Desechad toda esperanza, los que habéis entrado aquí."

(*La Divina Comedia,* canto III.)

Al comenzar el mes de agosto, el Alcázar de Toledo, con todos los moradores de su recinto, estaba aislado completamente del resto del mundo. Aquel peñón levantábase como un arrogante clamor de desafío contra el poder, entonces triunfador, de los malditos hijos de Rusia, teniendo bajo las rocas donde asentaba sus muros la extensión de un mar embravecido, que dilataba su turbio oleaje por las provincias de Madrid, Toledo, Guadalajara, Ciudad Real, Cuenca, Jaén y Badajoz, y cuyas orillas confundíanse, por un lado, con las líneas divisorias portuguesas y, por otro lado, con las arenas donde mueren las espumosas olas del mar de Levante. Sobre aquel peñasco bravío alzábanse las cuatro torres hacia la altura como plegarias que pedían a Dios perdón por los pecados de España, ofreciendo en desagravio las vidas preciosas que amparaban con su sombra, entonando al mismo tiempo con los labios de sus defensores un segundo canto de reconquista española, semejante a los que cantaban al escalar sus muros las mesnadas de Alfonso VI y del santo rey don Fernando de Castilla.

La tétrica realidad de aquel desamparo vino a hacerse más triste con las medidas que para rendir a los sitiados inventaban con nuevos artificios los astutos sitiadores. El mismo día en que el gobernador del Alcázar acababa de regalar cinco minutos de dudas sobre la rendición de la fortaleza a los verdugos de su hijo, estos asesinos completaron su

obra; cortóse en las fábricas el flúido eléctrico que daba luz al Alcázar y quedó éste sumido en medrosas tinieblas, incluso los sótanos inferiores de la parte oriental, donde se habían acomodado las mujeres y los niños; los motores quedaron inmóviles; se cortaron los tubos que surtían de agua al edificio, y en medio de esta oscuridad medrosa se vivió en el Alcázar hasta el día de su liberación.

Los víveres que quedaban al finalizar el mes de julio se necesitaban para que los niños y los enfermos no murieran de hambre, y entonces se apeló al único medio que les quedaba para no perecer ellos de inanición. Entre los caballos que la Guardia civil había llevado consigo y los que ya poseía la Escuela de Equitación, sumaban 97 caballos y 27 mulos de tiro.

Entre los caballos se contaba uno que tenía su brillante historia; era un caballo de carreras, hermoso, ágil; había ganado muchos premios en varios concursos hípicos; llamábase *Cajón,* y su dueño, el capitán Silió, muerto después heroicamente en el asedio de Madrid, lo cedió también para el sacrificio. Se le concedió la prerrogativa de que había de ser la última víctima, y por eso se salvó de la muerte.

Se había tenido que encerrar los caballos y mulos en los sótanos inferiores, porque las continuas explosiones los traían inquietos y asustados. Comenzó el sacrificio por los caballos, porque su carne era más a propósito para ir acostumbrando los paladares. En España se tiene un asco instintivo a esta carne; no hay medio de generalizarla, como en otras naciones, donde se vende públicamente.

Por eso, al comenzarla a servir, el diario *El Alcázar* tuvo que quitar los escrúpulos, sobre todo en las mujeres, y dice en su "Información Alcazareña" del día 29 de julio: "Anteayer por la noche comimos un excelente estofado de caballo, excelente en su condimento y en sí; carne sustanciosa y jugosa, de blandura casi similar a la ternera; fué despachada con júbilo y reconocimiento hacia los autores de la idea. Nos dicen que escasísimos elementos, llenos de algún prejuicio imaginativo, tuvieron algún reparo. Nada más ilógico; el caballo es animal limpio y pulcro, al extremo de que ni come ni bebe nada que no esté en las mejores condiciones; el género de alimento, exclusivamente vegetal, hace que nada pueda justificar aquellos prejuicios. Las condiciones de sabor y alimentación (valor nutritivo) superan las de la raza bovina; el aspecto,

al natural, es también mejor que el de las clases comunes de carne." Eso dice el periódico: pero cualquier lector podrá vislumbrar entre líneas que esta advertencia ni la sentía el que la dió, ni convenció a ninguno de los comensales: es una confirmación del adagio que aconseja "hacer de la necesidad virtud".

A continuación se hacen dos advertencias, las cuales me explicó una de las señoras que pasó en el Alcázar la triste odisea.

Se aconseja primeramente que "se ponga cuidado en la provisión del agua, no usándola en mayor cantidad de la necesaria", y que, sobre todo, se debe limitar a la bebida. Después se da este otro aviso para tranquilizar al personal: "Los *pacos* pueden tener algún éxito si no se tiene la debida prudencia, no exponiéndose a su fuego sin necesidad."

Estas dos advertencias se dieron especialmente por las mujeres. Ni a ellas ni a los niños se les ocupó jamás en faenas de guerra: su misión fué tan solamente la de rezar y la de animar con su espíritu tranquilo a los guerreros. Muchas se ofrecieron para contribuir a la distribución de cartuchos en las avanzadas; sentíanse émulas de aquellas matronas de Numancia y de Sagunto: pero sólo se aceptaron sus servicios en la capilla, en la enfermería y en la cocina.

Sin embargo, el aprovisionamiento de agua para la bebida y el aseo declaróse personal. Por una puerta que daba a la explanada oriental, llamada *El Paso Curvo,* salían todos a proveerse de agua en un pozo, que ha quedado intacto, cerca de los pabellones que dan hacia Capuchinos, y era un espectáculo pintoresco ver las colas de mujeres que alrededor del pozo se formaban. De ahí los dos avisos: primero, rogándoles que no desperdiciaran el preciado licor, para que no les faltase; segundo, que al bajar a la aguada se recelasen lo más posible del *paqueo.*

La vida, en los últimos días de julio, se pasó en alternativas, ora de intensa violencia en la aviación y el cañoneo, ora de calma porque los mortíferos instrumentos necesitaban reposo, ora en impresiones de vida familiar, como las que proporcionó el nacimiento de una niña, que abrió los ojos a las tinieblas de aquellas oscuras mazmorras el día 27 de julio y que fué bautizada con todas las ceremonias que pudieron acudir a la memoria del ministro de aquel Sacramento, que lo fué el capitán don José Sanz de Diego.

* * *

Vamos a entrar en aquel aislado baluarte del honor de España hacia mediados de agosto, en que podemos darnos ya una idea de lo que fué la vida del Alcázar durante los setenta días largos que duró el asedio.

El cerco sigue inexorable. Los días pasan, y los caballos van desapareciendo del sótano donde se les guarda como un tesoro. Se habían ido sacrificando cuatro diariamente a los comienzos. Luego, al perderse toda esperanza de pronto socorro, y mirando a un porvenir que se tendía hueco y lleno de negruras delante de ellos, la ración tuvo que acortarse, hasta matar dos caballos diarios para alimentar cerca de dos mil personas.

Murieron, por fin, todos, menos el célebre caballo de carreras, y comenzó el sacrificio de los mulos. Su carne era muy dura, de un sabor repugnante y de un olor más repugnante todavía. Sólo un hambre muy larga y cruel podía acercar a los labios aquella masa negruzca y grasienta.

Pero es que, además, se había concluído también la sal. Al terminarse la sal corriente, se había echado mano de unos pilones de otra muy basta, que se tenía para echarla en el pienso de los caballos y excitar su sed. También ésta se concluyó, y entonces la carne de mulo se tuvo que comer sin condimento de ninguna clase; cocida con agua.

Los desperdicios de los animales sacrificados juegan un papel importante en el Alcázar de Toledo. Como un lujo refinado de repostería, y para darse un festín entre camaradas que quieren celebrar el éxito de alguna de sus peligrosas y arriesgadas aventuras, la clase de tropa, aun los oficiales, asaltaban la cocina, ganaban a los simpáticos cocineros y con la carne o con las entrañas del mulo, que yace descuartizado, se preparan en el horno sabrosos chicharrones, que saben a gloria. ¡Aquello era un banquetazo! ¡Cuántas veces, me dice uno de los pinches de cocina, entraban los niños a freír chicharrones, o los soldados para amenizar una fiesta confeccionando tortas de respostería y regalarlas a sus mujeres o a sus hijos! Estas tortas, asaz codiciadas (me han enseñado algunas que sobraron), reducíanse a una masa de trigo a medio moler, que amasaban con grasa de mulo.

La grasa de los animales sacrificados tenía además un empleo de grandísima utilidad. La luz eléctrica faltó, según hemos visto, desde el momento en que, detrás de un teléfono, llagaron con voz varonil

hasta los oídos de un padre los dos vivas que sellaron los labios de Luis Moscardó. Al apagarse a la vida aquellos ojos brillantes y animados de luz juvenil, se extinguió también la luz en el Alcázar de Toledo.

Desde entonces, la grasa de los caballos comenzó a suplir la falta de la electricidad. Una lata de sardinas o de conservas, repleta de sebo de caballo, con una mecha fabricada con un trozo de camisa retorcido, estos fueron los manantiales de luz con que pretendían inútilmente engañar a las sombras los moradores de aquellos subterráneos. Como no era prudente malgastar tampoco la grasa, al rayar el día apagábanse aquellas antorchas y se hacían la ilusión de que gozaban de la luz solar, porque algún reflejo se deslizaba por entre el vano de las claraboyas.

Hace muy pocos días visitaba yo aquellas ruinas, que tengo ya muy trilladas de tanto subir a ellas, recelándome siempre de las traidoras bombas de mano que siembran los escombros. Iba con el teniente coronel don Pedro Romero, con su hija Carmen, viuda en la flor de su primavera, y con su amiga María de los Dolores Lozoya, que también ha perdido a su esposo en el Alcázar. Llevaba la sagrada misión de rezar dos responsos: uno en la piscina, donde está enterrado el cadáver del malogrado teniente don Jesús Enríquez de Salamanca, que fué esposo de Carmen, y otro subido entre los hierros que forman la armazón de la torre del suroeste, donde aún está sepultado el cadáver del teniente Cuesta, esposo de Dolores, y que todavía no ha podido encontrarse en la difícil y peligrosa operación de los desescombros.

Después de rezar por sus difuntos, quiso don Pedro mostrarme el subterráneo donde había estado albergada su hija, enfrente del cual se abre la boca de una cueva, y en ella está el aljibe, al cual se trasvasó parte del agua del depósito central.

La oscuridad de la cueva era completa, y el que nos acompañaba tomó un objeto en sus manos, le aplicó una cerilla y comenzó a arder.

Era uno de los artefactos de hojalata que les servían de faroles. Aún estaba cebado con grasa de mulo. La luz era bastante intensa; pero el humo que en negras espirales comenzó a esparcirse por el aire y el olor repugnante que nos comenzó a envolver, me hizo exclamar:

—¡Sufrirían ustedes mucho con tanto humo y con este olor tan repugnante!

La hija de don Pedro Romero me contestó sonriendo:

—¡No lo crea! No reparábamos en esas menudencias. ¡Teníamos delante tantas otras cosas a que tenerles miedo!... ¿Ve usted? En esa cornisa estaba colocada la lámpara que nos alumbraba toda la noche. A veces no podíamos respirar; pero el sueño nos vencía, y no era el humo, sino los cañones los que se encargaban de despertarnos.

Con este sistema tan primitivo de alumbrado y a la luz mortecina de estas candilejas nacieron un niño y una niña, y, alumbrados los improvisados cirujanos con estas candilejas, se hicieron operaciones delicadas de amputación de piernas, extracciones de metralla y otras, con los más satisfactorios y felices resultados.

Sobre el problema de la luz alzábase otro de mayor importancia y de más difícil solución: el problema de la harina para que, al menos, pudiera formar ésta la base de la alimentación.

Nos dice un documento inédito, pero de carácter fidedigno por ser oficial, que la harina se terminó el día 27 de julio. Había como reserva en los almacenes unos tres mil kilos de trigo y una gran cantidad de cebada para el consumo de las caballerías, a quienes no faltó nunca su sustento. Al terminarse la harina, tuvo que cesar también la fabricación del pan, y se apeló al recurso de dar en las comidas, para acompañar a la carne de caballo, un puñadito de trigo tostado, que cada cual desmenuzaba como podía. El instrumento más corriente para esta primitiva molturación solía ser un casco de granada haciendo presión en los granos sobre una piedra de las que se desprendían a impulso de las bombas enemigas.

Muy pronto se vieron bajar de volumen los apiñados haces de sacos que guardaban el trigo, y aquel rápido descenso les dijo a las autoridades que tenían el cargo de mantener a los sitiados con el capitán señor Cuartero, que en no muy lejana fecha habría que prescindir de aquella tan necesaria base de alimentación.

La Providencia divina se presentó a remediar con largueza este mal y ahuyentó por completo los temores de la presencia del hambre. En el documento oficial que seguimos, consígnase este dato con una sequedad estoica: "Por una confidencia, supo hoy el coronel don José Moscardó que en cierta casa, no muy lejos del Alcázar, existe un almacén de trigo, que puede ser fácilmente trasportado."

En efecto, allá abajo, en una de las casas que lindan con las dependencias del Gobierno militar, hay un depósito de granos, propiedad del Banco de España. Era necesario que aquel precioso cereal cambiara de sitio y realizase prácticamente las tiernas palabras de nuestro Divino Maestro cuando dijo: "Mirad a los gorriones del soto, que no siembran ni recogen en graneros, y mi Padre celestial se encarga de alimentarlos con los granitos que se olvidan y abandonan en las eras."

En el periódico *El Alcázar,* correspondiente al 30 de julio, se hace este jocoso y enigmático reclamo: "*Aviso.*—Necesítase chico dispuesto y valiente, capaz de trasportar de una sola vez varios sacos desde la ciudad imperial hasta el palacio de Carlos V. No se dice el contenido de dichos sacos, por temor a que todo se convierta en humo."

En efecto, la requisa pudo llevarse a término sin temor a que las granadas enemigas se entretuviesen en incendiar los almacenes. Mandóla el comandante Araujo y se brindaron para efectuarla muchos chicos valientes; todos los del Alcázar. Una salida a medianoche, la del día 3 de agosto, tuvo por resultado el trasporte de 23 sacos de a 90 kilos, y en otras diversas salidas se acabó de completar el despojo.

Ya no tenían que preocuparse los sitiados de la alimentación. Ya tenían trigo; lo que no tenían era aparato para reducirlo a harina. Por de pronto, siguióse el rudimentario procedimiento del casco de granada golpeando sobre una piedra. Esta operación era muy lenta y, sobre todo, dejaba el trigo a medio moler y envuelto entre la arenilla que de la piedra se desprendía. Pensóse en idear algún sistema de molturación más rápido y más perfecto. La oficina de Intendencia poseía una pequeña molturadora eléctrica, la cual he visto en mis visitas al Alcázar. Es una especie de molinillo provisto de su tolva, que pesará en conjunto unos cuantos kilos. Pero no contaban con corriente para moverla. El ingenio de aquellos acorralados defensores suplió a la electricidad que les negaban los desalmados asaltantes. Púsose cerca del aparato una de las dos motocicletas que se guardaban en los sótanos; una correa sin fin engranaba el pezón de la tolva con una de las ruedas de la moto y, al girar ésta, imprimía un movimiento giratorio, más o menos lento, a la molturadora. El problema estaba resuelto.

En aquella tahona se fabricaba el pan para los hambrientos defensores. Los bollos pesaban unos ciento cincuenta gramos. Se daba uno a

cada persona en el reparto colectivo, y esa ración había que estirarla para todo el día. El pan del Alcázar de Toledo ha recorrido ya las regiones todas de España y gran parte del extranjero; una informe masa de trigo a medio triturar, amasado con agua, sin levadura ninguna y que, para más sarcasmo de las reglas de gastronomía, llevaba la forma coquetona de un esponjoso bollito de Viena. Yo tengo uno en mi poder; a los que hayan visto otro en sus manos, yo les exijo un tributo de admiración, mezclada con asombro, para esos pobres hijos de mi Madre España que, por no entregar el honor de su Patria a la profanación de los criminales hijos de Rusia, prefirieron sentir la garra del hambre clavándose en sus cuerpos marchitos y flacos, engañando a la muerte durante dos meses con aquellos pedazos de piedra, negra y mohosa, que les servían de sustento.

¡Y con qué placer se comía!... Hombres hubo en el Alcázar, padres de los pequeñines que jugaban en los sótanos con la despreocupación de los siete años de ilusiones en esta vida, que se privaban con gusto del mendrugo diario para aumentar la ración de sus hijos; y me decía la esposa de un guardia civil, recordando aquellas horas de eterna pesadilla: "Aquellos angelitos de Dios devoraban el trozo de pan con la misma fruición con que en otros tiempos felices despachaban a menudos bocaditos una figurilla de tierno y sabroso mazapán."

"Los días de gran fiesta—añade uno de los cocineros—se extremaba el lujo de la panadería y hacíanse para las mujeres y enfermos, como un alarde respostero, unas tortitas de pan amasado con grasa de caballo; aquello era lo más selecto de nuestro repertorio."

Haciendo coro a este desafinado canto del pan y de la carne, suena también la canción del agua. Hemos visto a las mujeres, sin distinción de clases sociales, bajar por el Paso Curvo, acercarse al pozo que se abre por la Sección de Tropa y formar larga cola para proveerse del líquido necesario para beber y asearse. De la excesiva extensión de estas colas nacieron los avisos que hemos leído en el periódico de la localidad alcazareña.

Pero también muy pronto, el 27 de julio, las desalmadas milicias rojas, que por confidencias secretas de los primeros desertores sabían que, cegando aquel manantial, harían daño a sus víctimas, afinaron la no muy precisa puntería de sus aviones, y acertaron a destruir el engranaje de la

elevadora. Por otra parte, el *paqueo* era brutal en cuanto aparecían las mujeres con sus cántaros en busca de agua, y se prohibió que éstas saliesen fuera del recinto del Alcázar.

Un aljibe inmenso ábrese en el fondo del sótano superior, por la parte que da a la puerta de Poniente, y de él comenzó a surtirse todo el vecindario alcazareño. Tampoco se tenía confianza en la cantidad de agua que el depósito pudiera contener, y se temió que aquel elemento indispensable para la vida tocase a su fin.

Se dió entonces un bando por el cual se limitaba el consumo de agua a la cantidad de un litro diario por persona y para todos los menesteres, y esta medida de prudente previsión da margen a multitud de anécdotas y de impresiones, que nos comunican los sitiados. Varias de las esposas de jefes y oficiales, porque allí las medidas de rigor eran para todos, sin distinción de jerarquías, me dicen a propósito de este racionamiento, tan duro como necesario:

"El litro de agua lo necesitábamos para beber; eran los meses de agosto y septiembre; el aire, enrarecido por nuestra misma respiración, producía una sed devoradora. No nos lavábamos, ni casi ninguna nos mudamos de ropa interior durante los dos meses del asedio, porque muchas no teníamos tampoco ropa con que mudarnos. La miseria más espantosa cubrió nuestros trajes y nuestros cuerpos, de tal modo, que ya no hacíamos caso de los animalejos que vivían a expensas de lo poco de carne que nos quedaba en nuestros huesos. Propuso una señora que nos pelásemos todas al cero con la maquinilla. El tener que dormir con los camastros pegados los unos a los otros, sirvió para el rápido contagio, y sólo le diré que, al salir del Alcázar, yo, y creo que todas, hemos optado por quemar los andrajos que nos cubrían, porque fué la única solución que se pudo dar a nuestra ropa."

Las inmundicias y sobrantes de la limpieza, y desperdicios de los caballos, no era tan fácil arrojarlos y desprenderse de ellos para que no infestasen el ambiente. Unas letrinas, formadas por trozos de tela y pedazos de estera, servían para mirar por el decoro público, improvisadas en los mismos corredores, y sus restos recogíanse en varios recipientes, esperando el momento de poderlos hacer deslizar por una de las ventanas que daban a la explanada oriental, pues los fatídicos *pacos* tenían enfilados todos los huecos, esperando que asomase algún ser viviente

para saludarle con el maüser. Todavía quedan debajo de las desportilladas ventanas los armazones de los huesos de los mulos y los restos de inmundicias, que fatigan el olfato del visitante.

A los comienzos del asedio continuó la cocina en su sitio, que era una amplia dependencia, aireada y sana, adosada al comedor de los cadetes, al cual se entraba por el Paso Curvo y tenía contiguos los almacenes de los víveres del Alcázar. Una sección de tropa y de falangistas estaba encargada de subir el rancho, llamémosle así, para repartirlo a las señoras y a los niños dentro de sus sótanos. Las milicias marxistas se encargaron muy pronto de dificultar la operación.

Nos dice el documento inédito que voy siguiendo, que la comida se servía hacia las doce y al caer del sol; el 13 de agosto nos da la noticia de que se han tenido que cambiar las horas, dándose ésta a las diez y media y a las cinco y media de la tarde, "porque antes nos molestaba de un modo especial el enemigo a las horas de la comida".

La cocina hubo que llevarla dentro del Alcázar y construir un horno improvisado para cocer el pan. Colocóse ésta en un ángulo de la escalera central, dentro del rellano, que la defendía algún tanto del fuego enemigo. El humo y el mal olor que despedía la cocina obligaron a trasladarla definitivamente al sótano, donde los visitantes la vimos instalada.

Influyeron también en estos cambios las noticias que daban a las autoridades marxistas los desertores de que hablaremos en su lugar. Estos hombres cobardes, que, aprovechando alguna coyuntura favorable, se pasaban al enemigo, les señalaban los sitios donde podían hacer más daño, y la artillería roja se aprovechaba de tan criminales delaciones a las mil maravillas.

El rancho se repartía formando colas y llevando cada cual en sus manos el recipiente de que podía disponer. ¡Qué diversidad de utensilios se exhibieron delante de la cocina! Desde el plato de aluminio que usaba la clase de tropa hasta el prosaico puchero de barro o la lata grande de conservas, todo cacharro capaz de recibir el rancho desfiló en abigarrada comparsa delante de la olla de hierro, haciendo volver a la vida el recuerdo de las famosas *chanfainas* del convento. En esta cola formaban todos los habitantes del Alcázar; no había preferencias; solamente el coronel Moscardó y los otros jefes y oficiales, que por sus ocupaciones

no podían acudir personalmente, se hacían representar por algún asistente.

Tomada la refección con un apetito émulo del de los más refinados gastrónomos del Ritz o del Pallace, los platos y vasijas se limpiaban con un trozo de papel y quedaban en disposición de servir para el rancho del siguiente día.

Las patatas que se pudieron conservar, primero las sanas, después las ya pasadas, me dice el encargado de la cocina, don Eladio Durán, se guardaban para los enfermos y para los niños. Entre éstos se distribuían en cada ración cincuenta y tres patatas, es decir, una por cabeza, y el día en que se les daba leche condensada, gastábanse en total tres botecitos de a medio kilo. Muchas tardes se les daba también como merienda y cena un paquetito del llamado *postre ideal,* el cual tenían, por supuesto, que comer sin azúcar y sin leche.

El avión providencial que veremos cruzar rápidamente por encima de la ya destruída techumbre, calmó esta penuria en favor de los pequeñuelos y pudo dársele a los niños, además de lo ordinario, una cucharadita de harina lacteada. Estos datos hay que darlos a la Historia muy escuetos, sin salsa de retórica ni de literatura; perderían su perfume.

Es preciso advertir también que los hombres, los luchadores, los que pasaban el día en los parapetos para pasar después la noche avizorando por los huecos de las desportilladas ventanas, ésos no probaron nunca tales golosinas; las reservaban para sus mujeres, para sus hijos, para los enfermos, que no podían luchar. Eran los caballeros andantes de los tiempos cantados por Don Quijote de la Mancha y exhibidos hoy ante el escenario inconmensurable de la Historia, que si en la mente de Cervantes tuvieron una vida solamente imaginaria, en el Alcázar de Toledo se trasladaron a la realidad y fueron vividos por aquellos hidalgos de sangre castiza española, que sentían, al combatir, las dos adoraciones que trastornaban el cerebro del ingenioso hidalgo manchego; luchaban con el alma puesta en su Dios; luchaban con el corazón puesto en la dama de su cariño; en su esposa, en los retoños de sus amores.

Y hay otra nota delicada que deja sentir su sensible vibración en el canto rudo y selvático de los caballeros del hidalgo Alcázar toledano. Por confesión ingenua de las esposas de aquellos que formaban la

humilde clase de tropa, nunca, ni una sola vez, se hizo una distinción en la comida o en el trato en favor de las esposas y de las familias de los jefes. Era la mujer a la que se defendía, era la debilidad y la ternura a las que se prestaba en aquel recinto todo el caballeresco honor de la raza española.

Voy a descubrir ahora un jirón de vida íntima, una de tantas escenas que se van sucediendo con lenta monotonía durante las noches eternas del asedio. Lo va a bordar con su estilo llano y sencillo la esposa de un brigada de la Guardia civil:

"El dormir—dice—era muy pasajero, porque apenas podíamos respirar. Cuando, en medio del sueño, explotaba alguna bomba en los muros del sótano, lo cual era muy frecuente, nos despertábamos todas despavoridas. El humo y los gases de la trilita penetraban por los huecos de las claraboyas hasta nosotras y era preciso cubrirse los ojos y la boca con la frazada y tapar inmediatamente a nuestros hijos, que dormían destapados porque el calor se hacía insoportable. Entonces se rezaba con fe, con mucha fe, a la Virgen del Sagrario alguna plegaria. El polvo y la trilita iban poco a poco desapareciendo y volvíamos a echarnos sobre la cama para intentar dormir otro rato.

"Me acuerdo que vivía en nuestro sótano la hijita de un sargento, hoy brigada. Llamábase la niña Benjamina y tenía ocurrencias de ángel. A medianoche, cuando todos dormíamos, la pequeña se despertaba; sentábase en la cama y, moviendo del brazo a su madre para despertarla, comenzaba con tono suplicante:

"—Mamita, dame pan; aunque sea un corrusquito. Que *teno* hambre.

"—No lo tengo, hija mía. Ya sabes que no hay—le respondía la madre.

"—Entonces... dame un poquito de *colate.*

"—Tampoco hay chocolate, vida mía. Duérmete.

"—Entonces... dame agua.

"Y el agua que se conservaba en las latas o en los pucheros para apagar la sed, estaba ordinariamente muy amarga y de color amarillento. Había sido atacada por la trilita."

Esta fué la vida de las mujeres en los sótanos del Alcázar.

Si de estas ráfagas de sentimentalismo femenino queremos pasar ahora a recoger algunas otras que nos den idea de la vida íntima llevada

por aquellos indomables leones, el narrador se desconcierta por completo al querer buscar episodios trágicos que la describan. Quiere encontrar impresiones de angustia, donde se refleje la dura brega de los no interrumpidos combates frente a un enemigo quince veces superior en número y totalmente superior en armamento, y no halla más que rasgos de buen humor, escenas de camaradería, que pudieran alegrar muy bien un campamento durante los ejercicios de una Escuela militar.

No quiero despojarlos de su selvática hermosura. Va a hablarnos el ya mencionado capitán Vela. Va a describirnos una serie de privaciones que solamente por la Patria las podría tolerar el ánimo de un heroico soldado, y se ríe de ellas en estos términos:

"Allá va otra pincelada. Todos los del Alcázar fuimos, como vulgarmente se dice, *con lo puesto.* El agua, racionada a razón de un litro diario, cubría escasamente, dada la época del estío, las duras llamaradas de la sed. No daba para otros usos el agua, y nuestra ropa se iba metamorfoseando. Pasó del blanco porcelado al suave color pajizo y siguió oscureciéndose lentamente. ¿Para qué voy a detallar? Isabel la Católica sentó el precedente. Su *record* ha sido batido con exceso.

"Pero un día..., mejor dicho, una noche, fué raziada en una casa próxima una buena cantidad de disfraces de carnaval. Tratábase de una tienda de alquiler. Y... ¡era de ver al día siguiente el Alcázar! Parecía un domingo de Piñata. Había *pierrots* con tricornio de guardia civil y dominós con el airoso gorro cuartelero."

He podido precisar el día y hasta el nombre del sastre que padeció el despojo. Esta razia se hizo el 21 de septiembre.

Otro, el teniente Ravina, añadirá que para mudarse de ropa interior y poderla lavar, se pedía la suya a los soldados; que otros, mientras se les secaba puesta delante de algún rayo del sol, se habían vestido los elegantes calzones de un futbolista; que después... no se lavaban.

* * *

Dejaríamos incompleto este cuadro, tan realista como inconcebible en unos hombres que no fueran españoles, si no diésemos sobre él una pincelada de tan indefinido matiz que a algunos parecerá la tonalidad suave del cuadro que difumina algún tanto los brochazos de crudo rea-

lismo que se han esparcido en él hasta ahora. Yo creo que es uno de los tonos más valientes y más atrevidos que avaloran la heroicidad de aquella vida de privaciones y de sacrificios, ofrendados a España por sus hijos leales.

Se trata de una menudencia: la privación en que se vieron los defensores del Alcázar de rendir tributo al voluptuoso placer del tabaco. He tenido el capricho de recoger todas las anécdotas posibles en este sentido.

Si la mayoría de los hombres que subieron al Alcázar iban con la ropa puesta, porque jamás pudieron pensar en la duración tan larga del asedio, ninguno paró mientes en que convenía hacer provisión de tabaco, *¡por... si las moscas!*

El repuesto se agotó en los bolsillos o en el fondo del maletín a primeras de cambio, y los fumadores impenitentes comenzaron a estirar la provisión, racionando el deleite. Por fin, todo se convirtió en humo.

Y comenzó, según me decía gráficamente uno de ellos, esa especie de desazón moral, esa fiebre tan característica del fumador que no halla medios de satisfacer su capricho; fiebre que de modo tan gráfico llevó a la escena el célebre autor don Pedro Muñoz Seña en su graciosa comedia titulada *La Nicotina.*

Entonces se buscaron con avidez nerviosa las colillas que en tiempos mejores se habían arrojado con desprecio por los suelos o por el sitio donde se iba almacenando la basura. (Rigurosamente textual.)

Los empedernidos fumadores, que estaban ofreciendo su sangre y su vida por el honor de España, no podían resignarse aún a ofrendarle aquel pequeño sacrificio, y se lanzaron por todas las dependencias y rincones del Alcázar en busca de tabaco.

En los dormitorios y salas de estudio de los cadetes se halló bastante cantidad entre los fondos y rendijas de los pupitres y mesas de estudio. Cuando todo este material se redujo también a cenizas, "nos dábamos a recoger uno a uno los granitos que habían quedado, sacándolos cuidadosamente con el filo de una hoja *Gillette.*

"Cuando ya teníamos formado un pitillo raquítico, nos poníamos en fila los cuatro o cinco que habíamos hecho la búsqueda, y el cigarro iba pasando de labio en labio para dar una chupada y pasarlo al vecino".

Se agotó, al cabo, aquella fuente de humo, y todavía no dieron su

brazo a torcer los pobres fumadores. Hacíanse salidas a la explanada oriental, sin más fin que proveerse de las hojas, ya muy escasas por el continuo castigo de los *pacos*, que quedaban en las moreras y en las acacias del paseo del Zigzag. Traíanse las ramas, secábanlas al sol, hacían su pitillo y se forjaban la ilusión de que estaban saboreando legítima picadura de las mejores marcas de la Habana.

He oído multitud de anécdotas curiosas. Están varios soldados de la banda de música desgajando una acacia. El cañón de quince les ha visto y les manda un chupinazo, como llaman ellos a las granadas. Uno de los que estaban ya encaramados en el árbol viene a tierra y todos ellos salen lanzados entre polvo y trilita a varios metros de distancia.

No les ha pasado nada, por un milagro de Dios, y mi interlocutor concluye con gloriosa vanidad su relato:

—Pero la rama de acacia que estaba cortando vino conmigo al Alcázar, porque yo no la solté de mis manos.

Otro soldado ha podido formar un cigarrillo con varias puntas que ha ido buscando y lo saborea a solas en un rincón. He aquí que de pronto pasa cerca de él un brigada. El muchacho esconde respetuosamente el cuerpo del delito. El brigada se acerca, le huele la cara con insistencia y le dice, por fin, con aire de severidad.

—¡Muchacho, tú estabas fumando!

—¡Yo!..., es que yo...

—No me lo niegues. Tú fumabas.

—Sí, señor. Es que yo...

El brigada le da una palmadita cariñosa en el hombro y le dice:

—No, hombre, no tengas miedo. Te lo preguntaba para pedirte que me dejases dar una chupadita.

Y el cigarro se consumió entre los dos amigablemente.

Otra conversación entre un oficial y un soldado:

—¡Oye! Me han dicho que te has encontrado un pedazo de puro.

—Sí, mi teniente, pero lo he vendido.

—¿Cuánto te han dado por él?

—Diez pesetas.

—Pues has sido un tonto. Yo te hubiese dado quince.

Aquel medio puro llevó el gozo a muchos que de él participaron como buenos hermanos en el cuarto de banderas.

Véase una alusión a esta especie de fiebre nicotínica en la charada que propone el número 11 de *El Alcázar*:

Estamos...

TE, TI, TO, TU.

DIOS

La solución es ésta: *Estamos... sin tabaco.*

La suerte premiaba a veces el heroísmo de estos hombres con el galardón más codiciado para ellos: dándoles tabaco.

"Nos estaba acribillando una ventana cierto miliciano—díceme un valiente muchacho de la Guardia civil—. Nosotros estábamos allá arriba, hacia la parte del Oeste. (Y me señala el hueco de una de las ventanas del lienzo que da a Toledo, completamente acribillado a balazos, deshechos los adornos platerescos que la adornaban, y que es hoy un boquerón informe.) Ya habían formado los escombros el terraplén ese que ve usted ahí, y por los escombros se atrevió el... tal miliciano a ponerse debajo mismo de la ventana.

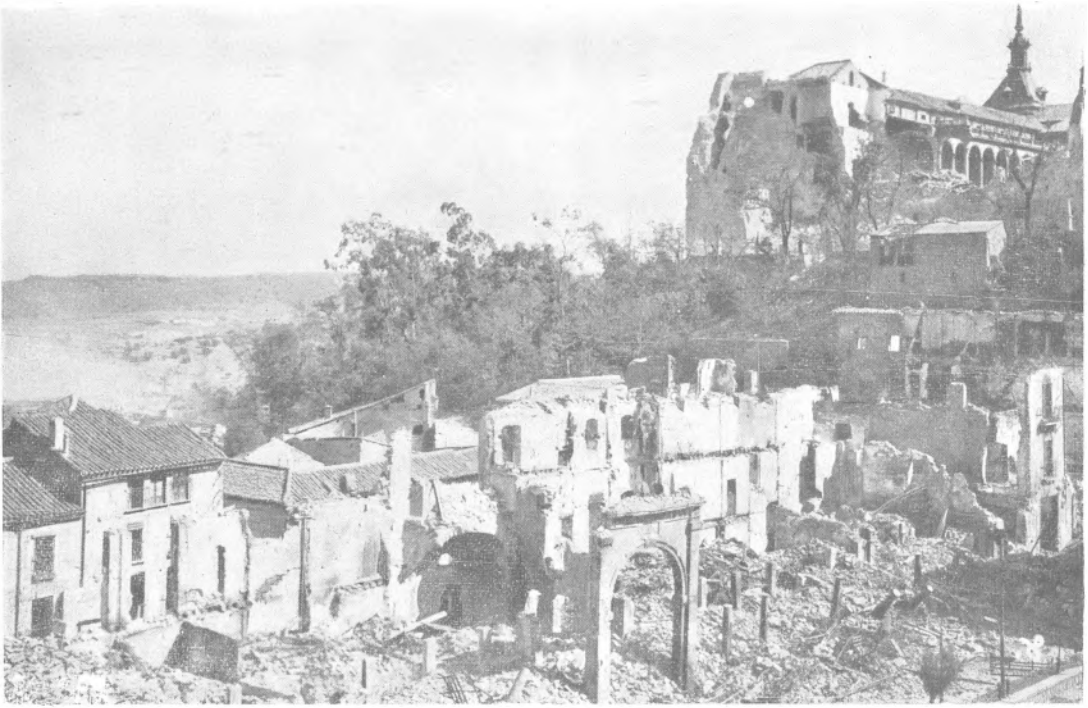
"Nos costó mucho enfilarle; pero al fin cayó con las sienes atravesadas por mi bala. El cadáver del *abisinio* (así llaman los defensores a los milicianos) quedó tendido boca abajo y con el fusil terciado a la espalda. La codicia nos puso a todos una idea en la cabeza.

"—Vamos a subir a ese *fiambre,* porque parece que es de buena marca el maüser que lleva y lo tiene sujeto con la correa.

"Le habíamos tirado cuando subía gateando y con el fusil terciado a la espalda. Trajimos unas sogas y unos garfios y logramos enganchar el cadáver. Tirábamos con mucha lentitud para que no se soltara. Mientras subía, se nos borró a todos la idea de aprovechar el maüser; otro pensamiento se apoderó de todos, y era el que nos hacía ir tirando con mucho cuidado. ¿Sabe usted cuál era?

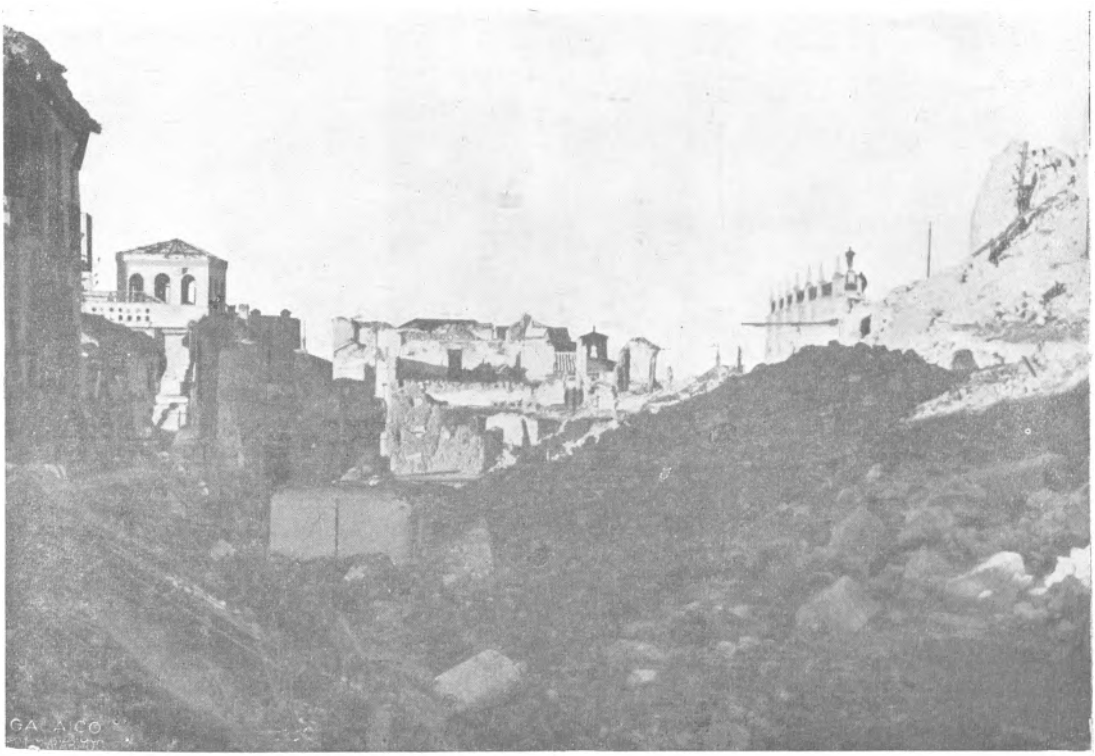
"—El de ver si tenía dinero. ¿Verdad?

"—No, señor, eso no nos importaba nada. El de ver si tenía tabaco.

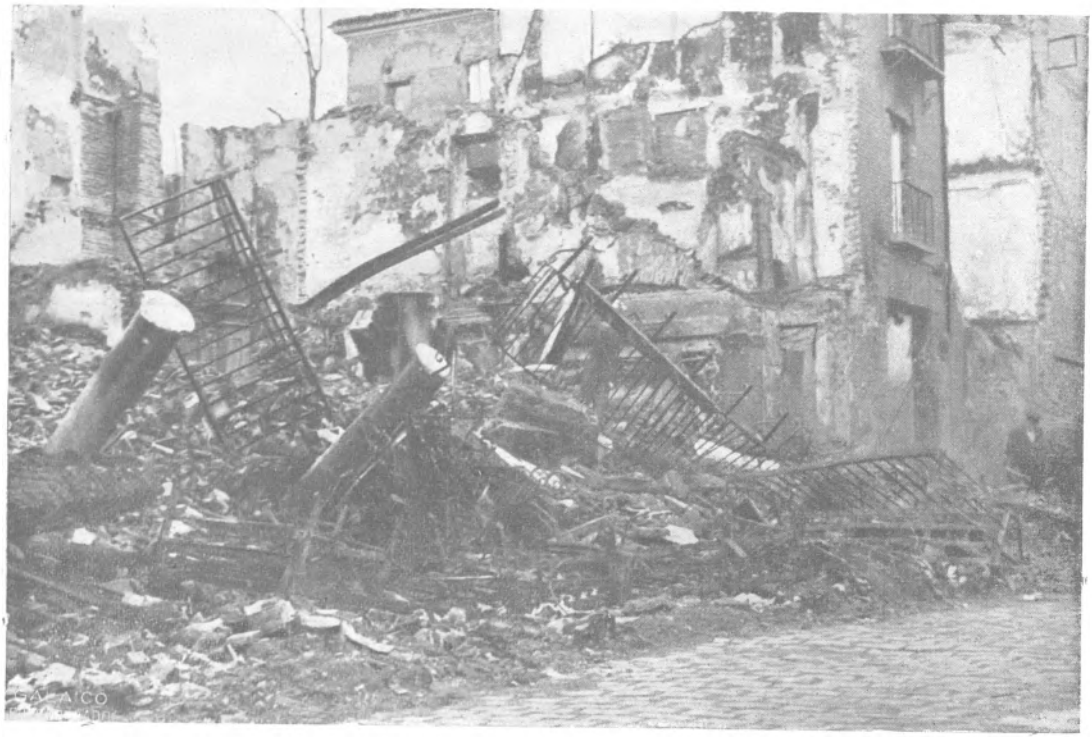


El arbolado del centro lo forma el paseo llamado el Zigzag, que baja desde la explanada oriental hasta el Gobierno Militar, cuyos muros están ardiendo a la sazón y forman el humo que se percibe a la izquierda. Foto sacada por el Sr. Fraile hacia los últimos días del asedio

(Foto Fraile. Toledo.)



Efecto de las dos minas simultáneas. A la derecha, escombros de la fachada oeste; queda cortada la subida al Alcázar y aislada la barandilla de la explanada norte. A la izquierda, restos del torreón sudoeste y calles contiguas al Alcázar que la explosión dejó reducidas a montones de ruinas



Aspecto que presenta la célebre plaza de Zocodover, destruída por los mismos aviones rojos con su loca y desorientada puntería

Plaza de Zocodover; arranque de la magnífica calzada que, doblando después a la izquierda, subía hasta la explanada norte y puerta principal del Alcázar. Los escombros, al ser libertados los defensores, bajaban, sembrados de bombas de mano sin explotar, hasta el sitio donde está el carro

"—¿Y lo tenía?

"—¡Huff! ¡La *caraba!* Un paquete de cuarterón sin estrenar y otro a menos de la mitad. No puede figurarse lo que nosotros bailamos alrededor del maldecido *abisinio!*"

IV

LOS CABALLEROS DE LA FE

> "Lo primero que le digo es que en el Alcázar todo fué milagro; la Providencia de Dios en todo momento sobre nosotros."
>
> (*Palabras del Excmo. Sr. General D. José Moscardó.*)

Los oscuros subterráneos del Alcázar de Toledo son la besana donde Dios acaba de arrojar la semilla de una nueva España. Crecerá pronto el tallo, y las flores de esa nueva planta no tendrán que envidiar la hermosura de aquellas otras flores de fe y de heroísmo que la engalanaron en el Siglo de Oro.

Y así como, al formar Dios la semilla de la vieja España, hizo que su Madre bajara hasta el Pilar de Zaragoza y que infundiera con su aliento divino el espíritu de su fe en el alma española, así dispuso Dios también que su Madre Inmaculada viviese las horas de agonía del Alcázar, en medio de sus hijos, para que el espíritu de la nueva España quedase bien saturado de amor mariano y fuese él como el alma que informe los pasos de la nueva España por la futura senda de gloria por donde va a lanzarse muy pronto. Por eso, la Virgen Inmaculada quiso hacerse prisionera de las hordas marxistas.

Tienen, según hemos visto, las Hermanas de la Caridad que cuidan de la capilla y la enfermería del Alcázar una imagen de talla de la Inmaculada, fabricada de cartón piedra, y representa a la llamada Niña de Murillo, con un racimo de angelitos que juguetean a sus pies.

Don Federico García Sanchiz nos dijo de ella en una de sus inimitables charlas: "Esta Virgencita Inmaculada, con su manto azul, con su

linda cara de novia, porque los españoles hemos querido siempre nuestras imágenes con caras de novia; esa Inmaculada, que tiene su martirio, con un angelito mutilado y envuelta ya en las oraciones de todos nosotros, es la que dió origen a una cofradía y a un culto."

En derredor de esa imagen van a desarrollarse las escenas de fe, cálidas y fervorosas, que vamos a presenciar.

Una pena inmensa se tendía por todos los ámbitos del Alcázar; la pena mayor que tal vez se padeció allí; Dios, en sus altos designios, había permitido que ningún sacerdote se pudiese encerrar con ellos, para perdonar sus pecados, para hacer bajar diariamente a sus manos consagradas la Hostia propiciatoria del Calvario, y para alentarles con palabras que llevasen a sus almas los consuelos de la religión católica.

"¡El Sagrario estaba vacío!... ¡No ver a Jesucristo en medio de nosotros, era un martirio!", decíame una señora de las que estuvieron dentro.

Pero había un altar, y sobre este altar una Virgen de lindos ojos y de manto color de cielo. En ella se reconcentraron los amores y las esperanzas de los sitiados. Tres de los defensores se constituyeron en sacerdotes, en directores de la parte piadosa y litúrgica del Alcázar. Don Andrés Marín, el capitán de caballería don José Sanz de Diego y el comandante de infantería don Víctor Martínez Simancas.

La capilla, que al principio siguió en su sitio ordinario, tuvo que ser trasladada muy pronto a un sótano; en primer lugar, para tenerla defendida, y además porque en la capilla del Alcázar no cabía el número grande de fieles que día y noche venían a rezar.

Muy pronto se quedaron sin Reservado. En una de las primeras noches, tal vez la de la fiesta de Santiago, se pensó en el peligro inmenso que pudiera correr el Santísimo en el caso de una brusca incursión de fieras milicianas, y las Hermanitas de la Caridad juzgaron más prudente consumir las Sagradas Formas. Pasada la medianoche, la Superiora comulgó: dió la comunión a sus Hermanas y a otras personas que lo pidieron, y la sacristana purificó el copón, que, con los demás vasos sagrados, se guardó, envuelto en paños y telas.

Quedaron solos y tristes aquellos valientes, y determinaron seguir sus cultos como en el tiempo ordinario se hacía. Por la mañana llenábase la capilla de fieles, que en sus devocionarios seguían las oraciones del Santo Sacrificio de la Misa y luego sus devociones particulares.

A las cinco y media de la tarde y a las siete y media rezábase diariamente el Santo Rosario, al cual acudían no sólo las mujeres y niños, sino la tropa y los jefes y oficiales, para comodidad de los cuales se rezaban dos Rosarios en distintas horas. Después de rezado el Santo Rosario de las siete y media, se introdujo la costumbre de rezar a continuación una novena. Se comenzó por la de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Cuando ésta dió fin, propuso el coronel don José Moscardó que a devoción suya se comenzase un octavario a la Santísima Virgen del Sagrario, patrona de Toledo. Terminado éste, y por devoción de las Hermanas de la Caridad, se hizo una novena a la Virgen Milagrosa.

Todavía, al terminar esta novena, por iniciativa del heroico ingeniero don José García Basarán, que muy pronto iba a morir gloriosamente entre las ruinas, se comenzó otra novena al Sagrado Corazón, teniendo todos la firme esperanza de que antes de concluirla se verían libertados.

No lo quiso el Corazón Divino, ni ellos perdieron un punto su firme esperanza de arrancar de su poder la liberación, y se dió comienzo, por fin, de un modo indefinido al ejercicio del Amor Misericordioso de Jesús, que se rezó hasta el último día en que obtuvieron su libertad.

Estas eran las preces diarias, a las que asistían todos los que en el Alcázar estaban libres de servicio. Además, los miércoles y viernes se rezaba el santo Vía Crucis, que dirigía alguno de los tres *capellanes,* que así se pueden llamar los tres caballeros cristianos que dirigieron los rezos. Las oraciones del Vía Crucis se tomaron de un librito escrito con motivo de la persecución española, y éste y las demás novenas las adaptaban a las circunstancias presentes del asedio. Sé que van a publicarse dichas novenas para que sirvan de recuerdo piadoso a los que en los sótanos con tanta fe las rezaron.

Además de estos rezos, que pudiéramos llamar *de comunidad,* veíase un grupo que iba deslizándose por la capilla, la cual nunca se veía sola, y por turno se tenía lectura espiritual, el ejercicio de las Sagradas Llagas y las oraciones de San Gregorio, por los difuntos del Alcázar.

Los días que coincidieron con alguna festividad mariana, como la fiesta de la Asunción, la Natividad de la Virgen y la fiesta de Nuestra Señora de la Merced, se estableció el Rosario perpetuo; formáronse grupos de a media hora, que durante ese tiempo rezaban el Santo Rosario, de tal suerte, que en las veinticuatro horas de esos días no dejó de subir

hasta las plantas de la Reina de la Misericordia la plegaria ferviente de aquellos pobres sitiados, que en Ella tenían puesta su esperanza.

Se ha detallado tanto el horario de la vida piadosa de aquellos héroes, para que los lectores descreídos reflexionen algún tanto en sus ratos de duda o de pena y sepan dónde está la fuente del consuelo y de la victoria. Ellos la pidieron a la que en sus manos la tiene; la pidieron con lágrimas y la arrancaron, por fin, de sus benditas manos.

Hermosa es la semblanza que de uno de estos improvisados y laicos, pero fervorosos, capellanes hace el redactor de un diario sevillano. Se refiere, sin nombrarle, al capitán Sanz de Diego; yo extiendo el elogio a los tres. "Aquel capitán dicharachero, jovial y alegre, aquel capitán olvidó su alegría y su optimismo. Quiso ser el más humilde, el más dado al sacrificio, y se encomendó a sí mismo la triste misión de dar sepultura a los que caían con el nombre de la Patria en sus labios; y olvidando su anterior jovialidad, aquel capitán dirigía el rezo del Rosario, alternando con otros dos valientes y abnegados defensores, y siempre estaba dispuesto al sacrificio por el bien de todos."

* * *

Como se ve por esta semblanza, que salió de la pluma de otro héroe, el capitán Vela Hidalgo, y por el horario que acabamos de puntualizar, en el Alcázar de Toledo se vivió intensa vida de fe y de piedad. Dios bendecía a manos llenas aquella ilimitada confianza en su Providencia, haciendo que viviesen los defensores entre continuas filigranas de prodigios y de verdaderos milagros.

¿Casos particulares? ¿Ejemplos que confirmen esta aserción? Innumerables. Cada paso de cada uno de estos caballeros de la fe es un testimonio. Hablad con cualquiera de ellos. El general Moscardó, sobrio siempre en palabras, cuanto pródigo en sus hechos, es interrogado por un reportero, que espera ávido, pluma en ristre, sus impresiones reveladoras.

—¿Qué dice mi general de la vida del Alcázar?

Pausadamente, el heroico laureado, pero sin titubear, contesta:

—Lo primero que le digo es que en el Alcázar todo fué un milagro. La Providencia de Dios en todo momento sobre nosotros.

Después de algunas noticias sobre el heroico proceder de su gente,

la obsesión de esta idea espiritual le vuelve al tema por donde ha comenzado su relato:

—Le repito que todo en el Alcázar ha sido obra de la Providencia de Dios; continuo milagro. Milagro, el que encontrásemos en unos depósitos del Banco mil sacos de trigo y que en varias salidas nocturnas los pudiésemos trasportar al Alcázar. Milagro, el que nos viésemos obligados a trasvasar el agua del aljibe para cerciorarnos de que no nos faltaría. Milagro, el que, en medio de aquel ambiente, saturado de trilita y de miasmas, todas las mujeres y niños hayan salido sanos y salvos. Milagro, el que, hallándome un día reunido con mi Estado Mayor en mi despacho, nos tiraran con el quince y medio, quedase destrozado el gabinete y nosotros resultásemos ilesos. En fin, todo un continuo llover milagros sobre nosotros.

Los ateos que lean estas líneas no se sonrían al pensar de cúyos labios salieron. El que se emociona lleno de agradecimiento a su Dios es el que lleva luto por la muerte de dos hijos, a quienes ha ofrecido con ojos serenos ante las aras del deber a la Patria, cosa que no sé si estarán dispuestos a hacer los que en la Providencia de su Dios no creen.

La misma impresión que en este ya tan célebre caudillo, ha causado la Providencia amorosa de Dios en sus subordinados. Se está preguntando sus impresiones íntimas sobre la vida del Alcázar a otro defensor, al heroico jefe de la Guardia civil, al cubano simpático, todo corazón y galantería, que se llama don Pedro Romero.

Este habla de los enterramientos, de los actos de heroísmo de sus guardias civiles, de las penurias en la comida, y, de pronto, detiene su memoria, sugestionada por la misma idea de todos aquellos caballeros de la fe, y dice con aplomo:

—Pero, sobre todo, apunte usted y no se le olvide: nos sostenía la fe; estábamos convencidos todos de que contábamos con la Providencia de Dios, que Dios estaba con nosotros y podía salvarnos, y nos salvaría cuando Él quisiera.

Es otro superviviente el que habla desde las columnas de un diario. Se llama el valiente muchacho Pepe Barón y Pardo Figueroa, y dice así: "Dese usted cuenta de la amorosa Providencia de Dios con nosotros. Los niños y las mujeres se hallaban hacinados en los sótanos, sin ventilación ninguna. Pues bien, no hubo que registrar ni una enfermedad

grave; tan sólo murieron dos ancianas de más de setenta años, y de muerte natural."

Leamos, finalmente, cualquiera de los números del diario de los intrépidos defensores; por ejemplo, el número 46 de *El Alcázar,* y leeremos así: "Entre los muchos detalles que prueban cómo la Providencia está de nuestra parte, hay dos significadísimos en el día de ayer. Uno, el haber caído una bomba de avión de las de 50 kilos en el alojamiento de Falange sin haber hecho explosión, habiéndose roto la bomba y esparcido la carga. Otro, la entrada de un *pepino* de quince y medio en el alojamiento de la Escuela Central de Gimnasia y haber quedado sin explotar, no obstante tener la espoleta puesta."

Y el falangista Obdulio Gómez nos dirá que entraron tres proyectiles de gran tamaño en la habitación donde dormían dos niñas, sin haberles hecho daño ninguno.

Unas palabras, llenas de gracejo y de sal, debidas a otro de los defensores, el capitán Vela, nos van a llevar como de la mano a una de las dependencias donde más se sintió el influjo de los favores extraordinarios de la mano de Dios, que caían como una lluvia mansa sobre aquellos rincones donde debían anidar tan sólo el dolor y la desesperación. La enfermería se trasladó, junto con la capilla, a uno de los sótanos para tenerla al abrigo de las granadas enemigas. De ese traslado nos habla el ocurrente militar: "Gracias a que Dios nos tenía de su mano, pudimos apreciar lo equivocado que son los temores y miedos a los tóxicos y venenos. Durante el traslado de las existencias de la farmacia del Alcázar a otro sitio más seguro, yo tengo que confesar, porque lo vi, que se ingirieron por algunos de mis amigos toda clase de específicos, más o menos azucarados, dejándose llevar tan sólo de la golosina y sin fijarse en la etiqueta. Sospecho que algunos prescindieron también de la consabida calavera con las tibias cruzadas que tenían pintadas para meter miedo. Pues bien...; ni un mal dolor de estómago. Decididamente, los Borgias no pasan de ser unos vulgares ilusionistas."

Entramos, pues, con nuestro jocoso amigo en la enfermería. Aquí se tropezó desde luego con que no había en el Alcázar ningún cirujano. Los médicos que, durante todo el asedio, prestaron su asistencia con un descuido de su salud verdaderamente heroico, fueron cuatro. Eran don

Manuel Pelayo Navarro, don Pelayo Lozano y don Daniel Ortega, médicos militares. También estuvo don Angel Moreno, cuya hija estaba casada con un profesor de la Academia, y los tres subieron al Alcázar. Se contaba con el auxilio de un practicante, don Pedro Pérez, y un farmacéutico, don Benito Casado, que cayó herido en los primeros combates, y ocupó su puesto don Andrés Marín.

De estos médicos, uno era especialista en enfermedades de la piel y el otro oculista y el otro sin especialización determinada. Estos médicos se vieron a cada paso en presencia de operaciones quirúrgicas dificilísimas, que requieren, por una parte, una práctica y una serenidad extraordinarias, y de otra, contar con esos instrumentos de precisión que surten los aireados y limpios quirófanos modernos. Allí hubo de todo: amputaciones de piernas y de brazos, extracciones de metralla; tres alumbramientos; casos, en fin, donde un especialista hubiese encontrado materia para acreditarse de excelente operador.

Pero es que, además, no se contaba con material sanitario, excepción hecha de esos instrumentos que suelen hallarse en una corriente enfermería. Las operaciones tenían que hacerse casi en tinieblas, mal ahuyentadas por unos mecheros de hojalata, cebados con grasa de caballo, y sin embargo, ni un caso de infección ni una complicación por falta de medios o de precauciones.

Suelo hacer frecuentes visitas al famoso colegio llamado en Toledo de Doncellas Nobles, convertido hoy en hospital de sangre. Allí están, con sus sonrisas en los labios, las cinco Hermanas de la Caridad que vivieron en el Alcázar los meses de asedio; allí está la simpática y abnegada rectora con las alumnas, convertidas en solícitas enfermeras, y allí se restablecen de sus heridas varios supervivientes del Alcázar.

Uno de ellos, Fermín Romaña, tiene una pierna de menos; ya veremos cómo la perdió. Preguntado por mí si la operación le hizo sufrir, me dijo:

—Qué hicieron con mi pierna, yo no lo sé; lo único que puedo asegurarle es que no tuve ni una décima de fiebre como consecuencia de la amputación.

Yo creo que todas esas maravillas, desconocidas hasta hoy por la clínica moderna, se operaron con unos instrumentos de que no se habla en los libros de Cirugía. Las oraciones que subían incesantemente al

cielo desde la capilla tenían que surtir sus efectos delante de Dios. El vaivén de las alas que agitaban en torno de los heridos aquellos cinco ángeles de la Caridad, traían sobre el cuerpo del paciente auras del cielo y se repetían las escenas de aquel divino Taumaturgo de Galilea que cruzaba los campos haciendo el bien y curando dolores del cuerpo y del alma.

Por eso, dice en una conversación, ya impresa, el coronel don Pedro Romero: "La actuación de las Hermanas de la Caridad fué sublime. No sé cuántas de éstas podrán sobrevivir a su sacrificio en un trabajo sin tregua. Ni se desnudaron, ni durmieron, ni descansaron."

Ese temor del bizarro militar tiene su fundamento en una apreciación meramente humana. Así tenía que ser; pero es que los ángeles de la caridad cristiana viven y se alimentan del sacrificio. A más cantidad de sacrificio, más robustez. Son como las flores delicadas y tiernas, que viven del abono de la tierra. A mayor abono, más perfume, más lozanía.

Quedaron heridos durante el asedio 430 defensores; murieron 82 combatientes. Ninguno murió privado de los auxilios de la Santa Iglesia que en aquellas excepcionales horas se le pudieron proporcionar. Aquellos celosos compañeros que se habían constituído en capellanes, ya que no podían darles la absolución, ni administrarles los Santos Sacramentos, les excitaban a los actos de contrición perfecta; se les rezaban a coro las sentidas plegarias de la Iglesia, recomendando sus almas en las manos del Creador, y, cerrando con cariño sus ojos marchitos, se rezaba delante de su cadáver el Santo Rosario de la Virgen.

Vamos a asistir a la muerte de uno de los defensores del Alcázar de Toledo: es la muerte de todos. En uno de los últimos combates, que ya admiraremos, cae gravemente herido el joven teniente don Jesús Enríquez de Salamanca y es transportado a la enfermería.

Como todos, entra dando vivas a España y a Cristo Rey. Pero su gravedad es extrema: va a morir. Delante de su camastro se arrodillan todos los seres queridos de su alma que van a darle el último adiós. El héroe está casado con Carmen, la hija del teniente coronel don Pedro Romero, y como fruto de sus amores van a quedar dos angelitos: el uno de dos años, el otro niño de pecho aún.

Allí está la esposa con sus padres, don Pedro y doña Pilar Castro, y con su hermanita, Mari-Luz, la alegre y bulliciosa criatura de diez

años, dotada de un candor y de una belleza de ángel. Allí están los sacerdotes seglares don Víctor Martínez Simancas, don José Sanz de Diego y don Andrés Marín. No hay sacerdote; el Frente Popular lo prohibe.

El moribundo se siente desfallecer: toma en las suyas una mano de su esposa y le dice:

—Carmen, enséñame a morir; prepárame para ponerme delante de Dios.

La esposa le recita al oído unas oraciones, que él repite con un fervor santo. Alrededor suyo se reza el Santo Rosario: los ojos del héroe se clavan en el crucifijo que le sostienen a la altura de su rostro.

Luego... unas palabras muy silenciosas, muy apagadas, pero que perciben todos, en especial su esposa:

—¡Viva... España! ¡Viva... Cristo... Rey!...

Y Cristo comienza a reinar en su alma grande, para no perder el reinado de su amor eternamente. Así murieron todos los que allí murieron.

* * *

En los comienzos del asedio se escogió para cementerio la tierra del Picadero. El capitán Sanz de Diego se constituyó en enterrador; no permitía que nadie le usurpase su oficio. Sólo en algún tiempo, en que unos residuos de metralla le hirieron los ojos y apenas podía andar, porque quedó casi ciego, le ayudaba en esta dura, pero sagrada, labor su amigo Andrés Marín, que le guiaba de la mano.

Los cadáveres se enterraban envueltos en una sábana; sólo se fabricó caja para los cuerpos de las dos ancianas que fallecieron durante el asedio. La fúnebre comitiva formábanla los familiares, si los tenía el difunto, y algunos amigos, que acompañaban el cadáver hasta la puerta del fatídico Paso Curvo. Después... algunos soldados o falangistas, con el capitán Sanz de Diego, que no abandonaba a su compañero hasta verle descansando tranquilo en el lecho de la tierra.

Los salvajes más ayunos de civilización suelen sentir respeto por este último tributo que se hace a un ser querido, y lo dejan pasar sin molestar a la comitiva. Los hijos de Rusia no hacían eso. Sabedores de que aquellas sombras que cruzaban, saliendo del Paso Curvo, por la explanada oriental y se metían silenciosas en el Picadero eran hombres que ve-

nían a enterrar a sus muertos, les esperaban, taimados, desde las cercanías para disparar sobre ellos sacrílegamente. Hubo necesidad de dar una orden para que los enterramientos se hiciesen de noche y en las horas en que la luna, más humana que aquellas fieras, defendía a los pobres sitiados retirándose del cielo.

Cuando el Picadero hubo de abandonarse, ya al fin del asedio, porque se hallaba convertido en un cadáver, sin más armazón que un esqueleto de hierro, que sostenía desgarres de lienzos de pared, el cementerio se trasladó a la Piscina. Allí están enterrados varios de los héroes del Alcázar.

Aquel recinto, en otro tiempo lujosa ostentación de comodidades, procuradas por la Patria a sus caballeros cadetes, es hoy un montón informe de ruinas: paredes resquebrajadas y sucias; barras de hierro retorcidas, que aún sostienen las tulipas de los focos eléctricos que pendían de la hoy casi desprendida techumbre; la piscina, cuarteada, con su fondo cubierto por una cuarta de agua cenagosa, y de olor a barro estancado, y era el agua que se utilizaba para guisar la carne de caballo. Esa piscina, así como está, con los miasmas que suben desde dentro de la tierra, es hoy un lugar bendito; es un sitio sagrado.

Detrás de ese boquerón que hoy se abre para dar paso al recinto, y que abrió con sus uñas la sacrílega mano marxista, hay, puesta de pie, una Matrona llorosa, con su manto de castillos y leones sobre sus hombros y su corona de reina sobre su frente pálida, que, con el dedo índice puesto en sus labios, impone silencio al que pretende penetrar allí, y deja oír su voz inquieta, que dice:

—¡Cuidado! ¡Pisad con tiento! ¡Aquí duermen los cachorros de mi león! ¡Hablad muy quedo! ¡No les despertéis!

Sobre el muro de la izquierda se han tapado con barro las entradas de varias celdas de las duchas. Sobre ese barro, cuando aún estaba fresco, alguien, como si quisiese llamar al que está allí dentro para darle la grata noticia de la liberación de sus amigos, ha escrito con un instrumento punzante: *Teniente Salamanca.* En ese lecho duerme un valiente que cayó sepultado entre los escombros de un derrumbe; se llamaba Jesús Enríquez de Salamanca.

En el suelo, envueltos en un sudario muy superficial de tierra, también duermen otros héroes anónimos. Sobre su cabecera, cruces de palo;

sobre la sábana de tierra, flores marchitas, que va depositando la Madre España por las manos de las madres y familiares que los lloran y los nombran con inmenso orgullo.

García Sanchiz es tal vez quien mejor ha sentido ese rincón del Alcázar. Nos dice, impresionado, después de haberlo vivido unos momentos, lanzando sobre el conjunto su mirada de mago: "¡Y esa piscina por la que bajaremos tácitamente!... ¡Hasta el agua parece que ha querido morirse! ¡Allí está, cubierta ya por esa lámina impalpable que tiene el agua cuando se estanca! Es una costra, que la muerte le hace a ese sudario acuático, que parece un adamasquinado.

"¡Y aquel muro de barro, que trasuda por entre los azulejos que cubren los nichos donde duermen los muertos!... ¡Cómo viven esos muertos del Alcázar!... ¡Yo no he sentido nunca tan cerca la muerte, ni tan consoladora ni tan de camaradería!... ¡Si dan ganas de no marcharse de allí!...; ¡si dan ganas de llamarlos a cada uno por su nombre!..."

* * *

Terminemos el relato de esta noble ejecutoria de los caballeros de la fe, con lo que puede llamarse una síntesis de la vida de piedad alcazareña. Los defensores de aquel baluarte deseaban desde los comienzos del asedio mostrar a la Virgen Santísima su gratitud por las delicadezas que con ellos usaba. El primer obsequio en que se pensó fué el de reunir por cuestación voluntaria la cantidad suficiente para celebrar una Misa solemne de acción de gracias cuando se viesen en libertad.

Es muy simpático el gesto de unos falangistas que, habiendo hecho una razia por las casas vecinas, y habiendo traído, entre otras cosas, unas madejas de hilo, las entregaron a las señoritas cautivas para que las vendiesen y su importe fuera a aumentar la suscripción que ya se iba recolectando.

Después se pensó en formar una *Cofradía de Supervivientes del Alcázar,* cuyo hermoso espíritu se traduce en estas palabras que publica el diario en su número del 8 de agosto, y dicen así: "La aspiración de fundirnos de ahora para siempre con los lazos de nuestros ideales y sentimientos comunes, ha cristalizado en el proyecto que distribuiremos aparte, debido al buen espíritu del capitán Vela Hidalgo."

A continuación, por vía de suplemento del periódico, se detalla el

reglamento de la llamada *Hermandad-Asociación de Defensores del Alcázar de Toledo*. Está redactado, a lo que entiendo, por el capitán de caballería don Emilio Vela Hidalgo, su iniciador. Tiene tres artículos con varios apartados, y concluye de este modo:

"*Artículo final.*—Como primer acto de fraternidad, una vez levantado el asedio, se celebrará en el patio una solemne Misa de campaña con bandas de clarines, cornetas, música, etc., etc., ante un altar adornado, a la que asistirán las fuerzas militares y los paisanos armados, quienes, dentro de los hoy más que nunca gloriosos muros del Alcázar, rendirán los máximos honores al Supremo Poder que hay sobre España."

Refiérense estas palabras al ilustre general don Francisco Franco, de cuya autoridad sobre el Ejército estaban ya enterados por la radio.

No puedo pasar en silencio un hecho providencial, que mostró la complacencia con que la Virgen Santísima veía todas estas demostraciones de agradecimiento hacia sus continuos favores.

Recogiéndose estaban las firmas de los asociados que desearan dar sus nombres a la Cofradía, cuando, una tarde, la del 29 de agosto, mientras vomitaban metralla los cañones enemigos contra el Alcázar, hasta disparar seguidamente sobre sus muros 53 chupinazos de quince y medio, se registró el prodigio que cuenta el diario en el número del día 30 con estas palabras, rebosantes de gratitud hacia la Patrona de los pobres sitiados.

Da razón el periódico de la formidable lucha que se entabló para repeler la agresión, y continúa de este modo: "Se comentó el hecho de la proyección de dos enormes piedras de cantería, seguramente de dos metros cúbicos, a través de una de las claraboyas del sótano del Sur, en sitio lleno de gente, sin que hubiera un solo lesionado. Sirvió este suceso para el reconocimiento de la especial providencia que es preciso confesar en numerosos hechos de este glorioso asedio y que determina singular gratitud de todos sus defensores y firme esperanza de un éxito definitivo."

He podido también admirar yo, en una de mis visitas al Alcázar, lo prodigioso del suceso. Las dos piedras estaban separadas en un rincón. Son enormes. La claraboya por donde entraron tiene un diámetro menor que el volumen de una de esas piedras, lo que indica la fuerza tan

grande con que vendría disparada hasta deshacer casi los revoques de la claraboya. Y mi acompañante me señaló un sitio debajo de aquel hoyo y dijo emocionado:

—Ahí, debajo mismo de ese hueco, estaban sentadas varias mujeres cuando entraron las dos piedras con la velocidad de dos balas de cañón. Creo se trataba entre ellas de la organización de nuestra Cofradía. Todo se redujo a un susto monumental.

Esta organización siguió su curso, y a los primeros días de septiembre ya había cristalizado en una realidad. El número del día 3 de *El Alcázar* detalla todo lo relativo a la que, por fin, se llama *Gloriosa Hermandad del Alcázar de Toledo.* El cadete de Infantería señor Languín presentó dos dibujos, que se pintan en las páginas del diario alcazareño, y desde luego se optó por el segundo modelo, que se describe de este modo: "El distintivo lleva en cada aspa (es una cruz de Malta) un hueco para poder incrustar en ellos unas chapas con las cuatro fechas siguientes: la del 21-VII-1936, comienzo del asedio. Otra la del 22-VIII-1936, en que el primer aeroplano nacional nos visitó y nos trajo noticias y víveres del general Franco. Las otras dos serán las del fin del asedio y terminación de la guerra. El centro representa la imagen de la Purísima Concepción, Patrona de España, sobre la silueta del Alcázar, como símbolo de la protección que en todo momento nos ha dispensado. Esta alegoría va rodeada de un lema que dice: *Patria o muerte;* todo ello en trabajo damasquinado.

"El material empleado en la confección de la cruz será el de fundición de las granadas enemigas. Se solicitará de quien corresponda la oportuna autorización para usarla sobre el uniforme en su carácter de cruz conmemorativa. Serán considerados miembros honorarios de la Hermandad, a los efectos del uso de la cruz, el jefe de la columna que ocupe Toledo y la señorita locutora de Radio Club Portugués, que tanto aliento nos ha infundido con sus noticias." (*Censurado.*)

Repito que estos hombres que así se portan con su Dios, son invencibles. Más tarde o más temprano, inclinan hacia su causa la Misericordia de lo Alto y arrancan de las manos de Dios la victoria.

Restos de la fachada oeste, que mira a la ciudad. Por las ventanas grandes se respondía a los parlamentarios del Gobierno rojo

Enlace con el grabado anterior. Angulo noroeste. Por estos escombros subieron los milicianos rojos el día de la explosión de las minas, pretendiendo inútilmente bajar al patio central. La bandera mandóla poner el coronel Moscardó, al acercarse las tropas libertadoras

Explanada oriental. Aparecen deshechos los dos cubos, de procedencia medieval. A la izquierda asoman sus bocas los huecos formados por las granadas enemigas, que dan hacia el interior por la Piscina

(Foto del autor.)

El esqueleto de la torre sudoeste, derribada por la mina el 18 de septiembre

(Foto del autor.)

V

LOS ESCLAVOS DEL HONOR

"Testigo milenario de páginas gloriosas,
de escenas y episodios de histórico valor.
Hoy tienes en tu seno las fuerzas belicosas
que salvarán a España por su fe y por su honor."

(*Versos con que encabeza varios números el diario* El Alcázar.)

Todas estas pinceladas de trágica grandeza que hemos vivido hasta aquí, no son más que el marco del cuadro, la decoración del teatro donde se agitan los actores de ese drama que admiró el mundo y lleva el nombre de "la defensa del Alcázar de Toledo".

Las escenas de la vida militar de los defensores, contadas una por una, resultarían monótonas; los actos de heroísmo se van sucediendo con esa lenta igualdad de un sol que nace, alumbra y caldea, para morir y volver a nacer siempre igual al que murió; es la variadísima monotonía de las primaveras, que se visten con su policromo ropaje de flores, las desnuda el estío y vuelven a aparecer con su manto, siempre igual y siempre nuevo, para perderlo y volverlo a vestir.

Ni es la lucha gentil, airosa, espectacular, que se desarrolla en un campo de batalla, donde el ardor de una multitud de jinetes que se abre en abanico sobre el prado, o la guerrilla que avanza como el oleaje del mar sobre la redonda loma, contagia a las masas y las electriza y las empuja hacia la meta de un objetivo concreto.

La vida del Alcázar es un lento martirio; es el sacrificio aislado y personal de unas víctimas que, acorraladas en un estrecho recinto, se rebelan a entregarse al verdugo que las tiene cercadas; es la guarida rocosa donde se defienden unos hombres, asaltados por una manada de

doce mil fieras, que saben que han de morir, porque su madriguera se va desportillando visiblemente a poder de los zarpazos que le echan las garras felinas, y cada uno de aquellos hombres se defiende como puede, acuciado por el instinto del vivir.

Por eso, el diario del Alcázar es muy monótono y muy triste; es el diario que podíais llevar sobre las impresiones recibidas en un día invernal de fuerte granizada y ventisca. Los últimos días de julio, el mando de los asaltantes, que está en las manos del inhábil Asensio, concentra su furor sobre todo el edificio, lanzando sin orden ni concierto, sin plan estratégico ninguno, granadas y más granadas de quince y medio, mientras los aviones, seguros de su impunidad, llegan hasta volar por encima de las torres, dejan allí su carga y siguen hacia la base para aprovisionarse de nuevo y tornar a descargar sobre el mismo blanco su mortífera provisión. No les importa el sitio donde caigan las bombas. Así, con este despilfarro de metralla, el día 22 de julio por la mañana se produce un incendio en la torre sudeste del Alcázar, y el mismo día, el mismo avión, por la tarde, desafina la puntería y prende fuego a una manzana de casas en la Cuesta del Alcázar y a otra en la plaza de Zocodover. Era el instinto de destruir por el placer único de destruir.

El día 24, otro avión provoca un incendio en la torre noroeste, y el mismo, marrando el blanco, echa después por tierra una de las joyas artísticas de Toledo: la iglesia de la Magdalena, con todas las casas que se agrupan confiadas a su derredor.

Un verdadero vértigo se apodera de los milicianos, que sólo ven en los refugiados del Alcázar, donde muchos de ellos tienen familiares y amigos, el irreconciliable enemigo de sus soñadas reivindicaciones obreras, y los alrededores todos del terreno sitiado, y los montes vecinos, y cualquier otro sitio que domine siquiera una torre, se inundan de *pacos,* de hombres ciegos e idiotas que pasan el día disparando sin cesar el fusil que el Gobierno de Madrid les ha puesto en las manos y la inagotable dotación de cartuchos, que yo he ido examinando y he visto grabada alrededor de su fulminante una leyenda que dice "México".

El comenzar el mes de agosto se vislumbra algún plan. Quieren abrir una brecha sobre la fachada más artística del edificio, sobre la parte norte, y desalojar a los sitiados al mismo tiempo de todas las dependencias que dominan la parte de levante. Sin duda, esta operación

tiende a preparar un asalto a fondo sobre el interior del Alcázar, para el cual se dispone, a lo que parece, de un total de doce mil asaltantes.

El día 1.° de agosto celebraba el partido marxista la fiesta del obrero y era preciso que en el Alcázar se celebrase también. Fué uno de los días más horribles del asedio, tal vez más fuerte que el de la fiesta de Santiago. Hubo mitin en la plaza de toros y los ánimos se excitaron de tal suerte, que les pareció cuestión de minutos la entrada en el cerco enemigo.

Comenzó a las diez de la mañana el forcejeo. 140 granadas, sobre todo de las llamadas rompedoras, lanzáronse aquella mañana sobre la extensión ocupada por los defensores; el edificio del Picadero fué de los más castigados por el incendio. Cincuenta granadas completaron por la tarde la sinfonía marxista. Todas las dependencias y las dos fachadas norte y levante, sufrieron aquel día el castigo de su filiación política; no eran propiedad de los esclavos de Rusia. Y... ¡cosa providencial! De entre todos los habitantes del Alcázar, tan sólo a uno alcanzó este día el castigo. ¡Pobre animalito! Le rozó alguna bala y quedó cojo. Era, según mis informes, un perro que merodeaba tranquilo por la explanada sin temor al bombardeo.

¿Sería el "Jalifa"? Yo creo que no, porque este animal sabe perfectamente sortear los chupinazos. El "Jalifa" es un perrazo lobo, de grande talla, de cariñoso temperamento, que ha sufrido todos los horrores del asedio. Lo dejó allí su amo, que es un teniente a quien la guerra sorprendió en San Sebastián. Se ha hecho amigo mío. Una de las veces que yo le acariciaba, se acercó a nosotros un soldado de los defensores, y al preguntarle si había sido el "Jalifa" la víctima del 1.° de agosto, que nos cuenta el periódico *El Alcázar,* me contestó:

—Supongo que no. Este perro tiene más conocimiento que nosotros. En cuanto oía la corneta avisando cañón o aeroplano, tomaba las escaleras de los sótanos y era el primero que se ponía en salvo.

El duro castigo con que los defensores respondieron a los celebrantes del día rojo, les convenció de que si las fuerzas eran muy desiguales, lo eran también, o tal vez mayores, el valor personal y la disciplina de ambos bandos. El miedo se apoderó de los milicianos, que aun azuzados constantemente por sus oradores tabernarios, no osaban acercarse a los muros de aquel misterioso y encantado palacio. Sus *paqueos* los

hacían a distancia y convenientemente defendidos. El célebre hospital de Santa Cruz, que no dista treinta metros de los muros del Gobierno militar y de la Puerta de Hierro, tiene aún todas sus ventanas cubiertas de sacos terreros hasta la mitad del vano; las casas que por la cuesta del Poniente elevan sus tejados a la altura de los muros del Alcázar, presentan todavía en sus balcones y tejados derruídos los montones de sacos que servían de parapeto a los rojos, y las casas que dan hacia Capuchinos y el Picadero, desgarrada hoy su musculatura por la zarpa de las granadas marxistas, agonizantes y prontas a caer con cualquier golpe de una piqueta, álzanse delante del visitante provocativas y aspilleradas hasta el tejado.

Desde esas defensas acribillaban los milicianos los muros y las dependencias; todo, menos acercarse a pecho descubierto, porque, como lo sabían muy bien por la experiencia, hombre que asomaba el busto sobre la curva de un saco terrero, era hombre que caía dando piruetas para morder el polvo de la calle. La Guardia civil, sobre todo, tiene vista de lince para afinar su puntería.

Pero a falta de valor personal, tienen a su devoción las baterías de Los Alijares y del Pinedo; ésas están bien lejos y los fusiles de los defensores no tienen ese alcance; pueden acribillar el edificio con toda impunidad.

Así, el día 2 se lanzan 40 granadas de quince y medio sobre el Paso Curvo, que van a explotar en el convento de Capuchinos, y el día 3 caen más de sesenta, y así va intensificándose la obra destructora, con una impunidad desesperante, hasta que, el día 8, el famoso trimotor de procedencia rusa, con veinte bombas remata la obra. El antiguo convento de Capuchinos cae herido de muerte; sólo su torre cuadrada, cubierta también de heridas, se eleva al cielo pidiendo perdón para sus verdugos. ¿Qué les importa a los rusos que se destroce un monumento, una hermosa ejecutoria de la piedad de España?

Entre las ruinas de Capuchinos aparecen, primero uno, luego otro y más tarde otro tercer cadáver de heroicos guardias civiles que habían caído cumpliendo los artículos de su famosa Cartilla: "Siempre fiel a su deber." Cuando al edificio de Capuchinos le queda tan sólo su osamenta de piedra, la han emprendido con la fachada y con las torres del Norte. Para que la acción demoledora no tenga ni el descanso de la noche, se

han colocado potentes reflectores en la plaza de Zocodover y en el Arco de la Sangre, que iluminen la fachada, y otros muy poderosos en los balcones de las casas que perfilan la cuesta del Poniente, y más allá otros en el castillo de San Servando y en la ermita de la Virgen del Valle.

Es preciso que los defensores no acudan a llenar sus puestos ni estorben la acción del *paqueo,* y para ello ha dejado caer el trimotor soviético sobre el patio central varias bombas de gases lacrimógenos el día 8. Su efecto se ha contrarrestado cubriendo con tierra los proyectiles y encendiendo rápidamente hogueras que aminoren su acción. Los atacados fueron muchos, y de ellos, muchas mujeres y niños. Hubo mucho miedo, por creerlos venenosos; pero me dijo don Andrés Marín que sus efectos desaparecían pronto con un tratamiento de cloruro de sodio diluído en agua, único reactivo de que allí se disponía.

Yo pregunté a uno de los cocineros si había causado algún daño aquel desahogo ruso, y me dijo con grandes ponderaciones:

—Daño, así como daño, ninguno; pero créame que aquel día lloramos por todos nuestros difuntos.

La *graciosa* escena se repitió varias veces y se alternaba con la caída de gases inflamables. Los sitiados contaron de estos gases hasta doscientas botellas, y cayeron además en el recinto, durante el asedio, 35 latas de gasolina.

Había que ayudar la acción del aire y provocar incendios a todo trance, para lo cual se trajo de Madrid el servicio de bomberos. Así, mientras caía sobre el patio central la lluvia de gasolina, por la parte del Gobierno militar y desde los seguros parapetos formados en el hospital de Santa Cruz, se arrojaba sobre el edificio el líquido a chorro continuo con una manga de riego.

Es curioso el dato que me facilitó uno de los soldados que defendían el Gobierno militar desde sus ventanas, acribillando a los milicianos, que a veinte metros les acribillaban a ellos desde el hospital.

"Nos rociaron de gasolina el muro y las ventanas con una manga de riego y luego lanzaron una bomba de mano para prenderle fuego. Los muy estúpidos no cayeron en la cuenta de que, teniendo ellos la boca de la manga resguardada detrás de una ventana del hospital, la gasolina, antes de llegar a nosotros, había formado un reguero que comenzaba

debajo de su mismo parapeto, y al inflamarse el líquido les comenzó a prender fuego en su misma ventana. La broma costó la vida de muchos que, cuando intentaban sofocar el incendio, ofrecían hermoso blanco a nuestro fusil."

La lucha en este sector, por la proximidad o más bien por el contacto de ambas fuerzas combatientes, fué de lo más duro, de lo más heroico entre las luchas heroicas sostenidas durante el asedio.

Se entraba al edificio por una puerta grande de hierro abierta en la bajada que llaman de Cervantes porque, al atravesar el Arco de la Sangre y comenzar el descenso, se halla a mano derecha, junto a la misma puerta de hierro, el famoso mesón del Sevillano, que inmortalizó en su libro el autor del *Quijote*. Atravesando la férrea puerta, se abría, a mano izquierda, la entrada al Gobierno militar, y a mano derecha comenzaba el frondoso Zigzag que sube entre acacias a las explanadas del Alcázar. Detrás del edificio del Gobierno seguían los llamados pabellones y cuadras.

La línea divisoria entre ambos campos era tan sólo la anchura de la calle de Cervantes; la que forma, del lado derecho, el edificio del Gobierno y, del lado izquierdo, la verja que corre delante del hospital de Santa Cruz.

Esta disposición de los dos frentes contrarios puede dar una idea de las escenas trágicas que en aquel rincón tuvieron necesariamente que desarrollarse.

El Gobierno militar estaba defendido por unos cincuenta miembros de la Guardia civil y por soldados de la Academia, que elevaban a unos ciento el número de los defensores, y que se relevaban cada cuatro días. Los milicianos, en número de varios centenares, dueños de la calle de Cervantes y de las casas contiguas, desenvolvíanse a su sabor para tentar el heroísmo de aquellos cien hombres, que ni de día ni de noche les era lícito tomar un momento de reposo.

Cuando, al fin de casi un mes de brega, lograron romper la puerta de hierro, acudieron varios camiones blindados con asaltantes, que penetraban hasta dentro del recinto. Entonces la defensa era con bombas de mano, con pistola, con machete, cuerpo a cuerpo, hasta que el enemigo, diezmado, acobardado, retrocedía a sus parapetos en desorden y entonces se podía tomar algún descanso.

El periódico *El Alcázar,* los diarios, las relaciones particulares, hacen de estas defensas unos elogios calurosos. En ese trágico rincón llamado vulgarmente la Puerta de Hierro se realizaron la mayor parte de los episodios citados en la orden del día. Vamos a recoger algunos.

Una manga de riego intenta bañar de gasolina las ventanas del Gobierno militar; en vano procuran los defensores impedir su acción disparando sobre los milicianos que se parapetan con la tapia del hospital. Por fin, se agota la paciencia de un asaltante, anónimo, porque no he podido recoger su nombre. Sale de la puerta, avanza y llega hasta la manga de riego: lucha con sus adversarios y logra volverla contra ellos. Acosado por el número, vuelve a guarecerse entre los muros del Gobierno militar, pero ha conseguido su intento: han cortado el enchufe de la manga para no comprometer sus vidas en la demanda.

Célebre se ha hecho el heroico arrojo del ya hoy cabo José Palomares. Fué un día de intensa brega, cuando los milicianos, queriendo adueñarse, más que del Gobierno militar, de sus gloriosas ruinas, porque lo han incendiado varias veces y sus muros son ya un informe montón de escombros, intentan salirse con la suya y profanar con su pie el terreno que aún está por España.

Está de puesto el intrépido muchacho en el sitio llamado Pabellones, y, desde la ventana del cuarteado lienzo de pared, acecha con su mosquetón a los servidores de uno de los cañones de siete, que amenaza batir el edificio desde una distancia de unos 50 metros. Los milicianos no pueden cargar el cañón; el fusil del intrépido Palomares no les deja acercarse, y los suyos no logran hacer blanco sobre él.

La contienda se agria; es preciso cargar y disparar el cañón a todo trance, y los milicianos arrojan en sus cercanías algunos botes de gas fumígero para quitar la visualidad del valiente soldado. Este sigue disparando su mosquetón por algún tiempo. Pero ya el humo ha hecho que los sirvientes se acerquen y carguen. El cañón dispara sobre la ventana: entra airadamente la granada, y los sacos terreros que defendían al héroe salen lanzados a distancia, mezclados con el cuerpo del centinela, que, aturdido, rueda por el suelo. Pero aquella granada ha sido compasiva con él. Se levanta, se restriega los ojos como si despertase de un sueño y, mirando a su adversario de bronce, que aún está arrojando

humo negro por su boca, le desafía de nuevo con un grito que le sale del alma: "¡Viva España!"

Varios días después, José Palomares vuelve a cubrirse de gloria durante el formidable incendio del Gobierno militar y es citado nuevamente en la orden del día. El día 4 de septiembre se celebró dentro del Alcázar una fiesta íntima y familiar; era para imponer al héroe los galones de cabo.

Pero el incendio se repite el día 5; sus llamas parece que no consiguen más que encender la sangre que bulle en el corazón de aquellos muchachos, y el coronel Moscardó, sobrio entonces en recompensas, porque las deja para que la Patria las justiprecie con calma a su tiempo, tiene que dar esta orden del día:

"Artículo 4.° A) Con motivo de intentar ayer el enemigo ocupar la Puerta de Hierro, intento que fué frustrado, la fuerza que compone el destacamento de Santiago reaccionó rápidamente, demostrando espíritu y acometividad, por lo cual les felicito y espero que, tantas veces pretenda aquél repetir el intento, será rechazado igualmente.

B) Este mismo hecho dió lugar a que todas las fuerzas del Alcázar mostraran su buena disposición para la lucha, sin distinción de unidades ni de edades, desde los veteranos del benemérito Instituto hasta la tropa e individuos de las Juventudes, a todos los cuales felicito también, especialmente a los jefes y oficiales.

C) Se cita como ejemplar el comportamiento del sargento de la Academia don Salomé Corrochano, que, al notar la presencia del enemigo en el garaje del mismo, se lanzó bravamente hacia aquél con el cuchillo-bayoneta, haciéndole huir.

Artículo 6.° Queda promovido al empleo de cabo, por méritos de guerra, el guardia civil de primera Antonio Ponce Sabater, por su buen comportamiento en el incendio del torreón NE. de anteayer, y haberse mostrado incansable el día de ayer, acudiendo voluntario a todos los sitios de peligro, bajo el fuego de cañón y fusil, no obstante no estar repuesto de una herida que sufrió en los primeros días."

Y siguen los artículos citando a muchos por su heroico proceder: unos, por haberse sostenido en sus puestos bajo el intenso cañoneo sin desmayar un punto; otro, porque ha seguido luchando a cuerpo gentil cuando una granada le deshizo el parapeto detrás del cual se defendía;

otro, que en pleno fuego marchó a los pabellones ya incendiados, porque había subido al Alcázar tan sólo a recoger la comida y quería volver a su puesto, al cual tuvo que entrar saltando por una ventana, de la cual se había apoderado ya el incendio.

Otros varios, por presentarse voluntariamente en el edificio y pasar hasta el jardincillo del coronel abriéndose paso con bombas de mano; y termina el largo recuento con un saludo de admiración al capitán don José Torres Pardo, al teniente don Antonio Espiga y a todas las secciones por ambos dirigidas.

El enemigo, al retirarse aquella tarde—me decía uno de los que allí intervinieron—, dejaba montones de cadáveres y de moribundos que se retorcían asfixiados por las llamas o entre los camiones de asalto, que quedaban esparcidos con las ruedas hacia el cielo y goteando sangre, en vez de gasolina, por sus deshechos depósitos. Y como éste, muchos intentos y otros tantos descalabros en la famosa Puerta de Hierro, que tomaron, por fin, momentáneamente, los milicianos, y se volvió a recuperar por los nuestros y sólo se abandonó al fin del asedio, cuando ya no teníamos ni piedras que pudieran servirnos de trinchera.

* * *

He insistido en los heroicos hechos realizados en este sector, porque es uno de los que han llenado mi espíritu de más emoción al recorrerlo. Lienzos de paredes negruzcas que fueron hermosos salones; bombas de mano sin explotar, que yacen tendidas sobre un pedruzco o asoman traicioneras su lomo ceniciento entre las grietas de los escombros; montones y más montones de cartuchos vacíos por todos lados, pregonando la neutralidad de la República mejicana ante la faz de Europa; jirones de trapajos rojos, que fueron una vez banderas de combate y flamearon provocativas sobre los camiones marxistas; terraplenes de sacos de arena por todos los rincones del Zigzag; y sobre este sarcófago inmenso de calladas ruinas, parece como que quiere sepultarse la férrea armadura de la torre del Este, que apenas sostiene allá arriba, en equilibrio sobre el suelo de la explanada, su intrincado varillaje, como un muerto glorioso que ha venido a caer sobre la boca de un barranco.

He recogido para nuestros museos uno de estos trapos rojos; sobre

la tela sangrienta hay escrita con cal blanca una cifra que dice: "Aida la Fuente". Era un batallón de las fieras marxistas.

La fachada norte fué desde los comienzos objeto de predilección para los cañones milicianos; ya hemos conjeturado que por aquí y por la Puerta de Hierro debieron de abrigar los jefes de las hordas rojas la esperanza de entrar en el interior del Alcázar con un ataque combinado, que en vano pudieron, sin embargo, realizar con éxito en el transcurso de dos meses.

La puerta principal que se abre en esta fachada les hubiese dado fácil acceso al gran patio y, por él, a las dependencias todas del edificio, incluso a los sótanos, donde se guardaba el tesoro de los defensores, que eran sus esposas y sus hijitos.

También a los milicianos del Frente Popular les salió fallida la esperanza de poderse hacer dueños de esta entrada. Ya en los mismos comienzos del asedio, el memorable día de Santiago, hemos visto los esfuerzos sobrehumanos que han hecho los cañones de quince y medio por preparar esta brecha. Los cañones se portaron bien: cumplieron con su deber aquel día y abatieron las puertas, que cayeron pesadamente sobre las losas del patio, descuajadas de sus goznes de hierro; pero faltó el valor a sus fatuos dirigentes para completar la obra con un asalto por aquella brecha, que les convidaba a cubrirse de gloria, en el patio central, midiendo su bravura con los defensores. El asalto no se dió aquel día y prefirieron ensanchar más y más aquel boquete. De ahí el incesante castigo con las mortíferas granadas de quince y medio. Se puede seguir perfectamente la obra destructora de los iconoclastas del siglo XX sobre nuestra rica arquitectura. El periódico *El Alcázar* ha bautizado jocosamente las granadas de este calibre con el nombre de "chupinazos".

Bien parapetados, a una distancia de varios kilómetros, en las trincheras de Los Alijares y del Pinedo, era muy cómodo y muy espectacular el ver cómo aquellos pesados proyectiles, localizado ya el enorme edificio, iban todos dando en el blanco uno tras otro; unos días, en número de 130; otros, son 300; otros, se bate el *record,* como dice *El Alcázar,* con más de 400, y la fachada oriental va perdiendo su severa galanura y va llenándose de heridas y de desgarres en su lienzo de piedra. Hoy cae un trozo del muro con pesadez sobre la explanada, y al

día siguiente se derrumba con estrépito el macizo torreón del Nordeste, y así lentamente los milicianos van ensanchando la abertura que les dé paso para el ataque decisivo, que esperan con ansia los sitiados para tener el placer de llegar siquiera una vez a las manos; y ese anhelado día no llega.

Por fin, las páginas del periódico nos dan, con inmensa pena, la noticia: "Ayer terminó el animado paseo en las galerías del artístico e histórico patio de nuestro Alcázar con unos chupinazos de diez y medio, que continuaron hasta el número de 42." Es que ya las granadas, entrando por los desportillados muros, deshacían la histórica columnata que da vuelta al patio.

Y en el número del 28 de agosto se anuncia la destrucción de la fachada con este sentido epitafio:

"Ayer, un día dedicado por completo a los chupinazos de quince y medio, mañana y tarde. Se llegó a la salvaje destrucción artística de la incomparable fachada norte de nuestro Alcázar, la obra insigne de nuestro maestro Covarrubias, joya preciadísima y envidiada por el mundo, mezcla de los estilos plateresco y renacimiento. De ahora en adelante, será dicha fachada mudo testigo del contenido substancial incivilizador de la doctrina de nuestros enemigos y prueba del tesón que merece la defensa de España, cuya esencia es todo lo contrario de la de aquélla es decir, altos ideales, sentido civilizador universal, espiritualismo, rectores del mundo de las bellas artes, desprendimiento, y amor a los altos valores humanos."

* * *

Si las cobardes milicias que cercan el Alcázar, ni aun entonces se atrevieron a subir en manadas compactas por aquellos derrumbes que convidaban al asalto del interior, los indómitos y valientes sitiados no daban tregua a sus salidas, unas veces por la imperiosa necesidad de buscar alimento sólido para sus enfermos y sus niños, otras azuzados por la comezón de señalarse con quijotescas aventuras.

Más de quince de estas razias, atrevidas y valientes, he puntualizado en mis notas. Para apreciar en todo su valor el espíritu que informaba a los autores de estas arriesgadísimas excursiones, es preciso decir algo más de lo ya dicho sobre la diversa ocupación de la tropa. Hay que con-

fesar que toda ella derrochó heroísmo personal y se hizo digna de los aplausos de la Patria. Los servicios ordinarios de acarreo, limpieza, agua y demás menesteres del Alcázar se nombraban todos a prorrateo, con especialísima vigilancia por parte de la autoridad, que siempre estuvo atenta a que ninguna de las diversas clases pudiera tener ni la menor queja de que se le dieran trabajos de brega con descanso de parte de las otras, y por eso ellos los aceptaban todos con elevado espíritu de compañerismo.

Viniendo a las distintas clases y cuerpos que formaban aquel tan heterogéneo conjunto de diversas Armas y Cuerpos, diremos que la Guardia civil, por su mayor número y su excelente espíritu, intervino en todas las operaciones, y con mucha frecuencia se citan sus nombres entre los distinguidos, para orgullo del Cuerpo.

Entre la clase de tropa, apenas hubo tampoco alguno que, en los diversos combates, no viera su nombre citado alguna vez como distinguido en la orden del día, y es el elogio mayor que de su bravura se puede hacer; pero hay que hacer el más cálido elogio de aquellos oficiales de las distintas Armas, que en número de más de ciento alternaron con la tropa en todos los peligros como soldados de línea, y consignar que el número de muertos y heridos entre los oficiales es quizás mayor, en proporción, que el de los soldados. Este comportamiento de los oficiales, verdaderamente heroico, es el que sostuvo la disciplina y el optimismo admirablemente en la tropa, como ya hemos dicho.

Pero, además, se había encerrado con los defensores la legión de muchachos, jóvenes que, prescindiendo de su filiación, según se ha visto, en los partidos de derecha, se les designa en las listas de distinguidos y en los diversos documentos con el nombre común de *falangistas,* por militar bajo la invicta legión del yugo y de las cinco flechas el mayor número de esos valientes. Los había, sin embargo, requetés, y de Acción Popular, y de Renovación Española, y albiñanistas, todos unidos en armonioso consorcio por un mismo y santo ideal.

El mando de todos ellos teníalo el malogrado don Pedro Villaescusa, y se les dió por jefe al capitán de Caballería don Emilio Vela Hidalgo.

Esta ardorosa juventud, émula de los más valerosos veteranos, fué destinada para todos esos servicios que van ocurriendo en los asedios,

y que, por no tener ni puesto ni orientación fijos, son quizás los más penosos, los más arriesgados: se les dió el nombre de "Grupo de maniobra".

La actuación de este plantel de héroes, que han de dar muchos días de gloria a su Patria, es de lo más simpático y de lo más admirable que concebirse puede. Se les ve de vigías entre los esqueletos de hierro que quedan de lo que fueron torreones; se les ve formando parte en los convoyes de las aguadas del pozo y del acarreo de las ollas de la cocina; alternando en los nutridos tiroteos de la explanada oriental o haciendo guardia en el fatídico Paso Curvo.

Se les admira, sobre todo, derrochando valor y sangre fría en las razias y salidas por los alrededores del Alcázar. Estas razias tienen muy diversos objetivos y constituyen una de las más peculiares manifestaciones de la vida del Alcázar.

En el periódico del día 5 de agosto se da cuenta de una, tal vez la primera. Se consigna el hecho de este modo: "Llega hasta nosotros la noticia del rasgo de la Escuela de Gimnasia, que, disponiendo de medio kilo de café y de un bote de sal, los ha entregado para el servicio general. También, descolgándose por un balcón, el bravo jefe de los falangistas, Villaescusa, con algunos de los suyos, ha podido recoger de una de las porterías un par de gallinas, huevos, pan y otras vituallas, donando todo ello para los enfermos." El periódico aprovecha el elogio que luego hace del episodio para pedir a los sitiados que se desprendan de dos de sus linternas para la inspección del servicio de noche. En efecto, al día siguiente, un soldado de la tercera compañía de la Guardia civil, José Noya, había entregado ya la que tenía de su propiedad.

Dos días después, *El Alcázar* da cuenta de otra salida con excelentes resultados, donde cooperan los falangistas, y como aquel día y el anterior se habían señalado por una pasividad momentánea del enemigo y era preciso aprovecharla para distraer el ánimo, organizóse una función de circo en el patio central, que aún no presentaba entonces el triste espectáculo de sus imponentes ruinas.

El programa de esta fiesta merece transcribirse íntegro. Con esos hombres, a quienes el mundo cree desesperados luchando a brazo partido con la muerte, y ellos dentro de su islote de piedra, a guisa de náu-

fragos robinsones, tienen humor para espantar los espectros de los cañones y hacer dulce la vida a sus queridos hijitos, dando saltos y piruetas como los titiriteros de un circo de feria; con esos hombres, repito, no se puede: parecen de otra raza, de otra contextura de alma y de cuerpo, que no es la corriente entre los hijos de Adán.

Véase el divertido programa; y es lástima que no hubiesen podido convidar a los servidores de los cañones enemigos, que unos días antes les habían regalado con más de cien chupinazos.

CIRCO ALCÁZAR

EMPRESA 15 Y 1/2 AND COMPANY

Programa de la función *vermouth* que tendrá lugar esta tarde a las 5 y 30:

Jueves 6 de agosto de 1936

1.° Sinfonía a cargo de la notable y numerosa orquesta.
2.° Presentación de la compañía.
3.° Los notables magos Trapiellini and Sister.
4.° Los contumaces del regocijo.
5.° Exhibición del formidable equilibrista de fama mundial Chu-Ling-Kal-Var.
6.° Presentación del genial humorista míster Zaca.
7.° Final del campeonato internacional de lucha grecorromana individual. (Peso caballo.)
8.° Fandango estilo carioca por "Los Manueles".

Dos días después de esta función tan animada, un trimotor rojo les dió otra de distinto género, arrojándoles de nuevo bombas lacrimógenas, que cayeron en el patio, donde aún no se habían recogido los restos de los artificios del circo; y aquellos hombres que se divertían como niños la tarde del 6 de agosto, se defendían como leones, por la parte del comedor de los cadetes, la mañana del día 8, que fué aquella en que dieciséis granadas de quince y medio arrasaron las dependencias de Capuchinos. Habrían oído sus aplausos y sus expansiones las fieras

marxistas y les querrían decir con aquel fiero tronar de sus cañones que habían perdido el derecho a reír y a divertirse?

Aquel mismo día 8 se efectuó otra razia por las casas próximas, "respetándose ajuares y cuanto hay en ellas", dice *El Alcázar,* con exclusión de los víveres, los cuales son entregados de modo generoso y voluntario a la cocina para el servicio de enfermos y utilidad de todos".

Así se van sucediendo las razias, en las cuales de un modo especial intervienen los muchachos de Falange. El día 12 se felicita efusivamente al soldado de Caballería Alfredo Molina y al de Infantería Máximo Gil, porque han entregado en la enfermería, como trofeo de su razia, un jamón y tres gallinas; el día 14 se tienen que prohibir las salidas realizadas sin permiso de los jefes, porque se van menudeando con exceso y con grande peligro de las preciosas vidas de los defensores. Ya desde entonces las razias toman el carácter de verdaderas excursiones militares con determinados objetivos, que señalaremos en sus diversos lugares. Pero, además, la Falange va por doquier, en todos los sitios derrochando valor, derrochando sangre y derrochando vida. Es preciso tejer una corona con algunos de sus heroicos hechos de armas.

El teniente Rivero va a narrarnos uno de ellos; más bien será una cadena de episodios trágicos que señalan el paso de la Falange por el Alcázar: "Charla alegre, en la sección de Tropa—comienza diciendo—, cuya defensa se nos ha confiado. Condimentación de ricas tortas con trigo y grasa de caballo; añoranzas de cigarrillos... De pronto, hace su entrada en el puesto una granada de siete y medio: cae herido gravemente el falangista Quero.

"Le recogemos y le llevamos a la enfermería, y, allí, me dice por toda lamentación:

"—Ya no podré ser militar, pero estoy contento. He dado mi sangre por España.

"Esta fué su única queja, a pesar de que llevaba un brazo cortado y la cadera destrozada. Murió como un valiente.

"Siguen los comentarios y las charlas en el puesto; se nota en todos la alegría del vivir. Un nuevo cañonazo que penetra en el puesto, y el falangista Romaña cae herido. Le retiramos, y al llegar a los sótanos, nos va diciendo tranquilo y sonriente:

"—¡Si no tengo nada!

"Le faltaba un pie, y sin embargo... iba cantando a la enfermería."

En el hospital de sangre he tenido yo después muy alegres charlas con Fermín Romaña; es un muchacho santanderino, de genio muy comunicativo, excesivamente modesto al hablar de sí. Le hice que me contase el lance, y él, sentado en su butacón, con una pierna de menos, que tiene amputada por el muslo, me habla siempre con la sonrisa en los labios...:

"Estábamos defendiendo la sección de Tropa, fuera del recinto del Alcázar. Fué el 10 de septiembre. La metralla penetraba clamorosa y espesa por todas partes; de pronto noté un golpe en el pie y vi que me caía. Miré y vi saltar mi mismo pie, desprendido por arriba del tobillo, que fué a caer allá lejos, a más de dos metros. Mis amigos, al verme caer, me cercan:

"—¿Qué es esto? ¿Estás herido?

"—Sí, aquí; sujeten bien mi pierna derecha para evitar la salida de sangre.

"Y me fuí arrancando con la mano los tendoncillos que quedaban como hilachas sobre mi pierna mutilada."

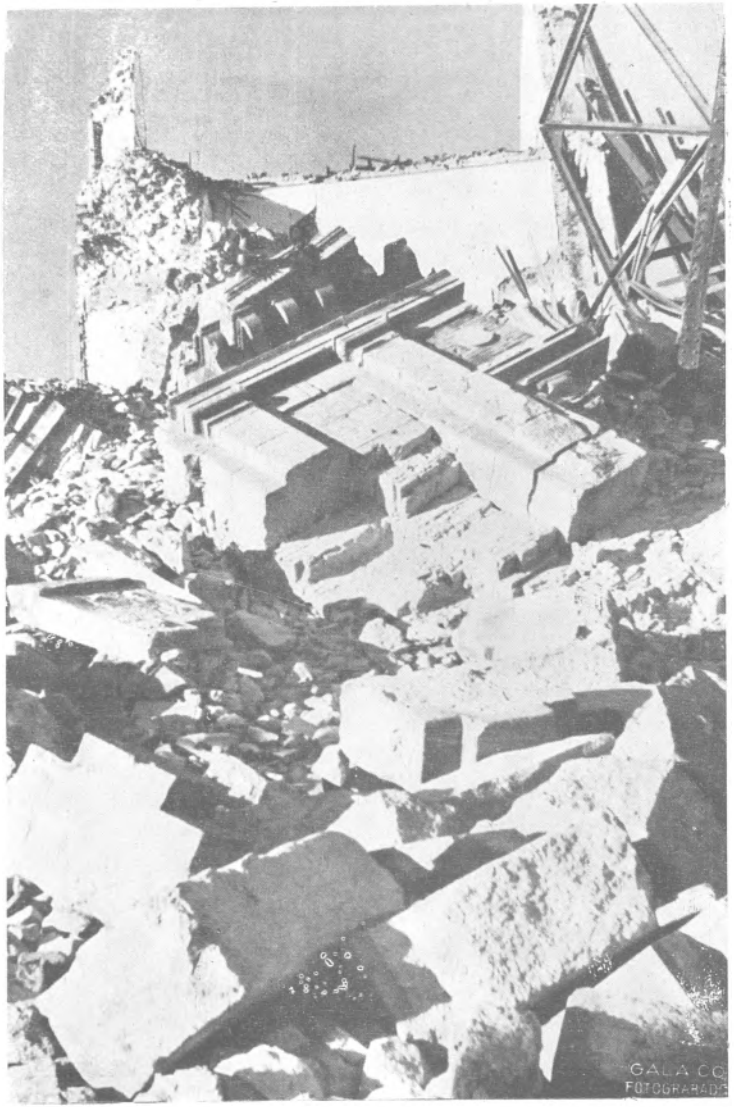
—¿Y no le impresionó ver volar su pie?

"—¡Oh! ¡Era por España! ¿Qué más podía hacer sino cantar? Y Dios me protegió; Dios ha sido muy bueno conmigo. Me amputaron la pierna, como ve, y no tuve por efecto de la operación ni unas décimas de fiebre..."

Y sigue sonriente, olvidando el dolor de la herida, porque se sobrepone en su alma el efecto de agradecimiento a su Dios y la idea de que ha dado algo a su Patria.

Después de este comentario mío, sigue el teniente Oliveros elogiando la actitud de los falangistas:

"Otro gran episodio tuvo lugar con ocasión de un ataque de que fuimos víctimas por la explanada oriental, al salir por la única puerta que nos había dejado ya practicable el enemigo. El quince y medio desciende de rango y se ha convertido ya en un *paco* de escasa importancia; pero hoy tira sin cesar por la puerta por donde hemos de salir. No obstante, por allí salen las fuerzas de Falange y la de la Escuela de Gimnasia, que se imponen la obligación de detener un avance de los rojos.



Informes bloques de piedra, que fueron un día cornisas y aleros de la esbelta fachada principal del lado norte

Lo que ha quedado del torreón nordeste. Sobre él se alza la explanada norte, desprovista de su airosa barandilla

Angulo sudeste. Osamenta del torreón. Entre los escombros del muro interior, a su izquierda, asoma la boca el fatídico Paso Curvo, casi obstruído por las piedras

(Foto Marín. San Sebastián.)

Sobre el patio central del Alcázar se elevan los restos de los tres pisos del ángulo sudoeste, donde se encerraban tesoros artísticos, como el célebre Museo llamado de Romero Ortiz, donde se hallaba la redacción del periódico "El Alcázar"

"Pero el cañón nos enfila, nos manda una granada y allí quedan enterrados varios hombres; de ellos, cuatro son falangistas, y con ellos su jefe, don Pedro Villaescusa.

"Este grupo falangista, por su actividad en todas partes de peligro, fué designado con el nombre de "Grupo de maniobra", y todavía recuerdo la frase del comandante Méndez, encargado de la defensa activa: "¡Falange, quieta! ¡Quiero tenerla siempre en mi mano!" Así este grupo figuró en todas las salidas, para proveerse de trigo, para buscar luz, para descubrir la mina; en una palabra, dondequiera que asomase el peligro.

"Por eso, el capitán Vela Hidalgo, que fué su jefe en los últimos días del asedio, no se cansa de elogiar la actuación de sus muchachos." Después de prodigar estos elogios en general, con inmenso cariño, prosigue aumentando la lista sangrienta de los que perdieron la vida, segada al abrir su juventud, repleta de flores de ilusión, que se quemaron en el altar del holocausto para salvar el honor de su Madre.

"El joven de Acción Católica, Rivera, ejemplar en su conducta durante el asedio, modelo y admiración de todos por su fe católica y por su temple de espíritu, sufrió santa y alegremente otra amputación, y el falangista Quero, el cual muere dando vivas a España y a la religión.

"Y el falangista Iraola, teniente de Caballería de complemento, que, sin embargo, optó por el servicio de militante en Falange... A veces me hablaba de su mujer y de sus hijitas: una se llamaba Cristina, y él era ahijado de aquella santa Reina madre que tenía también este nombre; había, además, tenido el honor de servir en el Regimiento de María Cristina.

"Pensaba yo, como jefe suyo, proponerle para la Cruz de María Cristina... No ha habido lugar para la propuesta. Herido gravísimamente en el vientre el día de la mina, al servir una ametralladora, murió dos días después..."

Antonio de Iraola y Palomeque era íntimo amigo del que estas líneas escribe. ¡Qué bueno y qué sencillo en su trato y qué fervoroso en su alma era aquel valiente! ¡Descansa en paz bajo los pliegues de la bandera que amaste con delirio, hasta morir por su honor!

Y tantos otros... Se puede decir, en justicia, que los jóvenes de Falange, de Acción Popular, Renovación, Independientes, Requetés, ri-

valizaron, fusil en mano, con los militares más aguerridos en la defensa del Alcázar.

Cincuenta y cinco formaban el grupo, y ofrendaron su sangre por la santa causa diez muertos y treinta y seis heridos. ¡España está contenta y satisfecha de ellos!

Pone glorioso remate a esta labor heroica uno de los episodios más trágicos y sangrientos que se han escrito en las páginas de esta epopeya. Se les había citado ya a todos estos valientes en muchos de los elogios con que el gobernador militar ensalza con frecuencia nombres de los distinguidos: se les ha tenido que prohibir las salidas voluntarias, porque las prodigaban con excesivo peligro.

Hay, sin embargo, entre las órdenes del día, un documento que inserta *El Alcázar* en su número de 8 de septiembre y lleva el sello de Falange Española de las J. O. N. S. Dice así: "Por su heroico comportamiento al intentar retirar el cadáver de su camarada Maximiliano Fink, se le concede la "Palma de plata" al camarada Godofredo Bravo (q. e. p. d.). Quedan propuestos al Jefe Nacional del Movimiento para aquel honor los camaradas José Canosa, José Berzosa, José Conde, Antonio M. Iraola, Feliciano González y José M.ª Oliveros. Igualmente queda propuesto (si sus superiores jerárquicos se lo permiten) para "Aspa blanca" el teniente de Artillería Eduardo Ríos

"¡Camarada Maximiliano Fink! ¡Presente! ¡Camarada Godofredo Bravo! ¡Presente! ¡Arriba España!"

Esta orden del día es el epitafio escrito por las J. O. N. S. en el túmulo donde descansan los actores de una tragedia: debía grabarse esta inscripción con letras de oro.

Se ha preparado una de tantas salidas callejeras para buscar alimento con destino a la enfermería y a las mujeres y niños; están agotados; hay que buscarles algo de comer. Y se lanza la patrulla de Falange, descendiendo cautelosamente por las calles vecinas. No he podido precisar el sitio, pero en mis apuntes inéditos se le llama el "cruce de calles".

A pesar de la precaución con que avanzan, son descubiertos por los milicianos, que abren sobre la caravana un fuego mortífero. Siguen, no obstante, avanzando y contestando; pero, muy pronto, Maximiliano Fink, un muchacho que va en vanguardia, se lleva la mano al pecho,

lanza un ¡Arriba España" y cae. Ha muerto: una bala le ha atravesado el pecho.

Ya no se puede avanzar más: es preciso retroceder con el precioso depósito de aquellos restos de un camarada, y Godofredo Bravo se acerca al cadáver para recogerlo, mientras se ordena el repliegue. Las balas enemigas semejan una granizada espesa: vienen de todas partes, y Godofredo Bravo cae al lado del cadáver de su compañero. Ha muerto también.

El repliegue se hace necesario; caerán todos; está herido otro de ellos; la prudencia ordena que se ahorren vidas. Se repliegan, porque están al lado de los muros del Alcázar; pero uno de los dos cadáveres, el de Fink, no se ha podido recoger; tampoco puede servir de triunfo a sus verdugos.

Entonces, desde los parapetos, se establece una guardia de falangistas que con sus armas impidan el que los milicianos se acerquen a aquel cadáver. ¡Es falangista y no puede ser profanado!

Cuando la noche tiende sobre Toledo su negro manto, se pueden sorprender unas sombras que se agitan al pie de los muros: son los falangistas cuyos nombres se han citado con elogio. Vuelven a llover las balas en todas direcciones, pero la oscuridad, y también el miedo, desorientan a los rojos.

Avanza hasta el cuerpo muerto José Canosa con temeraria osadía y logra sujetar con una cuerda el cadáver de Fink; luego, José Berzosa, Feliciano González y Antonio Iraola le traen hacia sí: la operación la dirige el teniente Ríos.

Pocos instantes después se oían dentro del Alcázar unas voces duras, martillantes, como las balas de los *pacos*:

"—¡Camarada Maximiliano Fink!"—; y otras voces respondían en seco: "—¡Presente!"

"—¡Camarada Godofredo Bravo!" "—¡Presente!"

"—¡Arriba España!" "—¡Arriba!"

Y aquel grito era llevado por un misterioso eco a todos los sótanos del Alcázar: diríamos que los dos cadáveres respondían también con sus compañeros: ¡Presente! ¡Arriba España!

VI

LA RADIO-CLUB PORTUGUESA

"Será considerada Miembro de honor la señorita locutora de Radio-Club Portugués, que tanto aliento nos ha infundido con sus noticias."

(*Gloriosa Hermandad del Alcázar de Toledo.*)

La soledad en que se hallaban envueltos los sitiados del Alcázar de Toledo se hacía más triste y más desesperante, según hemos visto, por dos circunstancias que aumentaban su negrura: la primera, porque no podían comunicar su triste situación a los amigos y camaradas del glorioso alzamiento. La segunda, porque no podían recibir noticias de los pasos que éstos iban dando en su camino, sembrado de laureles.

Este aislamiento era cruel y los sitiados hicieron sobrehumanos esfuerzos para romperlo. Los medios que tenían para conseguirlo no podían ser más débiles e ineficaces. Una radio de tan escasa potencia, sin corriente eléctrica para poderla hacer funcionar, y quererla transformar en emisora, suponía un forcejear inútil para estrellarse contra un imposible físico. Acumulando pilas de las baterías de los camiones, lograron captar una estación: era precisamente la que más podía mortificarles: era la "Unión Radio de Madrid", a toda devoción vendida al Gobierno del Frente Popular.

Pero muy pronto descubrieron la falsedad de las noticias que propalaba sin vergüenza ni reparo ninguno la bellaca emisora ante la faz del mundo entero, y, leyendo entre líneas, deduciendo verdades de las contradicciones en que incurría la vieja mentirosa, fué el periódico *El Alcázar* comunicando a sus lectores, día tras día, la marcha triunfal de nuestras valerosas tropas.

Vamos a seguirla en sus deducciones más salientes. Comienzan ignorando si el alzamiento ha sido sofocado por el Gobierno de Madrid o si ha prendido el fuego sagrado en algunas provincias. Este es el punto de partida.

Hemos visto que el día 29 de julio dejó caer un avión rojo multitud de ejemplares del *A B C,* secuestrado ya por la rapiña marxista. La intención de los enemigos era desorientar a los sitiados con metirosa información, de la cual dedujeron los redactores de *El Alcázar* estas noticias:

"Entresacamos—dice—del *A B C* los siguientes hechos sin comentarios. Nuestras fuerzas tienen los pasos de la sierra del Guadarrama; dominamos Guadalajara y sus alrededores; ha fracasado el empuje de las milicias rojas en el Alto del León, y si bien llegan los enemigos hasta San Martín de Valdeiglesias, desisten, a partir de este pueblo, de su objetivo... Fracasan los intentos hechos contra Albacete por los del Frente Popular, salidos de Murcia y Alicante. En Vitoria nuestra situación es excelente. Así mismo, en Zaragoza y Burgos existe gran entusiasmo y la situación es inmejorable. Las mismas noticias respecto de Palencia, Mallorca y Córdoba."

La tendenciosa información del *A B C* queda de manifiesto ante los sitiados, al publicar un telegrama de París, en el cual, refiriéndose al apoyo que la prensa parisina les presta, no recoge más testimonio que el de *L'Humanité,* órgano de los comunistas, "lo que prueba—dicen los redactores de *El Alcázar*—que el resto de los periódicos de París, cerca de ciento, nos es favorable".

Con estas conjeturas, más o menos reales, comienza su información el diario alcazareño, que dedica desde entonces la mayor parte de su atención a deducir, por lo que oye en la Radio de Madrid, la marcha del movimiento en España.

El número del día 30 ensancha la visual de nuestros territorios dominados: "Se desprende de las noticias dadas por Unión Radio, que nuestra situación es favorable en Valladolid, Burgos, Sevilla, Oviedo, etcétera."

Los discursos de la tristemente famosa "Pasionaria" eran precisamente los que más levantaban el espíritu de los sitiados. Esa imprudente y locuaz gallareta, en su empeño de cantar victorias comunistas, iba in-

dicándoles, sin quererlo ella, los sitios donde triunfaban nuestros valientes soldados. Por ella saben que los combates en los altos picachos del Guadarrama van sumando victorias y gloriosas resistencias en nuestro favor.

Por fin, a primeros de agosto, los encargados del aparato lograron captar, aunque confusamente, una transmisión de las estaciones de la Guardia civil, deduciendo que en Castilla la Vieja se vivía en completa normalidad; y otra comunicación de la Comandancia de Avila con la de Córdoba, que les hizo comprender la ligazón que debía existir ya entre las dos columnas del Sur y del Norte.

Otra onda, captada a duras penas, les decía que el comandante Vázquez Ramos, desde Cáceres, aconsejaba al comandante Lumbreras, que estaba en Huelva, que no hiciese caso de las noticias de Unión Radio, porque eran falsas; que las cosas marchaban perfectamente y que le felicitaba por sus éxitos en la provincia de Huelva. La emisora concluyó con un "¡Viva España!", que se clavó como un dardo de fuego en el corazón patriótico de los que la oían desde el lóbrego rincón del Alcázar.

El éxito de aquella noche, en que su espíritu se había henchido de alegres esperanzas, al oír la voz amiga de sus compañeros de alzamiento, les hizo redoblar los esfuerzos para extender el campo de acción de la pequeña receptora. En mi inédito diario se consignan estas luchas contra la impotencia física. Así, el 25 se anota que los encargados de la radio multiplican sus ensayos para convertirla en emisora, sin resultado práctico ninguno. El día 11 de agosto se consigna escuetamente esta noticia: "Hízose una salida por los jóvenes de Renovación y Falange, a las órdenes del capitán Vela Hidalgo, para intentar recoger el flúido eléctrico, empalmando nuestra instalación con los cables de la fábrica por las proximidades del Carmen, para utilizarlo en la radio y en la molturadora. No tuvo resultado el esfuerzo de estos jóvenes valientes."

Día 14 de agosto: "Se trabaja incesantemente por establecer contacto de nuestra radio con las emisoras de nuestros diversos frentes. No se ha conseguido el deseo nuestro; pero deben de habernos oído en Madrid, pues el periodista Villa dice en su diario que "aún se resiste esa manada de locos que se ha encerrado en el Alcázar de Toledo".

Entretanto, van leyendo a través de las mentiras de la radio madrileña y de los gritos descompasados de la "Pasionaria", de Prieto, de Largo

Caballero y de otras figuras *insignes* del Frente Popular, los avances de sus hermanos y las noticias de la política internacional respecto de la lucha que se desarrolla en España.

Saben por el discurso del comunista camarada Díaz, que "el proletariado ruso ha acordado el envío de una cifra considerable de rublos, cambiados en francos, para auxilio de la revolución comunista de España". Y se enteran de la hipocresía de esa nación, estranguladora del orden internacional, que, al mismo tiempo que favorece al Frente Popular español para que repela el movimiento salvador del Ejército, "quiere tomar parte en el Pacto de no intervención en los asuntos de España con Inglaterra, Portugal, Francia, Italia, Alemania y otros países", lo cual les dice que esas naciones, o son simpatizantes con nuestro alzamiento, o son neutrales cuando menos.

Oyen también la noticia, proclamada por la radio madrileña a bombo y platillo, de que: "Hoy viernes, 7 de agosto, llegará a Valencia un barco francés con 250 camaradas, que quieren luchar con los del Frente Popular", y se preguntan los redactores de *El Alcázar,* llenos de sorpresa: "¿Y cómo explicarán este abuso España y Francia a las restantes potencias del mundo civilizado, que hacen nobles esfuerzos para que el salvajismo y el bolcheviquismo no se extiendan por Europa?"

Pocos días después puntualizan algún tanto la conducta de los marinos españoles. Dicen los mentirosos informes del Gobierno de Madrid que toda la escuadra está adicta a la causa de la República socialista y que no permite el paso de las fuerzas regulares de Africa por el Estrecho; pero luego añaden "que los esfuerzos del Gobierno de Madrid han sido impotentes para hacer fracasar un segundo desembarco importante de nuestras fuerzas de Africa"; de donde sacan en conclusión que Cádiz está en nuestro poder y que también lo está Algeciras, bombardeada por una escuadrilla de hidros, y oyen después que "se han declarado zonas de guerra varias provincias, cuyos nombres no pueden oír distintamente, pero que entre ellas se han oído bien los nombres de Huelva, Lugo y Pontevedra. En Granada se dice que hay lucha y que los milicianos del Frente Popular están ya cerca de la capital, a la cual tienen sitiada, de donde se concluye en buena lógica que también la provincia de Granada se ha unido al alzamiento libertador".

Entre estas sombras e incertidumbres iba el diario *El Alcázar* mante-

Ruinas del ángulo noroeste, por donde iniciaron su ataque desesperado los rojos la mañana de la explosión de la mina

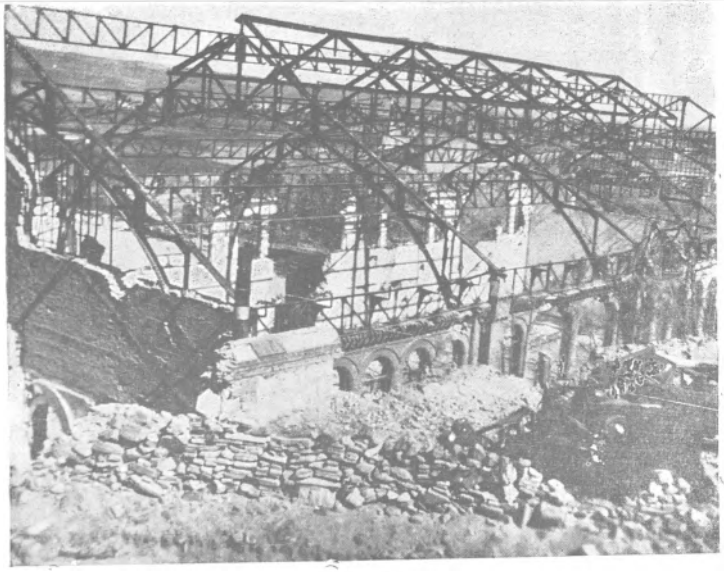
(*Foto del autor.*)

Casas que forman la Cuesta del Carmen, derribadas por los mismos aviones rojos e incendiadas por sus bombas. Dan enfrente de la famosa Posada de la Sangre

(*Foto del autor.*)

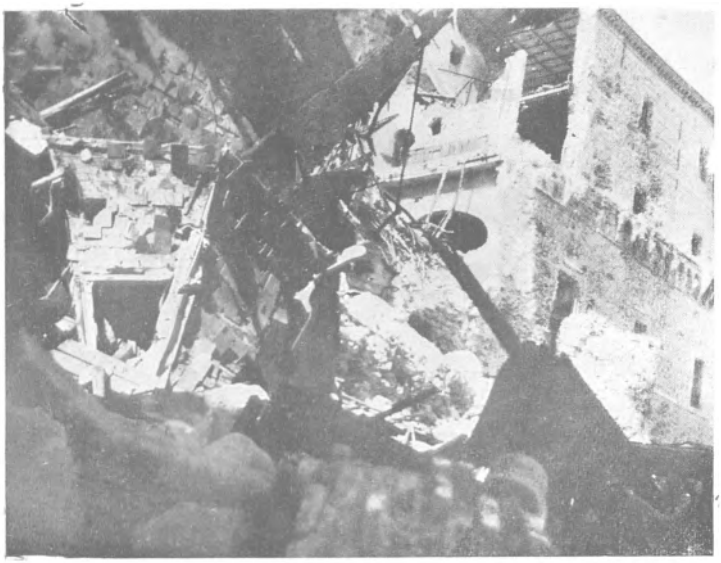
Angulo noroeste, al que corresponde el grabado superior

ecoración formada con las uñas de la garra marxista para cantar a coro la "Internacional", ensalzando los bienes que puede traer a las naciones civilizadas la práctica de sus teorías. Vista de la parte sur del patio central. La estatua de Carlos V, a la iz
uierda, derribada de su pedestal. A la derecha, el lienzo de la fachada oeste después de la explosión de la mina; a la izquierda, los restos del interior de la fachada sur, con la entrada a los sótanos, a la capilla, a la Biblioteca de Caballería y otra
ependencias. Yo invito a un buen pintor para que decore todos nuestros teatros con este telón de boca. Así los espectadores podrían meditar durante los entreactos sobre el bien que nos trajo el glorioso alzamiento, librando a España de quedar convertida en e
patio del Alcázar



El Picadero. Parte exterior, con sus muros y su techumbre en esqueleto

(Foto del autor.)



La torre sudeste, lienzo oriental y "Paso Curvo", obstruído por los derrumbes de los muros

(Foto del autor.)

Lo que de las dependencias de la explanada oriental dejó la estupidez marxista. Capuchinos; comedor de los cadetes; restos del torreón NO.; restos de camiones... El resoplido de la fiera pasó como un turbión por la explanada del Alcázar de Toledo

(Foto del autor.)

niendo el espíritu de sus lectores y haciéndoles ver que, aunque lentamente, la ola del Ejército libertador seguía avanzando, avanzando, muy lejos todavía de los muros del Alcázar, pero... avanzando.

* * *

Era la noche del 17 de agosto; el día anterior se había despachado a su gusto la Unión Radio. "La Nelken habló anoche: arremetió contra el general Queipo de Llano, capitán general de Andalucía redimida, poniendo una nota truculenta tan fuera de visos de verdad, que la estimamos contraproducente aun para el mismo público más afín y sectario."

Se había captado, tras de sobrehumanos esfuerzos, una emisora extranjera, la de Florencia. Se había oído muy bien aquella emisora, mientras se entretuvo en dar noticias de fuera de España. Al llegar a éstas, las interferencias fueron tales que se hizo imposible percibir dos palabras seguidas. La radio de Madrid se sobreponía con aquellos ruidos infernales que a nosotros, los que fuera del Alcázar escuchábamos tranquilamente las noticias salvadoras, nos crispaban los nervios y nos hacían exclamar con desesperación:

"—¡Ya echó los cencerros la radio madrileña!"

Pero el hecho de haber captado la Radio Florencia era muy significativo; aumentando el poder receptor con pilas en cantidad suficiente, llegarían a una solución tal vez inesperada.

Por eso, esta mañana del 17 se ha trabajado sin descanso en la oficina. La Unión Radio madrileña comenzó a esparcir la ordinaria sarta de mentiras: se la dejó mentir a su sabor y se lanzaron los tres muchachos en busca de voces más halagüeñas por los espacios inconmensurables donde cabalgan los genios misteriosos de las ondas, que no conocen ni barreras ni distancias.

De pronto, los mecánicos y el taquígrafo se miran unos a otros con espanto. Un escalofrío rudo y fuerte acaba de sacudir todo su sistema nervioso. Allá, desde muy lejos, Dios sabe de dónde, pero que el poder del micrófono acerca hasta formar la ilusión de que está al lado de ellos, se percibe claramente una voz de mujer, dulce, insinuante, la voz de algún ángel portador de noticias que vienen de los labios maternales de la Virgen del Alcázar. ¡Y habla en castellano! ¡En la rica lengua de

Cervantes! La impresión es indescriptible. Uno de los muchachos dice, con seguridad de acertar:

—Radio-Club de Portugal. ¿Será voz amiga?

Sí, es voz amiga, es la famosa *speaker* de Lisboa, Marisabel de la Torre de Colomina, que les habla en su lengua con acento meloso de mujer cariñosa, pero con todo el fuego de mujer española.

¡Y qué cosas más bonitas está diciendo! Les cuenta con ponderativo acento los cuantiosos donativos que en Sevilla se están recogiendo para la santa causa de la libertad española, que caen como lluvia espesa sobre la mesa de despacho del valiente general Queipo de Llano.

Con ellos se ha confundido el espléndido donativo de un súbdito inglés. El general Franco ha ido en avión a Burgos; pero pudo haber ido en ferrocarril, pues la comunicación de Andalucía con el Norte está asegurada por completo. Bilbao ha sido bombardeado por el crucero *Almirante Cervera,* que ostenta en sus cofas la linda bandera roja y gualda. En Burgos existe ya un Gobierno Nacional, y las conquistas de nuevos pueblos en Extremadura tienen asegurado el enlace de Andalucía con el Norte de España, que todo, a excepción de las provincias nacionalistas vascongadas, es ya nuestro. Fuerzas del Tercio y Regulares avanzan victoriosas desde Badajoz camino de Madrid...

Así, muchas noticias, todas alentadoras, todas rebosantes de esperanza en el triunfo, y la *speaker* termina diciendo: "La victoria es nuestra, porque contamos con fuerzas perfectamente disciplinadas y mandadas, y en cambio Riquelme opera en un teatro muy reducido, mientras que nosotros desarrollamos una amplia ofensiva en Málaga, Bilbao, San Sebastián, Badajoz, la Sierra..."

Cuando enmudeció la Radio-Club portuguesa en medio de un silencio que aun la respiración se consideraba como un atentado, se siguió brujuleando por el vacío. Llegó también la voz de Radio Milán. Hablaba también de España en la dulcísima lengua del Dante. Esta les dijo que el general Mola, desde la radio de Burgos, había manifestado que jamás el Gobierno libertador pactaría con el de Madrid, que el general Varela caminaba a grandes jornadas sobre Málaga, y que se preparaba una fuerte ofensiva sobre Madrid.

La impresión de este hallazgo providencial de unas fuentes tan fidedignas de información fué para los defensores del Alcázar como el des-

correrse de un velo tupido y presentarse ante los ojos de una caravana de desorientados caminantes del desierto las verdes palmeras y los ricos veneros cristalinos y las sombras seductoras de un oasis.

¡Varió por completo la decoración en la vida del Alcázar! Todo allí fué luz, alegría, esperanza, certeza íntima de un triunfo más o menos próximo, en medio de las agonías, de las privaciones, de las tinieblas y de los horrísonos gritos del cañón en que vivían envueltos.

Por los últimos rincones de los sótanos y de las avanzadas no se oía otra conversación ni otra noticia que el hallazgo de las ondas portuguesas e italianas, que en lo sucesivo vendrían a regalarles amigablemente los oídos y, sobre todo, el corazón.

El Alcázar del día 17 de agosto comienza así: "Hoy es día grande, pues hemos podido captar estaciones italianas y portuguesas. Dios ha querido que confirmemos con información concreta de los nuestros, a través de esas emisoras, lo que siempre supuso nuestra esperanza y lo que deducíamos a través de las noticias tendenciosas y faltas de verdad que el Gobierno de la anti-España transmite por la Unión Radio."

El día 19 se tuvo, según he oído a uno de los defensores, una audición de la Radio Portuguesa, que se anunció a toque de clarín, y se dibujaron mapas, que se iban ilustrando con banderitas, con las cuales se seguía el avance marcial de nuestras tropas.

Fué verdaderamente providencial aun el comienzo de tan alentadora información, porque coincide en un todo con el avance de las fuerzas libertadoras sobre Toledo: seguiremos tan sólo con la Radio-Club Portuguesa el camino de esta columna, que es la que trae en sus banderas las brisas de la esperanza, la alentadora certeza de la liberación.

Ya el día 18 anuncia le *speaker* portuguesa que "Badajoz ha sido conquistado por una de las columnas del teniente coronel Yagüe, mandada por el comandante Castejón".

La toma de esta ciudad, que fué entrada a cuchillo por los intrépidos soldados del Tercio en medio de una granizada de balas con que varias ametralladoras quisieron detener el avance por la puerta llamada de la Trinidad, señala el camino de los libertadores hacia el Alcázar. Su objetivo se vislumbra por la dirección de la marcha, aunque ellos no saben nada aún de las intenciones que guían a sus compañeros.

Se combate en Mérida, y Castejón entra en la ciudad; pasa con una

celeridad extraordinaria a Don Benito, y se dirige hacia Talavera de la Reina al mando de una columna motorizada. ¿Vendrán a salvar a los sitiados del Alcázar? ¿Sabrán que todavía están resistiendo, y harán un esfuerzo para libertarles de su prisión? ¿Será ese el objetivo de tan rápida maniobra?

¡Qué ratos de angustia! ¡Qué días y qué noches eternas en aquel lóbrego calabozo! Pero ¡qué ilusión, qué esperanza, qué confianza más grande en la Providencia divina! Si sabe el Alto Mando que en Toledo les espera un puñado de soldados, rendidos ya casi por la fatiga, y unos centenares de mujeres famélicas, que tienden hacia las huestes victoriosas, que avanzan por el Oeste, sus brazos suplicantes... ¡Ah! ¡Vendrán! ¡Son españoles! ¡Son sus hermanos!

Y he aquí que un día la Radio-Club portuguesa les inunda el corazón de indecible gozo: les trae en sus alas una noticia que disipa del todo la incertidumbre de sus corazones. Les dice que sus hermanos se han dado cuenta de que les esperan, ¡y vienen a salvarles! Les ha dicho así: "La columna de Yagüe, después de llegada a Mérida, a 300 kilómetros de Madrid, sigue avanzando con la rapidez ya indicada y ha entablado un combate con los comunistas, dirigidos por el diputado Martínez Cartón, en el pueblo de Alía, cerca del Monasterio de Guadalupe, haciéndoles 109 muertos, entre ellos el referido diputado." Y agrega la emisora, que, "dada la velocidad del avance, pronto se encontrará a la vista de Toledo, donde en la Academia Militar resisten desde hace un mes oficiales y soldados, y que, por lo tanto, no es cierta la noticia del Gobierno de Madrid por la que aseguró y afirmó la rendición del Alcázar."

Eso decía, con letras grandes, como un reto al Frente Popular, el diario alcazareño del 21 de agosto.

¿Qué les importaban ya las noticias de Radio Madrid? Entonces se reían los redactores del diario al manifestar a los defensores que "se captó hoy (día 20) la Radio Journal francesa, muy tendenciosa. Nos dice que el ministro de la Gobernación francés declaró que a toda costa hay que enviar a España armas y municiones para el Frente Popular, a lo cual se opone el resto del Gobierno".

Y el día 28 de agosto fué de una emoción intensa en todo el Alcázar; ¡se lloró de alegría! El coronel Moscardó, como padre, añora la suerte

de su esposa y de sus hijos; sólo sabe que Luis ha muerto dando los vivas de reglamento para un español y para un joven cristiano; ignora que su esposa y su hijo menor están recluídos en el Manicomio de Toledo, y no sabe tampoco que su pequeña hija Marichu vive segura en la nación portuguesa; pero lo que menos sabía, ni se pudo figurar nunca, es que la delicadeza, la galantería, verdaderamente lusitanas, llevasen a Marichu hasta el micrófono de la Radio-Club de Lisboa, para que, al mismo tiempo que enviaba un saludo a los defensores del Alcázar, pudiese enviar un beso lleno de cariño filial, que llegase de aquel modo tan misterioso hasta la frente de su padre.

Si al coronel Moscardó se le hubiera avisado con tiempo que su pequeña y linda Marichu iba a convertirse aquella noche en locutora de la Radio-Club de Lisboa, ¡con qué ansiedad hubiera palpitado durante el día su corazón de padre, ansiando que llegara el momento de oír el canto de aquel ruiseñor, que se ocultaba entre las frondas lejanas..., tan lejanas..., allá en las costas donde va a morir aquel río que se desliza a sus pies! ¡Qué lástima! Ni él la oyó, ni a ella se le pudieron escuchar más que las últimas perlas que se desgranaron de sus labios.

El diario *El Alcázar* nos cuenta este idilio sentimental en su número del 28 de agosto. Es un idilio en la verdadera acepción de esta pieza retórica.

Después de darnos la noticia de que otro afligido Padre, el Sumo Pontífice, va a recibir en audiencia a los prelados españoles que han podido refugiarse en Roma, prosigue su información de este modo:

"A continuación habló la hija de nuestro coronel, y excusamos decir la emoción de cuantos estábamos escuchándole. Unicamente se pudo coger el término de la conversación, que dijo: "...y acabar con este grito que nos une a todos: ¡Viva España!"

"Después habló, acto continuo, la simpática locutora de la Radio-Club, y dijo: "Os acaba de dirigir la palabra la señorita María Moscardó, hija del heroico militar de Toledo que dirige la defensa del Alcázar, ese bravo jefe que pone el nombre de nuestra querida Patria tan alto, hoy que tanto está necesitada España de que haya buenos corazones que ensalcen el nombre de español. España, nación Madre de héroes en el pasado, lo es también en el presente, como lo demuestran

estos bravos defensores del Alcázar de Toledo, que no saben ni doblegarse ni romperse, como las famosas espadas toledanas."

¡La impresión que causarían estos elogios de la simpática locutora, cayendo como una lluvia de flores en el fondo de sus corazones! Ni fué tan sólo esta vez; con frecuencia llegaba su voz alentadora, llena de cálidos elogios, que no eran sino frases que ponía en sus labios la Madre España para excitar la esperanza de sus hijos.

El día 29 habló por la radio don José María Pemán. ¡Otra noche de placer para los cautivos, encantados con la mágica elocuencia de tan españolísimo optimista! Es otro valiente de los que se han alzado con su alma abrasada por el aliento de los dos santos ideales: la Patria y la Fe. Me honro con su amistad sincera y le envío un saludo desde estas páginas.

Su discurso, lleno de fuego patriótico, tuvo la mayor prueba de su aceptación en un detalle que tal vez el orador ignore, porque hasta ese extremo llega su modestia, y es, que, conforme iba saliendo con persuasiva elocuencia de sus labios, lo iba recogiendo taquigráficamente don Andrés Marín, en el rinconcito de la receptora del Alcázar, para publicarlo por vía de suplemento en el periódico. Lector hubo que, de tanto leerlo y releerlo entre lágrimas, se lo aprendió de memoria.

Así se iban recogiendo en la pequeña radio todas las noticias de allende el Alcázar; unas, cargadas de emocionante impaciencia, porque venían del campo de batalla; otras, saturadas de burlón regocijo, porque llegaban desde el mentiroso micrófono de Madrid; otras, finalmente, de paternal consuelo, porque habían brotado de los labios del Padre común de los fieles, que les bendecía desde el Vaticano.

Se tuvo materia de risa y de jolgorio entre los sótanos húmedos y entre los puestos de las avanzadillas con un notición espeluznante que dió la Unión Radio madrileña el 3 de septiembre. Anunciaba el trágico fin que habían tenido las derrotas del comandante Castejón, el cual, desesperado de su fracaso al intentar inútilmente apoderarse de la ciudad de Badajoz, acababa de poner fin a su carrera con el suicidio.

A esta truculenta noticia ponía su colofón *El Alcázar* con sorna andaluza, agregando las ciertas afirmaciones de otra radio, la portuguesa: "Pero el muerto resucitó en Mérida, y luego en Guadalupe, y después en Oropesa y en Calera, para aparecer, ya triunfante, el día de ayer en

Talavera de la Reina; todo ello sin un solo revés, sin el más ligero descalabro, antes por el contrario, logrando siempre infligir grandes castigos al adversario y recogiéndole abundante material." En efecto, mientras se *suicidaba* Castejón delante del micrófono de la Unión Radio de Madrid por haberle sido adversa la victoria delante de los muros de Badajoz, el periódico *El Alcázar* daba a sus lectores el 3 de septiembre un curioso plano donde podía verse el rápido avance de la columna Castejón. Le quedan por conquistar los pueblos de Maqueda, Torrijos, Rielves, atravesar el río Guadarrama y presentarse en las lomas que cercan a Toledo.

Mientras llegan las victoriosas columnas españolas con su bandera de oro y sangre, los impacientes cautivos distraen esa impaciencia proponiendo charadas como ésta, que figura en el número del 3 de septiembre:

¿ESTARÁN NUESTRAS TROPAS YA ALLÍ?

La *primera* es vocal, que,
con la que sigue, metal;
tercia y *cuarta* es un sistema,
dos y *cuatro* es una flor,
en el cielo *una* y *cuatro*,
y el *todo* la situación.

(La solución es: *Oropesa.*)

* * *

El día 7 de septiembre dió el periódico una noticia muy triste a sus lectores: Riquelme, el gran general estratega de las milicias rojas, como premio a sus no interrumpidos fracasos en la dirección del asedio del Alcázar, acababa de dejar el mando. Le ha sustituído el coronel Asensio, previamente ascendido a general. ¡Pobre Riquelme! ¡Tan buena voluntad como había mostrado de vencer a los inermes defensores del Alcázar; tantos chupinazos como les había regalado, y caer de aquel modo en la desgracia del alto mando soviético! ¡Qué desagradecida es la Patria con sus héroes!

Pero podían consolarse los defensores del Alcázar. El sustituto de Riquelme, el nuevo generalísimo Asensio, no le iba a la zaga en su bravura y en el talento militar. Según los informes, no de Madrid, sino de

la radio portuguesa, el bautismo de fuego del prestigioso general Asensio había sido un "bateo" de los que dejan época por la solemnidad de la ceremonia. "Acaba de sufrir—dice la locutora—su primera derrota a 8 kilómetros de Talavera de la Reina, en las inmediaciones de los puentes que sobre el Alberche tienen la carretera y el ferrocarril

"Venía al mando de una columna de cinco mil hombres y se le han hecho 375 muertos, tomándole dos aviones, cien prisioneros, diez cañones, mucho material de guerra y un número elevado de camiones. Este éxito ha permitido, además, establecer la comunicación entre la columna Yagüe, que viene a Toledo, y la columna de Avila."

Dejemos a las columnas libertadoras avanzando y triturando, en su camino hacia Toledo, el frente marxista, como va levantando el arado de desfonde a su paso por el erial las ortigas y los cardos silvestres, que ya tendremos ocasión de vitorearlas al conseguir, finalmente, su objeto en la ribera del Tajo.

* * *

Dulcísima tarea, aunque, por ser muy larga, tenemos que prescindir de ella, sería la de recoger las impresiones tan gratas, tan sedantes que la Radio Italia iba también dejando sobre el fondo del corazón de aquellos pobres sitiados, pero de un modo especialísimo porque les hablaba de su Padre, del Santo Pontífice, que iba siguiendo la horrible tragedia que el Frente Popular desencadenaba sobre el siempre pacífico y cristiano pueblo español. Le siguen en sus palabras de aliento, en sus consejos de elevar el alma hasta Dios, besar su mano, acatar sus designios amorosos y pedirle que cese pronto la tormenta y se vuelva a serenar el cielo de la España católica y creyente. Antes, ha dado el periódico la noticia de que el Santo Padre ha recibido en audiencia a los prelados españoles refugiados en Roma; luego ha copiado la alocución tan hermosa, tan paternal y tan varonil del Padre, que protesta ante la faz del mundo de los atropellos que unos hombres sin Dios y sin conciencia están cometiendo con los asesinatos de los sacerdotes y los incendios de los templos.

El número del 17 de septiembre vuelve a insistir en el mismo tema: "Ciudad del Vaticano.—Siguen los comentarios de toda la prensa internacional al discurso-alocución pronunciado por el Papa con ocasión

de la recepción de refugiados españoles. Los periódicos berlineses esperan que se oigan y atiendan las indicaciones de Su Santidad en todos los países, pero especialmente en aquellos donde el peligro bolchevique es mayor.

"Se elogia por los periódicos americanos la importancia y la prudencia de las palabras del Pontífice, declarando que la unión es necesaria si se quiere evitar una repetición de la tragedia española. La prensa de Budapest, como la de Río de Janeiro, se adhiere al llamamiento del Papa."

¡Padre Santo, Padre amoroso de todos los fieles: Dios premie con la realización de vuestros deseos de paz y de concordia universal los consuelos que llevasteis con vuestras palabras a los heroicos españoles, hijos devotos vuestros, que luchaban por ese mismo ideal, que es el continuo pensamiento de vuestro corazón de Padre! ¡Bendecidles a ellos y bendecidme a mí!

VII

IDILIOS Y TRAGEDIAS

Nulla adeo dies est australibus humida nimbis,
non intermissis ut fluat imber aquis.

"No hay día tan cerrado por las lluviosas brumas australes, que no goce ratos de sol entre los aguaceros."

(OVIDIO, libro *Epístolas del Ponto.*)

Desarrolláronse durante aquellas horas de agonía pasadas en el interior del Alcázar, algunos sucesos que, a mi juicio, constituyen la parte típica del asedio. Los hay de variadísimos matices, desde el idilio hasta la tragedia. Vamos a recogerlos en este cuadro, más bien que capítulo, porque mi intención es solamente hacer vivir en diversas escenas la vida alcazareña.

Típico por demás es el episodio que en otras circunstancias resultaría vulgar y trivialísimo en la historia de los hombres: el nacimiento de un niño. He recogido todos los detalles.

Va a venir al mundo un nuevo ser. Su padre es un alférez-alumno, joven, demacrado y descolorido cuando yo le vi, como todos los supervivientes del Alcázar. Llámase Angel Valero González. Su esposa, muy joven todavía, Herminia Ramos, siente que va a ser madre. Se le preparan toda esa serie de precauciones en que el instinto de la caridad tiene ya diestras a todas las mujeres.

Pero no se puede pensar en comodidades. La enferma es llevada a uno de los rincones del subterráneo, donde está instalado el taller de electricidad. Una oficina repleta de mesas, de utensilios del oficio, y allá dentro, un poyete de piedra, fabricado en el muro. Allí, un "sommier"

que alguna de las mujeres ha podido traer consigo en su repliegue al Alcázar. En el espeso muro, allá arriba, dos claraboyas, como dos ojos enfermos que esperan la intervención de un oculista para poder impresionarse con la luz que ahora les regatea el sol del día.

No hay luz; dos latas que han tenido leche condensada y ahora están llenas de sebo de caballo, esparcen por el recinto mortecina claridad y espesas espirales de humo negro y asfixiante. Se agitan alrededor del camastro las esposas de los guardias civiles y de los soldados, rompiendo una sábana de las usadas por la clase de tropa, para confeccionar pañales, y el simpático don Angel, el médico forense, presta sus servicios.

Así viene al mundo el 9 de septiembre el niño que pocos días después va a bautizar el señor Vázquez Camarasa y le pondrá el nombre de Restituto Alcázar. Mientras nace el niño, una granada explota allá fuera, como si les molestase a los que la han disparado que la humanidad se propague con nuevos seres dotados de razón. Al disiparse el humo y el fatigoso olor de la trilita, el padre del recién nacido se encarama para respirar alguna ración del aire del cielo, que devuelva la normalidad a sus pulmones. La claraboya da hacia el Oeste, donde se apiñan, muy cerca, las casas de Toledo. Una de ellas, cercana al Alcázar, era donde él vivía tranquilo con su esposa. Aquella casa está ardiendo por sus cuatro costados: el ajuar se reducirá a pavesas y al salir de aquella prisión se encontrará en medio de la calle.

Esto, que no sé con qué designación calificarlo, si idilio o tragedia, tiene un desenlace de manifiesto idilio. Cuando entraron victoriosas nuestras tropas en el Alcázar, el padre de la indómita Legión del Tercio de Marruecos, Millán Astray, visitó a los ya libertados héroes. Preguntó por el recién nacido; le vió en el regazo de su madre y, haciéndole una caricia en su carita pálida, exclamó:

—¡Hola! ¿Cómo vamos, caballero cadete?

En efecto, a Restituto Alcázar se le han concedido los honores de cadete. Cuando tenga la edad reglamentaria, se le concederá su puesto en la Academia de Infantería sin preceder el examen requerido.

Aunque tal vez traicione la modestia de un ilustre prócer de nuestra nación amiga y vecina, voy a completar el desenlace de este episodio. Un caballero portugués, don Restituto Andrade, director de la Compa-

ñía de Aguas de Lisboa, se ha encargado de la educación y formación moral de su tocayo, sufragando los gastos por su cuenta.

* * *

Saboreando el desenlace de este idílico episodio, nos va a sorprender el día más feliz, el más venturoso que disfrutaron los habitantes del regio Alcázar toledano. Nosotros, los que vivíamos fuera, nos llenamos de alegría cuando las ondas de la radio se apresuraron a describirlo; pero no nos pudimos dar ni la más remota idea del alcance que para los sitiados del Alcázar tuvo este suceso. También he procurado estudiarlo con todos sus alegres pormenores.

Estamos dentro del glorioso recinto: vivimos ya a fines de agosto; se pasan días de esperanza, porque las radios extranjeras de Italia y Portugal les inyectan continuamente dosis de positivo optimismo; pero el alto mando no puede participar plenamente de ese optimismo. Una duda cruel, una indecisión torturadora, gravita todavía sobre su espíritu. ¿Cuál será el objetivo preciso, final, de esa columna que avanza victoriosa, que viene en dirección Este, aprovechando la carretera que por Guadalupe, Oropesa y Talavera de la Reina entra en la capital de España? ¿Será Toledo el ideal de sus ilusiones? ¿Será Madrid su único objetivo? Ellos están decididos a resistir hasta el cabo; morirán abrazados a sus esposas y a sus hijos entre los escombros del Alcázar. Rendición... ¡jamás!

Pero los víveres, aun la carne de mulo, se agotarán, y se agotarán las municiones, y las fuerzas corporales de aquellos soldados que obedecen con heroísmo, sin titubeos, sin réplicas, están ya agotadas; no les queda más que el espíritu. ¿Vendrán esos valientes con intenciones de libertarlos a ellos?

He aquí el enigma que se alza delante del jefe que tiene sobre su responsabilidad las vidas de los moradores del Alcázar.

El día 19 se habían colocado los paineles reglamentarios en el patio y en la explanada oriental para llamar la atención de cualquier aeroplano amigo que rayase el aire cercano al Alcázar. El día 22, un trimotor rojo les regala con una multitud de latas de gasolina inflamada y luego desaparece, y torna a girar en derredor del edificio, dejando caer potentes bombas de trilita.

No hay duda; los enemigos arrecian en su propósito de molestarles. Más de cien granadas de quince y medio habían lanzado el día anterior, según nos dice el periódico, y quedaban la explanada y el Zigzag tan sembrados de proyectiles sin explotar, que el mando supremo tuvo que dar una orden prohibiendo que se tocasen, porque la imprudencia podría originar una catástrofe. Por eso, esta tarde del día 22 es de recelo, de prudentes precauciones, de temor a que se repitan las escenas del día anterior.

El sol comienza ya a ocultarse por las lomas lejanas que miran hacia el cauce del Tajo. La tarde está caliducha y los guardianes de aquella joya sagrada donde se encierra el honor de España descansan detrás de los parapetos y esperan, tal vez, alguna tercera invasión del negro vampiro que les ha arrojado de su vientre el líquido inflamable.

La corneta llama a la cena: son las ocho de la noche y los habitantes pacíficos del Alcázar toman en sus manos la abigarrada vajilla para recibir su ración de carne de caballo.

Los vigías que avizoran el espacio distinguen un punto negro en el cielo; viene del Sur. El bulto se agiganta. La escasa luz de la tarde impide ver los colores de los círculos que trae en sus alas y el color de su cola.

El avión se acerca al edificio con una rapidez vertiginosa; un estrépito horrísono produce su motor, porque el inmenso pájaro ha rozado casi las puntas de las tres torres que aún se elevan, ya casi en esqueleto, hacia la altura. Pocos instantes después, el avión ha desaparecido con rumbo al Suroeste. Pero, al atravesar por encima del patio central, ha dejado caer unos bultos, que se desplomaron sobre el recinto del Alcázar. Uno de los bultos ha caído en el mismo patio; es un envoltorio de hojalata, que, al chocar con las baldosas del pavimento, se ha abierto, y por el suelo se han esparcido botecitos de latón que ruedan en varias direcciones.

Otro paquete ha caído fuera del recinto, por la puerta llamada de los Carros, pero se ha podido recoger también; su contenido es el mismo: latas de leche condensada, paquetes de chocolate y varios jamones.

La expectación es indescriptible en todo el Alcázar. Nadie se atreve a tocar el misterioso envío que les ha llovido del cielo. ¿Será un regalo de sus hermanos los hijos de España? ¿Será un infame artificio de los

hijos de la anti-España, que quieren envenenarles valiéndose del hambre canina que les devora?

El alto mando, con suma prudencia, recoge los dos paquetes: se analizarán para cerciorarse de su contenido. Y así cerró la noche. Nadie durmió en los sótanos. Si algunas mujeres se rindieron al cansancio, soñaron con un pájaro inmenso que se precipitaba sobre el edificio y dejaba caer paquetes y más paquetes de venenosas conservas para destruir la vida de sus hijos; en sus envolturas soñaron ver una calavera y un rótulo que decía: ¡Peligro de muerte!

Alboreó el día 23, domingo. Se rezaba la Misa en los devocionarios dentro de la capilla y se pedía a la Virgen la pronta victoria de las armas españolas. Entretanto, el comandante Villalba salió por la explanada para hacer el relevo con sus muchachos. La luz era ya suficiente para que el jefe reparase en un bulto que le llamó la atención. ¡Un tercer paquete arrojado ayer por el extraño avión! Se dió aviso al coronel Moscardó y éste mandó que se abriese en su presencia para ver su contenido. Las entrañas del misterioso bulto se abrieron y un grito de júbilo salió del fondo de aquellos corazones españoles; sus rostros palidecieron, se miraron unos a otros como presas de un sueño; no era el de las mujeres; era un sueño de hadas. El enigma misterioso se había resuelto; las pavorosas sombras del porvenir acababan de disiparse al dar sobre ellas los vivos tornasoles de una cinta que ya no ostentaba en sus colores nacionales el luto morado; era todo alegría, era todo España: una franja de oro entre dos ríos de sangre.

Aquella cinta envolvía un paquete de cartas, y con ellas varios números de periódicos de títulos nuevos, desconocidos para ellos, que en epígrafes de grandes caracteres cantaban las glorias de una España que estaba resucitando, la España católica, la España triunfal. Pocos instantes después, corría por todos los sótanos y se deslizaba bullidora y alegre por todos los reductos una orden que decía así:

"Orden de la Comandancia Militar del día 22 de agosto de 1936.— En el día de hoy hemos tenido la alegría de que un avión de España haya venido, en vuelo heroico y arriesgado, a solidarizarse y reconocer nuestro esfuerzo por la santa causa de nuestra España. Esta alegría, a la que han de sumarse otras más en días sucesivos, exige de nosotros el que contemplemos el porvenir con la seguridad del triunfo; pero éste

exige también el que sepamos que, para el logro del mismo, necesitaremos nuevos y quizás más intensos esfuerzos, y que debemos prepararnos para ellos con el mejor ánimo y el mayor espíritu de perseverancia, dispuestos ahora, como siempre, a los mayores sacrificios, incluso de nuestras vidas, nunca mejor ofrendadas que al servicio de una futura España tan grande como ansía nuestro deseo. Así lo espera de todos vosotros quien tiene como el mejor honor de su vida el mandaros en estas horas históricas.—El Coronel Comandante Militar, *Moscardó.* Rubricado."

El texto de los dos mensajes dice así: "General Jefe del Ejército de Africa y Sur de España.—A los bravos defensores del Alcázar toledano. Nos enteramos de vuestra heroica resistencia y os llevamos un adelanto del auxilio que os vamos a prestar. Pronto llegaremos a ésa. Mientras, resistid a toda costa, que os iremos llevando los pequeños socorros que podamos. ¡Viva España! *El General F. Franco Bahamonde.*" (Rubricado.) El texto del segundo mensaje es el siguiente: "General Jefe... ¡Un abrazo de este Ejército a los bravos defensores del Alcázar! Nos acercamos a vosotros; iremos a socorreros. Mientras, resistid. Para ello os llevaremos pequeños auxilios. Vencidas todas las dificultades, avanzan nuestras columnas destruyendo resistencias. ¡Viva España! ¡Vivan los bravos defensores del Alcázar! *El General Franco.*—(Rubricado.) 22 de agosto 1936."

Un buen amigo del general Moscardó y amigo mío también, don Julio Muñoz Aguilar, rogó al glorioso caudillo hace poco tiempo que le dijera sinceramente cuál había sido la más honda, la más intensa emoción recibida durante el glorioso asedio. El general meditó unos instantes y contestó con acento de una persuasión decisiva:

—El momento de más emoción que recibí durante aquellos días tan solemnes, fué cuando se abrió en mi presencia el envoltorio encontrado en la explanada y vi la cinta bicolor que sujetaba los dos mensajes, y leí, o más bien, devoré con los ojos, estos pliegos con la firma del general Franco. Hasta entonces no sabíamos qué planes abrigaba el valiente general; pero al leer, con indecible emoción, los cortos renglones, exclamé lleno de agradecimiento a Dios y a Franco: "¡Estamos salvos!" ¡Supóngase usted todo lo que para mi responsabilidad se encerraba en esta exclamación!

Hay que hacer notar una circunstancia que avalora extraordinariamente ese carácter providencial con que los defensores del Alcázar miraron siempre su vida en todos los instantes de la heroica lucha. El día 22 de agosto terminaba el octavario de la Virgen del Sagrario, mandado celebrar por el coronel Moscardó por propia iniciativa. La hora en que pasó el aeroplano era la misma en que, en los tiempos de paz, estaba la Virgen recorriendo procesionalmente las naves de la catedral toledana.

Al siguiente día, los redactores de *El Alcázar* captaban estas frases de la Radio-Club portuguesa, que les inundó en un baño de agua de rosas:

"Nos dan noticias de que dos aviones nacionalistas han volado sobre Toledo, lanzando dentro del Alcázar víveres y la promesa del general Franco de que pronto llegará Yagüe a auxiliarles. Estos defensores del Alcázar toledano se honran a sí mismos, honran a su Patria y honran a Toledo. ¡Qué orgullo sentirán las mujeres y los hijos de esos héroes de España! Sus nombres serán aprendidos por todos los buenos españoles, y cuando se hable de las atrocidades cometidas por los rojos, como obra de compatriotas nuestros, se les contestará lanzándoles los nombres de estos héroes, que son los verdaderos españoles." Agrega la locutora que en Toledo unos cuantos jefes, oficiales y soldados de nuestro glorioso Ejército, de ese Ejército que fué siempre la honra y la gloria de España, se defienden heroicamente. "Allá en Toledo, donde no creemos que llegará nuestra voz a ese glorioso Alcázar, que no olviden, si acaso nos oyen, de que nuestros ojos están puestos en ellos."

Los víveres contenidos en los tres envoltorios los detalla con más amplitud el teniente Barón: "Nos envió—dice—un código de señales para que, por medio de paineles, indicáramos lo que se necesitaba. Nos arrojó paquetes conteniendo sardinas, leche condensada, harina lacteada, jamón de York, carnes congeladas y otros alimentos, que todo fué a parar a la enfermería y a los niños. También nos enviaron material de curas, especialmente gasas y algodones."

El día 23 se celebró la fiesta del avión español. ¡Cómo disfrutaron aquellos héroes de contextura sobrehumana! ¡Qué banquete tan opíparo tuvieron con los víveres que les habían llovido del cielo!

El diario inédito que tengo en mi poder especifica el rico "menú":

"Se sirvió a todos—dice—un plato extraordinario de lo que dejó caer el avión: sardinas, mortadela, y frutas en almíbar como postre." A continuación mi diario señala un ataque desesperado de los rojos a la Puerta de Hierro, después de dejar caer sobre ella doce latas de gasolina, y nos da cuenta de la heroica muerte de un defensor, destrozado por la metralla: llamábase José Pérez Serrano. Eran aquellos días en que las columnas marxistas se empeñaron en un imposible, en vencer la tenacidad heroica de los defensores y entrar en las dependencias del Alcázar, destruyendo la puerta que los defendía. Mordieron el polvo: ya lo hemos visto.

El festín del avión tiene una delicada nota que lo cierra con carácter también de idilio. Dice así el número de *El Alcázar* del 24 de agosto:

"*Notas gratas.*—A los guardias civiles del puesto de Dos Barrios, que entregaron para los niños parte de las sardinas que les correspondieron como extraordinario de la comida a que antes se ha aludido, les felicitamos efusivamente desde este periódico por el rasgo, que por sí solo se alaba, a la vez que les comunicamos llegaron a poder de los destinatarios."

Fuera de aquel festín extraordinario, el resto de las vituallas regaladas por el avión fué a parar a la enfermería y a la merienda de los niños. ¡Aquellas golosinas eran sólo para ellos! Pero el idilio se convierte pronto en sainete bufo por obra y gracia de la Radio de Madrid. Algunos días más tarde, el regocijo en el Alcázar era de los que rayan en organillo de verbena, sobre todo entre los niños pequeños, mientras saboreaban la tacita de leche condensada y el *postre ideal* con que les acababa de obsequiar el avión.

Puede figurarse el lector, que se reirá también, la cara de fiesta que pondrían al leer en el número 36 de *El Alcázar* esta noticia que copiamos textualmente de sus columnas:

"Unión Radio de Madrid nos ha dicho lo siguiente: Fué visitado Toledo por Prieto para apreciar de cerca el sitio del Alcázar. Según el gobernador de la provincia, está totalmente destruída la fachada principal (esta noticia, desgraciadamente, era exacta) por el bombardeo, y los derrumbamientos debieron alcanzar a numerosas mujeres y niños de los que se refugian en los sótanos del Alcázar. Los defensores no tienen

ya víveres, pues en virtud de lo bien que los gubernamentales tienen tomadas las defensas exteriores, los aviones que intentaron arrojar víveres tuvieron que volar muy alto, y los víveres cayeron en el exterior, siendo recogidos por los marxistas."

El periódico *El Alcázar* deduce saladísimas consecuencias; pero todas ellas las puede sacar también el lector.

Varios días después del vuelo providencial y sustancioso, el 27 de agosto, volvieron a aparecer sobre el Alcázar tres aviones amigos. Por los paineles se les hicieron señales de que nada urgente se necesitaba; que en el recinto se mantenía el valor y la disciplina más arrogante y más patriótica; y los tres aviones siguieron para dejar algún recuerdo de su visita en la Fábrica de Armas, arrojándole varias bombas.

Ya no volvieron a presentarse más visitas hasta el 6 de septiembre, en que se repitió la grata edición de los días anteriores.

De nuevo rayó el aire caliducho y seco de la tarde otro avión con los lindos colores nacionales; oyóse de nuevo el horrísono crepitar de las gigantes alas del águila caudal, y cayó pesadamente dentro del patio un saco, que derramó por el suelo su contenido.

Ya el sistema de comunicarse con sus libertadores era conocido. Nadie tuvo miedo a una posible y criminal estratagema. Les traía más víveres y un sinfín de correspondencia, como si acabara de pasar el cartero del barrio distribuyendo las cartas de su distrito.

Las que firmaba otro valiente caudillo de la España triunfadora son muy lacónicas, pero muy expresivas. La primera decía:

"Valladolid, 30 agosto 1936.—El General Jefe a los bravos defensores del Alcázar de Toledo.—Vencemos en todos los frentes y caminamos con paso seguro hacia la victoria. Espero seáis libertados dentro de poco. La columna Yagüe va camino de Talavera; la mía, más avanzada, cerca de El Escorial. ¡Viva España! ¡Vivan los bravos defensores del Alcázar de Toledo! Un abrazo a todos de vuestro general, *Emilio Mola.*"

La segunda carta es más lacónica en su redacción y más expresiva:

"Valladolid, 30 agosto 1936.—El General Jefe a los bravos defensores del Alcázar de Toledo.—Mi respeto, mi cariño, mi entusiasmo y mi corazón de viejo infante para los gloriosos defensores de la Cuna de la Infantería española. Vuestro general, *Emilio Mola.*"

No faltó a este mensaje la nota sentimentalista y caballeresca de nuestra raza; la delicada nota de la dama española, mitad ternura de mujer y mitad aliento belicoso de amazona. Las muchachas burgalesas, las que, tocadas sus cabezas con la airosa boina roja del Requeté o bordados en su pecho las flechas y el yugo de Falange, cooperaban entonces con su labor femenina en los hospitales de sangre o fabricaban con sus manos primorosas los abrigos para los soldaditos de España, tenían sus corazones juveniles prendidos de las torres que le restaban al Alcázar, y aquel tierno corazón latía con violencia a impulsos del orgullo nacional que les inundaba, admirando el valor indómito que los imberbes cadetillos de la Academia estaban mostrando ante la faz del mundo entero.

No se engañaba del todo su patriótica sensibilidad. Si no eran cadetes imberbes los que defendían el sagrado altar de la Patria, pues sólo hubo siete en el asedio, luchaban, ciertamente, como leones del Sahara muchachos falangistas, lampiños todavía, como mi amigo Luisito Ortega, hijo del Administrador principal de Correos de Toledo, que no ha cumplido los diecinueve años y se cubrió de gloria en el asedio.

Las muchachas burgalesas querían llevar a los defensores los alientos que infunde en el hombre la fiebre del amor, para sostenerles en la lucha, y por eso el segundo avión llevaba a los jóvenes combatientes este preciosísimo mensaje, cuyo original, escrito en primorosa vitela, se conservará como reliquia en algún museo militar.

Lo copiamos del periódico *El Alcázar,* suplemento al número 42, del domingo 6 de septiembre:

"Copia del mensaje que las muchachas de Burgos dirigen a los Caballeros Cadetes sitiados en el Alcázar de Toledo, y cuyo original en pergamino ha quedado en depósito del General Jefe del Ejército del Norte.

"Caballeros Cadetes. Alcázar de Toledo.

"La gesta heroica de vuestra valentía que por Dios y por España habéis escrito en ese Alcázar glorioso, será la gesta inmortal de los Caballeros de la raza hispana, que alza sobre el baluarte de todos los peligros su Cruz y su Bandera, esa bandera que en lo más alto de vuestra fortaleza habéis sostenido con la ofrenda de vuestra vida.

"Nuestra admiración os ha seguido y nuestra juventud, igual a la vuestra, se sentía unida a la epopeya, en el deseo santo del sacrificio, y

rezábamos..., rezábamos bajo las bóvedas de encaje de nuestra maravillosa Catedral de Burgos, y con fervores de angustia ante el Sagrado Madero de la Cruz, le decíamos al Maestro: ¡Salvadlos, Dios mío! ¡Dan su vida por España y por Ti!

"Caballeros Cadetes, somos muchachas llenas de alegría y juventud, y, como vosotros, somos la nueva España; en este radiante amanecer sentimos la responsabilidad del momento histórico. Hoy damos nuestras vidas; mañana daremos cuanto somos, en renunciación de frivolidades, para ofrecer a España con todos nuestros sacrificios su poderío, su grandeza, y hacerla lo que siempre fué: Madre de pueblos y razas.

"Ved en la firma de este mensaje a todas las muchachas de Burgos, Marías de Castilla, que ponen en esa Bandera que hicisteis ondear en lo más alto del Alcázar de Toledo sus corazones de mujeres burgalesas. Como prendas de admiración para los Caballeros Cadetes y sus heroicos compañeros.

"Por Dios y por España.

"¡Viva España!

"¡Viva España!

"¡Viva España!

"Burgos, agosto 1936.

"NOTA.—Era deseo expreso de las muchachas burgalesas que el original del pergamino fuese arrojado por nuestros aviones en el recinto de este Alcázar. En previsión de que por cualquier circunstancia no cayese dentro y se perdiese entre manos indignas este precioso documento, el general Mola ha dispuesto que se obtuviesen tres copias y se arrojasen éstas en sendos lanza-mensajes a fin de asegurar la recepción.

"El expresado general, en cuyo poder queda el pergamino, tiene el propósito y la esperanza de hacer muy en breve personalmente entrega solemne del original a los heroicos sitiados."

Con dicho mensaje venían cartas para diversos defensores. Una, que copia el diario, lleva este sello: "Escuadra B. Junkers, de Aviación Militar.—Un abrazo a todos, especialmente a los de Mora." Firman Jacobo Millas Piendergat y Antonio González Amaliado.

* * *

Y pasemos del idilio a la tragedia. Por este tiempo en que la liberación de los sitiados se comenzaba a esbozar con las visitas de los aviones hermanos y con la rápida y victoriosa marcha del Ejército liberador, se comienza por parte del enemigo el último y desesperado forcejeo para que no se le escape la presa de las manos.

Se inicia la tragedia con la diplomacia artera y bastarda del Gobierno del Frente Popular, avergonzado ante el mundo entero, si es que los maquinadores de tanta criminal tramoya tuvieron un rastro de vergüenza, y buscando un desenlace al drama, en el cual quedaran a la faz del mundo como gloriosos triunfadores.

Era un ardid diplomático asaz sencillo, pero también muy burdo. Aparecen deseosos de que la sangre española no se derrame de aquel modo tan pródigo como inútil; quieren aparecer con sus sensibles corazones mortificados con el espectáculo de un asedio en donde tiernos niños y delicadas mujeres son víctimas de la ferocidad salvaje de unos hombres locos y desesperados que han decidido optar por el suicidio, pero arrastrando a la muerte a unos seres inocentes e inculpables.

Inician, pues, los parlamentos que acerquen a los combatientes hacia una capitulación honrosa; su deseo es que todos se salven; pero si los varones se obstinan en seguir luchando, el Frente Popular, afectado por un principio trivial de humanitarismo y de compasión, no puede consentir que el sexo débil tenga que sufrir las consecuencias de semejante locura.

He aquí el móvil, hipócrita y artero, que preside las escenas que vamos a presenciar. Inició la comedia de las capitulaciones el Gobierno del Frente Popular el día 9 de septiembre, día en que, para intimidar a la guarnición del Alcázar y reforzar los argumentos de su parlamentario, les largó sobre los muros del edificio 149 "chupinazos" de quince y medio y les dejó caer sobre el patio multitud de bombas, algunas de las cuales llevaban en su vientre 50 kilos de trilita; el argumento no podía ser más convincente; algún sumulista, amigo de los chistes a lo Muñoz Seca, le llamaría un "silogismo en Bárbara".

Había cerrado ya la noche, cuando desde una casa vecina se oyeron unos gritos descompasados que pedían se pusiese al habla el señor coronel, para un asunto muy importante.

El señor Moscardó, con las debidas precauciones, se asomó a una de

las ventanas. Tratábase de un antiguo profesor de la Academia, estimadísimo por su buen carácter de todos sus compañeros, el comandante don Vicente Rojo.

Este militar, a gritos que cortaban el silencio nocturno, porque todas las baterías y los fusiles habían enmudecido, dijo que venía como parlamentario de parte del Gobierno para tratar de un asunto de gran trascendencia.

El señor Moscardó, a voces también, le respondió que le oiría con sumo gusto, para lo cual podía presentarse en la plaza de Capuchinos, al día siguiente, a las nueve de la mañana, y que él empeñaba su palabra de honor que sería oído y tratado con toda clase de respetos. La expectación que produjo aquel diálogo en ambos bandos es indescriptible, sobre todo en los parapetos marxistas, que no sentían grandes arrestos para continuar aquel "fregado en que sus jefes les habían metido", que son frases textuales de ellos, oídas por los defensores desde las ventanas.

Brilló el día 9, y a las nueve en punto de la mañana apareció la silueta del comandante doblemente Rojo en la plaza de Capuchinos. Desde las ocho y media, pues había sido una condición impuesta por el gobernador militar del Alcázar, había cesado toda clase de hostilidad por ambas partes.

El parlamentario, por orden del señor Moscardó, avanzó hasta la llamada Puerta de los Carros, que se abre en la fachada del Oeste. Allí se le vendaron los ojos, según está ordenado para semejantes lances; acompañábanle, guiando sus inseguros pasos, el comandante don Blas Piñar y el capitán señor Alamán, ambos profesores de la Academia y amigos personales del parlamentario. Subieron la ancha escalera y penetraron en los sótanos; por orden del comandante militar del Alcázar, nadie circulaba entonces por aquellos sitios por donde tenía que pasar la silenciosa comitiva.

Un vaho especial de aire corrompido envolvió al ciego parlamentario; un frío húmedo penetró por sus huesos; las pisadas de los tres caminantes resonaban por aquellas bóvedas huecas, pausadamente, con misterioso y alternado compás. "Fué un momento de intensa emoción —escribe el mismo señor Moscardó en su relato—ver aquel hombre, que para nosotros, los sitiados, venía de otro mundo distinto al nues-

tro, avanzar lentamente, con sus ojos vendados, guiado de la mano por dos de nuestros oficiales. Tenía aquello algo de cortejo fúnebre, de marcha al cadalso...

Al entrar en el despacho del comandante militar, se le quitó la venda, y ante sus ojos apareció la recia figura de su antiguo amigo, pálida, flaca, con el cabello y las barbas largas, que le miraba con una interrogación indefinida en sus pupilas. Se retiraron todos los oficiales y quedaron frente a frente aquellos dos hombres, que eran dos ideales opuestos, que se combatían por la posesión de la Patria. Sólo había quedado en la estancia un comandante, que debía seguir el diálogo con toda atención, sin intervenir en él, para poderlo reproducir después con toda exactitud.

Sentados uno enfrente de otro, el coronel comenzó por tranquilizar al parlamentario, que se sentía impresionado y receloso; no tenía que abrigar temor ninguno; estaba entre caballeros de honor y podía proponer con toda libertad su embajada.

Comenzó el señor Rojo diciendo que venía comisionado por la Junta de Defensa de Toledo para estipular la rendición del Alcázar. Acto continuo le entregó una cuartilla de papel, escrito a máquina y lleno de firmas. Alargó el comandante militar su mano, tomó el papel y lo leyó. La serenidad y la calma daban a su continente un aspecto de sublimidad estoica. He tenido en mi mano esta cuartilla de papel para copiarla y darla fielmente a la Historia. Dice así:

"Condiciones para la rendición del Alcázar, acordadas por el Comité de Defensa:

"1.° Garantía completa de todos los residentes en el Alcázar.

"2.° Libertad inmediata de todas las mujeres, soldados y niños menores de dieciséis años.

"3.° Todos los demás serán entregados a los Jueces para que delimiten su culpabilidad."

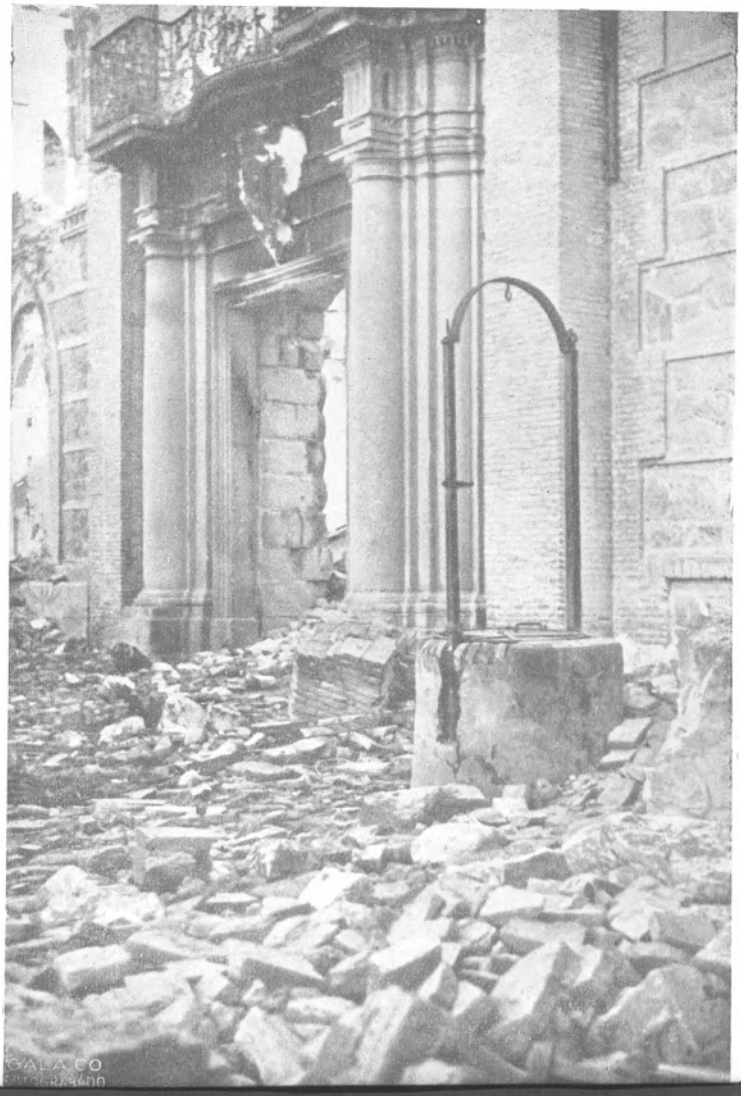
Un sello: "Jefatura de la Columna de Operaciones.—Toledo."

Siguen diez firmas, algunas que delatan una mano que apenas sabe poner su nombre; otra, la de un traidor repugnante, Luis Barceló; las demás, anónimas; la última, la de don Vicente Rojo.

Seguramente que el pundonoroso coronel Moscardó tuvo asco al sostener aquel papel en sus manos; le olía espiritualmente a inmundi-

Explanada oriental.—Ruinas del sitio llamado Capuchinos; cocina y Clase de Tropa. A la derecha, el lienzo del ángulo sudeste, con parte del cubo de piedra que data del tiempo del rey San Fernando. Restos del torreón sudeste

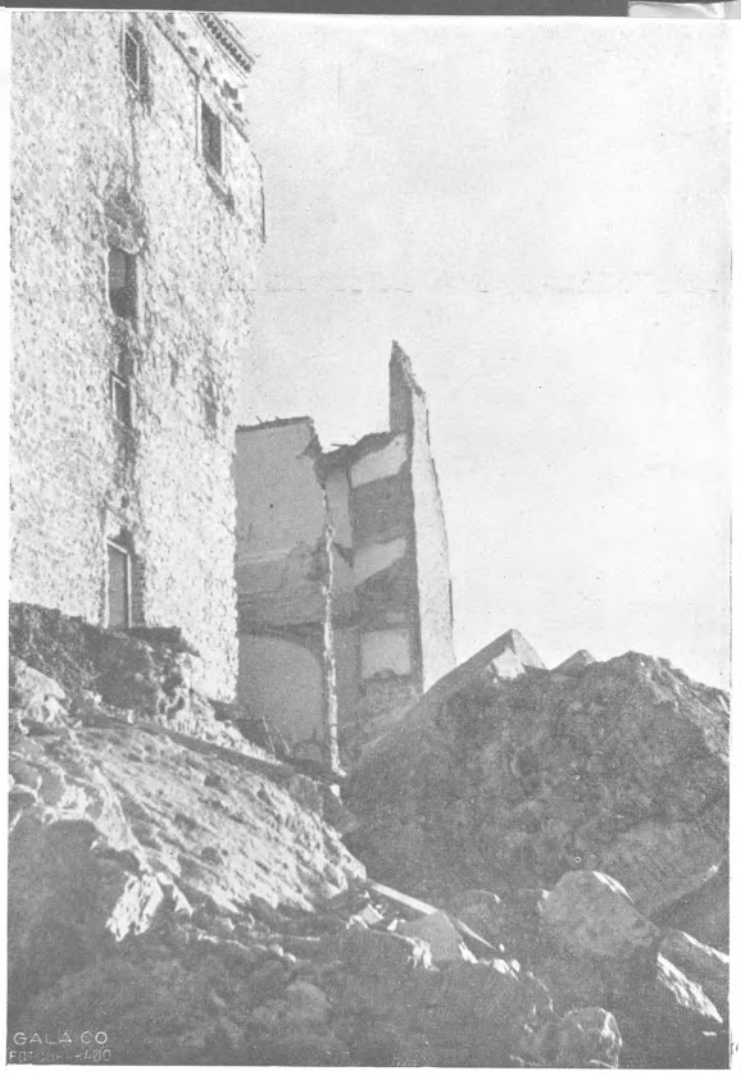
(Foto Marín. San Sebastián.)



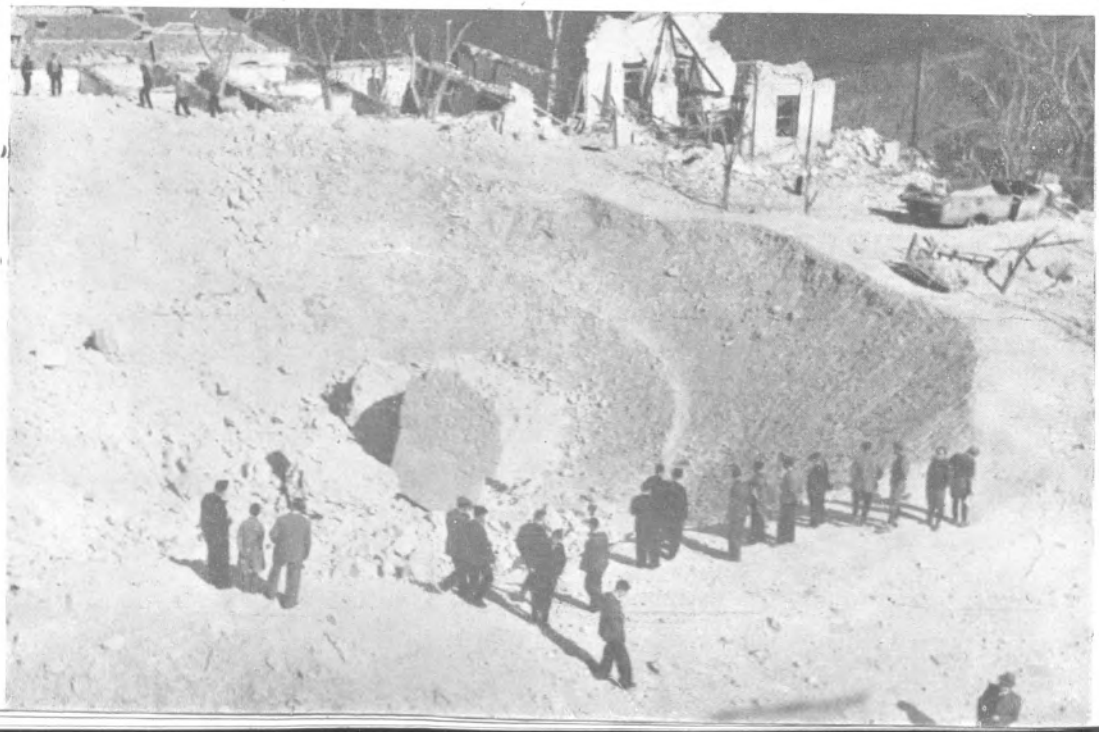
Dependencias de la explanada oriental. Santiago; artística puerta completamente destrozada. De este pozo comenzaron a surtirse de agua los sitiados; en él se formaban las clásicas colas de mujeres buscando el agua. El enemigo localizó el pozo para evitar la aguada, y hubo que recurrir a los aljibes del sótano del Alcázar

→

Efectos de las minas simultáneas. Fachada oeste: sitio donde hizo explosión la primera mina. El hueco inmenso formado entre dos lienzos de pared y el bloque derribado en el suelo, dan idea de la magnitud de la explosión →



Tercera mina. Cráter formado por la trilita en la explanada oriental; treinta metros de diámetro, por unos ocho de profundidad. En el fondo están enterrados los rehenes y varios milicianos muertos en el último desesperado asalto



cia, pero refrenó sus nervios, hizo alguna que otra consideración para probar al señor Rojo que el tercer artículo era inadmisible, y, tomando la pluma, contestó lo que sigue, textualmente copiado de sus apuntes en lápiz:

"Comandancia militar de Toledo.—Enterado de las condiciones que para la rendición del Alcázar presenta el Comité de Defensa de Toledo, tengo la inmensa satisfacción de manifestarle que desde el último soldado hasta el Jefe que suscribe rechazan dichas condiciones y continuarán la defensa del Alcázar y de la dignidad de España hasta el último momento.—Toledo, 9 de septiembre de 1936.—Un sello dice: *Comandancia militar de Toledo.*"

Después de esta nota oficial, los apuntes del señor Moscardó prosiguen así: "De palabra se le dijo, además, que para ocupar el Alcázar había que venir a tomarlo, que yo lo entregaría únicamente por la fuerza y que todos estábamos dispuestos a que esto fuese un cementerio, pero nunca un muladar."

Terminada ya la parte oficial, entró la conversación íntima de antiguos compañeros, en que se habló del estado en que se hallaba el pueblo y autoridades de Madrid y otras noticias que el señor Rojo quiso dar.

Poco después, por orden del comandante militar, entraron en el despacho los antiguos camaradas de Academia y amigos personales del comandante Rojo; llenóse la estancia de ellos. ¡Qué pena les daba a todos la situación de su compañero! ¡Tan correcto, tan cumplidor de su deber, tan animoso hasta el día mismo del alzamiento, y hoy vendido al Gobierno del Frente Popular, con la dignidad militar desgarrada y por los suelos... quizás por miedo, tal vez por ambiciones de lucro..., por imposiciones familiares...; ¡pero sin dignidad militar! Le miraban con pena; de buen grado le hubiesen tocado la conciencia con una palabra de consejo, pero no era aquélla la ocasión; estuvieron con él correctísimos.

Al dar las diez terminaba el plazo de la suspensión de hostilidades; se despidió de sus amigos, volcando su petaca sobre la mesa, porque era el mejor recuerdo que podía dejarles; se le volvieron a vendar los ojos; volvióse a escuchar por los cóncavos sótanos el ruido misterioso de las pisadas; rechinaron los goznes de la Puerta de Carros y... ¡no era del número de los héroes!... se fué. Se alejó, y el delicado corazón del go-

bernador militar del Alcázar concluye su apunte con estas palabras que destilan compasión y pena hacia su desorientado amigo:

"Al verle salir de mi despacho, me pareció que el pañuelo que vendaba sus ojos servía para algo más que para ocultarle el camino que le conducía fuera del Alcázar y que le alejaba tanto, tanto de nosotros, los asediados. ¡Pobre ciego!... ¡Pero Dios y España quedaban con nosotros!"

Mientras hablaban ya familiarmente, el coronel Moscardó hizo dos ruegos al señor Rojo. Uno, de carácter oficial, y fué suplicar al Gobierno de Madrid que les enviase un sacerdote que tuviese el celo y el valor suficiente para encerrarse con ellos en el Alcázar y les pudiese consolar con el Santo Sacrificio de la Misa y de la Comunión. El segundo, de índole particular, fué entregarle una carta abierta para que la hiciese llegar a su esposa y a sus hijos: eran tan sólo unas palabras de despedida, porque lo más lógico sería que no se volviesen a ver más en la tierra.

"El comandante Rojo contestó a este segundo ruego, que mi esposa y el hijo menor, Carmelo, estaban en Madrid en casa de mi madre política. Que de mis otros hijos no sabía nada. ¡Cómo me engañaba el buen señor! Mi esposa y mi hijo Carmelo estaban encerrados en un manicomio en Toledo. Mi hijo Luis... ¡Presente!... fusilado."

El día 11, muy de mañana, la bocina de las inmediaciones anunciaba de nuevo la presencia de otro hombre que iba a entrar en el Alcázar: era un sacerdote, conocido por su elocuencia en los púlpitos de España, don Enrique Vázquez Camarasa.

No quisiera poner ningún prólogo a este triste, al par que venturoso suceso, aunque de una ventura demasiado efímera; pero la Historia no puede, ni falsear los hechos, ni darles una equívoca interpretación que los desfigure. Aquel día fué muy devoto, pero muy triste para el Alcázar toledano, de los más sombríos que padecieron los héroes, que, por ser héroes, eran católicos, o, si se quieren invertir los términos para hablar con más propiedad, por ser católicos eran héroes. Me ceñiré a la relación escueta de lo que sucedió en aquella mañana de imborrable memoria: mis datos son rigurosamente verídicos.

El señor Camarasa, previo el anuncio, bajo palabra de honor, de una suspensión absoluta de hostilidades por ambas partes durante tres horas,

se presentó delante del edificio; venía con un crucifijo en sus manos; fué identificado; se le vendaron los ojos, y se halló en aquellos infectos sótanos, en presencia del jefe don José Moscardó, con quien habló largo rato.

Era otro emisario del Gobierno de Madrid para intimar la rendición del Alcázar, o a lo menos la salida de las mujeres y los niños; el éxito se había confiado a su elocuencia.

A solas, sin testigo ninguno, el sacerdote, con un tono persuasivo, que iba tomando poco a poco el sentimentalismo de una súplica, fué exponiendo su deseo, ruego o encargo, y el jefe militar le iba saliendo al paso, rudo, tajante, con el monosílabo "¡No, señor!; ¡no, señor!", de un modo firme y decisivo.

Cuando terminó la enojosa plática, el señor Moscardó le dijo con entereza:

—Señor, tal vez los deseos del Gobierno, y sin duda también los de usted, vayan guiados por la mejor intención, y quizás yo haría lo posible porque esas mujeres y esos niños fuesen puestos en salvo; pero tengo noticias "fresquísimas" de los sucesos que están ocurriendo en muchos pueblos y ciudades de España. Así, que no hablemos más del caso. ¿Viene usted preparado para confesarnos y celebrar la Santa Misa?

—Desde luego, señor coronel.

—Pues bien; es lo único que deseamos de usted. Voy a dar órdenes para que se prepare el altar.

El señor Camarasa se sentó en un improvisado confesonario y oyó varias confesiones; después bautizó a dos niños y comenzó el Santo Sacrificio.

El altar, teniendo como fondo una gran bandera bicolor, se había colocado en el ángulo sudoeste del sótano superior. La Virgen Inmaculada, que ya se llama la Virgen del Alcázar, destacaba su divinal hermosura sobre este fondo español.

El espectáculo, en efecto, era imponente; trágico, con toda la trágica sublimidad de una de aquellas misas de los primeros cristianos, celebradas en los subterráneos de las Catacumbas de Roma.

El olor era repugnante; un olor característico, formado en el ambiente con respiración de masas humanas, con residuos de comidas y deyecciones, con el polvo y los vapores de la trilita, que penetraban por

BIBLIOTECA DE CASTILLA

los boquetes abiertos ya en el muro a poder de granadas de mano, con miasmas de cuadra, de cocina y de aljibes subterráneos.

Era el único incienso que podían ofrecer a su Dios aquellos valientes cuando le vieran bajar de los cielos hasta las manos del sacerdote para saludarles y bendecirles.

Después del Evangelio, el sacerdote se volvió hacia la abigarrada multitud, que entre la oscura penumbra destacaba su cara pálida y hacía girar sus ojos brillantes, que los tenía clavados en el altar, esperando oír de labios de Jesucristo, por mediación de su ministro, frases de cariño, palabras de amigo, expresiones de aliento y de confianza.

Los ánimos se hallaban aquel día excitadísimos por el miedo; la mina, que pronto veremos funcionar en el subsuelo, traía inquietas a las mujeres y a los niños; temíase de un momento a otro su explosión y se agigantaban en sus imaginaciones femeninas los futuros efectos de aquel mortífero artefacto.

En medio de aquella sobreexcitación nerviosa, resonó por las bóvedas oscuras una voz, que tantas veces ha llevado la confianza y la misericordia de Dios al corazón de los fieles, apiñados en torno del púlpito, en nuestras grandes catedrales españolas.

¿Por qué el orador echó el río de su oratoria por unos cauces tan pedregosos? Lo ignoran los que le oyeron. Tal vez la visión de aquel espectáculo desorientó su elocuencia y no comprendió que se pudiera abrir otra puerta a los sitiados que la de la rendición; no vió otra que estaba ya entreabierta, la que les franqueó España unos días más tarde. Para el orador, aquellos oyentes, que le miraban con espanto y no con la confianza que ellos habían soñado, eran unos reos de muerte, que muy pronto, tal vez al día siguiente, se iban a ver delante del tribunal de Dios para rendir cuentas de su conducta.

Un clamor sordo interrumpía los conceptos del orador; la visión de la mina se levantó como un fantasma de gigantes proporciones en la imaginación de las madres, que, abrazadas a sus hijos y teniendo muy cerca a sus esposos, escuchaban la arenga... y lloraron mucho. Una de ellas me ha dicho:

—La impresión que recibimos era la de que venía a absolvernos en común a todos porque al día siguiente íbamos a morir todos aplastados por la mina.

Se repartió el Pan eucarístico; la guarnición estaba presente, alineados con marcial actitud detrás de las mujeres. Sólo faltaban los que exigía el servicio de los frentes. Comulgaron muchos; todos los que pudieron confesarse antes de la Misa; el primero, Moscardó.

Terminado el Santo Sacrificio, organizóse la procesión para llevar la Sagrada Eucaristía a los enfermos y heridos; la imponente comitiva de jefes, oficiales, tropa, mujeres y niños se puso en movimiento. De pronto, una voz inició un canto; siguiéronle todos, y aquellas mazmorras llenáronse en sus cóncavos vientres de acentos polífonos; dulces unos, como lo serían las vocecitas de Cecilia y de Inés; robustos y varoniles otros, semejantes a los de aquellos soldados de la Legión Tebea.

Desde el fondo de aquellas lóbregas catacumbas subía al cielo la canción del amor y de la fe española, que se mezcla siempre entre el incienso cuando sube en espirales hasta ocultar nuestras ricas custodias:

Cantemos al Amor de los Amores;
cantemos al Señor.
Dios está aquí...

Y allí estaba entonces con ellos para visitar a los sanos y para consolar a los enfermos. Si no podía quedarse doblemente cautivo en el Sacramento del Amor y en la prisión del Alcázar, culpa suya no era... ¡ni de los cautivos tampoco!

Terminada la ceremonia, hablaba poco después el sacerdote con el comandante militar del Alcázar sobre el tema, ya tan manido, de que era preciso, necesario, de estricta conciencia, sacar del Alcázar a las mujeres y a los niños y entregarlos en las manos de esos milicianos marxistas, que estaban entonces profanando las mujeres que hallaban por los pueblos y ciudades donde se extendía su poder criminal.

Pasó por delante de ellos una señora, la hija del teniente coronel de la Guardia civil, la esposa del mártir de la Patria que murió dos días después, y ante el cual he rezado yo un responso en la Piscina.

—Venga usted, Carmen—le dijo el señor Moscardó.

La señora se acercó al sacerdote con respeto. El coronel prosiguió:

—Creen en Madrid que ustedes no abandonan el Alcázar porque

viven coaccionadas por nosotros. Pueden deliberar lo que crean más conveniente y decirlo a este señor sacerdote, que eso se hará.

La hija del bravo teniente coronel Romero contestó sin titubear un instante:

—¿Coaccionadas nosotras? ¡No! He hablado de este asunto con todas las mujeres del Alcázar y todas piensan como yo. O salir libres con nuestros esposos y con nuestros hijos, o morir abrazadas a ellos entre las ruinas; pero solas... ¡nunca!

—Ya ve usted lo que opinan estas señoras; es la voz de todas las que viven con nosotros.

Poco después el señor Camarasa dejaba aquella mansión del heroísmo. Por consideración a su ministerio sacerdotal, no se le vendaron los ojos; le acompañaba la comisión que le había recibido, nadie más; de nuevo quedó el altar vacío.

Sobre este episodio he hablado con el coronel don José Moscardó muy detenidamente. En medio del diálogo, y tal vez saliéndose del tema, decía como hablando consigo mismo:

"¡Mi conciencia, mi conciencia! ¡Cómo apretó sobre ella aquel sacerdote! ¡Mi conciencia durante el asedio todo! ¡Toda la responsabilidad del mando y de las más insignificantes decisiones pesaban sobre mi conciencia! No quise declinarla sobre nadie. Cuando me sentía atribulado, no vacilante, porque jamás lo estuve, pero sí atribulado, me iba a la capilla y vertía mi corazón a los pies de la Virgen Inmaculada. Ella me decía que iba bien, que no podía hacer otra cosa de lo que estaba haciendo. ¿Cómo entregar a la ferocidad marxista aquellos seres inocentes, que me habían entregado, más que su vida, su honor y su pureza para que las guardase en aquel relicario?

"¡Oh! ¡Cuántas veces, también, temía que el desaliento pudiese hincar su garra entre los míos! Entonces buscaba en el santo Evangelio palabras de confianza en Dios, buscaba entre los pliegues de nuestra bandera las frases que pudieran levantar el espíritu de aquellos héroes. También yo, con los tres que dirigían las plegarias, me hice muchas veces sacerdote en aquella capillita!" (1).

(1) Con inmensa pena he tratado este asunto de la intervención de un sacerdote a quien me unen los lazos de la amistad. Los datos recogidos por mí son dados por testigos de tanta solvencia y son tan unánimes, que me es imposible dejar de decir lo que digo. Impresa ya mi obra, leo un artículo publicado por el señor Camarasa en *L'Echo de Paris*. Es muy patriótico y, a mi modo de

La voluntad de los sitiados quedaba sin cumplirse. Lo que ellos deseaban no era aquello; era un ministro de Dios que tuviese el celo y el valor suficientes para encerrarse en el Alcázar y morir con los defensores, abriéndoles, al sepultar su cuerpo entre las ruinas, las puertas de otro Alcázar, donde las hordas marxistas no pueden abrir brechas con sus granadas de quince y medio.

Y sepa también la Historia que aquel día, por parte de esas mismas hordas criminales, se violaron las más rudimentarias leyes del honor que deben presidir semejantes ceremonias de la guerra.

Confiado en esa palabra de honor dada por la bocina del Frente Popular, de suspender totalmente las hostilidades durante tres horas, un joven falangista cometió la imprudencia de asomarse a una ventana. Se le estaba acechando y se disparó sobre él desde un balcón de los parapetos enemigos, y el muchacho rodó sin vida por el interior del Alcázar. Tome nota de esto la Historia para el día en que quiera hacerse la apoteosis de los hijos de Rusia.

No desistió el Gobierno de Madrid con estos dos fracasos; quería agotar hasta sus últimos artificios delante del mundo para aparecer hipócritamente como que se lavaba las manos en aquel crimen que él mismo meditaba y estaba preparando con la explosión de la mina. El Gobierno del Frente Popular, en esta ocasión, fué un discípulo digno de Pilatos.

Dos días más tarde, el 13, a las siete de la tarde, se volvió a anunciar un nuevo parlamentario con la bocina instalada en las casas que por el Oeste rodean al Alcázar. Era un diplomático de la República de Chile, que deseaba hablar con el coronel Moscardó sobre un asunto de gran importancia: obtener la inmediata evacuación de los niños y las mujeres que había en el Alcázar.

La respuesta estaba ya dada; así, que, por orden del comandante militar, se le dió a gritos esta contestación: "Que lo que tuviese que tratar el dicho parlamentario lo hiciese directamente con el Gobierno del ge-

juzgar, expresión sincera de su alma española; repito, sin embargo, que no puedo variar mi narración, por la calidad de los testigos que en ella intervienen. Lo que sí puedo afirmar es que, si las escenas trágicas del Alcázar pudieron desorientar su criterio, opuesto al que dictaba su recta conciencia al heroico Jefe de la defensa, no es lícito aprovechar este episodio para calumniar la conducta privada del señor Magistral de Madrid. Me consta por la relación de un dignísimo Prelado que le ha visto en París, que la conducta observada por el señor Camarasa es la de un sacerdote ejemplar, de vida modesta y saturada de privaciones, que ofrece gustoso, me decía aquel Prelado, por el triunfo de la santa causa que forma el ideal de nuestro Ejército nacional.

neral Franco, cuyas solas órdenes eran las que se acataban en aquella fortaleza, y que le trajesen la respuesta con un autógrafo de dicho general y acatarían su mandato."

Al oírse entre la soledad de la noche el nombre glorioso del caudillo de la España nueva, sonaron varios disparos, que salieron de las casas vecinas, y palabras marxistas e improperios. El parlamentario se retiró.

* * *

Y Dios, que no les quiso consolar con la presencia de un sacerdote, porque así convenía, sin duda, a los sitiados, les regaló con un prodigio aquellos días, que todos tuvieron por milagroso.

El agua del aljibe que surtía a las necesidades todas del Alcázar venía planteando un difícil problema en el ánimo, siempre inquieto y previsor, del mando. Se avecinaba el momento de la explosión de la mina subterránea que sus enemigos les estaban preparando. Si los cimientos del edificio se cuarteaban a poder de aquel terrible adversario, podrían agrietarse los muros que formaban el aljibe, y el agua se filtraría por el subsuelo y los defensores se tendrían que ver entre los brazos de un dilema pavoroso: o rendirse o morir de sed.

El coronel dió órdenes para que el agua del aljibe se comenzara a trasvasar a otro depósito, que por su situación se creía más seguro. Con un esfuerzo sobrehumano, aquellos esqueletos, que ya se sentían desfallecidos por el hambre y el cansancio, comenzaron la dura labor de trasvasar el agua con cubos y otros medios primitivos.

Pero pronto se vió que el peligro aquel no era real. No era uno, eran varios los aljibes que formaban el fondo de los cimientos, y tal la cantidad de agua, que no era posible que la mano brutal y marxista de la mina los destrozase todos. Se dieron gracias a Dios por aquella nueva providencia sobre ellos y se suspendió la agoniosa operación de trasvase. Aquello era una semejanza de lo que espiritualmente estaba pasando a los pobres sitiados. Más abundante que el agua de sus aljibes era la de los prodigios que Dios hacía llover sobre el Alcázar de Toledo.

* * *

Por eso, descansando en esta confianza divina, los sitiados, en su misma lucha y en el ardor de ella, se sintieron músicos y se sintieron

poetas. Dentro del Alcázar había una banda; es la que ha alegrado la función de circo y los paseos por el patio central cuando en él podían tenerse retretas y paseos domingueros.

Dos simpáticos músicos de la banda, los hermanos Juan y Félix Lorente, me hacen un elogio del maestro de música, que lo es don Martín Gil. "Nuestro director—me dicen—puso música a una letra preciosa que le ofreció para componer un himno especial de los defensores el poeta don Alfredo Martínez Leal, un comandante de los retirados por obra y gracia del señor Azaña. Gustó mucho y se cantaba con frecuencia en las avanzadas."

Debo el obsequio de dicha letra a mi amigo el capitán de la Guardia civil don José Rodríguez Valero, y creo hacer un debido honor a dicha composición poética insertándola aquí. Dice así:

Cantemos del Alcázar las glorias de la raza.
Cantemos con orgullo sus rasgos de valor;
a fin de que resurja grandiosa nuestra España,
con plétora de vida y espléndida de honor.

Luchemos con denuedo
y llenos de vigor;
rompamos el asedio
con ímpetu y ardor.

Heroicos militares, intrépidos paisanos,
templemos los aceros al rudo pelear.
Juremos no rendirnos, diciendo a los tiranos:
¡Nosotros a la Patria tenemos que salvar!

Traidores y farsantes
que negáis la Religión
y albergan vuestros pechos
el rencor y la pasión;
no olvidéis que en la contienda
se decide el porvenir
y por eso lucharemos
ya dispuestos a morir.

Esas bombas y granadas
que nos tiran sin cesar,

estallando en nuestro Alcázar
no lo pueden derribar.
La victoria está cercana
y precisa combatir
demostrando a los rufianes
que podemos resistir.

Valerosos defensores del Alcázar: ¡Viva España!

Pero las bombas y granadas, estallando en el Alcázar, lo derribaron. No importaba; con mudar unas palabras de la letra del himno, seguiría cantándose con el mismo ardor que antes. Por eso, en el diario *El Alcázar* del día 15 de septiembre se avisa a todos los sitiados que la letra de su himno se ha modificado; la última estrofa se cantará así:

Esas bombas y granadas
que nos tiran sin cesar,
nunca pueden abatirnos
ni tampoco amedrentar.

Detrás de un parapeto y entre el fragor del combate, se inspira un día mi buen amigo Regino Calvo, cabo de Infantería y hoy sargento ascendido por méritos de guerra, y compone unos versos que después publicó y me obsequió con uno de sus ejemplares. El mismo tema; el patriotismo y la fe, que es el aire que se respira en el Alcázar. Véase una muestra:

El Alcázar de Toledo
hoy orgulloso se encuentra,
la fuerza que lo defiende
es muy valiente y experta.
Tus defensores te juran
no abandonarte jamás,
y una página de gloria
en tu historia escribirán.

Y concluye con el grito de esperanza que a todos anima:

Y al obtener la victoria,
¡Viva España!, gritaremos.
Y a nuestra enseña abrazados
siempre fieles viviremos.

Respira pólvora; está escrita el 23 de septiembre; era un día de relativa tregua y había que descansar cantándole a la Patria.

Tengo también, impresos en aquellos días del asedio, dos himnos más; uno, el de los bravos guardias civiles, con letra del coronel Osuna Pineda y música del maestro Moreno Carrillo. Otro es un himno al Corazón Divino de Jesús. Es ya conocido, como el anterior; se hizo una tirada larga de la letra para que todos los defensores, en las funciones de la capilla o en los subterráneos y en los parapetos, lo pudiesen cantar a su sabor. Es el himno que comienza:

> Tú reinarás; este es el grito
> que ardiente lanza nuestra fe.
> Tú reinarás, oh Rey bendito,
> pues Tú dijiste: Reinaré.

Estos cantos y estos versos nos hacen retroceder, sin darnos cuenta, a aquellos tiempos en que la Fe y la Patria vestían de malla de acero los cuerpos de Garcilaso de la Vega o del Marqués de Santillana, y entre combate y combate dejaban la cota y empuñaban la lira. De ambas maneras saben cantar los héroes.

VIII

LA CIUDAD MÁRTIR

"Toledanos, nuestra ciudad y diócesis han pagado un tributo enorme de vidas sacerdotales. Esto es una gloria y una infamia: la gloria del martirio no amengua la infamia de los verdugos."

(*Mensaje que desde Radio Navarra envió a sus feligreses el Primado de las Españas, Emmo. señor Cardenal Gomá, Arzobispo de Toledo.*)

Vamos a salir al exterior del Alcázar para vivir algún tiempo con los sitiadores. Quiero pintar un cuadro real, completamente histórico, del paraíso soviético que se disfrutó en la ciudad de Toledo durante aquel tiempo, en que los partidarios de esa civilización nueva y peregrina ensayaban su implantación en la vida práctica, mientras un puñado de hombres daban su sangre, movidos por un imperioso reclamo de su conciencia, para salvar a su Patria y a la civilización europea de los efectos que en la sociedad pudiera causar la práctica de esa teoría.

Setenta días vividos en medio de ese régimen, tan líricamente elogiado por sus partidarios, creo que serán bastantes para que el mundo se persuada de que las notas de la "Internacional", tan armoniosas y tan marciales cuando se van cantando a voz en cuello por las calles de una ciudad civilizada por esos obreros que llevan sus puños en alto, se truecan en desafinado y horrísono *jazz-band* cuando esos mismos obreros que la cantan, triunfadores ya de la idea y beodos con el vino del triunfo, se esparcen por sus calles, con la tea en la mano, llevando en pos de las notas de su canto la desolación y la muerte...

No voy a agotar la materia; es tan sólo un débil boceto lo que voy

a dibujar: otra mano, si se atreve algún día y no la paraliza y la seca el dolor y la indignación, completará el dibujo.

Cuando las milicias marxistas, ayudadas por los refuerzos llegados de Madrid, se vieron dueñas de la imperial Toledo, y los defensores tuvieron que encerrarse entre los muros del secular Alcázar, comenzó en la ciudad, acto continuo, la implantación del régimen del terror.

Los milicianos se desparramaron por las calles el mismo día 23 de julio, completamente persuadidos de que ya todo era suyo, de que la propiedad particular había pasado a la historia. El mismo día 23 comenzaron los asaltos a las tiendas, a los Bancos, y aun a las casas particulares.

Completamente seguros de la impunidad, los valientes milicianos llamaban a las puertas del almacén de tejidos, a la surtida confitería en cuyos escaparates, radiosos antes de luz, se sentaba el espíritu de la golosina y del más refinado sibaritismo. Aquellas férreas puertas acanaladas tenían que subir con estrépito delante del grupo de milicianos, que tenían absoluto derecho para desvalijar la tienda, la sastrería, el depósito de ultramarinos, mientras el dueño, atemorizado y lloroso, veía desaparecer en un instante entre las manos, codiciosas e insaciables, de aquellos soeces mozalbetes, todo el fruto del honrado sudor de muchos años y tenía que reírse de sus punzantes chirigotas, mientras miraba de reojo el cañón de la pistola, que era allí el argumento aquiles para hacer valer la legalidad del despojo.

Así se hizo también el robo marxista en las casas particulares. Al finalizar el mes de julio no había ya casa en cuyo recinto se albergase un miembro ligado familiarmente con uno de los defensores del Alcázar, o que se hubiera destacado por su filiación derechista, o que gozara de reputación de acaudalado entre la chusma, que no hubiese sido totalmente saqueada, desde los cuadros u objetos de valor artístico hasta los sencillos enseres de la cocina, desde la lujosa colgadura del bien alhajado recibidor hasta la ropa interior o de cama que se guardaba en los arcones fabricados de encinas o de robles.

Cuando yo entré en la ciudad, unos días después de haberlo hecho nuestras tropas salvadoras, el aspecto de la hermosa Toledo era el de un total y reciente saqueo. Los comercios, los bazares, con sus puertas de hierro retorcidas y tiradas todavía en medio de la calle Nueva y la pla-

za de Zocodover; los balcones de las casas particulares, sin puertas y con los trozos de cristales amenazando caer de la desportillada ventana; los aleros de los tejados, sosteniéndose allá arriba, mal sujetos a los lienzos que quedaban del muro, por sus vigas de hierro descarnadas, para no precipitarse al abismo: y así todo Toledo, y así sus más bellos edificios. Aquel cuadro de ruinas materiales, sobre las cuales caían en silencio las lágrimas de sus despojados moradores, me pareció que merecía ser pintado por mano de algún inspirado artista, para ponerlo en una ventana que diese a la escena donde se mueve todo el mundo civilizado, el que se agita con las ansias naturales del vivir y del gozar, y debajo del cuadro pondría yo un letrero grande, muy grande, que lo pudiesen leer todas las civilizaciones, y que dijese así: "Por aquí pasó el marxismo; aquí vivieron dos meses de paraíso los hijos de Rusia."

Las subsistencias escasearon muy pronto; antes de que transcurriese una semana de vida paradisíaca. El miedo más cerval se apoderó de las familias honradas, que se comenzaron a aislar del trato de aquellas fieras, que aullaban por las calles, y a encerrarse en los sótanos de sus casas o en los rincones más ocultos.

Pero era preciso buscarse de comer; los artículos de primera necesidad eran solamente propiedad de los milicianos, de los guardias de Asalto y de sus familias. Y entonces los comités de abastecimiento idearon las famosas "cartillas" y las truculentas colas. ¡Son tantas las anécdotas que se me han contado!

Vamos a sumarnos a una, la del carbón, la de la leche, la de la verdura, la del pan.

Se abre la tienda a las ocho, a las nueve; cuando llega el guarda encargado de mantener el orden, que acaba de pasar la noche en el prostíbulo. La cola se ha comenzado a formar a las dos, a las tres de la mañana. Viejecitas que se arropan con el manto negro, debajo del cual esconden, vergonzosamente, la botella o el puchero: son aristócratas y eso allí es un crimen; niñas pequeñas, que no pueden contener sus nervios y valsean, llevando el compás, sin separarse del sitio que les corresponde; mujerzuelas de mal vivir, con sus lenguas de víboras y la protesta airada queriéndole brotar de sus labios, y a su lado la esposa del funcionario público, la hija del militar de graduación, disfrazada de mendiga para poder transitar libremente por la calle.

Y comienza el diálogo, rigurosamente histórico:

—Oye, ¿l'an dao ya p'al pelo a aquel vecino tuyo que se pasaba el día rezando en la iglesia?

—A ese l'an dao ya el "paseíto por el Tránsito".

Dar el paseíto por el Tránsito era sinónimo, entre aquellas harpías, de que le habían fusilado. El paseo del Tránsito es una alameda próxima a la cárcel, donde solían llevar a sus presas los milicianos para fusilarlas.

—¿Te fijaste ayer en los tres que llevaban amarraos por delante de casa? Eran tres curas. A ésos les estaban dando el paseo.

—Pues luego pasaron cinco más.

—¿Curas también? Apuesto a que hoy ha bajao la carne de cerdo.

Se repara en un niña, ya casi mujer, que mira con ojos espantados, miedosos, a las dos interlocutoras. Viste un traje pobre; pero la corrección de líneas del rostro delata su procedencia.

—Oye, tú, esa es la hija del empleao del Banco que murió el año pasao.

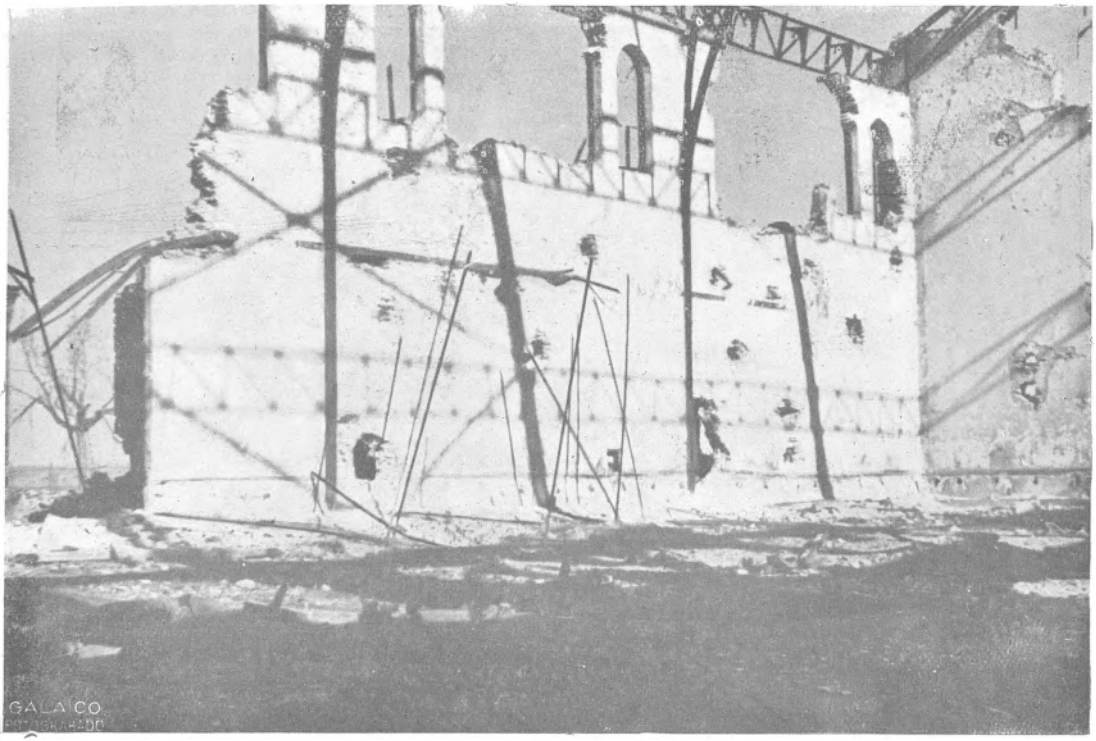
—Ya he reparao. Mira, niña, ¿por qué estás delante de nosotras?

La niña palidece; sus labios temblorosos murmuran con mucho miedo:

—Señora, es que vine antes que ustedes. Llevo ya seis horas en la cola.

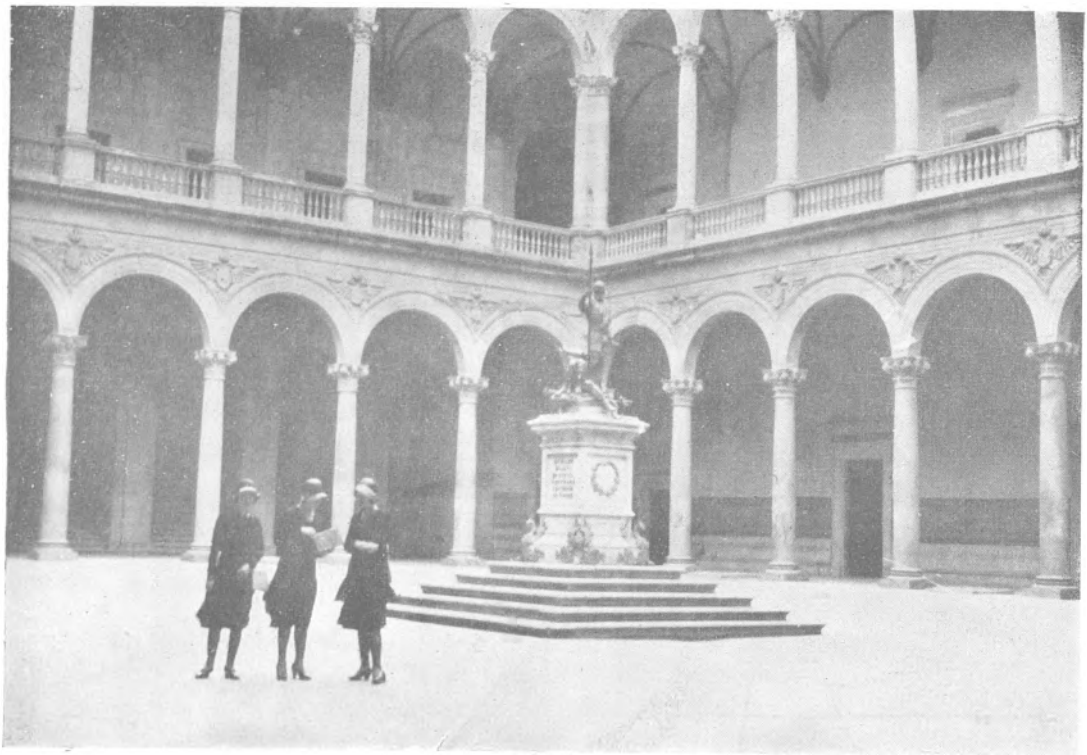
—¿Y a mí que me importa? Allá atrás, al rabo, so...

Y la noticia corre como la pólvora; aquella niña es hija de un "carca", es decir, de un católico. Y comienza la pedrea de blasfemias, de insultos que no caben en las galeradas de un libro decente. La niña tiene que ir de nuevo al comienzo de la cola: lleva allí desde las cinco de la mañana; son las doce; llegará al mostrador a las tres de la tarde y presentará un vale de una libreta, para que se le dé medio litro de leche. Se le mirará a la cara; sus facciones correctas serán un delator imprudente, y entonces se le recogerá el vale para inutilizarlo, porque no sirve más que para un día, y no se le despachará. ¡Se ha concluído la leche! Entonces la niña se volverá sin el sustento a una buhardilla donde le espera una abuelita de cara arrugada como una pasa, y una madre viuda que va perdiendo los pocos encantos que le quedan de la juventud a fuerza de lágrimas, y cuatro hermanitos que no se atreven a jugar junto



El Picadero; uno de los edificios más completos en su género de toda Europa. Así han quedado sus muros de cemento y ladrillo

El Picadero; interior. En esta tierra bendita descansan los primeros héroes que fueron cayendo por defender el honor de España, hasta que el enemigo, noticioso del fin sagrado a que los defensores lo destinaban, lo hizo objeto de las iras de sus cañones y hubo que convertir en cementerio la Piscina.—Una madre llora ante el sepulcro de su hijo. Los familiares de los héroes les traen coronas y cintas nacionales



Recuerdo triste y melancólico de lo que fué el patio central del Alcázar, o vestíbulo. En el centro, la estatua de Carlos V, obra del escultor Barbedieum. Debajo del pedestal está la famosa cripta o calabozo donde es tradición que Don Pedro "el Cruel" tuvo presa a Doña Blanca de Borbón, princesa de Francia

(Foto J. M. B.: 1930.)

Estatua de Carlos V encadenando al Furor. El día de Santiago la volcó una granada de quince y medio. Puesta en pie, Carlos V, desprovisto de su lanza, señalaba al cielo con su dedo, actitud que no pasó desapercibida a los católicos defensores. La armadura del Emperador, artística labor de bronce, es independiente de la estatua, de la cual puede ser despojada. Una granada de quince y medio, sin explotar, parece desafiar todavía inútilmente al invicto César

→

al balcón, porque tienen mucho miedo a las balas, que a veces entran, horadando las maderas de las ventanas.

La botella de medio litro para apagar el hambre de siete cuerpos famélicos viene vacía. ¡Son "carcas"! ¡En el paraíso de los soviets no tienen derecho a vivir más que las rameras de los *cabarets* y los asesinos de los curas y de los hombres que rezan en las iglesias!

Y en otra cola. Recorreremos otra de ellas nada más:

—¿Y tu marido?

—Matando curas. ¡A ver si no queda semilla!

—Oye, fíjate en esa mujer que está llorando. ¡Mira que llorar en estos días de jolgorio!

—Señora, ¿por qué llora usted?

La mujer se seca los ojos con un pañuelo y nada responde: clava la mirada en el suelo y acaricia los bucles de oro de un angelito de los de Murillo, que se le pega a la faldas negras, como si viese delante de sí a una jauría de perros. De allá cerca sale una voz de mujer:

—Es que l'an matao a dos hijos en el Tránsito.

La mujer sigue callada y sigue llorando. Otra voz se oye, allá más lejos, que grita:

—Es que tiene también a su marío en el Alcázar.

—¡Señora! ¿Y por eso está usté llorando? Pues séquese las lágrimas y guárdelas bien dentro; mire que la delato a mi marío, que está en el Comité, y la damos el paseíto por el Tránsito.

¡Y basta de colas! ¡Son tantas las ocurrencias que se les antojaban a aquellos felices moradores del paraíso marxista!

Esta es la vida en las calles de Toledo. Las familias honradas van todas desapareciendo, camino del Tránsito. Primero, el marido, porque pertenecía a Acción Popular; después, los hijos, porque estaban apuntados a la Congregación de San Luis Gonzaga y se les había visto en el círculo instalado en el palacio del señor obispo auxiliar.

¡Y aquellas requisas no tenían fin! No hacía falta ni el visto bueno del Comité de Salvación Popular. Bastaba que se encaprichase con alguna casa un miliciano de los de pelo en pecho, para que los moradores sintieran sobre sí el peso de la responsabilidad de haber sido propietarios de la finca. El paseo del Tránsito era el encargado de trocar el derecho de propiedad.

Y así se privó de sus casas a los hombres de los partidos de derechas; y así se despojó a la Iglesia toledana de su hermoso y aireado Seminario, para convertirlo en comedor de las milicias rojas; y así se incautaron del hermoso colegio de los Hermanos Maristas para convertirlo en cuartel; y así, también, aquella fiera asquerosa y banal a quien vimos capitaneando milicianos a la presencia del pundonoroso gobernador civil para exigirle la entrega de las armas a la Casa del Pueblo, convertido ahora en gobernador de la provincia, profanó el palacio arzobispal, con la misma desvergüenza con que su amigo el presidente de la República manchaba, por entonces, con sus pies las lujosas alfombras del palacio real y con su cuerpo crapuloso el lecho que santificó con el suyo la reina más honesta, más santa y más prudente que pudo legarnos, como recuerdo de sus virtudes, Isabel de Castilla, y a quien nosotros saludábamos con respeto, llamándola, como si fuésemos sus hijos, "la Reina madre".

Ni que decir tiene que de los centros más asaltados, fueron los Bancos: calcúlase en unos veinte millones de pesetas el dinero que de las arcas pasó a manos de particulares.

Los despojos hubiesen sido menos dolorosos si no los hubiera acompañado el martirio de sus moradores.

¡Los asesinatos de los sacerdotes en la ciudad de Toledo!

El martirologio toledano, para contar los días más crueles de la persecución de sus sacerdotes, ya no se abrirá por las páginas de una larga dominación mozárabe; habrá que abrirlo por sus últimas páginas, donde se llore la dominación durante dos meses del Frente Popular. Su número se consigna muy pronto. ¡Los guarismos de la seca Aritmética son tan lacónicos!... 107 sacerdotes. ¡La flor del Seminario de la diócesis! ¡La más fogosa voz de su elocuencia! ¡Las más paternales entrañas del padre de sus pobres! ¡La más santa unción de sus apóstoles! ¡La más severa prudencia de sus consultores sinodales! ¡Todos los fervorosos padres de la benemérita religión del Carmelo! ¡Todos los sabios educadores de los Hermanos Maristas! ¡Un sacerdote y dos Hermanos Coadjutores de la Compañía de Jesús!... ¡Todos asesinados y mutilados en las calles públicas! ¡Y qué escenas! ¡Si las hubieran podido presenciar, para imitarlas, en cuanto su instinto diera de sí, los tigres y leopardos

del Circo Romano! ¡Murieron todos con el perdón a sus enemigos en el pecho y el grito de ¡Viva Cristo Rey! en sus labios!

Oíd la relación de uno de los hijos de San Ignacio, el P. José Gómez, que tuvo la dicha de salvar la vida oculto en un tugurio, con otro hermano de religión, el P. Gabino Márquez:

"Para ir a nuestro refugio, atravesamos la calle de la Sillería, en el momento en que remataban a tiros al párroco de San Nicolás, don Pascual Martín, a quien los rojos quisieron obligar a que gritase "Viva el comunismo", y él contestó con un enérgico grito "¡Viva Cristo Rey!". Continuamos, siguiendo por la calle de Alfileritos a Esperanza, la joven que con sus buenísimos padres nos escondieron, pasando para hacerlo innumerables peligros, cruzándonos a cada paso con milicianos armados de fusiles y pistolas. Al llegar, por detrás de San Vicente, a la casa donde nos dirigíamos, pasamos a ocho o diez metros del cadáver del P. Eusebio, el prior de los Carmelitas, a quien acababan de matar a tiros. Toda la noche y el siguiente día estuvo aquel cadáver ensangrentado debajo del piso donde nosotros nos refugiábamos."

Hay un paseo, allá en la parte baja de la ciudad, muy próximo a la Cárcel: se llama el Paseo del Tránsito. Le sombrean varias filas de frondosas acacias, que dan a aquel sitio un aspecto algo tristón, sobre todo porque contrasta su lobreguez silenciosa con la luz que vierte el sol en otro rincón cercano, alegre siempre y animado por el bullicio del turismo: en él se visitan la Sinagoga judía y la casa del Greco.

El paseo del Tránsito debe ser en adelante para los toledanos tan sagrado y tan propicio a la oración como la piscina del Alcázar. Bajé hasta él una tarde en que ya el sol le había retirado su luz y las copas de las acacias, como fantasmas de negros ropajes, se alineaban, voluminosas y rígidas, en largas hileras; los pájaros comenzaban a adueñarse de sus frondas para pasar la noche y se despedían de la tarde cantando a su Dios por haberles dado el sustento cotidiano.

El guarda se me acercó: chiquitito, una cara rugosa, de procedencia gitana, un traje mugriento con vivos rojos y una correa ancha con la placa de metal amarillo sobre el pecho. Le pregunté:

—¿Es aquí donde fusilaban a los hombres de derechas?

—A los hombres, y a las mujeres, y a los curas; a todo lo bueno y honrado que había en Toledo.

—¿Fueron muchos?

—¡Muchos! ¡¡Muchos!! ¿Ve usted esa tapia que forma la calzada que baja a la Cárcel? Ahí... no sé, centenares. ¡Qué valientes eran! Todos venían rezando el Rosario o dando vivas a Dios. Se formaban charcos de sangre, que no se podía pasar por algunos sitios.

—Les fusilaban en líneas, puestos en hilera, ¿verdad?

—No; no había tiempo de eso. Los pobrecitos venían ya rendidos con tantos empellones; ya habían despachado por el camino a muchos; aquí les traían gritando muchas mujeres, muchas mozuelas; y unos ahí en la tapia, otros allí, junto a los troncos, les iban rematando, y caían aquí, allí..., y los dejaban por la noche. Al día siguiente venía un camión por ellos. Algunos vivían, porque les vi moverse, pero...

Me despedí; me retiré hacia un rincón al lado de la tapia que da sobre el río y recé por ellos un "De profundis". Luego rectifiqué el sentido de mi oración; miré hacia la arboleda y entoné en voz baja un "Te Deum laudamus". Ellos me oían desde el cielo y alternaban conmigo en el canto. ¡Agitaban en sus manos las palmas triunfadoras!

* * *

Sobre el saqueo y la muerte, que pudieran proceder de arranques súbitos de codicia o de odio, viene la calculada premeditación con que los dirigentes iban preparando sus robos en grande escala. El eminentísimo Cardenal Primado, en la sentida alocución que dió a sus hijos de Toledo, desde la Radio de Pamplona, enmudece al llegar a este punto de las rapiñas llevadas a cabo en la catedral y en los templos, que cada uno era en Toledo una joya de arte. Les perdona en nombre de su Esposa, la Iglesia toledana. Pero la realidad es que hubo el propósito de despojar a la ciudad de todo lo que en sus templos atesoraba; la rapidez del embate que dió a los sacrílegos ladrones el Ejército libertador, salvó de la rapiña casi todo el tesoro.

Don Federico García Sanchiz, en la emocionante charla que nos dió en el templo de San Ildefonso, habla en un estilo inimitable de dos de estas joyas, embaladas ya por manos maestras para ser transportadas al extranjero. Son, la valiosa custodia del Corpus, fabricada de plata maciza, y el famoso cuadro del Entierro del conde de Orgaz, obra maestra del Greco. En los labios de este orfebre de la palabra toma mayor

realidad la descripción de estos dos sacrilegios, y vamos a dejar que nos cuente la impresión que ambos produjeron en su alma española y sensible.

Quiere ir a la catedral para ver la custodia tal y como la dejaron los rateros de joyas sagradas y... "Allí fuí. Y con unas grandes llaves se abrió aquel recinto mancillado, con las paredes medio derruídas, entre las que flotaba una polvareda, y vi el espectáculo de la custodia rota, de la custodia desarticulada, de la custodia que pacientemente había sido descompuesta y estaba ya en las cajas para su nomadismo, bien involuntario. ¡La custodia reducida a un esqueleto! Y yo pensé que Toledo ha estado a punto de ser otra custodia rota..."

Luego, pensando en la significación que tienen para Toledo las concepciones del Greco, se acerca al templo de Santo Tomé, donde se guarda su obra inmortal. Va pensando que el conde de Orgaz, muerto a la tierra, pero mirando con sus ojos de muerto a los cielos, donde vive ya su espíritu, es el símbolo del caballero español. Se le va ocurriendo una peregrina comparación: ellos son como esos cohetes que suben luminosos hasta las nubes: derraman por el aire su vistoso penacho de luz, mientras la caña que los elevaba cae ennegrecida sobre la tierra de donde partió.

"Así ellos nacían; ellos miraban al cielo; ellos enviaban al infinito su alma, que eran las chispas de luz, y en la tierra no quedaba sino el cuerpo ennegrecido, que era la caña, ennegrecida también por la pólvora."

¿Y habrá desaparecido ese retrato espiritual del caballero hidalgo español? ¿Lo habrán hecho emigrar a una tierra que no penetra ni comprende "todo eso" que significa la inspiración del pintor?

"Ayer mismo, de mañanita, en estas mañanitas toledanas, que muy temprano empiezan a oler a los hogares, que no se sabe si huelen a sahumerio monjil, mientras saltan los gatos y saludan las viejas, fuime a ver "El entierro del conde de Orgaz". Otra vez las llaves, la puerta con su clave, el templo en silencio, un crucifijo de marfil que también se llevaron... Pero el cuadro ya está de nuevo vertical y con su magnífica serenidad en el tono verdoso..."

En efecto, el lienzo estaba ya perfectamente embalado. No tuvieron tiempo de perpetrar su robo los ladrones, que ostentan representación

oficial entre las filas del marxismo, y el cuadro ha podido quedar intacto entre las joyas que como en un relicario se guardan en la ciudad del Tajo.

Y uno de los cómplices, el que se llamó gobernador civil de la provincia, el que profanó el palacio arzobispal y llegó en su audacia hasta revolver y leer con ojos llenos de curiosa malicia los informes secretos del archivo de la diócesis, ese hombre, esa fiera con fajín de autoridad, si no pudo participar en el robo de la custodia ni del cuadro del Greco, tuvo la satisfacción de dar al público toledano uno de los espectáculos bufos más ridículos en medio del carácter de profanación que lo convertía en sacrílego.

Ese hombre salió por las calles de la ciudad imperial vestido con los ornamentos pontificales, ciñendo la mitra en su frente de bestia y empuñando el cayado pastoral en sus manos de simio, y se cercó de otros idiotas que llevaban vestidos los lujosos y severos trajes sacerdotales de los canónigos del cabildo, a quienes habían asesinado, y, cercados todos de una chusma de mujerzuelas y chiquillos, pasearon las calles repartiendo las maldiciones del cielo sobre toda la raza que forma el Frente Popular, el frente sin Dios.

Creíamos que no se habían profanado las calles de Toledo más que con esta sacrílega procesión, cuando he aquí que, al oír el lance, la ya citada joven Esperanza se extraña de mi admiración y agrega de su cosecha:

"Esta procesión no fué la única. Yo vi muchas. Una tarde pasó por delante de la cola donde yo esperaba el pan, un verdadero enjambre de milicianos y milicianas y muchachos que llevaban en un auto muy engalanado una imagen, creo que era la de San Francisco. Le habían cortado los brazos, le habían terciado un fusil a la espalda y llevaba una gorra de miliciano en la cabeza, con un letrero al pecho, que decía: "Este es de los nuestros." ¡Si viese las blasfemias y las palabras obscenas con que iban remedando las procesiones de nuestros santos! Vi muchas veces a los milicianos y a los niños con los bonetes de los sacerdotes en la cabeza corriendo por las calles, o con las sobrepellices lujosas de los canónigos puestas encima. Y vi jugar al toro en la plaza de San Vicente con capas pluviales.

"En la fuente que hay en esta plaza venían a lavarse los hombres y

se secaban con los amitos de las iglesias. Cuando echaron por tierra el monumento del Corazón de Jesús que se levantaba allá por la Vega, se celebró en las tabernas con cantos y coplas, que no nos dejaban parar."

* * *

Hemos paseado las calles de la ciudad, cuyos techos defendía antes el severo Alcázar, a guisa de señor feudal que cuida su terruño y vela por la paz y el honor de los que viven tranquilos y laboriosos sobre la gleba de sus campos. Levantemos ahora los ojos hacia esos muros que codician los milicianos de la anti-España, y vamos a dar la razón de por qué, siendo la codicia tan fuerte y tan grande el número de los codiciosos, la presa se les escapó, al fin, de sus manos.

Las milicias que formaban el núcleo asaltante pertenecían a tres agrupaciones distintas: las que se denominaban orgullosamente a sí mismas con los juegos de letras U. G. T., C. N. T. y F. A. I. La mayoría de los milicianos, afiliados a los tres partidos, eran de Madrid y de los pueblos que acudieron al olorcillo del reparto de los bienes predicados por los apóstoles del paraíso soviético. Los nombres de estos escuadrones de fieras llevaban unos lemas fantásticos; llamábanse "Batallón de Acero", "Grupo Venganza", "Batallón Exterminio" y otros por el estilo.

El núcleo militar estaba formado por Guardias de Asalto, Guardia Nacional Republicana y soldados de guarnición, en escaso número; finalmente, cayó sobre Toledo, como pudiera caer la maldición del Altísimo sobre un pueblo precito, la legión sanguinaria que se apellidaba de "Las Aguilas libertarias". La mandaba el capitán Sediles, un joven renegado, a quien, siendo aún cadete, le vimos muchos rivalizando en piedad con los más fervorosos alumnos de la Academia, que formaban la "Real Congregación de Caballeros Cadetes de la Inmaculada y San Luis Gonzaga". El total de tan abigarrada muchedumbre, unida a las columnas que el Gobierno de Madrid iba destacando y que mandaba el general Riquelme, subía, con mucho, de quince mil combatientes. Pero el número no es factor decisivo en la guerra; el valor y la disciplina pueden suplirlo con ventaja, y a este conglomerado de milicianos de "La Pasionaria", de la "Aida Lafuente", de "Largo Caballero" de "Leones" y de

"Tigres" no les mandaba otro jefe que su avaricia, su lujuria y su capricho personal.

Una mañana aparecían gran parte de los comercios con un cartel que rezaba en sus puertas: "Requisado por la C. N. T." Los otros hermanos de vida comunal no querían ser menos, y al siguiente día los carteles habían mudado las iniciales: "Requisado por la F. A. I."

En esta disposición, la tarea principal que sobre ellos pesaba como atacantes del Alcázar resultaba ingrata y era muy peligrosa. Parece que solían decir: "Esos hombres que están ahí arriba "dan fuerte"; y es muy lógico el sistema que se empleó en aquella lucha a muerte para rendir el asediado Alcázar: las baterías, desde muy lejos, podían, con menos peligro y menos bajas, destruir el edificio, y para secundar la obra destructora estaban los aeroplanos, que con toda impunidad podían girar por encima de los sitiados y ametrallarlos a mansalva, mientras los milicianos y milicianas, después de un opíparo festín, gratuitamente saboreado, se entretenían en mirar el vuelo de aquellos pájaros de acero que dejaban caer las bombas de 50 kilos sobre un indefenso reducto y contaban su número o calculaban su estrago desde los rincones seguros de la plaza de Zocodover.

Este sistema de asedio explica muy bien que los asaltos cuerpo a cuerpo, formales, como se tienen de valiente a valiente, fuesen tan escasos. Por el contrario, aterra el número fantástico de granadas y bombas que se lanzaron desde muy lejos sobre el edificio. Los sitiados las contaron todas.

Dice así este recuento: "Disparos de quince y medio hubo 3.300; de diez y medio, 3.000; de siete y medio, 3.500; disparos de mortero de 50 milímetros, 2.000; granadas de mano, 1.500; petardos, 2.000; ataques de aviones, 30; bombas de avión, 500; latas de gasolina desde los aviones, 35; botellas de líquido inflamable, 200."

Cierta tarde volaba uno de estos pájaros gigantes, con su filiación roja bien destacada en su cola, sobre el Alcázar; dejó caer la carga, pero con tan poca suerte, que la bomba cayó en la plaza de Zocodover y dió una tarde de luto: unos diez muertos, entre ellos un destacado comunista, y más de quince heridos. Los valientes milicianos y milicianas llenáronse de indignación al presenciar aquel equívoco de sus mismos compañeros Formáronse manifestaciones agresivas de protesta; engrosaron de calle

en calle; había que tomar justicia por mano del pueblo para vengar aquel desacierto, y no se les ocurrió otra sanción a los que capitaneaban las turbas, que lanzarlas sobre la cárcel, abrir las puertas y asesinar cobardemente a sesenta y tres personas honradas de las que tenían presas en los inmundos calabozos.

Entre estas víctimas fué asesinado, por fin, el joven don Luis Moscardó, a quien sus asesinos guardaban todavía en la cárcel, aunque estaba ya sentenciado a muerte desde que su padre se había negado a comprar su vida con la rendición del Alcázar y de su limpia conciencia.

La odisea de la familia del general Moscardó puede ofrecernos un ejemplo bastante demostrativo de lo que son hoy casi todos los hogares españoles, desmantelados y destrozados por las garras del maldecido marxismo, como yacen entre el césped de las frondas los nidos deshechos de las aves cuando pasa por el bosque una bandada de buitres, que los deshacen para cebar en los polluelos su voracidad insaciable.

Dios ha pedido a esta familia, honrada y cristiana, un número crecido de víctimas para ofrecerlas en holocausto sobre el altar del sacrificio en desagravio de los pecados de España; por eso, aun violentando su natural inclinación por el anónimo y martirizando, sin duda, su espíritu, al suscitar recuerdos tan tristes, quiero dar aquí alguna pincelada, aunque sea débil, que nos dibuje el heroísmo de aquel hogar de expiación. Precisamente trato en este capítulo de hacer odiosa, pero con un odio implacable y eterno, a la repugnante fiera marxista, que se cebó de aquel modo tan cruento en las personas honradas de la ciudad imperial.

Doña María Guzmán, esposa de don José Moscardó, no se encerró con él en el Alcázar; la mano marxista desparramó con sacrílega fruición a toda la familia, de tal suerte, que el heroico director de la defensa del Alcázar no supo el paradero cierto de ninguno de ellos hasta que la Radio Club portuguesa le dió la grata noticia de que, al menos, su hija Marichu vivía segura en Lisboa.

El hijo mayor del matrimonio, Pepe, de veintisiete años, era teniente de Infantería y acababa este mismo año el curso de la Escuela de Gimnasia en Toledo. Designado para asistir a la Olimpíada de Berlín, se había separado de sus padres el 18 de julio, camino de Barcelona, donde pensaba unirse al equipo de oficiales.

Otro hijo del coronel Moscardó, por nombre Miguel, era teniente

de Regulares y a la sazón estaba en Africa; Marichu Moscardó, hermosa joven de diecinueve años, había ido a Lisboa para pasar una temporada con su tía doña Sofía Guzmán. Doña María quedó con dos hijos varones a su lado cuando su esposo subió a defender el Alcázar: Carmelo, de dieciséis años, y Luis, el mártir del deber.

Luis, joven de veinticuatro años, acababa de obtener plaza en unas oposiciones al Cuerpo de Ayudantes de Obras Públicas en aquel mismo mes de julio, y rebosaba toda esa satisfacción y gozo que se siente en la juventud al ver, por fin, terminada con brillantez su carrera.

Por no dejar sola a su madre con Carmelo, quiso quedarse con ellos; pero tanto amor filial era un crimen para los dirigentes de las hordas masónicas, y apenas llevaban tres días de un continuo mudar de escondrijo, con las familias Tuero y Alamán, cuyos esposos estaban también en el Alcázar, fué descubierto y arrancado a los brazos de su madre y puesto ante el teléfono para que con su voz de hijo hiciese flaquear la fortaleza de su padre.

No flaquearon ninguna de las dos fortalezas, como hemos visto, y le volvieron a la cárcel, donde pocos días después Carmelo se le unió en la misma celda, mientras su madre ocupaba otra en el piso superior del panóptico, en la dependencia de las mujeres. Con grande secreto se podían algunas veces comunicar por papeletitas que una buena empleada de la cárcel llevaba a su destino. Verse, abrazarse, ¡jamás!; esto supondría que la fiera marxista tenía entrañas, y ya ha demostrado que no las tiene.

Aquella tarde en que, por una falta inconcebible de dirección en sus bombas, provocó un aviador rojo la indignación popular, la chusma designó a los dos hermanos entre las víctimas que pagasen la falta de tino de los estúpidos aviadores.

Entre los sesenta y tres mártires de la fe, que así debemos llamar con respeto a los que caminaban hacia la muerte dando vivas a Cristo Rey, iban Luis y Carmelo, amarrados el uno al otro por el brazo.

Un miliciano se fijó en el hermano menor; tiene el pelo rubio y ensortijado; sus ojos, azules, y el candor inocente se revela aún en su mirada. Se movió a compasión, y exclamó:

—Eh, camaradas. ¿Y vais a matar a este chiquillo?

—Es que es hijo del coronel que nos está fastidiando en el Alcázar.

—Aunque sea así. Esto es una cobardía. ¡Muchacho, vuélvete a la cárcel!

Y le quitó las ligaduras. Carmelo protestaba; quería morir abrazado a su hermano Luis y gritando como él: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España! Era el último consejo que le había dado su padre al despedirse de él por teléfono la tarde memorable de la segunda edición del drama que España conserva entre sus páginas inmortales.

Me han dicho que, al desatar a Carmelo del brazo de su hermano, aquella cuerda unió los brazos de Luis y del famoso escritor y polemista, deán de Toledo, señor Polo Benito. No he podido comprobar este detalle.

Así se apartaron los dos hermanos, uno para el martirio por su Dios y por su Patria; el otro, para consuelo y, al mismo tiempo, tormento de su pobre madre.

Con Carmelo se cometieron increíbles villanías; se le llevó a los clubs, como a uno de tantos milicianos; se le quiso obligar a que blasfemase de su Dios, e intentaron por todos los medios, aunque inútilmente, pegarle su roña.

Una vez le pusieron delante de una tapia y le apuntó un miliciano con el fusil diciéndole:

—¿Tú crees que, si yo te disparo, Dios te librará de la muerte?

—Si Él quiere librarme—contestó impasible el muchacho—, me librará. Si Él quiere que muera, moriré como mi hermano.

—Pues prepárate, que voy a disparar.

El joven se encogió de hombros, como lo hizo después mientras me contaba el suceso; tenía la conciencia tranquila. El miliciano no se atrevió a disparar y le dejó.

Por ciertas decisiones y caprichos de la Junta de Toledo y de los Comités de milicianos, hijo y madre fueron a parar al manicomio de la ciudad y fueron encerrados en la enfermería, pero sujetos a una estrecha vigilancia. Las hambres, las miserias, la desnudez que allí pasaron no tenían importancia para los dos, comparadas con los sufrimientos morales. Los dependientes del manicomio, hombres y mujeres, se encargaron de torturar el espíritu de aquella valerosa y cristiana mujer.

Se le hizo creer que ya su esposo había corrido la misma suerte que su Luis; le contaban detalles del asesinato, cómo habían descuartizado y

arrastrado el cadáver por las calles, cómo el pueblo había hecho justicia en su cuerpo destrozado; y así en este tema día y noche, entre los insultos y palabras más soeces que tenían en su vocabulario. El plan era conservar a la madre y al niño para, cuando llegara el día no lejano de la rendición del Alcázar, unirles al odiado caudillo y asesinarlos juntos, y de un modo voluptuoso, a los tres en presencia del pueblo. Nuestros soldados se pusieron a tiempo de por medio y el plan quedó sin realidad. Y aquella madre y aquel hijo lo han perdonado todo. ¡Dios lo dispuso así, bendito sea!

Entretanto, el teniente de Infantería, que acababa su brillante carrera y caminaba, lleno de ilusiones, hacia Berlín para representar a España en la famosa Olimpíada, el hijo bueno y piadoso, Pepe Moscardó, tenía que pagar también la obstinación de su padre, su rebeldía contra el criminal Gobierno de la anti-España.

La suerte de José Moscardó es la de muchos, muchísimos militares, jóvenes y pundonorosos, que por no hacer traición a su verdadera bandera roja y gualda y a su fe de creyentes, han muerto anónimos en los comienzos del glorioso alzamiento militar. Voy a hacer en él la apología de tantos militares, de tantos malogrados héroes del Ejército español... Tú, España mía, sabes muy bien sus nombres y arropas sus cuerpos con los pliegues de tu bandera allá donde reposen, porque a nosotros ni aun ese consuelo nos han permitido sus cobardes asesinos.

Al llegar a Barcelona, supo José Moscardó la noticia del alzamiento militar, y, con otros oficiales amigos, trató de unirse a los de la guarnición de Barcelona, que estaban ya sitiados. Les fué imposible realizarlo.

Entonces comenzaron a acariciar la idea de la fuga, y el 23 de julio se acercaron a una ambulancia roja que vieron transitar por la calle, ofreciéndose a servir de camilleros. Cuando se vieran en el frente, darían el segundo paso: fugarse al campo de los leales. Pero su aspecto fino y no vulgar les hizo sospechosos a los de la ambulancia, que decidieron cachearles en medio de la calle. Su mala suerte o, más bien, los designios amorosos de Dios sobre los cuatro, hicieron que en aquel instante pasara un reportero de un diario, que les enfocó con su máquina.

Esta foto, que reprodujeron varios periódicos de España y del extranjero, ha venido a dar en las manos del general Moscardó. La he

visto en su casa. Pepe aparece con los brazos en alto esperando el momento ignominioso del cacheo. Es el último recuerdo que se conserva de él.

Al ser cacheados, se le encontró a uno de los cuatro una medalla de la Virgen pendiente de su cuello. Ya no había necesidad de más pruebas; los cuatro eran reos de muerte. La chusma, que se había congregado, les fué siguiendo entre blasfemias y burlas a propósito del hallazgo, y se les condujo a la cárcel. La escena soez la presenciaron varios amigos y oficiales, que han escrito al general Moscardó contando el lance para que no dude del móvil que ha ocasionado la muerte de sus dos hijos.

¿Cuándo asesinaron al joven y cristiano militar? No se sabe: desde la mañana aquella sus amigos iban todos los días a recorrer los depósitos donde se almacenaban los cadáveres de los fusilados en completo desorden. Identificaron una vez el de uno de los tres que habían sido apresados con Pepe Moscardó; el de éste no lo pudieron identificar. No es extraño; ¡aquellos criminales se preocupaban tan poco de enterrar a sus víctimas!... Cadáveres había que iban llegando tres, cuatro y aun más días después del sacrificio. Hoy, sin embargo, el testimonio de un juez municipal no deja duda a la certidumbre; los cuatro amigos fueron fusilados; el crimen era muy grande; llevaba uno de ellos una medalla de la Virgen al cuello... ¡Criminales bestias del Frente Popular, yo os maldigo! ¡Que la Historia os maldiga también!

Luis y Pepe eran modelos de hijos buenos y católicos fervientes; sirva esto de consuelo para sus padres, que también lo son. He querido en este episodio concentrar los crímenes de esa raza maldita, llevados a cabo con la sangre fría con que destrozan sus víctimas; con esa misma calculada intención mortificaron a todas. Sé que con este relato traiciono, repito, el anónimo del dolor en que vive la familia del héroe de mi leyenda; ella me perdonará y mis lectores agradecerán la buena intención que me guía.

Sigamos paseando por la calles de la ciudad mártir.

Otra tarde, el día antes de la liberación, cuando nuestros aviones ahuyentaban a los suyos con su mejor puntería, quiso la mala suerte que uno de nuestros aeroplanos, debido, a lo que parece, a alguna avería del motor, cayera en campo cercano a la ciudad. Los dos aviadores se lan-

zaron al espacio con sus paracaídas. Uno de ellos, defendiéndose con su pistola, logró huir. Hay quien dice que se suicidó. El segundo cayó en las manos de los feroces milicianos. ¡Qué hazaña más varonil! ¡Hubo otra tarde de fiesta en la ciudad sitiadora!

Me contó el espectáculo una mujer, testigo presencial del hecho. Cayó el avión en los campos que atraviesa la carretera de Avila, poco después de dejar el Hospital de Afuera. Toda la canalla más soez de los dos típicos barrios de las Covachuelas y de la Antequeruela se desbordó para gozar del triunfo. ¡Un fascista en sus manos!

La chiquillería, como perrillos azuzados por el amo, se ensañaba en el cuerpo del pobre aviador; las mujeres, convertidas en furias, vociferaban, formando una masa compacta, dentro de la cual el indefenso cautivo, con los ojos cerrados, se dejaba maltratar. Se le mordía la cara y las manos, se le cortaron las orejas con un cuchillo, y las mujerzuelas agitaban en son de triunfo, unas, un pedazo de jersey, otras, un jirón de la camiseta del vencido.

Yo le vi cuando subía por la puerta de Bisagra—me dice la espectadora del hecho—. Le llevaban unos milicianos amarrado con una soga por el cuello, como si fuera un perro sarnoso, y tiraban de él hacia la cuesta que sube al Miradero. Chorreaba sangre por toda la cara. Así lo llevaron al cuartel de la C. N. T.

No he podido averiguar del todo el desenlace del drama. Parece que, al dar su nombre y resultar hermano de uno de los directores de la C. N. T. de Madrid, se le perdonó la vida y se le llevó a la capital en concepto de preso.

Estos valientes milicianos y milicianas que así mostraban su valor y su ferocidad con un indefenso cautivo, dieron otra tarde un nuevo espectáculo por toda la ciudad de Toledo. Los que hacían la guardia allá en los parapetos que cercan el Alcázar, notaron dentro del recinto sitiado un extraordinario movimiento; creyeron que se trataba de una salida que intentaban iniciar los héroes del Alcázar, y, abandonando sus parapetos, se desbordaron por la ciudad al grito de: "¡Que salen los del Alcázar!"

La noticia cundió por los círculos marxistas y por los barrios todos, y como por arte de encanto quedó la ciudad desierta. Todos los valien-

tes milicianos habían buscado como parapeto los rincones más seguros de sus casas; es un hecho rigurosamente comprobado.

* * *

El espectáculo que ofrecía aquel castillo roquero, encaramado sobre las entrañas de piedra que sostienen la ciudad de los Césares a manera de un águila herida en su altísimo nido por las descargas que a mansalva le disparan los cazadores apostados en el valle, y que van arrancando, una a una, las plumas de sus vigorosas alas, que saltan describiendo caprichosos giros al descender por el vacío; ese espectáculo era demasiado vistoso para no provocar los deseos de contemplarlo en las altas esferas del Frente Popular.

De ahí las visitas de los prohombres del Gobierno de Madrid a la imperial Toledo. Fueron muy frecuentes y repetidas por muchos personajes, por todos aquellos que no sentían, como lo hemos sentido y llorado nosotros, oprimírseles el corazón de español y llenárseles de horror el alma al ver cómo saltaban, una a una, aquellas piedras históricas.

Entre los nombres que he podido comprobar de un modo cierto, figuran Azaña, con su obligado y sospechoso complemento Rivas Cherif, Barnés, Giral, Prieto, Largo Caballero; los militares Riquelme, Asensio, Miajas, y las pudorosas vestales del Frente Popular, la Nelken y la "Pasionaria". Suponemos que vendrían muchos más, porque el espectáculo era de lo más tierno y de lo más propicio para excitar en sus corazones el sentimentalismo patriótico, el amor a la Patria, que en mala hora les vió nacer.

Notábanse en la ciudad, y los sitiados las notaban también desde dentro, cada una de estas visitas oficiales de los prohombres, que venían armados de sendas máquinas para hacerse retratar en las baterías, y de poderosos prismáticos para ir apreciando los efectos que el bombardeo, el cual en honor suyo se intensificaba durante la visita, iba produciendo en los ya deshechos lienzos del edificio.

La presencia de tan valientes caudillos animaba entonces a los batallones "Exterminio" y a las "Aguilas libertarias", y como tales se lanzaban a los escombros de las derruídas ventanas. Entonces los del interior podían desahogar a su gusto el ansia de entablar alguna vez el combate decisivo; pero pronto el asalto se convertía en precipitado descenso;

las feroces águilas libertarias plegaban sus alas y se iban a refugiar dentro de los seguros parapetos, y los cañones seguían la obra destructora a distancia, escondidos también, allá lejos, entre las encinas de la dehesa del Pinedo. Así fueron los diez asaltos que los feroces milicianos dieron cuerpo a cuerpo contra el Alcázar.

Largo Caballero se personó en Toledo un día célebre en que los aviones vertieron sobre los sitiados verdaderas cataratas de gasolina inflamada, que produjeron el incendio de una de las torres. Al incendio siguió el asalto, presenciado por el tristemente célebre personaje, y sus ojos pudieron ver muy pronto el repliegue de los milicianos que en son de reto habían llevado al combate escrito en sus banderas el nombre de "Batallón Largo Caballero". Este señor se había vuelto a Madrid, al caer la noche, con las alas de la ilusión caídas, y si no se tratase de un bimano, podríamos decir más gráficamente "con el rabo entre piernas".

Pero, al día siguiente, el diario gráfico *Ahora* publicaba un montón de fotos, agrandando el incendio del Alcázar; y un tal José Quílez cantaba, en mal castellano, la victoria de las milicias rojas y el severo castigo que se había dado a los rebeldes, que, de un día para otro, se verían obligados a rendirse.

El diario *El Alcázar* va señalando estas visitas; las fechas de ellas podrían recogerlas los hombres del Frente Popular para declararlas como días festivos en su calendario. Así, el lunes 31 de agosto, dice: "Hoy fué visitado Toledo por Prieto para apreciar de cerca el sitio del Alcázar." Y el 4 de septiembre da la noticia de que el señor Azaña ha visitado todo el frente y ha estado en Villalba y otros puntos de la Sierra, volviendo a Madrid altamente complacido. El 8 de septiembre da la importante noticia de que Largo Caballero estuvo otra vez en Toledo y regresó a Madrid a las nueve de la noche.

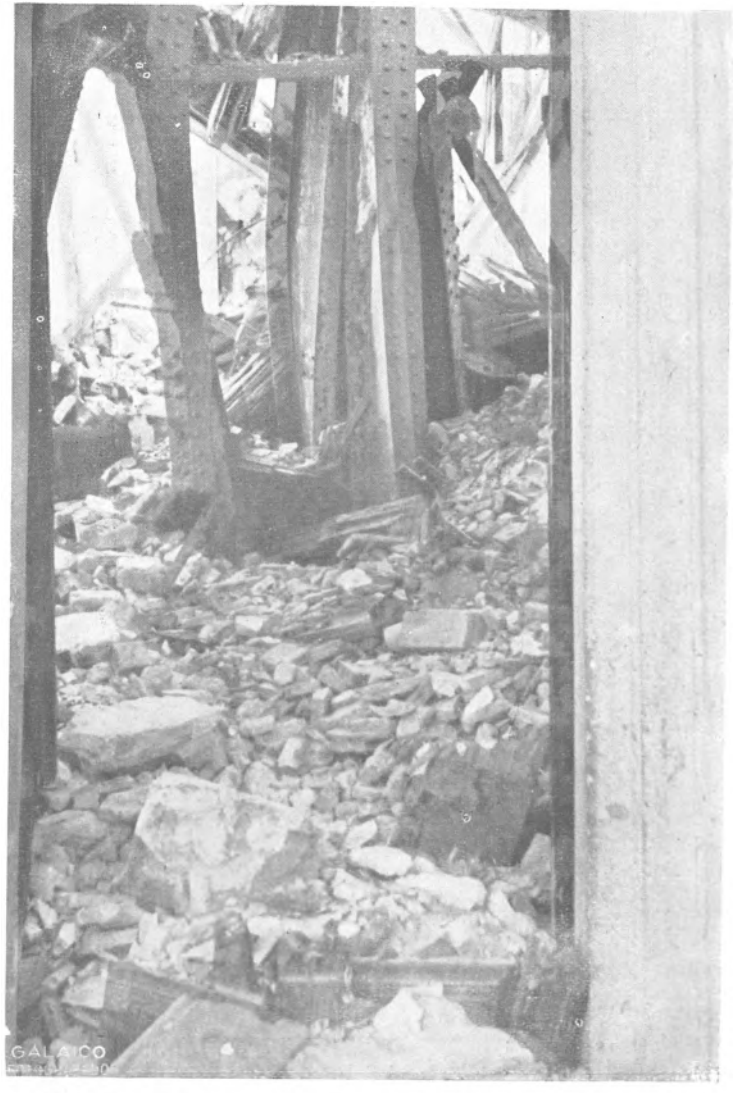
El espectáculo de un castillo, testigo mudo de la gloriosa epopeya de la Reconquita española, que estaba deshaciéndose a poder de metralla, lanzada por los mismos españoles, comenzó a tener en Madrid su "reclamo" entre todas las clases sociales. Al fin del asedio, Toledo se convirtió en un sitio de diversión dominguera: los trenes de la mañana llegaban abarrotados de curiosos espectadores que venían a disfrutar del alegre espectáculo. Mientras despachaban las meriendas sentados en

¡La sublime epopeya del Alcázar! Sobre esos escombros, la canalla roja plantó una bandera vencedora. No pudo ondear más tiempo que el necesario para empalmar tres escaleras, subir por ellas un puñado de españoles, dejar sin vida a los profanadores de aquel santuario de la Patria, y poner en su lugar ese lindo emblema, gualda y rojo, que veis acariciado por las brisas de la gloria

(Foto Marín, San Sebastián.)

Lo que han dejado las iras de los "sin Dios" de aquella regia escalera que inmortalizó a Felipe II, que dió la idea, y a los geniales artistas Villalpando, Herrera y Covarrubias, que le dieron vida y realidad. Era la obra maestra de aquellos magos de la arquitectura del Siglo de Oro español. Quedan de ella trozos y escombros

En el patio central. Todo este lienzo, por cuyos huecos se divisa parte de la regia escalera, está sostenida valientemente por un bloque que ha perdido su posición normal y llama la atención de los visitantes



Esta puerta del patio central daba a la biblioteca del Arma de Caballería. En los últimos días fué destrozada e incendiada por los cañones enemigos

las lomas que miran hacia la parte del Alcázar, espaciaban su vista en la contemplación de los destrozos que de un domingo a otro habían causado sus baterías en aquel monumento nacional.

Muchos de los curiosos visitantes, sobre todo mujeres, según aparece en el relato que voy siguiendo, sentíanse belicosos y luchadores, especialmente cuando el vino de Jerez y el dorado Champagne habían entrado ya a ser sangre de su sangre y hervor de sus entrañas. En este estado patológico, acercábanse a la batería y pasaban el resto de la tarde entretenidas en cargar los cañones y dispararlos por sus propias manos, a las cuales supongo que no se adaptaría con propiedad el poético y obligado ripio de "manos de nieve". Una de estas artilleras, jovenzuela de un barrio toledano, dícenme que fué la que, mojando su dedo en la sangre que manaba de los cuerpos muertos de varios sacerdotes que tenía a sus pies, escribió sobre un muro, con ortografía infernal y en medio de infernales carcajadas: "¡Viba el comunismo livertario!"

* * *

Sin embargo, es preciso confesar que el asedio del Alcázar fué por extremo riguroso y que las filas de trincheras y parapetos, formados en las ventanas, puertas y tejados de todos los sitios que dominan el recinto que ocupaban los sitiados, jamás se vieron desprovistos de milicianos sitiadores, *pacos* en su mayor parte, que incesantemente disparaban sobre todos los huecos del Alcázar y sobre todos los servicios de avanzada.

Esta especie de convivencia de sitiadores y sitiados, que a veces no tenía más distancia que el hueco de una calle o el sitio material para que se alzasen los dos montones de sacos que formaban la línea divisoria de ambos partidos beligerantes, daba ocasión a escenas trágicas, como las ya descritas en la Puerta de Hierro, y aun a conversaciones de hombre a hombre, con las cuales se desahogaba el mutuo rencor o se mataba el tiempo alegremente.

Las anécdotas de este sentido son inagotables. La relación del teniente Oliveros es muy curiosa en detalles de esta especie: "Teníamos—dice—una gran disciplina de fuego y sólo disparábamos cuando estábamos seguros de cazar piezas; no así los rojos, que se pasaban el día pegando tiros. Pues bien; teníamos en el frente oriental un *paco* incansable, contumaz, que nos tiraba día y noche; su fuego era incesante;

nosotros no le contestábamos, lo cual le producía mucha rabia, tanta, que un día, harto ya de tirar, gritó, descompuesto y suplicante: "Fascistas, contestadme por lo menos."

"Los rojos eran ingenuos, inocentes, pues en sus conversaciones demostraban casi siempre su verdadero sentir; por eso, un día en que les hicimos bastantes bajas, ya de noche, cuando ellos y nosotros descansábamos en los parapetos, oímos una voz que, en tono insultante, decía: "¡So!... ¡so!... (pongan aquí dos fuertes epítetos, y tal vez no acierten), ¡en buen lío nos habéis metido!"

"Las ventanas de la fortaleza estaban batidísimas y frente a cada una había una barricada; los *pacos* afinaban su puntería y cuando lograban que una de sus balas penetrara en las habitaciones, se producía un ruido parecido al que hay en las barracas del tiro al blanco en los días de feria; entonces uno de nosotros cogía una bocina y gritaba: "¡Premio al caballero!; ¡le ha correspondido una bonita mariposa!" Con ello, el *paco* se indignaba y nos freía a tiros.

"No fueron pocas las veces que los rojos nos invitaban a la rendición, después de patéticos y hasta elocuentes discursos; pues bien, cuando decían: "¿Me oís, Alcázar, me has oído?"; nosotros, a coro, les contestábamos: "¡Amos, amos, anda!"

"Como anécdota final citaré lo que se le ocurrió a un muchacho que tenía gran prevención a los cañones, y al cual se le había metido en la cabeza que existían granadas "buscanderas", como él decía. Un buen día se comentaba lo que haríamos nosotros cuando vinieran nuestras tropas; se exponían opiniones distintas, y entre las casas a tomar que se citaban, figuraba Santa Cruz. Era éste un edificio desde el cual nos hacían un fuego infernal y en el que suponíamos encontrar gran resistencia; de otra parte, nos era conocido el valor artístico de tal edificio, muestra del Renacimiento en España, y que, naturalmente, es monumento nacional; pues bien, a alguien se le ocurrió decir: "A lo mejor mandan a este destacamento para tomar Santa Cruz cuando vengan nuestras tropas, para facilitarles el paso; ¿no os parece?" Y entonces, el de las "buscanderas" contestó: "Yo, por mi parte, que lo tome el Patronato Nacional de Turismo."

* * *

Esta misma convivencia, triste es decirlo, facilitó la evasión de varios desertores del Alcázar, que no se sentían con madera de héroes; los periódicos que seguían la marcha de la heroica resistencia, nos hablaron de alguno que otro; fueron treinta, pero casi todos en los primeros días del asedio, cuando aún los ánimos y los corazones no se habían templado con el olor de la trilita.

En mi diario inédito registro el día 1.° de agosto la deserción de dos cabos y siete soldados; el día 11, contagiados con la cobardía, desertaron seis más de la Sección de Tropa. Muchas deserciones evitó la actuación del teniente coronel Tuero, nombrado jefe permanente del sector oriental, que comprendía el edificio de Santiago, la cocina, el picadero y las cuadras. Este valiente militar, cuando esto escribo, sigue aún enfermo en el hospital de sangre por las heridas que recibió en su puesto de honor y por el agotamiento de fuerzas que perdió en el asedio.

El 13 de aquel mes desertaron otros dos. También en el periódico *El Alcázar* se copian dos bandos que indican el peligro de que se puedan repetir las deserciones; después, no se vuelve a hablar más de cobardes desertores hasta unos días antes de la explosión de la mina. La influencia maléfica de estos cobardes era mucha, porque, en su afán de congraciarse con sus nuevos amigos, les señalaban los sitios poco defendidos y la marcha de la vida militar del Alcázar.

Después de haber vivido algún tiempo la vida de los sitiadores, volvamos al Alcázar cuando ya se avecina el día glorioso de la liberación.

IX

LA MUERTE DEL COLOSO

"Y aquellas torres tenían la oculta virtud de reparar sus brechas."

(BOSSUET, *refiriéndose a la batalla de Rocroy.*)

Los episodios que forman el nudo de una magnífica epopeya van aumentando en trágico lirismo, hasta preparar el súbito desenlace. Estas son las reglas que aprendimos en los libros de Retórica.

La epopeya del Alcázar toca a su fin; los campos de Toledo sienten ya sobre sus lomas de cenicienta greda y sobre las cintas oscuras de sus asfaltadas carreteras el bullicio de los genios de la guerra, que van cabalgando sobre los tanques blindados de la columna motorizada que a pasos de gigante camina en la dirección de Toledo.

El espíritu de compañerismo la empuja con esa rapidez con que los espíritus de la tormenta arrastran las nubes de la altura y las llevan a descargar las iras de sus rayos en el sitio donde Dios, que es quien las manda, les dice: ¡Ahí!

Esa voz de imperio, ese "ahí" del Mando supremo es el Alcázar de Toledo.

Los hijos cautivos que en él esperan el auxilio que su Madre España les envía, no pueden más; no les quedan víveres ni mulos para comer más que un par de semanas, racionando el sustento a lo más estricto para no morir de hambre.

¡Las fuerzas se agotan! ¡Son de hierro, pero también el hierro se oxida y se consume!

"—¡Dios mío!—me dice un muchacho de los que allí vivieron—.

¡Dios mío! ¡Lo que nos costaba transportar los últimos sacos de trigo! ¡No podíamos con la carga, y eso lo tengo que decir yo, que antes soportaba a mis espaldas las arrobas de grano como si fuesen sacos de paja!"

Cuando volvemos a verles luchar, después de nuestra excursión macabra por el recinto de la ciudad mártir, es aquel tiempo en que piensan ya desalojar los reductos de la parte exterior para irse reconcentrando en las ruinas desportilladas del edificio y esperar de un instante a otro, o la salvación que se acerca, o la muerte, si la salvación llega tarde.

En aquel solemne día del mayor milagro de Dios sobre los caballeros de la fe, el trágico momento en que la epopeya culmina en su más sublime episodio, el día 18 de septiembre, la situación de los sitiados era ésta: el día 13 había caído la artística escalera del patio central; las granadas la habían deshecho y en su ruina había ella arrastrado casi toda la parte sur, que se desplomó sobre el patio; éste, desfigurado, convertido en montones de bloques informes, ofrecía una inmensa brecha en la entrada norte, cuyos escombros convidaban al asalto de los milicianos, los cuales no tenían más que saltar por las piedras desde sus parapetos y entrar en el interior del Alcázar. Aquel destrozo artístico fué la obra de 117 granadas de quince y medio, enviadas durante la mañana desde las baterías marxistas.

Aquel mismo día los cañones que enfilaban la parte oriental habían abierto otra inmensa brecha en el muro del Alcázar e incendiado la sala de dibujo de los cadetes, dando ocasión a escenas de inconcebible valor estoico en los muchachos falangistas. Sobre ellos, mientras apagaban el incendio, vinieron tres granadas "y la Providencia—dice el periódico *El Alcázar*—una vez más premió el valor de estos bravos, haciendo que no estallaran los proyectiles".

El día 16 fueron 144 granadas del mismo calibre las que provocaron un formidable incendio y varios derrumbes en la llamada biblioteca de Caballería, donde se alojaba la 3.ª Compañía de la Guardia civil, y tuvo que ser desalojada en medio de intenso bombardeo, pero también con admirable espíritu, el cual elogió *El Alcázar* con calurosas frases. El coloso de piedra iba recibiendo heridas mortales que presagiaban su cercana muerte.

Sobre esta decoración, de una majestad sublime e imponente, va a disfrutar la delicada sensibilidad de nuestra civilización, que se cree

haber subido al más alto grado de una concepción humanitaria de la vida social, la caricia más refinada, la más voluptuosamente preparada sonrisa del marxismo ante los alardes del altruísmo europeo.

La preparación de las minas subterráneas se dejó sentir por vez primera entre los moradores del Alcázar la noche del 15 al 16 de agosto. Varias mujeres despertaron atemorizadas porque debajo del suelo se escuchaba distintamente un ruido extraño, semejante al que produce entre las tablas la carcoma. Muy pronto se dió cuenta el Mando supremo de que los sitiadores habían apelado a otro nuevo artificio para perderles. Debajo del edificio se estaba fabricando una mina subterránea. Inmediatamente se procuraron los medios de inutilizar sus efectos. Medios eficaces no los había para contrarrestar directamente la acción del enemigo.

El teniente de Ingenieros señor Barber quedó encargado de observar al nuevo enemigo subterráneo y de buscar los medios más aptos para contrarrestar sus efectos. Le ayudó grandemente en su difícil obra el cabo Cayetano Rodríguez Caridad, que había sido minero y que se portó heroicamente hasta morir cumpliendo su deber. Formóse, además, una sección de voluntarios para ayudar al teniente Barber en sus investigaciones, que se apellidaron humorísticamente *del Simplón.*

Creo que no se ha dado al público, en los diversos comentarios impresos por los periódicos, la heroica lucha contra la impotencia física y moral en donde se estrellaban todas las maniobras de estos hombres para procurar evitar lo inevitable.

Durante un mes largo, el peligro de la mina, que va avanzando debajo de tierra como si fuese un misterioso insecto que trabajaba para destruir a un tiempo fijo la vida de todos los moradores del Alcázar, es la preocupación que roba el sueño a los que velan por la existencia de tanta indefensa muchedumbre.

Abro el diario inédito, y me va diciendo, cada vez con más angustia, que el día 18 de agosto se ha creído dar con la casa donde ese extraño topo ha dado comienzo a su fatídica galería; y se intenta incendiar aquella casa. Se le lanzan granadas incendiarias, con acertada puntería. La casa arde completamente, y extiende la esfera de acción de su fuego por las viviendas próximas; pero la entrada del misterioso topo no debe ser esa.

El enemigo sigue su marcha por el subsuelo, sin que el ruido, ya muy perceptible y cada vez más próximo, logre aminorarse.

El teniente Barber estudia sin cesar la dirección que pueda traer el túnel, y el 25 de agosto da su dictamen de que se está fabricando una mina en toda regla, pues el ruido delata la acción de una moderna perforadora.

Abrir contraminas no es posible: algunas se intentaron, pero la falta de instrumentos las hizo ineficaces.

El 5 de septiembre se preparó una salida nocturna con el único objeto de seguir el ruido, y ver si lograban localizar la casa en donde había comenzado y la dirección que seguía. La arriesgadísima empresa corre por cuenta de los falangistas al mando del heroico Vela Hidalgo; y el éxito la corona de un modo positivo. Se aprecia la existencia de dos compresores, uno hacia la plaza de la República y otro hacia la dirección del teatro de Rojas. ¡Ya era algo descubrir!

A su vuelta, la nocturna ronda intenta prender fuego en la casa llamada de Lucio, porque, según los datos recogidos, puede ser la madriguera del astuto enemigo. No era tampoco. Barber, en su incesante trabajo de investigación, llegó hasta auscultar las paredes minuciosamente, utilizando el aparato de la enfermería llamado fonendoscopio, para ver la dirección de los trabajos de la mina según la mayor o menor intensidad de los sonidos.

Aquellos hombres no descansan, porque tampoco descansan los maldecidos topos que están perforando el subsuelo.

El día 6, el teniente Barber ha logrado, en parte, localizar la mina y da este dictamen, que copiamos textualmente: "El trabajo es de mina, que viene aproximadamente a la altura del pretil de la Cuesta del Alcázar y que para llegar a los cimientos del mismo necesita, por la clase especial de estos trabajos, unos ocho días más. Por la calidad del barreno, se echa de ver que no son técnicos los que la dirigen, porque los usan grandes, que pueden dar lugar a variaciones notables en la dirección, por lo cual los técnicos modernos usan barrenos pequeños y en gran cantidad."

Dos intentos más, los días 9 y 11, al mando de Araujo, les hacen comprender a los sitiados que serán inútiles todos sus esfuerzos por detener el paso, lento pero seguro, de la muerte, que, al no poderles sor-

prender traidoramente ni por el aire ni por la superficie de la tierra, se ha metido debajo de ella y va rascando, rascando, de día y de noche, sin prisa, pero sin intermitencias, segura de que ha de llegar al sitio donde se detendrá unos días, para descansar, dar un resoplido de satisfacción, cerrar su mano, fabricada de huesos articulados, y apretar entre ellos un montón grande de víctimas, tantas como son los que se agitan inútilmente por los sótanos sombríos mirando aterrados cómo se acerca, cómo los cuenta, cómo se ríe. ¡La muerte, no les cabía duda ninguna, había firmado un pacto secreto con sus enemigos!

Al convencerse de la impotencia de sus esfuerzos para inutilizar la acción de la mina, el coronel Moscardó mandó que las mujeres y los niños comenzasen a desalojar el sitio que habitaban y que era el más peligroso, porque daba hacia Toledo y había de ser el más castigado por la acción destructora de aquel artefacto. Tal vez en los sótanos inferiores del lado oriental podrían librarse de la muerte. Los defensores estaban ya resignados a perecer entre los escombros de su glorioso Alcázar; pero ¡sus mujeres!, ¡sus hijos!..., ¡su Virgencita linda, con el manto de color de cielo y los ojos llenos de misericordia!..., ¡sus heridos, que no podrían morir matando si los escombros les dejaban un aliento de vida!...

Y se trasladaron también a lugar más seguro la capilla y la enfermería.

Hacia el día 14, el ruido se oía ya tan sólo con intermitencias; luego, menos; después, el topo subterráneo, el misterioso ruido de carcoma, que infundía un miedo intenso en los niños..., cesó casi del todo. La mina estaba ya preparada; comenzaba otra operación: era el tiempo que había de dársele al cemento para fraguar y para que, oponiendo resistencia a la salida de los gases, les hiciera buscar su desahogo echando abajo los muros del Alcázar.

* * *

Estos días son de una emoción intensa, indescriptible, en aquel recinto, donde la muerte está haciendo antesala, esperando el contacto eléctrico que le diga: "¡Entra y destruye!"

Entonces se forman tres escenarios separados entre sí, cuyas escenas van sobreponiéndose, y los actores, trabajando en su papel con una ac-

tividad vertiginosa, en un "crescendo" de concertante final, concluyen por armonizarse en un himno arrebatador de espléndida victoria. Estos tres escenarios, que trabajan cada uno en su papel, manejados por la Providencia divina, que quería dar el triunfo a los heroicos hijos de la España cristiana, son: de un lado, los sitiadores, que, creyendo la presa en sus manos, se lanzan a recogerla entre los escombros del derruído Alcázar; de otro lado, los defensores, que, en un esfuerzo supremo, se resisten a caer en aquellas garras, que sería como caer en las garras de la muerte; y, finalmente, los leones del General libertador, que, dando un salto airoso y elegante, se interponen entre la muerte y su víctima cruenta.

Veamos ya lo que realmente era aquella mina, que tuvo en continuo martirio al Alto mando por espacio de más de treinta días y en continuo ofrecimiento de sus vidas ante la voluntad divina a cerca de dos mil holocaustos.

Va a descubrir su misterio el autor de un artículo que publicó después de la tragedia el periódico *El Alcázar,* ese diario batallador que nació de entre las ruinas del edificio y es hoy órgano de los Requetés de Toledo; lo firma don Quirico Martín Ramos, y hay que advertir que este señor no fué de los valientes que se encerraron en el Alcázar; anduvo por la ciudad durante el asedio. El artículo dice así:

"Estamos en Toledo a 17 de septiembre, víspera de la catástrofe. En una habitación están reunidos un capitán, un teniente de Asalto, el capitán Sediles y un miliciano; es un minero. Beben cerveza; son próximamente las doce del día. Sediles habla: el minero le responde:

"—¿Conque habéis puesto 5.000 kilos de trilita? ¿Y no moriremos todos?

"—No, porque únicamente se notará el efecto en el suelo, y las piedras que lance la explosión no llegarán más allá de 500 metros. Por eso el explosor está colocado en el Ayuntamiento, donde ya no hay cuidado.

"—Entonces, ¿cuál va a ser el efecto de la mina?

"—El mismo que en Guadalajara. Yo fuí allí, hicimos las minas y, al hacer éstas explosión, las paredes cayeron hacia adentro; después lanzamos bombas incendiarias con hondas y en seguida se tomó el cuartel.

Todo resultó admirablemente; por eso Margarita Nelken un día de fin de agosto me llamó y me dijo: "Te necesito; coge veinticinco dinamiteros asturianos contigo, y a trabajar en Toledo. Hay que volar el Alcázar." Y se comenzó a trabajar."

Nadie ha desmentido aún esta versión.

Ya no es un misterio tampoco el sitio donde dió comienzo la mina; la madriguera del topo se ha descubierto. Yo he tenido el placer de meterme por ella hasta que los escombros me detuvieron el paso. La comenzaron a fabricar aquellos desalmados mineros en la casa donde los católicos tenían instalada la imprenta del periódico *El Castellano.*

En un rincón del patio, a mano izquierda, abre su negra boca el túnel, que va buscando los muros del Alcázar y tiene setenta metros de longitud. Muy cerca, en un patiezuelo, se ven apiladas un montón de cajas de madera que llevan este rótulo: "Compañía Franco-Española de Explosivos. Cartagena."

No fué ésta única; fueron dos simultáneas; hay otra boca en el patio de una casa completamente en ruinas, y hasta llegar a la boca del túnel me vi obligado a saltar de escombro en escombro por varias habitaciones; un recibidor desmantelado, una alcoba con un palanganero roto, una cama y restos de utensilios de tocador. Por el techo abierto se asoman las vigas del piso superior, y en un patinillo, cubierto antes por montera de cristales, comienza el boquerón de la otra mina.

Para completar los antecedentes del bárbaro crimen que se avecina, notemos que siempre en vísperas de estas grandes tragedias históricas se desarrollan además variadísimas escenas en otro plano distinto, dentro de las conciencias y en el cielo de la fantasía de aquellos que las provocan o que las sufren.

Lo que se pensase del otro lado del recinto del Alcázar, mejor será que quede entre sombras; siempre serían sueños de piedras que suben a las alturas, de seres humanos que se agitan, sepultados entre escombros, con los dolores de una lenta agonía, monumentos nacionales que desaparecen entre columnas de humo y estridentes clamores de metralla; y todo ese sueño acariciando las fantasías de unos hombres que nacieron en España y que tienen la misma Madre que aquellos cuya muerte maquinan.

Dentro del Alcázar, vamos a sorprender un monólogo en el escena-

rio interior de una conciencia; lo he sorprendido yo antes en una de esas expansiones de amigo, casi de *confesor del Alcázar,* como me llama García Sanchiz en su bonito prólogo. Notemos en él los diversos ideales que mueven las figuras de esta epopeya.

Un hombre recio, flaco, absorto en algún pensamiento que domina todo su espíritu, se pasea solitario en el recinto de su despacho. Está pensando en los efectos que al día siguiente producirá la explosión de la mina. Es el gobernador militar del Alcázar. Sueña también, y las visiones que levanta su sueño son las mismas y con el mismo trágico horror con que se alzan en el deseo de los hijos desnaturalizados de la Patria.

Casi podría copiar el monólogo textualmente. Piensa en los efectos de la mina y recapacita, en general, sobre el peso de responsabilidad que ha echado sobre sí al tomar el mando de aquella fortaleza.

—Mañana... ¡qué horror!... Que nosotros, los defensores, hallemos la muerte entre los bloques de pared desprendidos de los muros, bien está. Somos militares; es nuestro deber; la Patria lo pide, y la muerte nos hallará mañana en nuestros puestos. Pero... ¡esas mujeres!..., ¡esos niños!... ¡Sepultados también entre las ruinas del Alcázar!... ¿Debo yo permitirlo? ¿Será cierto que después Dios y la Patria me pedirán cuenta de esas víctimas, cuya desgracia pude yo ahorrar? Los tres parlamentarios así me lo han dicho; a estorbar esas muertes han venido aquí... ¡Comandante Rojo! ¡Embajador de Chile! ¡Vázquez Camarasa!...; ¡éste!, ¡éste!..., ¡un sacerdote!..., ¡un ministro de Dios, atenazando mi conciencia!...

Pausa. Se lleva la mano a la frente, como para ahuyentar alguna sombra de negra pesadilla que le acosa.

—Yo consultaría a los esposos, a los padres de esas inocentes criaturas que se han venido a poner bajo mi protección. ¡Tal vez ellos...! ¡No!, ¡no!, desorientarían mi conciencia con sus diversas opiniones. Quiero ser yo solo el responsable de la decisión que aquí se tome. ¡Si hubiese un sacerdote entre nosotros, un buen consejero que con sus luces sobrenaturales y sus principios de moral despejase las nubes de dudas que cruzan por el cielo de mi alma!...

Pero no le hay. ¡Dios mío! ¡Virgen Inmaculada del Alcázar!, ¿qué debo hacer? ¡Conciencia!, ¡conciencia!, ¿qué dices tú?... Pido parlamen-

to; pongo condiciones; se me conceden; quedamos solos los combatientes; ya se han ido las mujeres y los niños...; ¿y después? ¿Qué sería de ellos? ¡Los horrores que nos cuenta la Radio-Club portuguesa!... ¡Las profanaciones de esas mujeres que caen en sus manos y al alcance de sus deseos lascivos!...

Pongámonos en el más halagüeño de los resultados. Pasarán, cuando menos, a ser rehenes de los directivos rojos, que con sus cartas y sus mensajes irán amortiguando este fuego intenso que hoy arde en el pecho de mis bravos luchadores... ¡Que no!; ¡que no deben salir! ¡Que no pueden salir! Es preciso defender su pudor, que vale más que sus vidas. La Virgen, que está con nosotros, defenderá sus vidas en este Alcázar, ya que ellas lo arriesgan todo por defender su pudor.

Y el monólogo se cierra ya con palabras textuales de este héroe cristiano, sorprendidas en un apunte de su propia letra: "Esto fué lo que yo, por mí, y sólo por mí, resolví, consultando escrupulosamente mi conciencia muchas veces, la cual siempre me decía que no; que no les dejase salir, porque era exponerlos a sufrir mayores males. Y desde el fondo de mi corazón de cristiano pedía con todo fervor ante la imagen de la Virgen del Alcázar que no hubiese una sola víctima entre las mujeres y los niños. Que cayésemos nosotros, yo el primero, si era preciso; pero esas víctimas inocentes, no; ni una, ni una de ellas. Y esa era la primera de mis peticiones todas las noches, al rezar en común la novena... ¡Y la Virgen me oyó!"

Con esta resolución, dió sus disposiciones para trasladar mujeres y niños al sitio que parecía más seguro; después distribuyó los puestos de combate; dió una orden severísima de que nadie se moviese del puesto asignado; se dictaron también, con minuciosos detalles, las órdenes preventivas para el caso de tenerse que evacuar los sitios que probablemente iban a ser destruídos por la mina, y se confió a Dios y a la Virgencita del Alcázar el éxito de aquel pavoroso problema que se cernía sobre ellos.

* * *

Declinaba la tarde del 17; me dicen que era fría, lluviosa, como si el verano quisiera despedirse a destiempo. La animación entre los sitiadores era también insólita. Azaña y Largo y otros prohombres del Gobierno

habían multiplicado sus visitas los días anteriores para ver, sin duda, la marcha de la poderosa mina; las baterías también habían salido aquella tarde de su ordinaria carga, despachando 144 "chupinazos" del mayor calibre, lo cual hizo comprender a los sitiados que se acercaba para ellos una época de prueba.

Hacia las once de la noche comenzó a correr la noticia en todos los barrios de Toledo: la mina iba a explotar a la mañana siguiente, y las autoridades ordenaban, por medio de los diversos comités, la evacuación de la ciudad. Presa de un horrible pánico, se apresuró el vecindario a huir durante la noche, ocasión que aprovecharon las milicias para requisar los carnets de los que iban saliendo, necesariamente, por las únicas puertas de Bisagra, de Alcántara y de San Martín. Varias familias que vivían ocultas en sus casas y se aventuraron a salir para probar fortuna, cayeron en las manos de los sabuesos, que en el puente mismo las asesinaron inhumanamente.

La ciudad quedó desierta aquella memorable noche; por las lomas vecinas veíanse las hogueras de los habitantes de Toledo, que procuraban ahuyentar el frío, que aquella noche fué desapacible; las calles y plazas quedaron en completas tinieblas. Parece como que la ciudad de los Césares, presintiendo los efectos de aquella poderosa máquina, preparada por ellos mismos, había muerto a poder del miedo. Entretanto, las tropas libertadoras del Ejército nacional acampaban a unos 30 kilómetros de su anhelado objetivo.

Antes de rayar el alba del 18, las baterías rojas comenzaron a preparar el espectáculo; 350 granadas de quince y medio, como densa granizada, fueron cayendo sobre la parte oriental. Su objeto era arrinconar hacia la parte del Oeste a la guarnición, y sobre todo a mujeres y niños, porque en aquel lado iba a ser la explosión. Los habitantes del Alcázar tenían órdenes severas de no moverse de sus sitios.

Las primeras pinceladas de la aurora comenzaron a dibujar los contornos del panorama que cerca a Toledo y a platear la cinta que le estrecha rodeando la base de su escarpada altura: allá, se erguía el Alcázar señalando al cielo con los dos dedos que le restaban aún de su mano mutilada.

"—Yo iba a salir del tapial donde con mi familia había pasado la noche—me dice una mujer—. Serían como las seis y media; de pronto,

una detonación, imposible de ponderar, hizo resquebrajarse la tapia y caí al suelo. Me levanté despavorida y miré: la ciudad de Toledo acababa de desaparecer entre una nube negra, espesa, que la envolvía; aquella nube llegaba hasta el cielo. La gente comenzó a desparramarse por las lomas dando gritos, como una cuerda de locos huídos de un manicomio. Poco a poco, el humo y el polvo fueron desapareciendo. La columna de humo y el polvo se vieron perfectamente en Getafe."

¡La mina había explotado por fin! ¡El Alcázar ya no tenía torres! ¡Los sitiadores podían darse ya por satisfechos! ¡La fiera marxista se reía moviendo las mandíbulas, hundidas bajo sus pómulos salientes de filiación asiática!

Los resultados de esa risa soviética fueron en la ciudad española irreparables. ¡No debían restañarse nunca esos desgarres de edificios para que durante muchos años se dejase oír entre el murmullo de las aguas del Tajo la carcajada histérica de la Rusia soviética!

Los datos que voy a consignar no serán creíbles, tal vez, a pesar de que la comprobación es muy fácil. Las piedras de los muros del Alcázar volaron como verdaderos proyectiles a mucho más de dos kilómetros de distancia. Tenemos en la casa donde estas líneas escribo, bastante lejana del Alcázar, dos inmensos agujeros en la azotea: son el efecto de un par de piedras que taladraron dos pisos y llenaron de escombros las habitaciones del principal. Así están horadadas la mayor parte de las viviendas. Los balcones, cayeron muchos a la calle; cristales, no quedó casi ninguno en la ciudad; las artísticas vidrieras, de una historia y de un valor inapreciables, de la Catedral, son ya inmensos agujeros por donde entra el aire a su sabor en el sagrado recinto.

Pero lo que puede dar una idea del monstruoso artificio que fabricó la mano infame de los enemigos de toda civilización social, es la trayectoria de varios camiones que se hallaban próximos al lugar donde Rusia desfogó la satisfacción de su odio con aquella horrísona carcajada. Uno de ellos cayó en el tejado de una casa lejana. He visto otro, y por delante de él han desfilado cuantos curiosos han querido, porque la dueña de la casa es sumamente amable. El camión, a impulsos de la trilita, voló deshecho por los aires y se rompió en varios trozos: el chasis, con las aletas, yacen en un patio, donde bajó deslizándose por el vano del tejado; las ruedas se enseñan en otro patio, muy lejos del primero, y el motor, des-

cendiendo sobre los claustros del convento de Santo Domingo el Real, se empotró en el suelo, deshaciendo las baldosas de granito. Un ingeniero, que examinó dicha pieza, calculaba que para llegar allí y caer de la manera que cayó, aquel trozo informe de hierro había tenido que subir, cuando menos, a mil metros de altura.

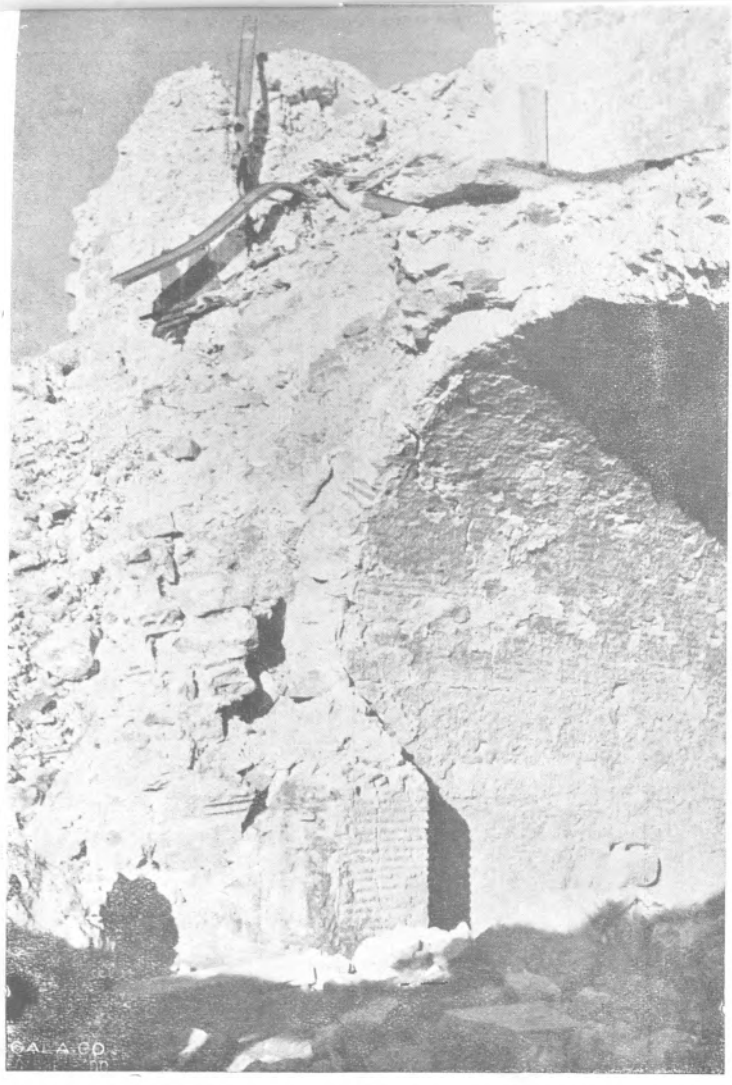
* * *

En el edificio víctima los estragos tuvieron que ser mayores, y así fué. Las casas vecinas, casi el barrio entero que se cobija a la sombra de la ya derruída parroquia de la Magdalena, no presentan más que estragos. Centenares de familias sin hogar, sin muebles, sin más propiedad que la que hoy tienen sobre lo que sacaron puesto de sus casas.

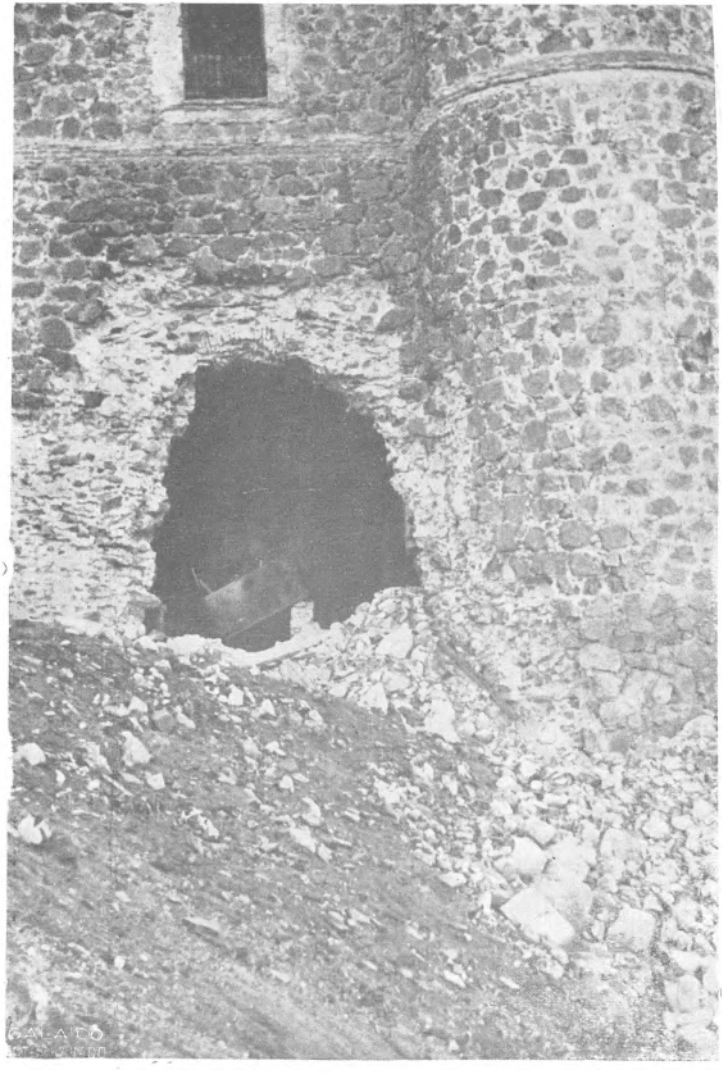
Las dos alas norte y oeste del Alcázar dejaron caer pesadamente sobre los tejados vecinos los enormes bloques de su fábrica, y sobre ellos se asoma hacia el barrio próximo la osamenta de la torre del Sur, y allá al otro lado, hacia Zocodover, se cuelga como un cadáver que cayó a la boca de un barranco, un trozo de talladas labores de piedra, que fué antes todo el ángulo noroeste del primoroso Alcázar.

Por los derrumbes de las tres alas norte, oeste y sur aparecían al descubierto las entrañas del coloso caído, y por ellas asomaban las bocas oscuras de los sótanos, que ofrecían seguro paso al invasor para llegar al interior del recinto y rematar la obra, apagando todo resto de vida que en aquellos abiertos túneles pudiese palpitar.

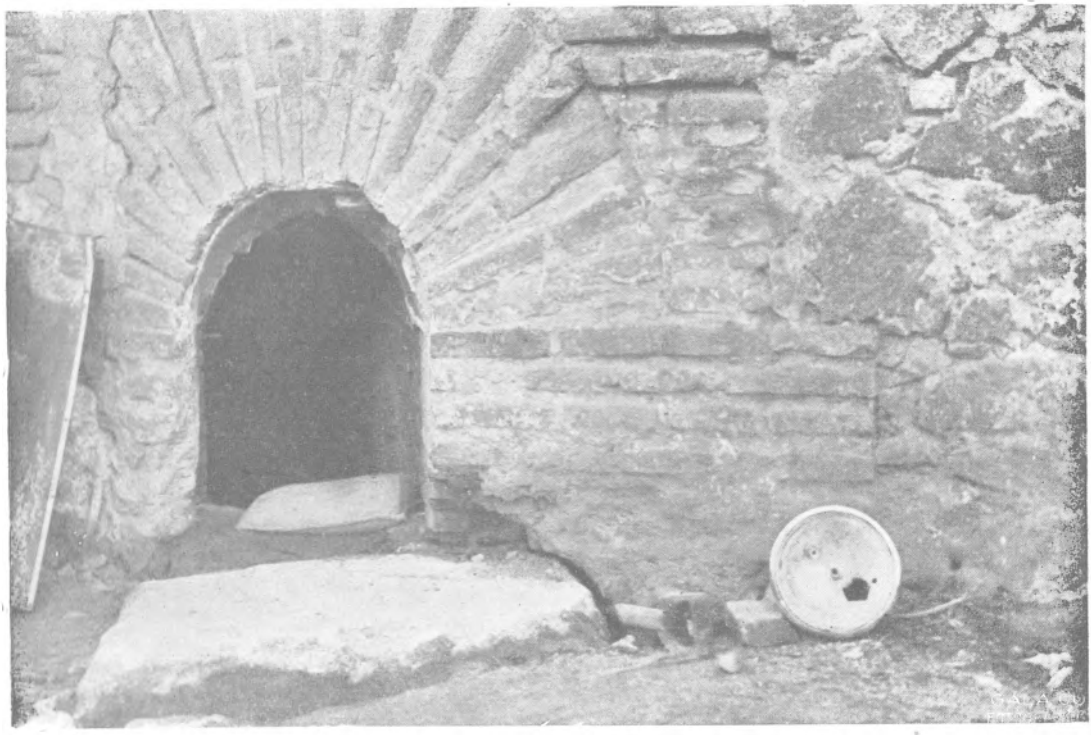
Existe un detalle, rigurosamente verídico, que maldice con su veracidad la memoria de todos esos tigres sin entrañas. Supieron los directores de aquella hazaña infame que las mujeres y los niños habían sido trasladados, días antes, desde los sótanos que iban a ser castigados por la mina hasta los inferiores del Norte y Este, donde era probable que el estrago fuese menor. Lo supieron por cuatro cobardes desertores que se les entregaron dos noches antes de la explosión. Pero ellos no querían respetar esas vidas inocentes; aquellas muertes entraban en sus planes; su obra iba contra ellos, porque las mujeres y los niños eran los que con sus rostros animosos y con sus frases de confianza daban aliento a los combatientes. Por eso, la tarde del día 17 se había empleado entera en castigar con granadas de quince y medio los lienzos y huecos del lado nordeste, con el objeto de obligar a un nuevo traslado en la vida del



Los sótanos, unico refugio de las mujeres y los niños, quedan abiertos, convidando al asalto a los milicianos hacia el interior del Alcázar, como efecto de la explosión de la primera mina. Lo intentaron; pero no lo pudieron realizar



Explanada oriental. El continuo batir de los cañones enemigos formó este boquerón informe junto a uno de los cubos de piedra. En su interior da acceso a la Piscina. En el fondo aparece el termo, desmontado de sus pilares y acribillado a impactos. Por este boquerón entró en el Alcázar parte de las fuerzas salvadoras, la noche del 27 de septiembre



Los topos mineros comenzaron su labor bajo tierra por esta alcantarilla. A la derecha, uno de los reflectores que utilizaban en su trabajo. El túnel tiene unos ochenta metros de profundidad hasta encontrar los muros del Alcázar

Una casa de la parte sudoeste, desde la cual se "paqueaba" incesantemente el Alcázar. La mina se encargó de hacer que cesara su mortífera acción sobre los sitiados

(Foto del autor.)

Alcázar. No cayó en la celada el coronel Moscardó y soportaron todos con ánimo el castigo: su paciencia les salvó la vida.

Y penetremos en el interior del Alcázar; la explosión hizo que el edificio todo se estremeciese en sus cimientos; los combatientes que estaban en sus puestos, cayeron a tierra, algunos lanzados a varios metros de distancia. Cególes el humo y la polvareda que en densas bocanadas lo invadió todo. Unos instantes después, todos estaban de pie y en sus puestos. Todos, menos las víctimas que Dios se dignó aceptar en holocausto para la salvación de la Patria.

El bizarro teniente Cuesta quedó sepultado entre las ruinas de los tres pisos del edificio, que por la parte del Sur se derrumbaron uno sobre otro, arrastrando el célebre museo llamado de Romero Ortiz. Cuesta era de los militares más queridos y más valientes del Alcázar.

El cabo encargado de vigilar la mina, Cayetano Rodríguez Caridad, tuvo la valentía de meterse en una dependencia para apreciar si se oía algún ruido, y en aquel instante hizo explosión la mina; quedó sepultado también entre los escombros. Tres guardias civiles y dos soldados más, quedaron entre los montones de bloques desgajados de la parte superior del edificio; fueron las primeras víctimas de aquel día.

Las minas eran dos, que explotaron simultáneamente; la más poderosa, hacia el Sudoeste, ha formado un hueco de unos veinte metros de diámetro, dejando al descubierto los sótanos. La segunda, hacia el Noroeste, formó el terraplén que falicitó el asalto: eran los restos del torreón llamado de la imprenta y toda el ala hasta el sitio donde tenía su despacho el coronel Moscardó.

En el momento de la explosión desarrolláronse en el subterráneo que albergaba a las mujeres las más extrañas escenas. Todas pueden conjeturarse; pero vamos a dar detalles sacados entre las conversaciones de los anónimos héroes.

Aquella mañana iba a dar a luz una mujer, esposa de un cabo de la Guardia civil. "La asistíamos varias amigas—me dice la que describe esta escena—. De pronto, oímos un ruido debajo de la tierra como de muchos carros que pasasen a la vez; luego el suelo dió una sacudida violenta, que nos echó a todas de bruces, y la enferma lanzó un grito y se fué a levantar del colchón donde estaba tendida en el suelo. Su marido pudo contenerla; pero a duras penas contenía a las otras mujeres, que,

presas de locura, corrían de un lado para otro saltando por encima del lecho de la enferma.

"En esto me avisaron que mi hija Consuelo había quedado sepultada entre el tabique de la panadería, y corrí en su auxilio, y no vi nacer a la niña que en aquel momento abrió los ojos a la vida.

"La mujer del cabo Apolonio Medina también estaba encinta; cayóle sobre el cuerpo parte de un tabique y fué extraída con dificultad. De resultas del golpe abortó una niña, que nació muerta y con la cabecita magullada."

Heroico sobremanera, y con caracteres de milagro, fué otro episodio que por varios conductos se me ha referido. Llámase la protagonista Teresa González Fernández, esposa del sargento Juan Conde Amador. La intrépida mujer había prestado muy buenos servicios a sus concautivas en los sótanos del Alcázar, sobre todo en la cocina.

Al estallar la mina encontrábase en el patio central junto a su esposo, y los escombros sepultaron a los dos. Teresa quedó oculta entre piedra y tierra, sin más parte libre de su cuerpo que la cabeza. El sargento quedó aprisionado con solo el juego del brazo derecho, libre, el cual empleó durante algún tiempo en sostener una piedra de más de una arroba de peso que, desprendiéndose de la altura, hubiese caído sobre la cabeza de su esposa, y en esta actitud, sacando ambos fuerzas de flaqueza, sostuvieron el asalto.

Cuando los milicianos, vencidos por completo, abandonaron el campo, se procedió a la difícil tarea de dar libertad a los soterrados, que eran varios; pero el trabajo arriesgadísimo de desescombrar alrededor de la mujer duró cerca de dos horas.

Teresa animaba a los trabajadores mientras les veía moviéndose en torno suyo. Al sentirse, por fin, en libertad, se puso de pie; y con una serenidad pasmosa, respondió a la natural pregunta:

—¿Está lastimada? ¿Se ha hecho mucho daño?

—¡No es nada! Un poco de martirio por la Patria. ¡Viva España!

España premiará su heroísmo con largueza; se lo merece bien la intrépida mujer.

Mientras se repetían estas escenas en los sótanos, donde el olor y los residuos amarillos de la trilita hacían irrespirable el ambiente, iba subiendo, blanca, pero con un albor de nieve inmaculada, la oración que

aquellas mujeres, aquellos niños y aquellos indomables guerreros, unas puestas de rodillas y otros agitándose en sus puestos de combate, dejaban volar camino del cielo, y que fué a anidar, como una paloma, sobre el pecho de María Inmaculada y le contó las penas y las angustias de los corazones de sus hijos.

Y la paloma blanca volvió a bajar cargada de promesas celestiales de protección mariana.

¡Si precisamente una de las víctimas había sido Ella! La imagen de la Virgen del Alcázar también sufrió los efectos de la mina. La capilla, para más seguridad, se había colocado en una dependencia del Oeste; pero el techo se desplomó sobre ella y cegó la capilla, y arrojó a la Virgencita con su racimo de ángeles hasta el tránsito.

Como Ella no quería consentir que entre mujeres y niños hubiese víctimas, comenzó el milagro por sí misma. Como efecto de la brutal agresión marxista y sólo para que el milagro resplandeciese mejor y se conservase algún documento, permitió que uno de los hechiceros ángeles que jugueteaban a sus pies quedase herido en un brazo: es un mártir del amor a su Reina; "los santos inocentes que sufrieron por el Niño Dios, ya tienen otro compañero".

Así se expresaba una de las mujeres del Alcázar.

* * *

La tragedia no ha llegado a su fin; por el contrario, comienza ahora la parte álgida de su representación. Aquellos asesinos sin entrañas creyeron que todo estaba terminado. Las cinco toneladas de trilita les habían ahorrado el disgusto de verse cara a cara en frente de un enemigo a quien tenían un miedo pavoroso. Pero aquel enemigo ya no existía; la proporción, bien meditada, del mortífero veneno habría hecho, sin duda, su efecto: aquel recinto, después de la explosión de la trilita, era tan sólo un panteón. Ni mujeres, ni niños, ni manos que sostuviesen un fusil.

Podían penetrar impunemente, subiendo por los escombros, hasta lo más recóndito de las torres, de los sótanos; no encontrarían ya ni vestigios de vida; cadáveres, cadáveres, montones de cadáveres con la expresión del dolor y de la angustia reflejándose en sus ojos vidriosos.

Y cuando el humo se disipó en parte, acudió atravesando los puen-

tes del río y subiendo por la puerta de Bisagra una oleada de milicianos, que aullaban, porque los instantes empleados en el camino les parecían largos, hasta llegar al Alcázar y subir en montón, en bandadas, a recoger la presa.

—¡Si viese usted—me dice la Superiora de las fervorosas Madres del Servicio Doméstico—; si viese usted cómo subían esos milicianos, y sobre todo las milicianas, por nuestra calle de Santo Tomé! Los alaridos, las blasfemias, los aullidos que daban!

—¡Ya han muerto todos!; ¡ya han acabao como los perros, con morcilla y con dinamita! ¡A ellos!, ¡a ellos!

¡Pero los defensores no habían muerto! El comandante militar del reducto estaba en su puesto esperándoles; la plana mayor, los tenientes coroneles Romero, Tuero y Valencia, en el suyo; la Escuela de Gimnasia, la Guardia civil, los soldados, los intrépidos muchachos y los oficiales de ardiente sangre estaban también en sus sitios de honor, viéndoles acercarse con los ojos más brilladores que las chispas de un incendio en plena noche. ¡Y vino el choque glorioso!

No era, sin embargo, un enjambre loco de chusma idiota la que va a lanzarse al asalto. La magnitud de este choque violento dado a fondo sobre el Alcázar, y su preparación perfectamente calculada, se ha podido apreciar, cuando esto escribo, con el hallazgo de un documento importantísimo, del cual galantemente se me ha dado copia y cuyo extracto he visto ya en algún periódico. Es la orden dada el día anterior a los asaltantes por la Junta de Toledo. Por la importancia que tiene este documento, copiaremos a la letra sus principales párrafos. Dicen así:

"Orden de la Columna del día 17 de septiembre de 1936.—Artículo 1.° En la madrugada del día 18 tendrá lugar la operación para la toma del Alcázar con arreglo a las órdenes trasmitidas. La columna se dividirá en dos sectores: el sur, mandado por el comandante Torres, y el norte, por el comandante Madroñero; componiéndose el norte por una compañía de Asalto, al mando del capitán Magán, con 200 hombres; la compañía de Asalto recientemente incorporada, con 140; la C. N. T., con 150; capitán Rueda, con una compañía del Regimiento número 2, con 100; la compañía "Milicias Castilla", con 150; un batallón de milicias de Toledo, con 500. Este sector llevará los dos blindados

de asalto y el tanque oruga, seis ametralladoras de asalto, cuatro del Regimiento número 2 con los cuatro morteros del mismo Regimiento.

"El sector sur se compondrá por una compañía de Asalto, al mando del capitán Gener, con 220 hombres; de la C. N. T. y locales, 150; de los llegados de Madrid, 200; el capitán Rober con una compañía del número 2, con 100 hombres, y una sección del número 1, con 38; una compañía de "Milicias Sediles", con 100, y un batallón "Milicias Toledo", con 400. Este sector tendrá a su disposición un cañón de siete cincuenta, siete ametralladoras y cinco morteros. Cada agrupación tendrá un médico, diez camilleros y una ambulancia.

"La evacuación de heridos será sobre los hospitales y puestos de socorro, estableciéndose un equipo en el Colegio de Huérfanos. El servicio de municionamento estará a cargo del teniente de Intendencia Vicente, quien se pondrá de acuerdo con los jefes de agrupación. El cuerpo de tren dará 4 camiones; los puestos serán establecidos en San Lucas, Escuela Normal, calle de las Armas y el Miradero. La Fábrica de Armas les facilitará las municiones que necesiten; el oficial encargado del Hospital de Afuera les facilitará las granadas de mano y morteros que necesiten..."

Sigue el documento señalando los sitios donde se colocarán el puesto de mando y las reservas, formadas por los batallones "Pasionaria" y quinto Regimiento, y así otras disposiciones para prever toda eventualidad.

Como se ve por este documento, se trataba de un esfuerzo supremo, ordenado por el Gobierno de Madrid y garantizado por todas las probabilidades de éxito seguro. Hay que confesar que aquellos hombres tenían razón más que suficiente para descartar la victoria; cinco toneladas de dinamita como para hacer boca, y más de dos mil asaltantes, con otros tantos de reserva, dotados de municiones y medios de combate proporcionados a su placer, y todo para rendir un montón de ruinas donde se albergan unos mil esqueletos, sin medio ninguno de defensa, a no ser sus fusiles y su valor personal, no es un problema que necesite cavilaciones para hallarle la solución. Pero en este problema no se había contado con dos incógnitas, que podían darle una solución imprevista: el valor personal y la intervención divina.

Están ya en contacto las dos fuerzas beligerantes. El Diario de Ope-

raciones del Alcázar nos va decir cómo y cuándo llegaron a las manos. Abrámoslo:

"18 de septiembre, jueves.—Desde el alba, *paqueo* intenso, que va aumentando; rompen las piezas de siete y medio, que baten la Sección de Tropa; se sigue oyendo el compresor de la mina para desorientarnos; pero están ya tomadas todas las precauciones. A las seis y cinco rompen las piezas de quince y medio sobre el frente Este, Compañía de Tropa, patio del Alcázar y frente Oeste por el interior.

"A las seis y media, y cuando llevaban disparadas 86 granadas de quince y medio, se oye una fuerte detonación, seguida de intenso humo que invade todos los locales del Alcázar. Se comprueba, acto seguido, que es la explosión de dos minas subterráneas, las cuales han derribado el torreón sudoeste y casi toda la fachada oeste, más todas las casas de los frentes oeste y sur en su mitad derecha. Inmediatamente a la explosión arrecia un tiroteo intensísimo en todos los frentes, en especial norte y oeste, que nos anuncia el asalto, que es rechazado por todas las fuerzas sin distinción con altísimo espíritu y valor." Hasta aquí el Diario.

En efecto, el enemigo, aprovechando la desorientación y el pánico que cree hallar en los defensores, aturdidos por los vapores y por los estragos de las minas, ha comenzado a subir por los escombros que éstas acaban de formar y que les pueden llevar con toda facilidad hasta dentro de los sótanos del Alcázar que han quedado al descubierto. Es una nube de fieras, que trepan aullando, lanzando a derecha e izquierda bombas de mano, gateando por los inmensos bloques con un valor desacostumbrado en ellos hasta entonces.

La invasión es total, por todos los sitios: por las ruinas del torreón noroeste, por la Puerta de Hierro y Gobierno militar, subiendo como una ola arrolladora por el Zigzag hasta coronar la explanada del Oriente. En este sitio y en Corralillo ha entrado airadamente un taque de Artillería, ha forzado la verja, ha separado los coches que estaban puestos de barricada, y se entabla mano a mano una lucha sangrienta entre los servidores del tanque, empeñados en seguir su marcha hacia el Zigzag y los defensores que forman aquel sector; son los muchachos de la compañía de Tropa y la instalada en el comedor y lavadero. El forcejeo es a la desesperada, cuerpo a cuerpo, con bombas de mano lanzadas como espesos granizos, con bayoneta, con ametralladora; sobre todo,

con intenso coraje. Y en el tanque van faltando defensores y asaltantes, que han ido cayendo como fardos y ruedan por el suelo, y el tanque retrocede, gira, y va a refugiarse entre los suyos, defendido por las tapias del hospital de Santa Cruz. Por aquel sector la victoria queda, hacia la una de la tarde, del lado de los defensores.

Entretanto, el espectáculo que presenta el patio y la sección norte del edificio es de una grandiosidad imponente; los actos de heroísmo se suceden, y es cada uno más brillante que el que le precedió. Los enjambres de milicianos han ido trepando por los derrumbes y lo inundan todo. Los escombros de la fachada del Alcázar les facilitan la subida, y aparecen a centenares por la cresta del inmenso boquete de la entrada y la dominan, teniendo ya a sus pies y a unos metros a los defensores, que luchan y se mueven allá abajo en el patio del Alcázar; los pueden aniquilar en unos instantes con las bombas de mano que están arrojando sobre ellos a quema ropa; más de ochocientas cayeron en aquel patio durante las horas del asalto.

Otra muchedumbre compacta de milicianos, y también de milicianas, vestidas con mono y gorro de tropa, han escalado el lienzo de la parte oeste, que da hacia Toledo. Este trozo de lienzo del Alcázar ha quedado sin comunicación con el patio central, donde se desarrolla la verdadera y recia lucha entre ambos combatientes. Los asaltantes, subiendo por el exterior entre los escombros, recorren el vuelo de las galerías a su sabor, que, como dominan por completo el patio central, les permite lanzar impunemente las bombas y descargar sus fusiles sobre el patio, sin que los defensores, que hierven en coraje y en saña, puedan llegar hasta ellos y medir con ellos su bravura.

Un miliciano de los que han trepado por los escombros de la fachada sube hasta la cresta que forma un pico del muro en el ángulo noroeste y domina el patio central. Lleva una bandera roja; la hace flamear ante los ojos de los leones españoles que siguen la operación desde el fondo del patio sin poder impedirlo, porque está aislado de ellos, y la clava entre dos piedras. Aquel trapo color de sangre comienza a moverse a impulso de las brisas sobre la desecha columnata del patio del Alcázar. ¡Es un reto del marxismo ruso, que desafía a la España de Carlos V!

—¡A ella! ¡A ella! ¡A derribarla! ¡A cogerla!...—se oye gritar dentro del Alcázar.

Aquellas figuras que se mueven por el patio, huesosas, flacas, con las hirsutas barbas que le cubren la cara, la miran con un odio casi infinito; es preciso derribarla; pero está muy alta; dicen que la ha plantado allí una miliciana, vestida con mono, que llaman "La Chata". No puede subirse hasta la bandera; está sobre una galería que ha quedado aislada del resto del edificio.

De improviso, surge una idea; el amor patrio, en esos instantes, tiene ideas sublimes. Se piden escaleras, muchas escaleras; se suben de los sótanos; se empalman tres precipitadamente con los andrajos de camisas que se rompen entre las manos crispadas. La escalera está puesta y llega hasta una claraboya que se abre en el techo del tercer piso, donde existía, una hora antes, el museo. Desde allí han tendido varias escalas marinas para aumentar el número de los que quieren subir.

¡Ya gatean por ellas! "Es—dice el teniente Oliveros en uno de sus artículos—, es que nos quema el corazón la presencia de aquel trapo rojo, porque le tenemos puesto en otra bandera, la que juramos que sería nuestra mientras viviese uno de nosotros.

"Nos tiran al patio infinitas granadas, que nos hacen bajas, y, pasando entre ellas, dos oficiales y varios muchachos treparon por una improvisada escalera; van desalojando a los rojos, y en medio de un infernal tiroteo a pistola, recogen la bandera y se hacen dueños de la galería."

Para completar esta instantánea, poseo un relato de uno de los bravos defensores. Según él, subieron varios guardias civiles, otros muchachos falangistas y dos tenientes, uno de Intendencia militar, apellidado Castro, y el otro el teniente señor Oliveros, el que acaba de hablarnos, y que por modestia no se ha nombrado. Gatearon, pistola en mano; se fueron abriendo paso por entre la cornisa del tercer piso arrojando cadáveres al abismo, y llegaron hasta la bandera. En mi relación se anota el lema que llevaba; decía: "Radio comunista", y la arrojaron al patio del Alcázar. Sobre el hueco que dejó aquel trapajo, comenzó, acto continuo, a moverse otra bandera, que cantaba victoria movida por las brisas de la fría mañana. Era muy linda; yo la he podido saludar, descubriéndome con cariño ante ella desde el patio, porque todavía sigue allí

cantando barcarolas de ignota armonía. La forman dos franjas de púrpura, que encierran una ráfaga de luz amarilla y deslumbradora: ¡es mi bandera! Tenemos que decir que ambos tenientes y varios de los héroes que subieron con ellos, bajaron heridos después de su hazaña.

* * *

"Hacia la una—dice el Diario de Operaciones—se puede considerar que el ataque ha fracasado, aunque el tiroteo sigue muy intenso en todos los frentes, norte, oeste y sur. A esta hora enmudecieron casi por completo las baterías de Alijares, que desde las diez y media nos habían estado disparando, hasta lanzarnos 72 proyectiles de quince y medio. A las once aparecieron dos aviones nuestros, que dieron una vuelta de reconocimiento sobre el Alcázar, y poco después volaron tres aviones rojos, y luego cuatro, sin hacernos daño. Hacia las seis y media volvió el cañón de quince y medio a hostilizar, pero con ritmo muy lento, batiendo los objetivos acostumbrados.

"Como las baterías de dicho calibre han estado batiendo la parte oriental donde está el depósito de armamento, en el cual se había instalado la enfermería, hubo que trasladar ésta precipitadamente con el botiquín y los enfermos a otro sitio más seguro, a lo que era la capilla antigua, en el ángulo noroeste. Por la noche, *paqueo* y cañón de quince y medio, que lanzó 75 granadas sobre la fachada este, Lavadero, Paso Curvo, Capuchinos y a veces contra la fachada sur, en el interior. Hoy se han disparado contra nosotros 272 proyectiles de quince y medio. Hemos tenido 13 muertos y 48 heridos."

Como se ve, hacia la una de la tarde, el enemigo se retiraba en completa y bochornosa huída. Los defensores del Alcázar no habían muerto a poder de las minas; según una estadística que se me proporcionó, dejaban entre las ruinas del Alcázar, la plaza de Zocodover y las callejuelas que circundan el edificio del Alcázar, unos 220 cadáveres de milicianos.

Para dar una idea del número de heridos por parte de estas fieras marxistas, poseo el testimonio de varios de los habitantes de la ciudad, que, como hemos visto, la hubieron de desalojar en aquel día. Cuando terminó el asalto, los habitantes quisieron volver a sus casas atravesando el puente de Alcántara. Me dicen que les fué imposible

cruzarlo hasta ya entrada la noche. El número de camiones y vehículos que circulaban por él trasportando y evacuando los heridos, que, por no caber en los hospitales, tenían que trasladarlos precipitadamente a Madrid, estuvo obturando el paso del puente hasta aquellas horas.

Concluiremos el relato de este trágico y heroico jirón de gloria alcazareña con un dato que agradará mucho a los lectores de la Epopeya. Las baterías marxistas dejaron sin rancho a los defensores; las ollas parece ser que se volcaron y quedó sin poderse utilizar la carne de mulo, con su correspondiente salsa, preparada con tanto cariño y heroísmo por mis simpáticos amigos los dos cocineros Eugenio Carrascajo y su pinche Gregorio Martínez Morales, a quienes pude sorprender una vez con mi máquina entre las ruinas de su campo de operaciones culinarias.

Pero salieron ganando los intrépidos combatientes; había que hacer un esfuerzo y alimentar aquel día sus cuerpos de un modo extraordinario. Así, el Diario de Operaciones nos dará cuenta del improvisado festín: "La comida de este día, por haberse estropeado la carne de mulo, se ha dado en la siguiente forma: la primera comida, arroz con chorizo y bacalao; la segunda, arroz con judías." ¡Cómo se lamerían de gusto los muchachos al terminar el banquete! ¡Y con el hambre que el combate habría despertado en su organismo!

Añade mi buen discípulo del colegio del Puerto de Santa María, el ocurrente y observador Tomás Ravina: "Por eso, el día 18 de septiembre, día en que la Santa Iglesia nos ordenaba comer de vigilia, tuvimos el gusto de que los amables milicianos marxistas nos dispensasen de aquel precepto."

* * *

La gesta de increíble heroísmo a que dió margen la doble mina con que pretendieron escribir una página más de sangre, de cieno y de lágrimas en sus anales los caudillos del Frente Popular, repercutió por los ámbitos de la tierra, y como no tenía entonces heraldo que a los cuatro vientos la publicase, quedó anónima hasta hoy, más aún, desorientó al mundo entero.

Dentro del Alcázar comenzó el periódico los primeros arpegios del himno de la victoria; más allá del Alcázar se entonó por entonces el canto fúnebre a los gloriosos vencidos.

El periódico decía así en su edición del mismo día 18:

"*Información alcazareña.*—Seis cañones de quince y medio, a plena intensidad de fuego (144 granadas), y dos minas de a dos toneladas para arriba cada una, en acción simultánea, no han podido producir otro resultado que el aumento de estas gloriosas ruinas, que han de quedar como mudo testigo de una lucha épica, en que la Providencia de Dios nos tomó como instrumentos suyos para defender sus sagrados intereses, fundidos con los de la civilización cristiana y los de España, en lo que tienen de mayor grandeza en la Historia de la Humanidad.

"Día duro, a prueba del ánimo de estas tropas, que tienen dentro de sí el espíritu y la representación de esta sagrada joya, que si, cuando estaba enhiesta, era exponente de nuestra grandeza, no superada de los siglos pretéritos, en adelante, sus santas ruinas, y por el esfuerzo de los lectores de este periodiquillo, serán señal inequívoca de que España entra en una etapa que está a la altura de aquéllos. La sangre tan generosamente vertida en el rechazo de los asaltos que han seguido y que tan valientemente han hecho fracasar, será semilla fructífera de un porvenir gloriosísimo.

"Imposible dar indicación de los que se han distinguido; todas las fuerzas, todas, militares y civiles, sin olvidar a estas mujercitas—ni una sola baja entre ellas, que es nuestra mayor satisfacción—, que en el sentir a España y a sus tradiciones, no ceden a los propios hombres.

"Estamos en los finales de esta verdadera epopeya, en la que tan generosamente, en los momentos difíciles, siempre hemos tenido un apoyo providencial, llegado a nosotros por nuestra Virgen bendita, a quien, si bien es difícil añadir títulos al que ostenta de Inmaculada Concepción, yo me permitiría pedir a nuestras autoridades eclesiásticas que le añadieran el sobrenombre de "El Alcázar".

"A seguir, pues, hasta el final de esta generosa empresa."

Estas notas triunfales no las llevaba entonces ninguna emisora a las naciones que seguían el desarrollo de la epopeya y que, desorientadas por la bellaca radio madrileña, se persuadieron de que la voladura del Alcázar y la rendición o la muerte de sus defensores habían sido el desenlace del drama.

Yo vivía entonces en un pueblecito alegre y precioso de Portugal; todos los habitantes de Extremoz que me encontraban por la calle, se

acercaban con verdadera pena y mostrábanme su pesadumbre por el desenlace tan triste que había tenido aquel episodio de nuestra guerra.

Y es que la embustera radio de Madrid, persuadida de antemano del triunfo, había esparcido por el mundo la noticia de que el Alcázar de Toledo había volado por los aires, llevando mezclados entre sus piedras los cadáveres de sus defensores. La Agencia Havas publicó hasta los últimos detalles de la voladura con frases cargadas de tendenciosa malicia, y Largo Caballero, aunque con voz algo destemplada, cantó el responso a los muertos en un épico discurso.

Pero pronto se pudo comprobar que seguía la lucha; que los muertos seguían defendiéndose, y vino en el mundo la reacción de entusiasmo y de esperanza.

Los sitiados pudieron persuadirse por su receptora de que el Ejército libertador seguía hacia ellos en marcha triunfal, y oyeron la noticia de que en el Parlamento de la hermosa República del Brasil, al tenerse noticia del hecho heroico, se había guardado un minuto de silencio y, con la única excepción de un tal Pablo Fernández, se acababa de votar un saludo entusiasta al general Franco por las heroicidades realizadas en el Alcázar.

Aquel mismo día llegaba también el saludo de la simpática locutora de la Radio-Club portuguesa, que les dijo: "Esos hombres están escribiendo una página gloriosa en la historia de España, no sólo con asombro de los españoles, que les contemplamos admirados, sino también del mundo entero, que tiene puestos sus ojos en ese alarde de heroísmo rayano en la locura. Verdaderamente, se siente el orgullo de ser español al contemplar esta gesta gloriosa. En Lisboa se ha organizado una imponente manifestación de simpatía hacia los bravos defensores. La resistencia de esos hombres está probada con el hecho de que, después de todo lo acontecido, han hecho dos salidas hacia las ruinas del nuevo Gobierno militar, que fué nuevamente ocupado por los mismos." Es preciso rectificar este último concepto: los defensores no habían perdido en aquella brutal acometida ni un solo palmo de terreno.

X

LA VICTORIA

Quoniam non in multitudine exercitus victoria belli; sed de coelo fortitudo est.

"Porque no está la victoria de las guerras en la multitud de los combatientes; la fortaleza desciende del cielo."

(I Mac., III, 19.)

Indudablemente, la gesta del Alcázar es un salto atávico de la raza española; presenta todos los caracteres de aquellos palenques, conocidos ya tan sólo por nuestras añejas crónicas, donde los alardes del valor personal y las inauditas proezas que allí se realizaban no tenían más razón ni motivo que la galantería con su dama, el pleito personal o la mera ostentación caballeresca de un "paso honroso".

A las orillas del Tajo han tomado campo dos paladines, más que por la conquista material de un Alcázar, por un pleito de honor. La conquista de la ciudad de Toledo no lleva consigo ningún plan estratégico que motive su ocupación. Se ha luchado por la posesión de Badajoz con el fin de establecer el contacto entre las fuerzas de Andalucía, que manda el general Queipo de Llano, y las del Norte, que luchan a las órdenes del general Mola. Después se ha realizado el glorioso hecho de armas que dió como premio la conquista de Irún y de San Sebastián, porque, dominadas esas plazas, cortábase el descarado contrabando extranjero de armas que surtía a los rebeldes de Madrid.

Lo más lógico era pensar que, obtenidos ambos objetivos, la masa de valientes que acababan de realizar las dos proezas cargasen directamente sobre la capital española para disputarse la posesión que tanto influjo ha de tener en la victoria final. Pero entre Madrid y el Ejército que ca-

mina bajo las órdenes de los caudillos españoles, hay un peñasco, aislado del resto del mundo, y en él luchan unos hijos de España por sostener el mismo ideal que a ellos les enardece en el combate. ¡Hay que ir a salvarlos! ¡El honor del Ejército libertador está empeñado en el Alcázar de Toledo! ¿Es preciso torcer el paso de las columnas victoriosas que levantan el polvo del combate, dejando ráfagas de humo y de gloria por las carreteras que les llevan hasta las puertas de la suspirada capital española? ¡Se tuercen y retuercen las columnas! ¡El honor de España está comprometido en el Alcázar de Toledo, y ese recinto, sea como sea, entero o convertido en ruinas, tiene que venir a las manos de los hijos de España! Si llegan a tiempo, unirán sus cuerpos y sus plácemes en un estrecho abrazo con los héroes que lo han estado defendiendo; si sólo encuentran cadáveres, los levantarán de las ruinas y les tributarán el honor a que su heroísmo les ha hecho acreedores. ¡Que reposen envueltos entre los pliegues de una bandera por cuyo inmaculado prestigio han dado su vida!; ¡pero el Alcázar, el recinto material, tiene que ser rescatado a todo trance y sea como sea! He aquí la significación que encierra la lucha gigante que se está desarrollando por los montes que tan célebres han hecho sus floridos y bellos cigarrales.

Al darse cuenta de tan extraño y caballeresco torneo, aromado por una espiritualidad que no es la que despiden de sí los egoísmos positivistas de nuestro siglo, el mundo todo se ha asomado al palenque para ser espectador del singular combate y toma, como siempre, sus posiciones y mira los lances con ojos de simpatía o de recelo, según el espíritu que abrigue de amistad o de encono hacia los combatientes.

Este mismo espíritu caballeresco es el que hostiga por el logro de la victoria a ambos paladines. Los últimos días de la lucha son desesperantes; momentos en que el montón de escombros parece que va a quedar como inútil despojo en las manos de los asaltantes; momentos en que la confianza de la pronta liberación reanima a los esqueletos ambulantes, de ojos de fuego y de barbas lacias, que se agitan como espectros entre los bloques del coloso caído.

Al día siguiente de la fatídica mina, los encargados de la radio se hacían todo oídos para recoger noticias consoladoras que neutralizasen y aliviasen el cansancio producido por la intensa brega del día precedente. La radio de Italia no se oye mal del todo: "El general Franco

anuncia que la conquista de Toledo está ya próxima." Pero la portuguesa..., ¡qué martirio! ¡No se oye nada! ¡La maldecida Radio madrileña se entretiene en apagarla con sus interferencias! "Palabras sueltas —dice el periódico—. Coronel Yagüe... marcha rápida hacia Toledo... Tiene que desguarnecer otros frentes... Tenemos noticias directas de lo ocurrido en el Alcázar de Toledo..." No se oye más. ¿Dónde estarán ya? ¡Muy cerca, sin duda! Ellos, desde su encierro, les han venido siguiendo los pasos, y saben que no retroceden jamás.

Ellos han ido oyendo por las emisoras, que el 18 de agosto la columna de Yagüe ha tomado Badajoz por la audacia valerosa de Castejón; que, luego, este caudillo ha derrotado a los marxistas en Alía el 23, y se ha apoderado del pueblo y monasterio de Guadalupe, pasando por Trujillo.

Ellos saben que la columna de Yagüe ha entrado el día 30 en Oropesa. Después, la columna se eclipsa; las conjeturas y las incertidumbres sobre su marcha les desorientan durante varios días, y el 3 de septiembre la vuelven a ver brillando en el cielo de su esperanza como la estrella de los Magos camino de Belén.

"Lectores de *El Alcázar,* sabed que la columna Yagüe ha vuelto a aparecer. Sus espadas toledanas han dado nuevos vislumbres de gloria por los pueblos de Gamonal y Calera, que se han rendido a su empuje. Ahí va en el periódico un croquis para que en él veáis cómo beben nuestros salvadores las distancias. ¿Lo veis? Esta es la carretera que viene de Oropesa; de ahí, a Gamonal; de Gamonal, a Talavera de la Reina, a Maqueda, a Torrijos, a Rielves..., a Toledo. ¡Arriba los corazones! ¡Arriba España!"

Pero al día siguiente las distancias se acortan más: un recuadro en la mitad de la primera plana les dice con grandes letras: "A la entrada de nuestras tropas en Talavera, recogen numeroso botín de guerra..."

Y el día 12 nuevas impresiones: "Se ha realizado una importante operación al noroeste y este de Talavera." Por lo que ha dicho el general Queipo de Llano, debe ser el caserío del Bravo el que ha caído en nuestro poder, y éste se encuentra muy cerca de Santa Olalla, en la carretera general... y además se ha verificado la unión de las columnas de Avila con las de Talavera de la Reina. ¡Serán ya invencibles! Lo ha dicho así la locutora de Lisboa: "Se sabe que, al entrar en los pueblos,

van huyendo delante de ellos las columnas rojas al grito de: "¡Esas columnas que vienen tras nosotros son invencibles!..."

¡Otro paso más! En letras inmensas, que ocupan toda la plana de un suplemento del día 14 de septiembre, se lanzan estos gritos de júbilo: "Noticias de última hora.—Un comunicado de Unión Radio de después de las ocho y cuarto, procedente del Ministerio de la Guerra, da la noticia de que la aviación del Gobierno de Madrid ha bombardeado Maqueda y Val de Santo Domingo, y otro pueblo que no se ha logrado entender. Esto nos da, claramente, la convicción de que nuestras fuerzas ocupan, por lo menos, dichos puntos, y puesto que la aviación en los bombardeos de fuerzas, para asegurar sus efectos, lo hace sobre la parte central de los núcleos de las mismas y no sobre los elementos más avanzados, cabe sospechar que las avanzadas estén a vanguardia de estos últimos puntos. Si bien esto es una hipótesis, lo que no cabe duda es que, por lo menos, los nuestros se encuentran en los pueblos mencionados, y, por lo tanto, alrededor de unos *30 kilómetros de nosotros*. Buen empujón y nuncio de los pocos días que nos restan para llegar al término de nuestra defensa. ¡Viva España!" Eso dice *El Alcázar*.

Son las únicas noticias que han podido recoger los sitiados hasta el 18 de septiembre.

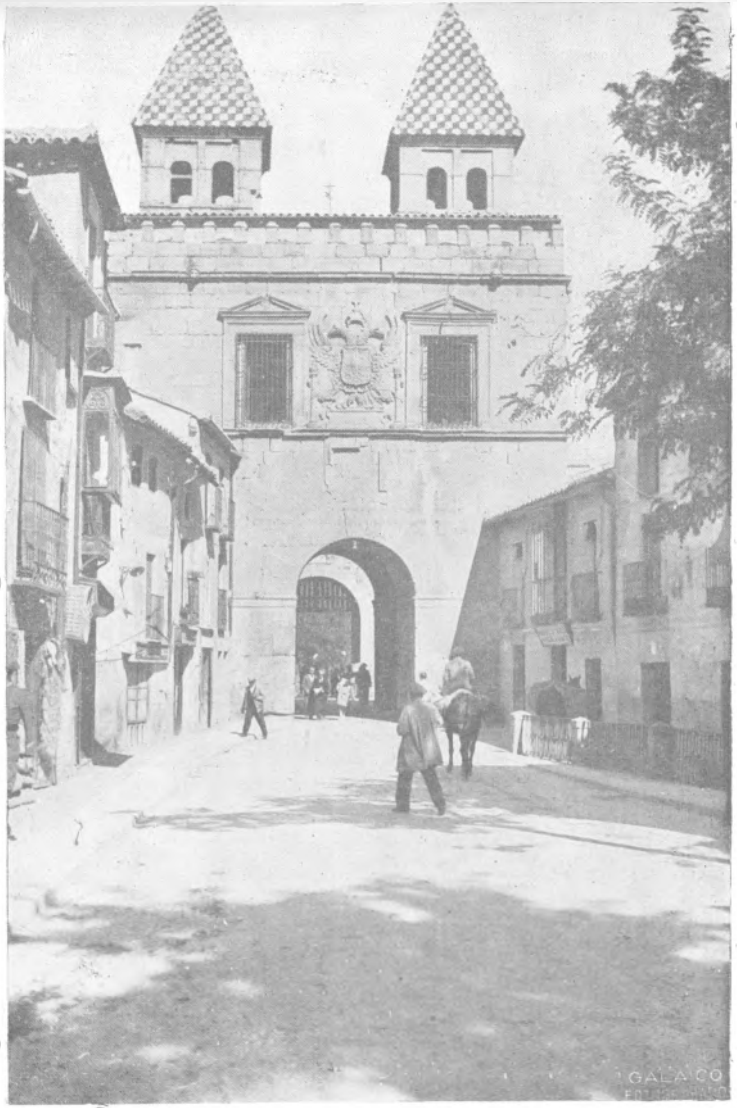
Con el dulzor del avance rápido se pudo soportar la amargura de aquel día de prueba, el día de infierno que les hizo pasar la explosión de la mina, día en que el taquígrafo, empleado en realizar apremiantes servicios en la enfermería, no pudo dar a sus lectores la inyección diaria de optimismo.

La inyección siguió siendo a base de conjeturas y esperanzas: "En Toledo se preparan grandes operaciones...; está el coronel Yagüe a distancia oportuna para emprenderlas... Se realizará sobre Toledo un ataque para ayudar a los defensores del Alcázar..." Y no se oye más el día 20.

El enigma sigue alzándose vacío delante de ellos: "En el día de hoy, 22, no obstante los esfuerzos hechos por nuestros radiotelegrafistas, fué imposible recoger una sola noticia, ni la más mínima. Ello fué debido a interferencias producidas voluntariamente por la Unión Radio y una estación francesa, y calculamos que ello sea debido al deseo del

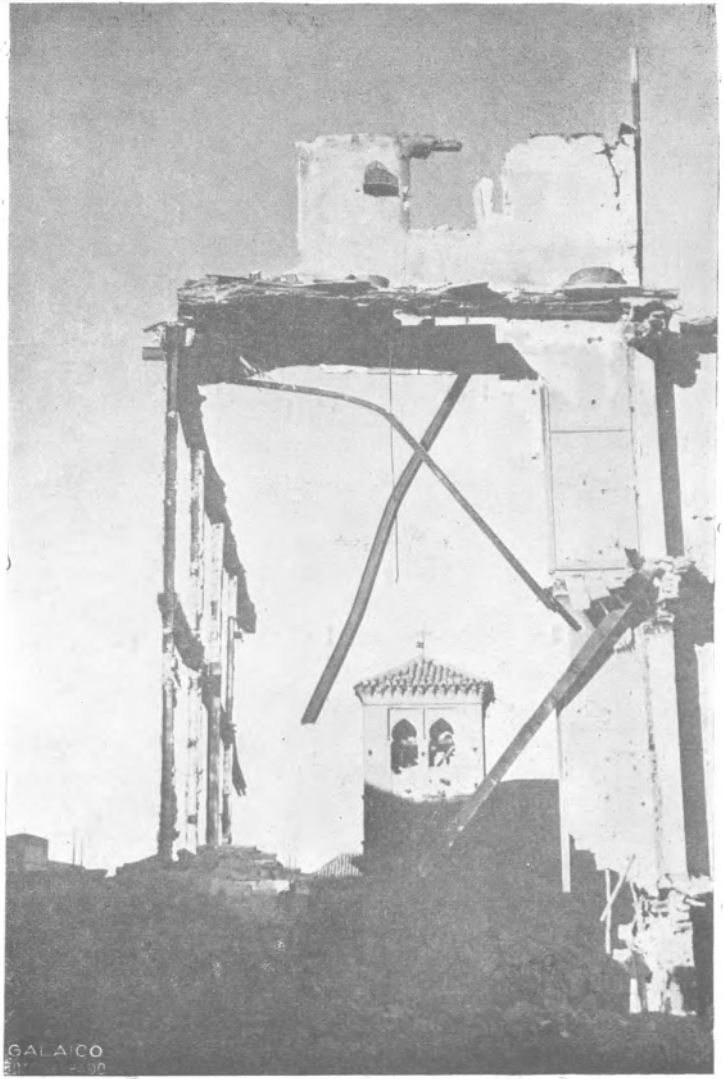
En un muro del patio central, la ferocidad marxista no ha podido destruir tampoco este precioso relieve, colocado para inmortalizar la memoria del cadete de trece años Vázquez Infante, muerto en defensa de su Patria el 2 de mayo de 1808

El cardenal Lorenzana acabó de reconstruir el Alcázar a ruegos de Carlos III. En la puerta central de la capilla mandó poner esta lápida: "Carolo III. Pio Fel. Augusto. P. P. Ann. MDCCLXXV." He aquí lo que queda de la lápida



La célebre puerta de "Bisagra", por donde entraron los soldados que libertaron a los sitiados del Alcázar

(Foto Marín. San Sebastián.)



Aspecto que presenta una de las casas derribadas por el bombardeo rojo, al errar su puntería. Sólo queda intacta en el último piso la jaula del canario que quedó en libertad, como único superviviente de sus moradores

Gobierno de que no se pueda conocer el verdadero resultado de la ofensiva de Yagüe."

Así era, en efecto. ¿Cómo iba a permitir el Frente Popular que los sitiados en el Alcázar se dieran cuenta de que sus libertadores habían tomado aquel día el pueblo de Torrijos? Pero los sitiados continúan haciendo cábalas entre las sombras que la infame añagaza de sus enemigos tiende sobre su esperanza.

Por fin, la Radio-Club se lo puede decir el día 24 de un modo cierto. Están en Torrijos las fuerzas de Yagüe. Sin embargo, al siguiente día ¡qué desesperación! ¡Malhadada Unión Radio! No oyen más que palabras incoherentes: "Tomado Torrijos... Camino Toledo... atravesado a nado, o a vado (no hemos oído bien), y... nada más! ¿Será que han cruzado ya el río Guadarrama? Si es así, no tardarán en llegar. Aguardemos otro día; ya llegará el último de nuestro cautiverio!"

Y llegó el 25. "Se ha oído muy bien; no es ilusión; ahora sí que es una realidad. Están ahí, a nuestra vista. ¿No oís los cañonazos? ¡Son los gritos que nos dan nuestros hermanos, diciéndonos: ¡Allá vamos! Abrid vuestros brazos, que con los nuestros vamos tendidos hacia Toledo para estrecharos en ellos."

¡Radio Madrid había sido muy cruel con los pobres sitiados! ¡Por eso la realidad fué más dulce, más emocionante todavía!

* * *

Estas eran las conjeturas de que vivían los que se defienden en el derruído Alcázar. Veamos ahora la realidad, la arrolladora marcha del Ejército libertador. Seguiremos, paralelamente, los diversos avances de esa columna que vuela a las órdenes de Yagüe y los desesperados y últimos e inútiles esfuerzos del frente marxista para apoderarse del Alcázar antes que ese vuelo se pueda posar, finalmente, sobre las ruinas entonando el himno de victoria. Tomaremos la tarea desde el célebre episodio de las minas.

"El día 19, el siguiente de la explosión de la mina, se rompió el fuego al rayar el alba—dice el Diario de Operaciones del Alcázar—; nos lanzaron unas 75 granadas de quince y medio, y las piezas de siete y medio dispararon sin cesar sobre la Compañía de Tropa, haciendo grandes estragos en el Paso Curvo, puerta de entrada del sótano y Piscina y to-

rreón sudoeste, llegando a cegar el paso de la Piscina al Paso Curvo, por lo que se comenzó a trabajar para restablecer las comunicaciones del edificio del Alcázar con el comedor de alumnos y Compañía de Tropa."

De esta noticia se desprende que ya la defensa del edificio por la parte sudeste era nula; los proyectiles y las balas entraban hasta el interior de los sótanos y Piscina, como se dice vulgarmente, como Pedro por su casa, aun en los refugios de los niños y mujeres. La defensa había que hacerla personalmente y a tiros, y por eso, al visitar yo el Alcázar, pude ver los parapetos y sacos terreros puestos en los boquetes que habían abierto las granadas. "Estábamos, los últimos días, defendiéndonos en mitad de la calle", me decía gráficamente un oficial.

"A media mañana—prosigue el Diario—arrecia la artillería de modo que se espera de un momento a otro un asalto cuerpo a cuerpo. Puede ser que lo den por el Corralillo." Se da una orden para que el que tenga ropa sobrante la dé a los enfermos y a los que hacen servicios de noche, porque arrecia el frío.

"Nuevo fuego a las tres de la tarde, con 42 proyectiles de quince y medio. Se han lanzado hoy 88 granadas de este calibre sobre el Alcázar, con destrozos grandes en toda la fachada este, comedor y lavaderos, cuya guarnición, por lo duro y peligroso de este puesto, ha sido relevada por 30 hombres pertenecientes a la Guardia civil, Escuela de Gimnasia y Falange, a las órdenes del comandante Llorente, que han ido con un espíritu altísimo al peligro.

"Por la tarde, en efecto, sufrimos dos intentos de asalto por el Zigzag y Puerta de Hierro, saliendo inmediatamente fuerzas de Falange y de la Guardia civil, a las órdenes del comandante de Artillería señor Méndez, que hicieron un reconocimiento por dichos sitios, cogiendo al enemigo un fusil, granadas y una bandera roja; su valentía ha sido muy elogiada por todos. Obsérvase en el enemigo el emplazamiento de dos piezas nuevas contra aeronaves en Los Alijares, una terrestre y otra de barco, y un camión con cuarenta cajas de granadas. Hoy hemos tenido cuatro muertos y 31 heridos."

Así se pasa en el Alcázar el día 19, mientras las tropas libertadoras se acercan y pasan de Santa Olalla. En el Congreso de Río Janeiro se tuvo esta tarde, según hemos visto, un minuto de silencio en honor de

los bravos defensores del Alcázar de Toledo, y se telegrafió el hecho al general en jefe, don Francisco Franco, rasgo que agradecieron con todo su corazón los heroicos defensores al oír la noticia por la Radio portuguesa. Copiamos el cablegrama para agradecérselo en nombre de España a la hermosa República brasileña.

Dice así: "Comunico Vuestra Excelencia que Cámara Diputados Brasil aprobó en su sesión sábado que la Cámara se mantuviera en pie y en silencio un minuto como homenaje a los bravos defensores del Alcázar y que la Mesa transmita por cablegrama al general Francisco Franco, jefe del movimiento nacional español, la noticia de este homenaje. Saludos. *Antonio Carlos Rivero de Andrada.*"

El general Franco respondió en esta forma: "Profundamente emocionado he tenido el honor de recibir cablegrama de Vuecencia en el que me comunica homenaje ofrecido por ese Parlamento de nación amiga a los bravos defensores del Alcázar de Toledo que siguen sin rendirse. A mi gratitud personal uno la del Ejército de mi mando y la de todos los buenos españoles, que agradecen el apoyo moral que el Parlamento brasileño ha sabido prestar a la causa de España, cuyo triunfo es indiscutible. ¡Viva el Brasil!—*General Franco.*"

El día 20, domingo, fué de una intensidad formidable en las baterías marxistas. Rompieron el fuego a las doce y media de la noche sobre las fachadas este y oeste, dejando caer las granadas en el interior de las ruinas del patio central; arrojaron aquellos bárbaros sitiadores 150 proyectiles de quince y medio en una hora. Aminoró luego el ritmo y la emprendieron después contra el torreón sudeste, el único que quedaba en pie con su armazón de hierro, y sobre la puerta por donde se hacían las salidas, en la explanada oriental, para los relevos. Sin embargo, se hizo el relevo de las fuerzas del lavadero, que era el sitio más duro; el comandante Lecanda llevaba a los hombres que debían relevar a los de Llorente.

A las siete y media de la mañana el fuego volvió a recrudecerse, de cañón y de fusilería, contra la salida de la Piscina, con tal fuerza, que el comandante Llorente no pudo entrar ya con los suyos en el Alcázar.

Era tal la intensidad del cañoneo de quince y medio, que dice el Diario de Operaciones: "El cañón se ha convertido en fusil; espera a que asome uno por la puerta de la Piscina y le dispara inmediatamente,

de tal modo que no se puede coger la cadencia, para avanzar en el intervalo de los disparos, por ser completamente irregular. Nos han lanzado de nuevo hasta 200 proyectiles de quince y medio. Se teme otro asalto, porque arrecia la fusilería de un modo violento; pero se ve que no tienen valor para darlo con el escarmiento de ayer."

A la una de la tarde avisa el puesto de observación que el enemigo, en efecto, ataca también por otro sector, y que ya está en el Zigzag. Se ordena una salida a la Fuerza de Maniobra, que les hace huir muy pronto; esta salida es por extremo difícil, porque el quince y medio sigue batiendo a manera de fusil la puerta de la Piscina. En esto, avisan de Puerta de Hierro y cuadras, que se les está acribillando a ellos también con el quince y medio y con una verdadera nube de granadas de mano, y tienen ya muchas bajas. Se les ordena que resistan hasta la noche, en que podría verificarse un repliegue de un modo más seguro sobre el Alcázar, trayéndose las armas y municiones.

A las cinco de la tarde, más violento el fuego de quince y medio, que bate el *record* del asedio aquel día con 450 "chupinazos"; después, a las seis, llevan ya disparados de ese calibre 472 proyectiles. Cerró la lúgubre noche del 20 de septiembre y entre las sombras se evacuaron con todo orden las ruinas de la Cuarta Cuadra, Santiago, Víveres y Fregaderos. Así transcurrió aquel día. La operación de los rojos, que habían intentado un ataque a la desesperada contra la guarnición del Alcázar, la dirigió en persona el tristemente célebre general Asensio; su empuje se estrelló contra los moradores de las ruinas, y las bajas debieron ser de las que hacen época.

Este día 20 debió ser de los más fatigosos para los pobres sitiados. En el diario de uno de aquellos valientes oficiales de Artillería que se encerraron en el Alcázar, don Waldino Leirós Freire, leo así: "20 de septiembre.—Sólo dos palabras puedo decir del día de hoy. Día angustioso; situación crítica; sólo por la fe que Dios nos da podemos tener fuerzas para sostenernos en esta lucha por la salvación de España, esperando las columnas que vienen a socorrernos. En Dios confío y a la Virgen le pido que nos dé ánimo y valor para sostenernos hasta el último momento." Entretanto, aquel día preparaba Yagüe su operación sobre Maqueda. Dios y la Virgen escuchaban las oraciones de aquellos hombres.

El día 21 el enemigo la emprendió contra el torreón sudeste, el único que quedaba al aire, sostenido tan sólo por su férrea armazón: no pudo más la moribunda torre, y, lanzando un quejido al sentir que le faltaban sus fuerzas, dejó caer el esqueleto de su enorme varillaje y se desplomó sobre la explanada. La caída de aquella última torre venía a aumentar la crítica situación de los defensores: la biblioteca de Infantería, que había ofrecido siempre algún refugio por la solidez de sus muros, hubo de ser abandonada; ya no había para los sitiados más defensa que los parapetos fabricados por ellos mismos con piedra y sacos entre los inmensos boquetes abiertos sobre los lienzos de pared que aún quedaban del edificio. Se dispararon aquel día contra el Alcázar 238 proyectiles de quince y medio; tuvieron los cercados cinco muertos y 24 heridos.

Pero, sin saberlo ellos, aquel día 21 de septiembre fué el decisivo para su liberación. Tomada Santa Olalla, y después de un breve compás de espera, en que se habían de asegurar las posiciones entre este pueblo y Talavera de la Reina, el comandante Castejón, en una gesta de heroísmo inconcebible, había entrado aquel día en Maqueda.

Aquel pueblo era la llave para abrir las puertas de Toledo; por eso lo habían puesto los enemigos en tales condiciones de defensa, que resultaba, al parecer, inexpugnable. Azaña lo había visitado dos días antes y aseguraba que, ante las fortificaciones de Maqueda, se estrellaría, por fin, el empuje avasallador que traía la columna Yagüe. Al pasar yo por el pueblo, pude todavía leer algunos carteles, provocativos y triunfadores, que habían pintado los marxistas en los lienzos de las paredes de las casas y decían así: *¡No pasarán!*

Se habían instalado tres líneas de trincheras, protegidas con alambres espinosos. Esas trincheras estaban revestidas interiormente, así como los innumerables parapetos, con cemento armado. Los nidos de ametralladoras, artillería ligera y morteros se habían construído también de hierro y cemento, y habían sido camuflados y disimulados después. Estas construcciones habían sido dirigidas por el general Masquelet.

De nada les sirvió a aquellos ciegos asesinos de la anti-España el dique formado contra el indecible arrojo de nuestras fuerzas. Las trincheras y parapetos fueron cayendo, uno tras otro, en poder de los sol-

dados del Tercio y de Regulares y de los jóvenes requetés y falangistas, que formaban como una corona de gloria al lado del heroico Castejón.

Después de varios ataques a la bayoneta, el enemigo fué cediendo, volviendo el rostro; y al fin, se desbandó por los campos en loca carrera. Dicen los informes de los periódicos, que murieron más de cuatro mil fieras marxistas; el botín fué espléndido.

"Los soldados de Castejón—anota un cronista que iba en servicio de información—parecían orugas, arrastrándose por el suelo con una agilidad extraordinaria hasta llegar a objetivos precisos, e, incorporándose allí de pronto con increíble rapidez, se lanzaban con saltos inverosímiles al interior de las trincheras, sobre todo a los nidos de ametralladoras, que enmudecían instantáneamente, desprovistas de sus servidores."

* * *

La toma de Maqueda hizo comprender al Gobierno del Frente Popular que se tenía que dar mucha prisa para rendir el Alcázar si no quería que la presa se le escapara de las manos. Por eso, el día 22 de septiembre arrecia el cañoneo contra la fortaleza sitiada; pero también se nota ya una desorientación muy grande en los sitiadores, que se ven colocados entre dos fuegos: el de los defensores, que luchan con un tesón heroico, y por otra parte, la columna de Yagüe, que se les echa encima y viene bebiendo los vientos camino de Toledo.

Va a hablarnos sobre este día el Diario de Operaciones de los sitiados:

"22 de septiembre, martes.—Empieza el cañón hacia las tres de la madrugada, batiendo el camino cubierto y fachada del Este. Suponemos que aún desconocen la evacuación de Puerta de Hierro, Santiago, Comedor y Fregaderos, pues les siguen tirando con granadas y ametralladoras. A las diez se observa que se llevan varias piezas de quince y medio y una antiaérea y se observa un movimiento grande de gente como en plan de marcha.

"A las once se prepara un nuevo asalto; cañoneo al frente norte con 16 proyectiles, y en seguida tiro de armas automáticas y fusil muy intenso; se toman todas las precauciones para, si asaltan, repelerlos; pero no se atreven; sólo se ven grupos en el Zigzag y en el Comedor de Alum-

nos, que son disueltos en seguida. Por la tarde se observa que se están llevando más piezas de quince y medio y antiaéreas; suponemos que obedece a la presión que ya ejerce nuestra columna, que se acerca.

"Hacia las cuatro de la tarde, dos cazas enemigos vuelan sobre el Alcázar, pero se retiran pronto; luego, un trimotor nuestro, que bombardea Zocodover, Seminario, Castillo de San Servando y varios cigarrales; es señalado en su vuelo por el enemigo con multitud de disparos de bengalas rojas; se aleja majestuoso. Hemos tenido hoy dos muertos y 22 heridos."

Pero en vano el Gobierno de Madrid quiere asegurar ya su presa: el triunfo de nuestros soldados se avecina. Dios va a darles pronto la victoria.

El *¡No pasarán!* que ellos han puesto en las casas de Maqueda y al que han respondido los nuestros saltando sobre ellos y apoderándose del pueblo, y pasando adelante, acaba de repetirse hoy en el pueblo de Torrijos. También aquí se ven todavía los letreros marxistas del *¡No pasarán!* escritos en las calles, y sin embargo, la columna ha entrado hoy en Torrijos y se han repetido en sus alrededores y en sus calles y en cada una de sus casas los mismos hechos de intrépida bravura que en Maqueda.

El Tercio y los Regulares y la tropa de línea han ido tomando el terreno, casa por casa, rincón por rincón, y... avanzan, avanzan, siempre adelante, llevando siempre a la victoria consigo, que les empuja como si tuviera prisa en llegar a Toledo y descansar sobre las ruinas de su Alcázar.

El desconcierto del ejército marxista es ya inmenso; el general Asensio no se halla con fuerzas para medir sus armas con Yagüe y se repliega precipitadamente hacia Madrid con su Cuartel General. Asensio llegó a la capital de España precisamente en los momentos más oportunos para recibir una lección que su Gobierno le quiere dar, escarmentándole en cabeza ajena. Su predecesor en derrotas, jaleadas como triunfos, el general Riquelme, fracasado ante la heroicidad de los defensores del Alcázar, al ser relevado del mando, se ha visto envuelto entre las mallas de un consejo de guerra, y aquella noche del 22 de septiembre está en capilla para ser fusilado al día siguiente por el fallo de un tribunal popular o tal vez por el de otro tribunal más alto todavía. Esta

noticia voló, al menos, en alas de la Radio: otra versión dice que murió asesinado.

Por estos días, sin precisar cuál fuese, tengo anotado el último lance personal que he podido recoger de los típicos que se me narraban en mis conversaciones con los supervivientes heroicos del Alcázar. Se intentaba uno de los asaltos que hemos visto convertirse poco después en cobarde desbandada.

Sin embargo, dos guardias de Asalto, valientes y decididos, que también los hay entre aquellos obcecados muchachos, al huir sus compañeros, han seguido disparando furiosamente sobre el hueco de una desportillada ventana del Alcázar, desde la cual un grupo de tropa les responde en el mismo diapasón.

Uno de los dos, con imprudente valentía, avanza demasiado hacia la ventana; recibe una bala en las sienes y cae muerto en el suelo. El compañero, que se halla a cierta distancia, se vuelve hacia los enemigos y comienza a gritar:

—¡Eh!, soldados, no tiréis. Dejadme recoger el cuerpo de mi amigo.

En efecto, los soldados que defienden la ventana cesan en su tiroteo. El guardia de Asalto, animado con esta galantería de sus contrarios, quiere avanzar hasta el sitio donde yace el cadáver de su compañero. Pero oye una voz que le dice desde el hueco de la ventana, mientras se le enfila por dos o tres fusiles:

—¡Oye, *abisinio!,* espera un poco. Eso no se hace así. Es un favor que te vamos a conceder porque no somos tan... fieras como vosotros. Deja el fusil en el suelo.

El guardia de Asalto obedece. La voz continúa:

—¡Manos arriba!

El rojo levanta sus brazos en alto. El miedo comienza a apoderarse de él.

—Ahora pide por favor al sargento lo que quieras.

El soldado, con voz suplicante, ruega:

—¡Señor sargento!, por favor, por lo que más quiera en el mundo, permítame que me pueda llevar el cadáver de mi compañero, que era muy amigo mío.

—Sí, hombre, y muy valiente, como se ve que lo eres tú también; así deberíais ser todos. Acércate sin miedo y recógelo.

El guardia de Asalto, con las manos en alto, se fué aproximando recelosamente hacia el muerto; tenía los ojos clavados en el hueco de la ventana. Desde ella se le decía:

—Avanza sin miedo, muchacho; aquí los que estamos somos hombres de palabra y la cumplimos cuando la damos.

El testigo presencial que me narró el hecho, y era uno de los que defendían la ventana, concluyó así su relato: "Aquel *abisinio* no podía convencerse de lo que estaba viendo y oyendo. No podía concebir que, una vez dada una palabra de honor, se hiciese ya imposible el quebrantarla. Cargó con el cadáver de su compañero, recogió su fusil y se perdió entre los escombros. Creo que el muchacho divulgó aquella misma noche el suceso entre sus compañeros y por toda la ciudad, lleno de agradecimiento."

* * *

En Maqueda y Torrijos se habían jugado la última carta los sitiadores del Alcázar de Toledo; la habían perdido; la victoria no podía hacerse esperar más que unas horas.

Pero los sitiadores no querían pasar en modo alguno por la ignominia que ante la faz del mundo entero había de denigrarles y humillar su refinada soberbia. Además, dejar avanzar a las tropas libertadoras hacia Toledo suponía su total perdición; había que detener su paso a todo trance. ¡Momentos de indecible angustia para aquellos malaventurados y criminales sitiadores! ¡Momentos de intensa esperanza para los defensores del honor de nuestra España! ¡Azares de la vida!; ¡vueltas que el mundo da mientras rueda por el espacio! ¡Los sitiadores estaban convertidos en sitiados!

De aquí los gritos jubilosos que da a los heroicos defensores su periódico *El Alcázar*. En el número del día 23 anuncia que el enemigo había retirado ya otras tres piezas más de quince y medio de las emplazadas en Los Alijares; que se observan en las filas marxistas ciertos movimientos reveladores de la presión que sobre ellas vienen ya ejerciendo las fuerzas de nuestra columna, y por eso hay que dar cabida a un optimismo racional de que estamos en los finales del episodio.

En este día 23 no les pasa por alto a los redactores del periódico la fiesta tan hermosa y significativa del siguiente día, y por eso dicen así:

"Mañana es la fiesta de la Virgen Santísima en la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes, advocación españolísima y de una tradición muy adecuada a nuestras circunstancias actuales. A ella va unida la fundación de una Orden religiosa, la de la Merced, en la que se destacaron Santos españoles como San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort.

"Como no tenemos capilla, todas las personas piadosas deben rendir el debido homenaje a la Santísima Virgen, rezando mañana, cuantas veces puedan, el Santo Rosario en sus alojamientos."

En este día 23 de septiembre los dirigentes del asedio animáronse a dar un último y desesperado ataque a la derruída fortaleza: fué uno de los últimos coletazos de la fiera, que por dos veces se arrojó sobre su víctima, dispuesta a destrozarla de una vez. A este agonizante forcejeo hace referencia la Orden de la Comandancia Militar del Alcázar, que se copia en un suplemento del diario y es como la síntesis de los sucesos del día.

Este documento es de capital importancia, por ser la última orden de la Comandancia donde se describe con alguna extensión la heroica conducta de los bravos defensores, que hasta el postrer momento supieron derrochar el heroísmo con verdadera y patriótica largueza. Por eso la copiaremos íntegra:

"Orden de la Comandancia Militar de Toledo en el Alcázar para el día 24 de septiembre de 1936.

"Artículo 1.° En el día de ayer, durante la tarde, en dos ocasiones distintas, el enemigo intentó el asalto de nuestras posiciones en el norte del Alcázar; en la primera utilizó el tanque pesado de Artillería, sin gran empuje por parte de las fuerzas de acompañamiento, y en la segunda se empleó más a fondo, con gran aparato de fuego de toda clase de armas, precedidos ambos de una intensa preparación de artillería. En ambas ocasiones fué brillantemente rechazado por las fuerzas que guarnecían el frente atacado, auxiliadas por las de maniobras. El comportamiento de cuantos intervinieron me enorgullece, y quiero consignar desde aquí mi más calurosa felicitación, tanto al mando en todas sus categorías, como a las fuerzas que intervinieron.

"En el transcurso de la acción, que tuve la satisfacción de presenciar, adquirí el convencimiento de que, con fuerzas como las que actuaron ayer, manteniéndose todo el mundo en su puesto con el excelente espí-

ritu que ya es tradición de todas vuestras actuaciones, podemos asegurar que el enemigo no pondrá su pie en este recinto, que ha hecho sagrado vuestro comportamiento, y abrigo la esperanza de que dentro de muy poco podremos ofrecer a nuestro caudillo este glorioso solar, con la satisfacción y el honor del deber cumplido al servicio de nuestra España.

"Nuestro puesto avanzado del Norte me comunicó que el enemigo abandonó el campo, llevando consigo numerosas bajas. A continuación me complazco en la concesión de unas pequeñas recompensas a elementos muy destacados.

"Artículo 2.° Por su valiente actuación al rechazar en el día de ayer los dos intentos de asalto del enemigo, quedan promovidos a los empleos inmediatos Angel Arranz Blanco y Feliciano Jarama Atienza, de la Guardia civil; Andrés Pérez Molero, guardia de Asalto; Marcelino Rodilla Martín, cabo de Infantería de la Academia.

"Como premio a su comportamiento excelente, a los guardias civiles Columbano Gutiérrez Sierra, Serafín Guerra Beteta y Saturnino Arroyo Heredero se les entregan veinticinco pesetas de gratificación a cada uno, del dinero recogido al enemigo muerto, cantidad depositada en esta Comandancia Militar."

Sigue después un número grande de nombres de distinguidos y muy distinguidos en aquel día y los anteriores. Lo firma y rubrica el Comandante militar del Alcázar: *José Moscardó.*

El Diario de Operaciones del día 23 completa las noticias de este documento especificando que el primer asalto se dió al frente norte, y que el tanque de artillería, avanzando por el Zigzag, hizo muchos disparos sobre la parte alta de las ruinas, con objeto de batir los puestos colocados en ellas, y fué rechazado después de una hora de violento forcejeo. Por la tarde, añade el Diario, varios cañones rompieron sobre dicha explanada norte, queriendo abrir obstinadamente una brecha para facilitar un nuevo asalto; pero les fué necesario retroceder con numerosas bajas. Ya era imposible medir aquellas fuerzas; ¡eran tan desiguales en entusiasmo y en heroísmo!...

* * *

Día 24 de septiembre, jueves. Los muchachos que están en los puestos de observación encaramados entre las ruinas del invicto Alcázar

avisan que se nota un movimiento extraordinario de coches por la carretera de Avila a Madrid. Los cañones de Alijares han enmudecido; han sido trasportados tal vez a Madrid o a otro sitio en un tren que han visto salir de la estación de Toledo muy de mañanita.

Algunas piezas quedan todavía, que rompen el fuego con ritmo muy lento hacia las diez de la mañana, y baten la fachada oeste por el interior y por los escombros de la fachada norte, donde están colocados los puestos de observación. Estos no se mueven, sin embargo, de sus sitios; avizoran con ansia el horizonte por ver si divisan algún rastro de la vecindad de nuestras tropas. La bellaca Radio Madrid no les ha permitido oír ninguna de las emisoras amigas durante dos días. Sólo saben que se ha tomado Torrijos. Luego han oído una cosa así como Rielves, y luego otras palabras que suenan algo a Guadarrama...

"Estas noticias—concluye el Diario—levantan nuestro espíritu en gran manera, aunque éste nunca ha decaído, porque estamos dispuestos, desde un principio, a no rendirnos, prefiriendo mil veces la muerte..."

Amaneció el sol del día 25. Los puestos de observación se vuelven todo ojos para otear el horizonte; porque si es cierto lo que se ha podido oír anoche, de que están por el Guadarrama, ¿qué de extraño sería que oyésemos ya hoy los alaridos de los cañones amigos?

Un muchacho que está al acecho de esos alaridos, grita de pronto con una voz clamorosa:

—¡Se oyen!, ¡se oyen!, ¡ya se oyen! Pongan atención...; ¿los oís?

En efecto, hacia el lado que ellos tienen ya muy señalado con el deseo, se percibe, aunque muy lejano, el ruido completamente diverso de dos baterías que se atacan mutuamente. A los pocos instantes un rumor circula por todo el Alcázar, desde las crestas de las ruinas hasta lo más profundo de los sótanos.

—¡Ya están ahí!, ¡ya se oye el rugir bravío de sus cañones! ¡El Alcázar por la Virgen Inmaculada!

Entretanto, el *paqueo* ha comenzado con una intensidad salvaje, desde el nacer de la aurora, sobre los frentes sur y oeste; aunque es nulo sobre los demás sitios.

El día va avanzado y va descubriendo con su luz esplendorosa visiones cada vez más placenteras, que se anotan en el lacónico Diario de Operaciones. Se distinguen claramente dos baterías que tiene el ene-

migo emplazadas en las alturas, por las proximidades de la caseta del peón caminero; se han enfilado hacia el sitio por donde se desliza el río Guadarrama y está situada la Venta del Hoyo; allí debe, pues, estar localizado el combate.

Al avanzar la mañana, tres aviones nuestros pasan por encima de estas baterías y las hostigan; se ve en seguida que las baterías de la columna nuestra también las han localizado, corrigiendo el tiro sobre ellas, y las hacen enmudecer por completo.

Entretanto, la carretera de Avila hormiguea de gente que viene corriendo desalada en dirección a Toledo; vienen a pie, en camiones, en autos, y, mezclados con ellos en confuso tropel, varios camiones de las baterías marxistas que han tenido que abandonar sus posiciones. Sobre este infierno dantesco de precipitada fuga están vomitando metralla las piezas de la columna de Yagüe, haciéndoles casi imposible la huída.

A la una de la tarde, el panorama ha cambiado las figuras, sin mudar el aspecto de la visión. Ahora son oleadas de carne marxista que corren en dirección opuesta a Toledo; van buscando la carretera de Madrid, en dirección a Bargas; la carrera se hace vertiginosa, loca, sin concierto.

El Mando del Alcázar, que va siguiendo todas estas alternativas, se convence de que nuestra columna acaba de dar un golpe trágico a los asaltantes de su fortaleza; porque estas carreras desatadas no pueden obedecer a otra causa sino a que nuestras tropas han dado asalto al pueblo de Bargas y quieren cortar a los fugitivos que pretendan huir de Toledo el contacto y el refugio de Madrid.

Dan las tres de la tarde, y aquella procesión macabra de milicianos que han tomado la carretera de Madrid por la dirección de Bargas, vuelve de nuevo hacia Toledo, siempre en son de fuga, y se inundan de ellos las cercanías de la Plaza de Toros y de la Vega. Y allí vienen mezclados con ellos innumerables coches y camiones y autos y bicicletas. Las piezas de nuestra columna no se cansan de arrojar metralla sobre el inmenso blanco que presenta el ingente montón de carne humana.

Hacia las cinco vuelan sobre los alrededores de Toledo tres trimotores nuestros con una escuadrilla de cinco cazas, que dejan caer pesadas bombas sobre la ciudad: el desconcierto en la línea marxista, si

puede llamarse a aquello línea de combate, es indescriptible. Y así se oculta el sol y la noche lo arropa todo con sus sombras. ¿Qué habrá pasado aquel día de tanta agitación, de tanto ir y venir de la masa roja de Toledo a Bargas, de Bargas a Toledo? Ni un cañonazo sobre el Alcázar; la paz de los sepulcros sobre los alrededores de la sitiada fortaleza. Es un misterio que pronto se desdoblará ante sus ojos.

Todas esas oleadas rojas no son más que los estertores de la agonía; se les ha cortado, en efecto, la retirada hacia Madrid. El diario del Alcázar de este día 25 publicaba una nota, que no era sino un prudente aviso del coronel Moscardó. El entusiasmo delirante que se iba apoderando de los sitiados podría llevarles al decaimiento, en el caso, aunque no probable, al menos posible, de alguna demora en las operaciones de nuestra columna.

Es muy hermosa esta nota y debe figurar entre los documentos que en estas páginas queremos inmortalizar. Véase con qué tacto se dice a los defensores que no se dejen llevar demasiado de un optimismo que podría serles perjudicial. Dice así el consejo del prudente jefe militar:

"Suponemos y contamos y hemos controlado la alegría de todos. Lo que hoy es una realidad, era ayer una esperanza racional, como lo demostrábamos en nuestros últimos números; ello es indudable, y somos los primeros en reconocerlo. Mas la prudencia aconseja que examinemos la evolución probable de los acontecimientos futuros para que, al mismo tiempo que vivimos nuestra satisfacción al ver tan próximo el término de nuestra epopeya, en lo que a la defensa del Alcázar se refiere, no demos ni el menor pretexto ni a desilusiones ni mucho menos a la comisión de actos que pudieran determinar, o bajas inútiles, o parciales y pequeños éxitos al enemigo.

"El hecho de tener a la vista las columnas no quiere decir en absoluto el que obligadamente nos queden sólo unas cuantas horas de pasividad y de espera. Las exigencias tácticas del conjunto de nuestras fuerzas victoriosas pueden obligarlas a estacionamientos o maniobras que dilaten nuestro contacto material por algunos días. En segundo término, no debemos olvidar el empeño tenaz de amor propio que durante tanto tiempo, y no ha cesado aún, ha puesto el enemigo en rendir este glorioso reducto, y en las últimas boqueadas y en su desesperación ante su fracaso, cabe todo: engaño de simulación de fuerzas amigas para

sorprender a nuestros puestos y servicios; intentos de asalto a los núcleos enemigos en retirada, etc., etc.; hipótesis admisibles y que pueden o no tener realidad.

"Lo interesante es que nadie caiga en desánimo, cualquiera que sea la evolución de los acontecimientos, y que todo el mundo conserve sus energías y buen espíritu por si fuese preciso todavía escribir una última página que esté a la altura de las pasadas. Por último, no queremos dejar la pluma sin una vez más reconocer cómo la amorosa Providencia de Dios, en fecha tan española como la de Nuestra Señora de las Mercedes, se pone una vez más al servicio de nuestra santa causa. ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva la Guardia civil! ¡Vivan los paisanos honrados! ¡Viva la Legión! ¡Vivan los Regulares marroquíes!... ¡¡Viva España!!"

Pero ya no se dormía en el Alcázar; la impresión era demasiado fuerte para que les permitiera conciliar el sueño. El día 26 amaneció en medio de una calma completa de cañón y de fusilería. Hacia las siete, nuestras baterías libertadoras rompieron el fuego contra las enemigas. Una de estas baterías rojas divisábase perfectamente; estaba emplazada a media ladera, cerca de la caseta del guarda, y el enemigo a su lado y a caballo sobre la carretera de Avila. La cresta de la ladera estaba desierta. Seguía el penoso éxodo hacia Madrid, queriendo salvar las distancias en toda clase de vehículos.

Nuestros observadores distinguían muy bien los fogonazos de los cañones de la columna amiga; pero no se veía gente nuestra; era imposible precisar la dirección que traía nuestra columna y el sitio donde la acción se comenzaba a desarrollar. Sin embargo, se suponía que el objetivo eran las alturas que dominan la carretera de Madrid y entradas hacia Toledo. Seguía la calma de los *pacos* y de los cañones enemigos sobre el Alcázar; el último cartucho lo estaban quemando sobre la columna salvadora.

Al caer de la tarde los sitios de observación pudieron presenciar un espectáculo triste para ellos. Un caza enemigo se ha lanzado sobre un trimotor de los nuestros; el aparato no ha podido huir y ha caído en barrena. Con el auxilio de sus prismáticos, nuestros observadores han ido siguiendo la escena; los dos pilotos se han lanzado al espacio provistos de paracaídas. No se ha podido calcular el sitio de su forzoso aterriza-

je. Nosotros ya lo sabemos. En el capítulo que dedicamos a dar una vuelta por la ciudad mártir, pudimos ver las infamias de que fué objeto el piloto que cayó entre las garras de la muchedumbre de milicianas; el otro se suicidó, después de agotar la dotación de su revólver.

Cerró la noche del día 26, que todo él había sido de una expectación completamente pasiva, pero también de una inquietud violentísima.

* * *

Y quiso Dios que brotase, por fin, el sol que iba a iluminar el triunfo debido a tanto heroísmo derrochado por aquel puñado de valientes españoles. Al tender su manto de sombras y de lucientes estrellas la noche de aquel día, iba a velar el sueño de varios libertadores que ya se habían unido a sus hermanos del Alcázar en un abrazo fraternal.

Para poder llegar hasta este abrazo de hermanos, es preciso que comencemos por disipar las sombras, las conjeturas y las esperanzas de que hemos visto vivir a los defensores del Alcázar, para convertirlas, por fin, en gloriosa y brillante realidad.

Vamos a traer a la columna salvadora desde el río Guadarrama, donde la habíamos dejado, hasta la realización de este apretado abrazo con sus hermanos.

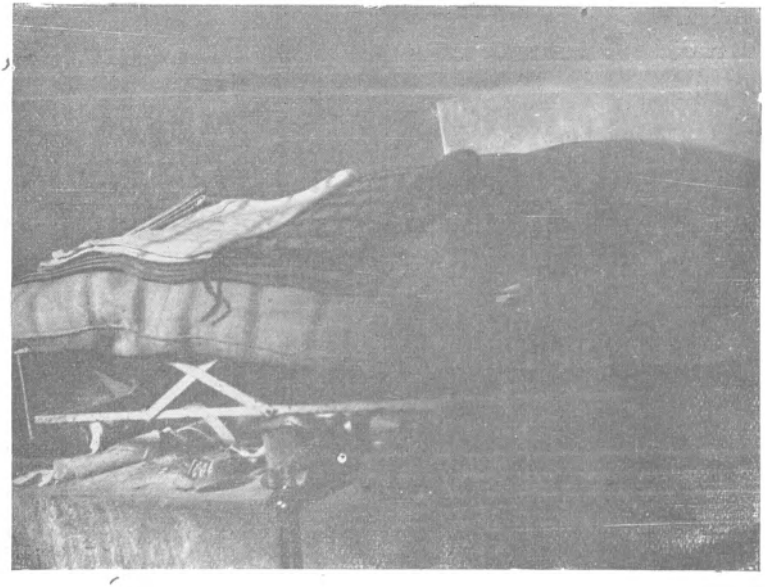
Se acaba de tomar el pueblo de Torrijos. El día 24 llegó al campamento el general Varela, que venía a encargarse del mando; tenía a sus órdenes jefes tan valerosos y conocidos por sus proezas como los tenientes coroneles Monasterio, Tella, Delgado, Yagüe, Asensio y Barrón.

El 25 se llegó a las orillas del río Guadarrama. Todo ese terreno de Santa Olalla, Maqueda y Torrijos hasta el Guadarrama, cuando yo lo recorrí, poco tiempo después, ofrecía un aspecto de desolación apocalíptica; las casas, en su generalidad, estaban convertidas en montones de ruinas; sus tiendas abiertas; desiertas sus calles; convertidos en portillos los muros de las casucas, que por las retorcidas rejas de sus ventanas mostraban todavía los trapos blancos con que en la hora de la derrota suplicaban el perdón y la misericordia.

Las carreteras y las llanuras plomizas aparecían sembradas de camiones con las ruedas hacia el cielo; caballos con el vientre hinchado y las patas rígidas, extendidas hacia adelante; restos de ropa y de jergo-

Mi íntimo amigo Restituto Alcázar, alias "Trimotorcito", que vió la primera luz del día entre los sótanos del Alcázar durante el asedio. Nació con buena estrella. Ya es caballero cadete, y supongo que lucirá también la Laureada colectiva cuando se vista de militar

(Foto Bueno. Astorga.)



Camastro donde nació el niño Restituto Alcázar. La luz de una claraboya ilumina de un modo confuso el rincón del sótano y permite, en pleno día, darnos una idea del tétrico espectáculo

(Foto del autor.)

Un grupo de valientes defensores del Alcázar, retratados por el autor del libro, después de una amena charla sobre los incidentes del asedio. Cuando se relataba algún hecho heroico, cada cual atribuía la gloria a su compañero; ninguno había hecho más que cumplir con su deber de soldado español

(Foto del autor.)

¡Arriba España! Este falangista, marcial y arrogante, es uno de los que resistieron con toda formalidad el asedio sin asustarse de los pepinazos de quince y medio, según me dijo su madre, también moradora del Alcázar, que está a su lado

(Foto del autor.)

¡La alegría del Alcázar! Los dos cocineros, mis buenos amigos Eugenio Carrasco y Gregorio Martínez, que tuvieron a su cargo los guisos de carne de mulo y las tortas de repostería con grasa de caballo, que formaban la ilusión gastronómica de los niños y de la clase de tropa, y de los jefes también

(Foto del autor.)

Uno de los famélicos héroes de la benemérita Guardia civil, sorprendido por la máquina del fotógrafo señor Fraile, el día de la liberación, en la plaza de Zocodover

(Foto L. Fraile. Toledo.)

El autor del libro sube al Alcázar con el teniente coronel de la Guardia civil don Pedro Romero Basart (extremo derecha), con su hija Carmen Romero, viuda del heroico teniente Enríquez de Salamanca (extremo izquierda) y doña Dolores Lozoya, viuda del malogrado teniente señor Cuesta (derecha), para rezar un responso en los sitios donde los dos héroes descansan. Les acompañan varios amigos

(Foto del autor.)

Cubierta del artístico álbum que la ciudad de San Sebastián ofreció al vencedor del marxismo en el Alcázar de Toledo con miles de firmas para testimoniarle la admiración y el respeto que le profesa la linda capital donostiarra

(Foto Marín. San Sebastián.)

Don José Moscardó y Guzmán, hijo del heroico jefe de la defensa, asesinado en Barcelona vilmente con otros oficiales por el crimen de llevar colgada del cuello una medalla de la Santísima Virgen

Don Luis Moscardó y Guzmán.—Os mira con esa mirada tranquila del cumplimiento del deber, uno de los héroes más legendarios de nuestra Historia patria; el que muere gustoso porque su padre no falte al juramento hecho a su sagrada bandera. Al pasar delante de la Patria los que cayeron por salvar su honor inmaculado, se oyen las aclamaciones:

¡Luis Moscardó y Guzmán!
¡Presente!
¡José Moscardó y Guzmán!
¡Presente!
¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!

nes, que en vano habría, tal vez, querido llevar consigo en su precipitada fuga el morador del casuchón que acababa de descuartizar el zarpazo de algún proyectil; montones de cenizas negras formados en las cunetas de la carretera, entre los cuales asomaban trapajos chamuscados, revueltos con los cráneos cenicientos y los huesos blancos; más allá, dos aviones rojos con las alas tronchadas, como dos ilusiones que acabaran de estrellarse contra la roca sombría de una realidad matadora; sembrados y melonares desiertos, sin dueño, con el carro a medio cargar; al lado, la jarra grande con agua, y más allá los espantajos para ahuyentar a unas aves que no molestaban, porque hasta las aves han emigrado de aquellos lugares de maldición.

El enemigo ha concluído por cegarse: ha abierto los diques del Salto del Alberche con el fin de inundar los campos y poner barreras de agua y de fango a la columna libertadora: es una resolución que muestra su ceguera, su desconocimiento incomprensible del terreno español, porque con aquella inundación sólo consigue arrasar las cosechas de sus pueblos adictos, y la columna sigue su avance.

Después, el enemigo ha volado el puente de piedra que se tiende sobre el Guadarrama con su arco de quince metros de luz. Era un contratiempo; hubo que fabricar otro de madera hacia la parte izquierda de la carretera.

El 26 se avanza carretera adelante. Varela tiene un plan digno de un caudillo dos veces laureado; en medio del avance, la sexta Bandera recibe las órdenes de tomar el pueblo de Bargas. Es un pueblo pequeño, de unos tres mil habitantes, frente al pueblo de Olías del Rey. Aquello era cortar al ejército miliciano toda esperanza de salvación, cuando se llegase a la Vega toledana y se le pidiese cuenta de su criminal conducta para con los moradores del Alcázar y de la ciudad.

La operación se llevó a cabo con una precisión matemática. En Bargas se habían concentrado varios miles de fieras rojas, que acababan de empeñar su palabra de honor, si es que las fieras entienden de esas delicadezas de moral, de no rendir el pueblo, que sería la muerte para las fieras hermanas que asaltaban a Toledo. El pueblo fué tomado, sin embargo, con ese brío clásico que saben desplegar las Banderas del Tercio africano.

Contraatacaron los vencidos, y vinieron en su socorro multitud de

milicianos del frente de Toledo en numerosos camiones, y quisieron ayudarles también las baterías que estaban emplazadas contra el Alcázar. ¡Todo inútil! El Tercio no suelta la presa que una vez tiene entre sus garras de león africano; y entonces el desaliento cundió una vez más en el campo rojo y comenzó de nuevo el repliegue nómada hacia Toledo, hecho tumultuosamente por los sitiadores, que ya no tenían más salvación que los alrededores y los muros de su ciudad. Todo este ir y venir fué lo que estuvieron sorprendiendo con sus prismáticos los observadores del Alcázar desde sus puestos.

Al alborear el día 27, el general Varela visitó la columna de Barrón y situó su cuartel general en Bargas. La impaciencia recome ya el corazón de los muchachos con el ansia de rematar finalmente aquella gloriosa carrera de obstáculos que llevan emprendida desde Badajoz, y cuya meta se ha divisado allá lejos, siluetada sobre el monte, al atravesar una de las lomas que forman la sinuosidad del camino.

Los dos ejércitos se olfatean ya uno a otro por el ambiente fresco de la mañanita, impregnada en olor reciente de metralla. Allí están, de nuestra parte, los legionarios, con su comandante el señor De Oro, a quien están diciendo con los ojos: "¡A Toledo, mi comandante, a Toledo!"

Allí está la bandera del Tercio mandada por el capitán Tiede, a quien hacen sus muchachos la misma súplica: "¡A Toledo, mi capitán!; ¡vamos a Toledo!"

El comandante de Regulares Mizzián Ben-Kassen mira con los ojos inyectados en sangre el horizonte. El corazón le está diciendo que no ha de encontrar aquel palacio encantado del Alcázar con la misma soñadora belleza que a él emocionaba cuando lucía con orgullo de español los cordones de cadete.

También, por su parte, el ejército marxista del Frente Popular se apercibe para el choque, porque éste tiene que ser muy violento por ser el decisivo. Se han recibido órdenes de Madrid de no permitir en manera alguna que la columna se acerque a la ciudad. ¡Morir antes que perder la presa del Alcázar! ¡Es la consigna!

El general Asensio Torrado ha venido nuevamente de Madrid para dirigir personalmente la defensa de una ciudad sitiada de la cual días antes era el sitiador. Tiene como jefes de columnas a Alvarez Coque y

al despreciable e impío León Burillo. Jefe de su Estado Mayor es el comandante Casado.

Forman el núcleo del ejército rojo el regimiento "Largo Caballero", número 5; el "Batallón de Hierro"; los regimientos de Wad-Ras y de Otumba; un batallón de anarquistas, que ha venido de Madrid lleno de gloriosos precedentes de arrojo personal; el batallón de "Voluntarios de Andalucía"; el "Regimento Naval", número 1, donde figuran los criminales que acaban de asesinar en Cartagena a sus dignísimos jefes, arrojando al mar sus cadáveres. Precisamente el que los manda va a quedar, por justo castigo de Dios, en el campo de batalla. Lo forma también una legión de catalanes, que muy pronto, a los comienzos de la refriega, volverá las espaldas, y otros soldados, en buen número, que proceden de los regimientos de Huesca.

Pululan también entre ellos un enjambre de guardias de Asalto, las milicias toledanas y otros innumerables voluntarios, que suman, por todo, más de doce mil combatientes.

En sus camiones, muchos de ellos blindados, se pueden leer flamantes letreros y rojas banderas con inscripciones, pintadas en cal o en albayalde, que meten miedo: "Grupo Venganza"; "Batallón Exterminio"; "Los Castizos"; "Aguilas Libertarias"; "Aguilas de la Muerte"; "Batallón Margarita Nelken"; "Batallón Pasionaria"; "Batallón Aida la Fuente". Otros, con letras y cábalas capaces de llevar a los corazones el frío de la muerte: "U. H. P."; "C. N. T."; "F. A. I."; "U. G. T.". ¡Qué miedo! ¡Pobres soldaditos de España, que vais a medir vuestras armas con tan extrañas fieras!... ¡Dónde os habéis metido!...

Antes de verles venir a las manos, volvamos los ojos al Alcázar para presenciar las últimas escenas del asedio; es decir, los últimos estertores de la agonía de la fiera.

Oigamos al Diario: Hacia las cinco y media comienza una batería, que dispara sobre nuestras ruinas; es de quince y medio. De pronto se levanta una columna de negro humo que oculta toda la extensión donde el coloso muerto tiende su cuerpo de piedra, informe y destrozado. De nuevo se ven los heroicos defensores envueltos por las bocanadas de gases, que invaden los sótanos y los sitios de combate. Ha sido el postrer aullido de la fiera agonizante. Otra mina de más potencia que las dos anteriores. Pero, en efecto, la fiera está moribunda y ya sus zarpa-

zos los lanza al aire, sin calcular el golpe, sin precisar distancias. El *hornillo,* que tal nombre tiene esta clase de minas, se ha fabricado llevando por maestra a la estupidez. Han aprovechado una alcantarilla que desde fuera del edificio servía para conducir hacia el río las aguas fecales; han llenado de trilita este tubo—más de cinco toneladas de esta materia explosiva—y lo han hecho explotar.

La tierra de la explanada norte se ha levantado en columnas altísimas hacia la altura, como un volcán, y al lado de los escombros del torreón nordeste se ha formado un cráter, que asoma su boca, de unos treinta metros de diámetro, por unos ocho de profundidad. ¡Ni una víctima! Lo repetimos; es la hiena, que se revuelve con los estertores de la agonía.

Después, acto continuo, el consabido asalto por enjambres de fieras, que trepan por los escombros con el ansia de morir matando, y lo consiguen plenamente, porque van dejando los senderos del Zigzag y de la explanada norte sembrados de cadáveres, hasta que tienen que replegarse en desorden.

Poco después, varios tanques de gasolina, que se acercan con una decisión estúpida y lanzan a chorros el líquido inflamado sobre las ruinas del Alcázar; nuevos actos de heroísmo en los defensores y nuevo hacinamiento de cadáveres, que han mordido el polvo y enrojecen las piedras y la tierra del elegante paseo del Zigzag; nuevo repliegue a la desbandada. ¡El último!; ¡ya es el último!

Y más tarde, después de realizado el postrero y cobarde repliegue, se oyen por toda la concavidad del Alcázar extraños y pavorosos ruidos en el subsuelo; nuevas explosiones subterráneas de dinamita; nuevo desgajarse de viviendas contiguas al Alcázar, que se derrumban unas sobre otras, quejándose al morir. Los salvajes milicianos, al ver que ya no tienen objeto ninguno, acaban de hacer volar los hornillos y las fogatas que tenían preparadas para el caso en que la guarnición del Alcázar hubiese intentado una salida para unirse a la columna libertadora.

Después... el triunfo, la victoria; la fiera marxista, la hiena de incubación rusa, allá en la Vega de Toledo, se retuerce en su sangre con esos movimientos nerviosos, epilépticos, cada vez más lentos, del cuerpo que agoniza.

¡Asomaos ya tranquilos a vuestros puestos de observación, invencibles héroes del Alcázar, para dejarnos en vuestro Diario de Operaciones los postrimeros destellos de la lucha gloriosa que estáis presenciando en los alrededores de la ciudad! Es el león español que está luchando con la hiena soviética que os tenía cautivos y que en estos momentos le está clavando la curva garra de su zarpa en el mismo corazón, por ese espacioso campo donde tiene su altar el milagroso Cristo de la Vega.

"Las guerrillas de nuestra columna—dice el Diario—avanzan, sin gran resistencia al parecer; se ven los mandos de las secciones a caballo; suponemos que deben ser el Tercio y los Regulares, por su perfecta formación en el combate. La artillería de nuestra columna bate la Plaza de Toros y después las lomas del Pinedo, donde estaban emplazadas las piezas de quince y medio que tanto nos molestaban, pero que ya han dejado su emplazamiento.

"El Comandante militar del Alcázar manda izar la bandera bicolor en las ruinas del torreón noroeste, que, apenas es vista por el enemigo, intensifica bárbaramente su fuego de fusil. Se toman las disposiciones para establecer contacto por el heliógrafo y la radio con nuestra columna. Esta sigue avanzando sin gran resistencia, muy cerca ya de la dehesa de Carrasco.

"En los mensajes que les enviamos se les saluda, se les abraza y se les dice que resistimos bien. Nuestros aparatos bombardean los alrededores del Alcázar y el hospital de Santa Cruz de un modo frenético.

"Hacia las doce vemos ya distintamente a las guerrillas de nuestras columnas bajando por las lomas que dominan el Cementerio, marchando hacia la Fábrica de Armas."

Antes de completar el cuadro de sangre y de gloria que se está desarrollando por los alrededores de Toledo, es preciso que percibamos la esencia del último impulso de caballerosidad y de hidalguía española con que el Comandante militar del Alcázar va a cerrar las páginas gloriosas de esta epopeya. Lo creo inédito, porque no lo he visto elogiar en ninguno de los innumerables trozos que se han publicado sobre esta gesta gloriosa. Lo oí de labios del general Moscardó y lo hallo confirmado en el Diario de Operaciones.

Ya hemos dicho que desde los comienzos del asedio tomáronse algunos prisioneros de ambos sexos, personas, algunas, de representación

y calidad entre los asaltantes marxistas. Al caer de la tarde de este día, el coronel Moscardó los reunió a todos; se les dió papel y pluma, y el Comandante militar comenzó por preguntarles si tenían alguna queja sobre el trato que se les había dado durante el asedio, fuera de la penuria de alimentos de que todos en general habían participado.

Respondieron todos que sólo tenían para el alto mando frases de agradecimiento por el trato que se les había dado. Entonces, el coronel Moscardó les dijo que aquellas frases era preciso que las escribiesen para que pudieran llegar a manos de los dirigentes del asedio, de los cuales algunos prisioneros, sobre todos mujeres, eran familiares.

Se les rogó que, además, de parte del coronel, pusiesen en el escrito lo que a continuación se les dictó: "Que nosotros, en nuestra salida, respetaremos sus familias, siempre, como es natural, que ellos hayan respetado las nuestras y las sigan respetando hasta el último momento."

Estas cartas, guardadas en sus sobres y con las direcciones correspondientes, se arrojaron desde una ventana, después de haber explicado a los milicianos su contenido. "Contestaron los dirigentes—prosigue el Diario de Operaciones—que nada les había ocurrido de desagradable a las familias de los defensores del Alcázar, las cuales se encontraban bien. Nosotros aprovechamos esta ocasión para aconsejar a los milicianos que se ausentasen de la ciudad o se rindiesen a nosotros para evitar luchas fratricidas y derramamiento de sangre en las calles de Toledo.

"Ellos respondieron que respetarían a nuestras familias hasta el último momento, siempre que los Regulares y el Tercio no cometiesen los desmanes que, según ellos decían, venían cometiendo por todos los sitios. Todo esto se comunicó por señales a nuestras columnas."

Pronto pudo enterarse el Comandante militar de la conducta observada por los dirigentes marxistas en Toledo y de los crímenes a que se habían entregado; se habían cerrado las puertas a la clemencia de los que ahora quedaban triunfadores.

* * *

Para vengar esos crímenes inicuos, repugnantes para todo corazón de hombre, vamos a ver, finalmente, cómo avanza esa legión, que hemos dejado dueña ya del pueblo de Bargas y esperando que alboree la luz

del día 27 para saciar el deseo y el afán que se escapa en esta sola frase: —¡A Toledo, mi comandante, a Toledo!

Y el general Varela ha cursado ya una orden: ¡A Toledo!

El avance comienza por la izquierda, mandado por el teniente coronel Asensio; en cabeza va el tabor del comandante Del Oro y la quinta Bandera del capitán Tiede.

Es el amanecer del día 27 de septiembre; una brumilla fría envuelve el horizonte; sin embargo, se marcha y se marcha de prisa, porque la única ilusión es el contacto con el enemigo. Pronto se le encuentra. Entre la bruma se distingue una brigada de motoristas que viene por la carretera de Madrid. No saben, sin duda, que aquella cinta negra, alquitranada y brillante por el reflejo del sol, que comienza a asomarse para alumbrar el día de la resurrección de los héroes alcazareños, ya no es suya.

El legendario comandante Mizzián recibe órdenes de copar aquella brigada; describe un semicírculo que, poco a poco, se va estrechando como una tenaza y envuelve, al cerrarse, a los motoristas, que quedan dentro. Dejan buen botín; más de cien flamantes y nuevecitas motocicletas.

El Mizzián es el mismo que en el día de ayer ha ido siguiendo el vuelo de un aparato rojo que huía de uno de nuestras cazas. Le ha dejado bajar, bajar, hasta ponerse a tiro y, como si lograse un águila de negras alas en una tranquila cacería, le ha hecho inclinarse, poner el pico hacia tierra, y caer sin vida a sus pies.

Están a tres kilómetros de Toledo; la resistencia de la fiera rusa es imponente. ¡Qué bravos se han vuelto! Se defienden con esa bravura engendrada por la desesperación en el pecho del que sabe que tiene que morir de todas maneras. Nuestra Artillería tiene que despejar el camino para que pueda avanzar la Infantería; tabores y banderas y tropas de línea se han internado por entre esa granizada de proyectiles que tienen delante. Llegan hasta la hondonada de la Vega.

La fiera se ha cegado y acomete con una valentía indigna del ideal que la arrastra hacia la muerte. Me han dicho varios soldados, que morían vitoreando a Azaña, a Largo Caballero, a Lenín, a Rusia, mientras Largo Caballero y Azaña y los otros mil veces maldecidos dirigentes rusos estarían desayunando tranquilamente en alguno de los frescos comedores de los hoteles de Madrid.

Poco a poco, la bizarría va decayendo; se piensa, por fin, en salvar la vida más que en morir por aquellos señores que les han lanzado a la brecha; el ansia de vivir se impone sobre la ferocidad de bestia acorralada, y van cediendo, y ceden y ceden; y muy pronto, a bandadas, dando las espaldas, con los brazos abiertos hacia adelante, arrojado el fusil, se precipitan hacia la muerte, que les espera con los suyos abiertos también por todos los sitios, dondequiera que dirijan sus pasos para huir de aquella fría caricia.

Entretanto, los nuestros han llegado al Cementerio, desde el cual se les ha hecho un fuego mortífero. Las bombas de mano y el machete han reemplazado al fusil; las primeras desportillan las tapias y la puerta y abren varias brechas: el machete deja caer un río de sangre por su afilada hoja; el espectáculo que presencian al entrar en la necrópolis los Regulares y Tercio, y que impresiona y martiriza sus ojos, es indescriptible. Montones y más montones de cadáveres de personas de derechas, mujeres, hombres, niños, en macabras posturas, medio desnudos, a medio corromper, dan muestra de la horrible agonía de su martirio. Los soldados se ciegan; en pocos sitios por donde han pasado han visto señales de tan inhumana y refinada crueldad. Y por eso, con el aliento de la venganza de Dios sobre las puntas de sus machetes, persiguen, destrozan, matan, sin dar tiempo a los fugitivos para tomar las tapias y ponerse en salvo.

Y, embriagados ya con la sangre, la columna avanza, avanza, como el Tajo cuando se desborda y arrastra los árboles y las sementeras entre su cenagosa corriente. Todo lo arrollan, porque por todas partes se les hace efímera resistencia; y se apoderan de la Plaza de Toros, del Hospital de Afuera, del Colegio de Huérfanos, y penetran por las miserables viviendas de los barrios de las Covachuelas y de la Antequeruela, hasta llegar a la Puerta de Bisagra, donde la noche detiene su paso exterminador.

La columna de la derecha, entretanto, se ha corrido, al mando de Barrón, hacia la Fábrica de Armas, que ha quedado también en su poder. La Vega está sembrada de cuerpos que yacen inmóviles y de cuerpos que se retuercen con trágicas posturas y que, al sentir el frío de la muerte, levantan el puño hacia la altura y maldicen de su Madre España y dejan prendido el último suspiro de su voz moribunda entre las

greñas, revueltas y lacias, de su dueña y señora, la mil veces maldita Rusia soviética. Ha sido una tarde de gloria, de justo castigo del cielo; tarde de premio para los hijos de España, que están salvos ya en el Alcázar, y tienen muy bien merecida la ingente magnitud de aquel desagravio.

Aquel traidor Asensio Torrado, que el día anterior miraba, con los ojos brillantes de placer y con la maliciosa sonrisa en sus labios, los letreros de *¡No pasarán! ¡No pasarán!* escritos en las esquinas de las calles toledanas, esta tarde, al caer ya desmayada la luz del sol, cursaba a Largo Caballero este telegrama, copiado literalmente: "27.—4 tarde. (Urgentísimo.)—Jefe Columna Toledo a Ministro Guerra.—La situación sigue agravándose. No puede hacerse evacuación población civil ni heridos. No puedo enlazarme con batallones Márquez. Enemigo tiene batido Puente de Alcántara desde Academia, y carretera Mocejón está batida por facciosos. Se lucha en barrios San Antón y la Vega. Pido instrucciones urgencia. Transmítase. Jefe Estado Mayor, *Enrique Casado.*"

Este telegrama no pudo cursarse; en aquella hora ya el Estado Mayor de Asensio estaba huyendo en precipitada fuga camino de Madrid.

En este telegrama se habla de los defensores del Alcázar con el nombre de facciosos. La actitud del Comandante militar del Alcázar en aquella tarde trágica y solemne fué de una refinada prudencia. Salir del edificio y cooperar por las calles a la acción de la columna salvadora hubiese sido imprudentísimo; ya hemos oído la explosión de los hornillos y fogatas que les tenían preparados para el caso de una salida a la ciudad; además, se hubiesen visto envueltos por la ola inmensa de los que, al verse derrotados en la Vega, subían precipitadamente a las calles altas y cercanas al Alcázar para ponerse a seguro de los proyectiles enemigos.

Su cooperación en aquella tarde fué mucho más eficaz y positiva. El cañoncito de montaña de siete centímetros que tenían emplazado en el sótano frente a la puerta de Capuchinos, fué trasladado a las ruinas de la biblioteca de Caballería. Se aprovechó el hueco que habían formado días atrás los proyectiles en el muro, y, una vez emplazado allí, comenzó a batir la carretera de Algodor y Mocejón y el Puente de Alcántara, abriendo sobre ellos intenso fuego.

Por esa carretera, que se desliza en el lado opuesto del río y sube lamiendo los muros del santuario de la Virgen del Valle, precipitábase

entonces una procesión incontable del elemento civil y milicianos, que a todo correr buscaban la salvación en la fuga. En aquella rocosa orilla se habían hecho profanaciones que merecían castigo. Era uno de los sitios de más intenso *paqueo;* en la puerta del santuario se había colocado uno de los reflectores que más molestaban a los sitiados, y varias veces habían aquellos desalmados milicianos sacado la Virgen para ponerla en el pretil de la plazoleta, incitando a los defensores del Alcázar a que disparasen sobre ella.

La mortandad por esta parte fué grande. Se creía que este paso era el más asequible y más seguro para la fuga, y por eso la muchedumbre de fugitivos iba creciendo; coches, camiones, bicicletas se atropellaban y atropellaban a los peatones para pasar de prisa, y recibían los certeros disparos del cañoncito de siete, que les cortaba el paso. Entonces perdían la serenidad, la razón, y en gran número se arrojaban al río por el talud pedregoso que sube de la orilla; murieron muchos ahogados. Con esto, la fuga se hizo imposible; sólo la carretera que va a Ciudad Real estaba libre, y no todos atinaban con ella en medio de aquella infernal desbandada. Tres trimotores de bombardeo, seguidos de cinco cazas, que aparecieron al caer de la tarde, completaron el cerco, y el pánico de los marxistas no tuvo ya límites. El castigo fué completo.

* * *

Eran las siete de la tarde; nuestras tropas comenzaban a disfrutar el tan merecido descanso en las puertas mismas de Toledo para rematar su obra al día siguiente; se suponen en tres mil las bajas de aquel día memorable, además de mil doscientos milicianos que se entregaron; el número de los muertos dicen que no bajaría de mil quinientos.

En poder de la columna salvadora quedaba ya aquella tarde el Cementerio, la Fábrica de Armas y toda la extensión de la Vega, excepto los edificios del Hospital de Afuera y Colegio de Huérfanos, en cuyo interior se albergaban todavía los milicianos para pasar la última noche de su vida. Si nuestras tropas no penetraron definitivamente en la ciudad, fué un acto de prudencia del alto mando; las calles tortuosas y estrechas de Toledo era preciso tomarlas en plena luz para ahorrar vidas a la justa causa.

Quedaba un buen núcleo de enemigos todavía; pues los que no habían podido emprender la fuga por la carretera de Ciudad Real, se habían ido encastillando en los edificios que podían ofrecerles algún seguro, y de milicianos quedaban llenos todavía el Seminario, el Hospital de Afuera, la Cárcel, el Colegio de Huérfanos, el de los Hermanos Maristas, el palacio episcopal y otros varios.

Sin embargo, ni al Tercio ni a los valientes Regulares les sufría el corazón dejar aislados a los defensores del Alcázar durante aquella noche, en que un último latido de vida que intentase la fiera marxista podría darles algún serio disgusto. Por eso, ambos grupos decidieron pasar la noche dentro del Alcázar.

Los Regulares dieron un rodeo hasta llegar al Puente de Alcántara; subieron por el Lafón, la escalerilla del Miradero, hasta entrar en Zocodover. Pisando los escombros de la Cuesta del Alcázar, se presentaron de improviso ante el boquerón abierto en los muros del Oeste por la mina, gritando:

—¡Españoles! ¡Somos hermanos vuestros!

—¿Quién vive?—preguntaron desde dentro.

—¡Viva España! ¡Somos los Regulares!—contestó el teniente Huertas, que llevaba la vanguardia.

Pocos minutos después hacían también su entrada los valientes soldados del Tercio en el Alcázar.

En este hermoso pugilato por llegar los primeros a los brazos hermanos, los Regulares han ganado por unos minutos. Estos han llegado a las nueve menos veinte de la noche; la bandera del Tercio hacía su entrada en el terreno alcazareño a las nueve menos cuarto.

Era ya de noche; el interior de los sótanos del Alcázar por donde ellos entraron estaba semiiluminado por las mechas que ardían dentro de las latas de conserva, cebadas con grasa de mulo.

Unos hombres escuálidos se les iban acercando con los brazos abiertos, saliéndoles el grito de ¡Viva España! por entre los pelos de sus barbas hirsutas. Eran seres verdaderamente exóticos, de una fauna semidesconocida; especie de robinsones de alguna novela fantástica. Sus cuerpos, flacos, parecían esqueletos salidos de algún sarcófago; llevaban todos sus barbas pobladas y los pelos de sus cabezas desgreñados y en completo desorden; sus caras, negras y sucias, atacadas por la pólvora

y la trilita, apenas formaban contraste alguno en la penumbra, donde oscilaban las luces mortecinas, quebrándose sobre la piedra de los muros. Sus trajes desgarrados ofrecían una diversidad de formas y de colores inverosímiles; gran parte de ellos venían con el brazo en cabestrillo o con la frente ceñida por alguna venda que rezumaba sangre reciente; sus ojos, encendidos aún por el fragor del último asalto, se revolvían entre la oscuridad del subterráneo como las chispas de luz de alguna fogata encendida en alguno de aquellos antros donde danzaban las brujas de Macbeth.

—¡Viva España! ¡Vivan nuestros libertadores! ¡Viva la Virgen del Alcázar!—era el único grito que se oía, y que iba corriendo entre las alas del eco y retumbando por aquellos huecos y cóncavos subterráneos.

—Querréis comer, ¿verdad?—les decían los libertadores abriéndose el seno y ofreciendo a sus amigos pan, pan blanco, pan con sal y levadura.

¡Qué festín! ¡Qué sibaritismo!

Hermoso es el dialogado que pone entre ellos el inspirado cronista de esta noche de gloria don Joaquín Arrarás. Así debió pasar; debieron contárselo ellos mismos.

"Los héroes del Alcázar—dice este conocido escritor—trataron de obsequiar de algún modo a sus libertadores. ¡Pobres! ¿Qué les quedaba sino su gloriosa miseria? Mas, con todo, el teniente de Artillería Tomás Ravina, con otros compañeros, preparó el más exquisito manjar para los sitiadores: unas migas de harina tostada y amasada con grasa de caballo. Los Regulares y los muchachos del Tercio simularon que las comían.

"—¿Verdad que están buenas?—preguntaba Ravina.

"—Pero... ¿esto es lo que comían ustedes?

"—¡Oh!, esto lo comíamos los días de gran gala.

"—Pues, ¡a ver a qué sabe esto otro!—y un legionario sacó un trozo de pan y una cantimplora de vino.

"Los del Alcázar lo contemplaron con el éxtasis y el respeto con que se mira un tesoro. ¡Pan!, ¡pan blanco!..., ¡vino tinto!... Nadie se atrevía a tocarlo. Un sargento de la Guardia civil exclamó:

"—¡A la enfermería! Esto para los enfermos y los niños."

Mi buen amigo Arrarás no sorprendió otra escena, semejante a ésta, que me contó un guardia civil:

"—La gente de tropa—me dijo—rodeamos a los Regulares y a los del Tercio; les mirábamos como a unos seres sobrehumanos por su valor y su arrojo. Nos ofrecieron pan y vino y otras cosas que nos traían preparadas, porque sabían por los periódicos que carecíamos de todo. Nosotros les preguntamos en seguida:

"—Pero... ¿y tabaco? ¿Traéis tabaco?

"Ellos comenzaron a repartir cajetillas; era, para muchos, el mejor obsequio que nos podían hacer. Yo le confieso mi debilidad; soy impenitente. Encendí un cigarro con ansia; luego otro, después otro, y los muros comenzaron a dar vueltas en torno de mi cuerpo y me tuve que agarrar al brazo de un legionario. De todos modos... ¡si viese qué borrachera más simpática fué aquella!..."

Horas más tarde, la noche arropaba como una madre cariñosa a libertadores y a libertados; ni un tiro de *paco* que silbase como el chirrido de las cornejas que anidaban antes entre los aleros del vetusto Alcázar; hasta los buhos suspendieron aquella noche sus molestos reclamos amorosos, si es que había alguno posado sobre las piedras de la deshecha espadaña de la torre de Capuchinos. Titilaban las estrellas en la concavidad del firmamento; de vez en cuando cortaban esta negrura nocturna las señales luminosas con que la gente del Alcázar hablaba con los puestos de señales del Ejército libertador. "Se consiguió hablar—dice el Diario—con nuestro aparato de luces para comunicarnos con el general Varela, el cual nos saludaba por su parte y nos pedía datos concretos para informar al general Franco y a los periodistas que con la columna venían."

Dormían los héroes; España arropaba sus cuerpos fatigados con los pliegues de su bandera; ya eran acreedores al descanso y a las perspectivas de una vida que repusiese sus fuerzas agotadas. ¡Cuánto sacrificio anónimo recordaba la Madre Patria mientras velaba aquel sueño en la última noche del Alcázar! Ella los premiará todos. A la investigación de mi buen deseo se han escapado tantos...

Recuerdo que, hablando hace unos días con el general Moscardó acerca de un tema que yo quería dejar bien detallado, salió la conversación incidentalmente sobre sus dos ayudantes, don Rafael Moreno Ga-

rrido y don José Carvajal Arrieta; el primero, profesor de la Academia, y el segundo, profesor de la Escuela de Gimnasia. Quise saber algunos pormenores sobre ambos, y el general, como quien cuenta uno de tantos rasgos de la conducta ordinaria de sus leales compañeros de asedio, me dijo así:

—El capitán Moreno Garrido fué ayudante mío durante toda la jornada. Yo llegué a temer que se me muriera de inanición; toda la carne y todo el pan que ordinariamente le tocaba en su ración, se los bajaba íntegros a sus cuatro hijitos pequeños y a su esposa, que estaban en los sótanos. Él se mantuvo únicamente con el caldo de la carne de caballo. A él y a mi otro ayudante, el capitán Carvajal, les tuve siempre muy cerca de mí. A veces me remordía la conciencia porque no les dejaba parar ni de día ni de noche, y ellos, siempre fieles, entusiastas, valientes...: esos dos compañeros merecen toda mi gratitud y mi aprecio.

Y estas notas sublimes de heroísmo militar y paternal hubiesen quedado mudas, dentro del corazón de la Madre España, si a mí no se me hubiese ocurrido preguntar al jefe del Alcázar que me dijese algo sobre ellos. ¡Son tantos, tantos los actos de sublime heroísmo realizados por aquellos hijos buenos de la nueva España!...

Entre los héroes anónimos que regaron con su sangre la tierra del Alcázar, aún paga su tributo de dolor a España, cuando estas líneas escribo, el heroico teniente coronel don Manuel Tuero, el que tuvo a su cargo, según hemos visto, el mando de la defensa exterior de la parte oriental. Le vi en el Colegio de Doncellas Nobles de Toledo: parecía un cadáver salido del sepulcro. Después he admirado su resignación cristiana en Pamplona. Sólo tiene una pena: que sus heridas y su postración física le impiden volver por ahora al campo de batalla.

* * *

Flotando sobre el ambiente, frío y seco, de la noche, llegaban hasta los Centros y Comités marxistas las palabras de un mensaje que el coronel Moscardó había hecho llegar a sus manos y a las de todos los habitantes de Toledo; el último destello de su mando, que le pone a salvo de la responsabilidad sobre los horrores que mañana vamos a presenciar. Este documento, paloma mensajera de paz, es como sigue:

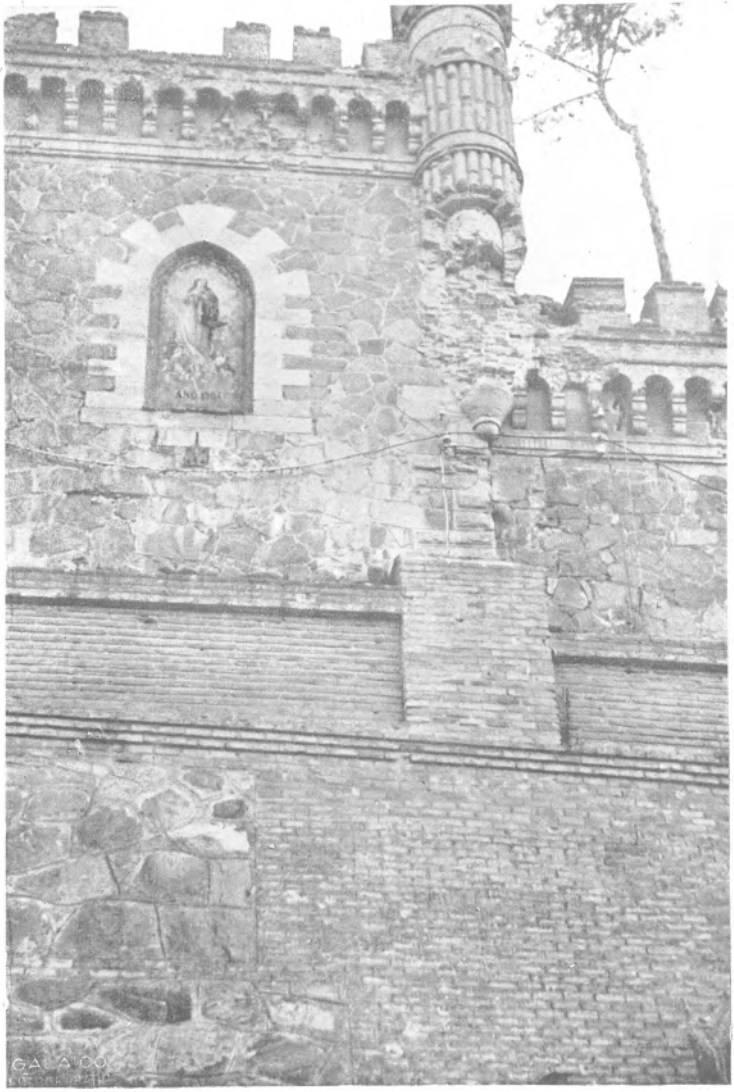
"TOLEDANOS: Nuestras fuerzas las tenéis inmediatas; es cuestión de

minutos el que nos adueñemos de la población; habéis contemplado la derrota infligida a las mejores fuerzas al servicio de la anti-España.

"Quiero y deseo que todo termine con fraternidad patriótica; de vosotros depende, si os constituís en custodios de las familias y de la población. Si, por el contrario, el crimen en las personas o cosas fuese el término de vuestra actuación, llegaríamos a ser inexorables en nuestra justicia.

"Reflexionad sobre esto, convenciendo y obligando a los que os aconsejen mal, y contad con la buena disposición de esta tropa, que, al unirse a vosotros, no quiere sino paz, trabajo, justicia y una España completamente española.—Toledo, 27 de septiembre de 1936.—El Coronel Comandante Militar, *Moscardó*.—(Rubricado.)"

La respuesta a este hermosísimo reclamo de paz la habían dado ya los Comités marxistas en el paseo del Tránsito.



La Virgen Inmaculada es la Patrona oficial del Arma de Infantería. Para celebrar el quincuagésimo aniversario de la declaración dogmática, los directores del Alcázar mandaron poner esta imagen de su Patrona en los muros del Gobierno Militar. La Virgen no consintió que su imagen fuese profanada por los marxistas

¡Salve, Reina del Alcázar! ¡Gloria a Ti, excelsa Madre de los valientes defensores! ¡Tú compartiste con ellos penas, alegrías, metralla marxista, y el triunfo de la victoria, que todos ellos te lo conceden a Ti. Clarísimo y patente milagro: el día de la horrible mina, quedó su altar sepultado entre escombros; sólo el angelito de la izquierda sufrió la fractura de sus manos. Ya es objeto de un culto especial en la Catedral de Toledo

XI

APOTEOSIS

"Alegre era mio Cid e todos sos vassallos,
que Dios les ovo merced, que vencieron el campo."

(*Poema de Mio Cid*)

La luz del día 28 comenzó a poner de nuevo en movimiento a la columna libertadora; fué un segundo día de exterminio y de castigo. Si la Junta marxista de Toledo hubiese seguido el consejo del comandante militar del Alcázar, se hubiese ahorrado mucha sangre; pero los vencidos se encastillaron en los edificios, buscando inútilmente una ilusoria defensa, y provocaron la indignación justa de los vencedores y se hicieron responsables de las muertes que ellos mismos se procuraron.

Hacia las seis de la mañana, la compañía de Regulares y la quinta Bandera del Tercio, que habían pernoctado en el Alcázar, bajaron a la ciudad para unirse al resto de la columna y tomar posesión de su conquista. Entretanto, los que habían pasado la noche en la Vega subieron por la puerta de Bisagra, y comenzó el sacrificio.

¡Qué escenas más horribles nos cuentan los habitantes de Toledo! Casa por casa, edificio por edificio, se iba tomando la imperial ciudad y desalojando a los milicianos que en ellos se intentaban defender. Hay que confesar que en aquella última mañana de su vida los milicianos derrocharon bravura y sangre fría. Pero ya era tarde; tenían que morir.

"—Allí—me dicen unas monjitas que tienen su convento en la esquina de la calle de la Trinidad, bajando hacia la Catedral—, allí, en ese tramo de calle que da entre los muros del palacio arzobispal y el círculo de los Luises, vimos nosotras matar a más de setenta milicianos. Se habían hecho fuertes en el palacio del señor obispo; pero se rindieron pronto. Un pelotón de soldados, al mando de un teniente muy joven-

cito, se formó enfrente del palacio; los prisioneros iban saliendo uno a uno con las manos en alto y con el horror de la muerte dibujado en sus caras al presentir su fin."

En el colegio de los Hermanos Maristas se repitió, en otra forma, la misma escena. Los criminales milicianos habían asesinado a todos aquellos beneméritos educadores de la gente pobre de los barrios toledanos y les habían martirizado con exquisito refinamiento. Después habían tomado el edificio como cuartel; allí se hicieron fuertes. El colegio fué sitiado por la gente de la columna de Varela; se prendió fuego a sus muros y con bombas de mano se fué desalojando de milicianos, que, al verse perdidos, se arrojaban por las ventanas; allí no quedó uno.

"—Yo vi—me dice otra mujer—las llamas de uno de los edificios en donde se habían hecho fuertes unos cincuenta milicianos; se le prendió fuego: en vez de rendirse, iban aquellos hombres subiendo de piso en piso, conforme el de más abajo se hacía imposible por el ardor de las llamas. Así les vimos varias mujeres subir hasta el último, salir después por las cornisas del tejado y lanzarse uno tras otro a la calle. El tejado era muy alto; casi todos caían deshechos y con las entrañas o los sesos al aire."

El Seminario Conciliar, que había servido de comedor para las tropas milicianas, fué incendiado por ellas mismas, y sus defensores buscaron en vano las tapias para huir. Se me ha copiado el cartel que apareció después en uno de sus tránsitos; dice así: "Manuel Cota, miliciano de izquierda republicana de Madrid, se hizo cargo de la defensa de este Seminario. Después de tener fuerte lucha con el enemigo y poner a salvo a mujeres, ancianos y niños, le prendió fuego. Son las cinco de la tarde: esto está ardiendo y sólo quedamos los que firmamos." Siguen cinco firmas y a continuación: "¡Viva Azaña! ¡Viva la República!" Azaña no pudo librar a este fervoroso camarada suyo, el cual, al saltar por una tapia, recibió un tiro en la cabeza y rodó sin vida.

Ya desde la noche del 27, las gentes de derecha que habían soportado en sus escondrijos setenta días, esquivando las pesquisas de las fieras marxistas, al sentir la presencia de los libertadores habían ido saliendo a la calle para gozar los aires de libertad que les traían en sus gloriosas banderas. Las escenas de aquella noche y de la mañana siguiente son indescriptibles.

Desde la mañana del día 28, el júbilo de Toledo se hizo patético, delirante. Los paisanos que habían resistido el asedio del Alcázar, bajaban en grupos, pisando escombros, para dirigirse a sus casas y abrazar a los supervivientes de la tragedia macabra. Sus casas estaban deshechas; sin muebles, sin ropas; pero había en algunas brazos cariñosos que se tendían hacia ellos y templaban el frío de aquella desolación. En otras... ni eso; habían muerto todos en el paseo del Tránsito. ¡La ciudad mártir!

La salida de la esposa del Comandante militar señor Moscardó tiene verdaderas tonalidades de drama. Se le había hecho creer que su esposo había muerto entre las ruinas del glorioso edificio. La noche del 27, y para librarla de una muerte segura si los milicianos daban con ella, la habían hecho bajar unas enfermeras caritativas a un cuartuco del piso bajo, con su hijo Carmelo, y les habían cerrado por fuera. Al oír los vivas a España en la mañana del día 28, comenzó a gritar. Pasaron primeramente muchos corriendo por delante de la habitación entre blasfemias y palabras soeces. Creyó que había llegado el momento de su muerte y la de su hijito: ella seguía pidiendo, por Dios, que le abriesen la puerta.

La oyeron; un soldado de Regulares creo que fué quien rompió las cuerdas que sujetaban la puerta y la hizo salir. Le preguntó el soldado:

—¿Quién es usted, señora?

—Soy la esposa del coronel Moscardó.

—¿Del que ha dirigido la defensa del Alcázar? Señora, la felicito; ha sido un héroe.

—¡Sí, pero le ha costado la vida!...

—¿Cómo la vida? ¡Si le hemos visto sano y salvo en el Alcázar!

—Pero... ¿vive?... ¿vive mi esposo?

—No lo dude, señora; pronto le verá a su lado.

—¡Virgen bendita! ¡Madre mía!, ¡qué buena has sido conmigo!

Y rompió a llorar, abrazada a su hijo Carmelo, que lloraba también.

En efecto, el héroe de la Leyenda del Alcázar estaba aún en su sitio de honor; el Alcázar aquella mañana parecía un templo en día de jubileo.

Ante todo, debemos consignar que entre los valientes libertadores

del Alcázar venía un núcleo de jóvenes requetés y de Acción Popular, que seguían a la columna de Castejón desde Badajoz; uno de ellos era mi buen amigo Elías Durán, que ha seguido luchando después en el asedio de Madrid; los nombres de los otros valientes muchachos los ignoro. Con el grupo de sus requetés venía de capellán un Padre jesuíta, el Padre Francisco Pujal, que fué de los primeros que, con el Delegado Regio de la Comunión Tradicionalista, don Manuel Fal Conde, penetraron en el Alcázar; entraron con el general Varela. Aquel día 28 y el anterior se cubrió también de gloria la Falange Española, con dos de sus escuadras, que mandaba el señor Sainz, jefe territorial de Castilla la Nueva.

En el ángulo opuesto del sótano a aquel en donde el señor Vázquez Camarasa había celebrado su Misa una mañana muy triste, se improvisó un altar; la Virgen Inmaculada del Alcázar, la triunfadora Reina, se alzaba sobre él, teniendo como fondo glorioso una bandera bicolor. Después del Santo Sacrificio, el Padre Pujal dió la comunión a los enfermos que yacían en sus camastros, algunos de ellos de mucha gravedad, a quienes tuvo que administrar el Sacramento de la Extremaunción.

Eran las diez de la mañana, cuando un grupo de militares subía marcialmente hacia el Alcázar, procurando, sin embargo, llevar su vista en el suelo para no excitar la irascibilidad de tantas bombas de mano que siembran materialmente los escombros por donde pisan. Es el general libertador, que va a tomar posesión de su conquista. Sobre su pecho reverdecen sin cesar los laureles inmarcesibles de dos hechos gloriosos realizados en Adama y en la fatídica cueva de Miures.

Con él va don Manuel Fal Conde, a quien ha llamado la atención desde una ventana cierto oficial, mientras el caudillo de la Comunión Tradicionalista va trepando por los escombros. Le ha dicho a gritos:

—¡Don Manuel, bien venido! Aquí le tengo guardado un recuerdo del museo: la boina del general Zumalacárregui.

¡Zumalacárregui!, ¡Adama!, ¡la cueva de Miures!, ¡el Alcázar!... ¡Cuánto destello de gloria española reverberaba entonces sobre aquellos gloriosos escombros! Era la cadena interminable de heroísmos, que se van engarzando sin que jamás falten nuevos eslabones de oro que la sigan labrando por el transcurso de los siglos...

El general Varela llega hasta el sitio donde le espera, formada, la

guarnición; aquellos robinsones saludan marcialmente, los que pueden; hay muchos con la mano envuelta en un pañuelo que les pende del cuello. Un hombre alto, descolorido, de barba lacia, caballero del Greco, sus ojos luz y tristeza, se adelanta, y lleva su mano a la frente:

—¡Mi general, sin novedad en el Alcázar!

Y en seguida, un abrazo estrecho, profundo, españolísimo, que une a los dos héroes; la sombra de Guzmán *el Bueno* acaba de pasar por delante de la siniestra boca de la cueva de Miures; dos laureadas entretejen sus ramos en aquel abrazo; una se ha ganado hace tiempo; la otra acaba de nacer entre los resecos escombros del Alcázar; también de entre las grietas rudas y salobreñas de los montes brotan los troncos del laurel con sus ramas lustrosas y verdes.

¡No ha habido novedad en el Alcázar! ¡Qué verdad más escueta, pero más sublime!... Han muerto más de cien defensores en aquellos palmos de terreno, clavados en sus puestos de honor; pero donde la sangre de los mil hijos de España estaba dispuesta a derramarse toda antes que consentir la profanación de aquel sagrado depósito, la única novedad hubiese sido la realidad de la profanación. ¡No lo han podido profanar!; ¡está intacto e inmaculado el depósito del honor de España!; ¡faltan cien de ellos!; ¡no importa! ¡Sin novedad en el Alcázar, mi general! Y de la tierra del Picadero y de la Piscina, removida todavía, salen las voces de los que cayeron, de los que ya dormían, y que acaban de despertar a la voz del jefe que ha entrado en el recinto para pasarles revista: —¡Mi general, presentes! ¡Arriba España!

El Alcázar de Toledo no se había rendido; también sus ruinas, como los cuerpos de los que descansan entre sus escombros y como los heridos y mutilados que saludaban a España y a su Jefe supremo, al entrar poco después el generalísimo don Francisco Franco en compañía del glorioso e invencible mutilado fundador del Tercio, Millán Astray; también esas ruinas, con sus desgarres y mutilaciones, con sus heridas profundas, que le llegan hasta las entrañas de sus sótanos, se alzan con marcial continente para saludar a su Jefe supremo:

—¡Sin novedad en el Alcázar, mi general!

* * *

El triunfo de los defensores del Alcázar ha resonado por todos los rincones de la tierra como un himno de gloria entonado al heroísmo de

los hijos de esa nueva España que se levanta hoy de entre los escombros y la basura que el degradado Frente Popular estaba formando en derredor de su historia legendaria.

Al saberse el desenlace de aquel caballeresco torneo, con fuertes reminiscencias de tonalidades medievales, y en cuyo campo habían tomado sitio como espectadores las naciones todas, más o menos interesadas en el sesgo del cruel desafío, las palpitaciones misteriosas de la radio lo llevaron por doquier, atravesando altas montañas y dilatados mares.

Aquella tarde del 28 de septiembre, la noticia más sensacional, casi la única noticia que absorbía la atención de las emisoras y de los radiooyentes era ésta: "¡Se ha entrado en Toledo! ¡Los cadetes del Alcázar están ya en libertad!"

El que estas páginas escribe, puede asegurar que desde el rincón del tranquilo destierro donde estaba pagando su filiación de jesuíta, se complacía en recorrer la gama de su aparato receptor y se llenaba de un orgullo indecible al sentirse español, mientras escuchaba distintamente que desde Tokío y las islas Carolinas, de Oceanía, se estaba comunicando, como un acontecimiento mundial, que las tropas del general Varela acababan de entrar en la ciudad de Toledo.

¡Hacía ya tanto tiempo que los asuntos de mi querida España no interesaban a nadie! Y tenían razón los extranjeros. ¿A quién habían de interesar esos sucesos caseros, revueltos con sangre, con cieno y con lágrimas?

Pero el triunfo de un puñado de héroes que desafían, cuerpo a cuerpo, a la fiera soviética, a esa hiena rusa que extiende su garra sobre las civilizaciones contemporáneas para deshacerlas y lanzarlas al caos, y que después de dos meses de forcejeo la vencen y la arrojan de sus trincheras y se sientan a descansar, fatigados, sobre los escombros, como el gladiador que se tiende en las arenas del circo después del glorioso pugilato, esa era una noticia de una trascendencia mundial. Era decir a esas civilizaciones que la fiera soviética no es invencible, ni es tan poderosa que no la puedan también ellas arrojar de la puerta de sus hogares, donde ya está llamando cautelosamente, mientras araña con sus uñas largas, judías.

Y a mí me emocionaba, hasta arrancarme lágrimas de júbilo, el pen-

sar que esa voz, declaración pública y solemne de la derrota del Frente Popular, se estaba dando en castellano, en mi hermosa lengua, y que la voz salía de la boca de los subterráneos del Alcázar, donde ondeaba mi bandera gualda y roja, y que esa voz la recogían con asombro las emisoras del mundo, y también con gestos de seria meditación los Gabinetes de todas las naciones.

Era la lección de que nos habla en su precioso prólogo el general don José Moscardó; pero cuyas enseñanzas no las tenían que recoger y aprender tan sólo los caballeros cadetes de Toledo.

* * *

Y creo que he terminado mi tarea. No entra en el pensamiento de esta obra el darle cima con un canto final, mientras esos legendarios defensores van bajando del pedestal de su gloria después de haber escrito la nueva Epopeya para que honre las páginas de nuestra historia patria. Recoger los ecos de ese himno que el mundo entero les tributó, sería una tarea difícil y larga.

Ediciones extraordinarias en todos los periódicos y en todas las lenguas; informaciones gráficas de los golpes brutales asestados contra esa joya de arte española por la raza iconoclasta que lleva el puño en alto y el corazón de antracita; ruido de sirenas que aturden gozosamente a la bellísima y españolísima ciudad de Buenos Aires al recibir la grata noticia; recepciones diplomáticas en Roma, en Berlín y en Lisboa para asociarse al júbilo de la verdadera España; Milán interrumpiendo sus retransmisiones "Eiar" para comunicar a la nación victoriosa sobre el Negus la anhelada victoria de la nación amiga; Lisboa y Oporto y las otras ciudades del legendario estandarte de las gloriosas quinas, alegrando sus calles con las bandas de música que las recorren en plena noche; Berlín proclamando en castellano, por sus tres potentes estaciones de onda corta, que el Frente Popular español acababa de morder el polvo ante la resistencia de los héroes del Alcázar toledano; las emisoras de Centro y Sud América saludando a la vieja Madre España por las ondas de sus radios, que vienen cruzando los mares como abrazos y clamores alegres de las hijas que llenan en un día festivo el hogar materno; España entera lanzándose a las calles con delirantes ovaciones

y vítores a los triunfadores del Alcázar; puede decirse, en fin, que durante unos días el mundo todo vivió, en una sola palpitación de entusiasmo, la noticia de la liberación de aquellos héroes de leyenda.

En Madrid también repercutió la sonora victoria; a los fugitivos milicianos que llegaban a la ciudad en desordenadas patrullas, se les fué recibiendo con las ametralladoras que cortaban su vertiginosa fuga; la ingente derrota del Frente Popular se supo merced a los maquinistas de los trenes que iban llegando abarrotados de heridos, y que pagaron la noticia con sus vidas, siendo fusilados.

Cuentan los periódicos, que entre los elementos de derechas que viven ocultos en sus casas esperando también ellos la hora de su liberación, la gratísima nueva corrió como la pólvora, dándose por los tabiques medianeros de los pisos con señales convenidas.

Las demostraciones de admiración y de entusiasmo con que las ciudades españolas iban recibiendo a los defensores que a ellas llegaban para visitar a sus familiares y amigos o para descansar de la ruda brega, llena las columnas de los periódicos regionales de varios días.

* * *

Las muestras de amor que la Patria dará a sus hijos fieles y heroicos no están aún determinadas en concreto. Al señor coronel don José Moscardó se le ha concedido el ascenso a general de Brigada y, en juicio contradictorio, la Cruz laureada de San Fernando. Todos los Cuerpos armados que intervinieron en la defensa del Alcázar han obtenido como recompensa general y colectiva la laureada de San Fernando, que ostentan las respectivas banderas.

Todas las personas que intervinieron con las armas en la defensa tienen derecho al uso del distintivo de dicha recompensa colectiva, el cual consiste en un círculo encarnado, que lleva en verde dicha Cruz y se coloca en el antebrazo izquierdo.

Además se hará propuesta de otros galardones personales para premiar la actuación de todos ellos, y pueden ser, o el empleo inmediato, o la Cruz del Mérito Militar roja y mención honorífica.

Las felicitaciones, atenciones y obsequios de que ha sido objeto el jefe que dirigió el heroico asedio son innumerables. Me dicen sus familiares, que pasaron de mil los telegramas de felicitación que recibió, y

muchas más son todavía las postales y cartas que aún sigue recibiendo el valeroso general; estas muestras de admiración llegan de todo el mundo, en especial de Portugal, Alemania, Italia y la República Argentina. De muy valiosas entidades se le pide una firma, un retrato con dedicatoria, como recuerdo de un héroe. También de mi tierra natal, la encantadora Isla de Cuba, vienen voces de júbilo y de admiración.

La ciudad de San Sebastián le ha dedicado un álbum que es una joya de arte. La tapa es de plata repujada, con los cuatro escudos de las juventudes que en el Alcázar se cubrieron de gloria: Requetés, Falange, Renovación Española y Acción Popular, con los escudos de Toledo y de San Sebastián, todo en esmalte, sobre una perspectiva del Alcázar de Toledo. La sentida dedicatoria va en oro y el escudo de España en esmalte, oro, diamantes y perlas. Un magnífico pergamino ocupa la primera página, sobre la cual hay una cubierta protectora de raso donde la señora doña Dolores Michelena de Martínez ha bordado el escudo de San Sebastián.

La entrega del precioso álbum, en el cual quería dar la culta provincia de Guipúzcoa un tributo de admiración y de afecto al protagonista de mi epopeya, a los heroicos actores y a la Madre España, se tuvo el día 8 de diciembre, con motivo de la festividad de la Virgen Inmaculada, Patrona del glorioso asedio y del Arma de Infantería.

Al siguiente día, la ciudad de Vergara le llamó para declararle su "Hijo adoptivo". La F. E. de Soria le regaló un bastón de mando, verdadera joya de arte. También en Toledo los defensores del Alcázar han iniciado una suscripción para regalar al Jefe que les llevó a la victoria las insignias de la Laureada y los atributos de su categoría de general. Una dama sevillana, cuyo nombre ignoro, ha enviado al general un precioso dibujo del Alcázar, pintado por su mano; y seríamos excesivamente prolijos si fuésemos a detallar todas las muestras de afecto que el general recibe.

Del extranjero siguen viniendo las demostraciones de admiración que el mundo todo tributa, en el jefe de la defensa, a la heroicidad de todos los defensores. Entre otras muchas, citaremos solamente estos finos obsequios:

El general del Ejército rumano, príncipe de Cantacuzzino, vino hace poco tiempo a Soria con una comisión de miembros del partido "Todo

por la Patria", que es el partido fascista de aquella Nación. Su objeto era el de rendir un tributo de respeto y cariño de parte de Rumanía al héroe del Alcázar y hacerle entrega de un sable de honor; era el mismo que había usado este valiente e invicto general para defender a su patria. Se le había grabado una sentida dedicatoria alusiva a la heroicidad del Alcázar.

El Gobierno alemán ha invitado al general Moscardó para que, cuando termine la gloriosa guerra que España tiene emprendida para librarse de las garras marxistas, dedique unos días a ser huésped de honor en aquella poderosa nación, que tan gallardamente ha sacudido el yugo soviético por manos de su célebre caudillo.

Hace poco leímos en el diario mundial *L'Echo de Paris* la iniciativa, que está ya tomando cuerpo, de regalar al general don José Moscardó un sable para cuyo exorno se ha abierto un concurso. No damos más detalles de esta fineza de la nación vecina, tan significativa en sí misma, porque aún no ha pasado de proyecto.

Hablando con el autor de estas líneas el general Moscardó, decíale, con esa su modestia y sencillez características: "Yo quisiera hacer constar que todos los homenajes y elogios que se tributan a mi persona los aplico desde el fondo de mi alma a todos mis compañeros del Alcázar, tan merecedores de ellos como yo, y los acepto gustosísimo, no porque vengan dirigidos a mí, sino porque en mí honran también y ensalzan a aquellos hermanos míos, y en todos nosotros la honra toda entera cede en prestigio y alabanza de nuestra querida Patria."

Los supervivientes de nuestra epopeya no piensan descansar sobre sus laureles; después de escribir con su heroísmo esa página tan gloriosa para regalársela a su Madre Patria y que figure entre las páginas de oro de su historia, se han ido muchos de ellos, todos los que han podido, a la vanguardia para seguir su vida de Alcázar, enlazándola con la vida de los parapetos y las trincheras de nuestros puestos avanzados. Sé que han muerto varios de ellos; ignoro sus nombres para poderlos consignar aquí. Sé también que en los sitios más peligrosos del frente de Madrid se están cubriendo nuevamente de gloria en la legión que se ha formado y que se llama "Legión del Alcázar".

Otros han sucumbido a poder de las heridas que recibieron durante el asedio. Entre éstos, no quiero cerrar estas páginas sin citar el nom-

bre de Antonio Rivera, "el Angel del Alcázar", como le llaman cuantos le conocieron y presenciaron su muerte. El 18 de septiembre, estando, según vimos, en su puesto de honor, fué alcanzado por una granada, que le destrozó un brazo. Llevado a la enfermería, fué preciso cortarle el brazo sin anestesia alguna que calmara sus dolores, y de sus labios no se separó la sonrisa en el transcurso de la operación.

Durante el asedio veíanle sus compañeros con frecuencia, o delante de la Virgen en actitud recogida, o en un rincón de las ruinas para completar la hora de oración que desde niño acostumbraba hacer todos los días. Libertado el Alcázar, Antonio siguió perdiendo a chorros la vida; su organismo estaba deshecho. Y sin embargo, quería sanar y vivir para ser un Francisco Javier.

Dios se lo llevó a descansar en el cielo el 20 de noviembre. La víspera de su muerte pidió a sus padres permiso para hacer el viaje a la eternidad y les rogó que celebrasen con él su partida con una copa de *champagne*.

Sus compañeros están recogiendo los hechos edificantes de tan virtuosa vida, para introducir la causa de beatificación de este precioso retoño de la Acción Católica española. Hasta este grado de piedad llegaban los defensores del Alcázar de Toledo.

Y torno a dejar que mi espíritu, al cerrar estas páginas, se envuelva por completo en aquella idea que tanto le halagó mientras yo recorría la gama de las emisoras que nos traían desde todas las latitudes del Globo la buena nueva de la liberación del Alcázar el día 28 de septiembre.

La gesta realizada por los hijos de España tiene una significación mucho más honda, más trascendental de lo que pudiera ser la liberación vulgar de una plaza asediada por el enemigo, que tiene que levantar el campo. Aquellas ondas decían al mundo con su voz misteriosa que la fiera marxista no es invencible; que acababa de morder el polvo del Alcázar toledano; que el león español acababa de darle un zarpazo vigoroso, demostración clara y patente de la superioridad que los cachorros de ese león tenían sobre ella.

¿Cuál será la suerte futura del Alcázar? ¿Quedarán patentes sus ruinas para que las estudien y sobre ellas mediten las generaciones futuras? ¿Se restaurará de suerte que esa joya artística vuelva a quedar otra vez tal y como la admiraban los extranjeros con respeto? No lo sé. Lo que deci-

da España por la prudencia de sus jefes, eso será lo más acertado. Muerto o vivo, reducido a escombros o restituído a su prístina hermosura, el Alcázar de Toledo estará diciendo siempre por los labios de la Historia a la niñez que se está formando y aun a las juventudes de hoy, que han trocado de pronto el ideal de sus ilusiones desde el muelle sibaritismo y holgazanería del café hasta reconcentrarlo en los gritos marciales del parapeto y de la trinchera: "Subid a esta escuela; aprended bien la lección que os han dado en esta cátedra los caballeros de la fe, los esclavos del honor. Imitadles y seréis mis hijos; me llenaréis de orgullo y yo dejaré caer también con profusión sobre vuestras frentes los laureles de los Caballeros de San Fernando."

A. M. D. G.

ALCÁZAR DE TOLEDO

NOTA PARA LOS PERIODISTAS

Días de asedio: 21 de julio a 28 de septiembre	70
Piezas de 15,5 cm. en Pinedo	2
Piezas de 15,5 cm. en Alijares	7
Piezas de 7,5 en Pinedo y Alijares	7
Piezas de 10,5 en Pinedo	4
Disparos de 15,5 cm.	3.300
Disparos de 10,5 cm.	3.000
Disparos de 7,5 cm.	3.500
Disparos de mortero de 50 milímetros	2.000
Granadas de mano	1.500
Petardos	2.000
Intentos de asalto	8
Ataques de avión	30
Bombas de avión	500
Latas de gasolina desde avión	35
Botellas de líquido inflamable	200
Incendios por avión y cañón	10
Minas	2
Hornillos	2
Días de más disparos de 15,5 cm.	472
Fuerzas combatientes	1.100
Muertos	82
Heridos	430
Contusos	150
Desaparecidos	57
Desertores	30
Hombres fallecidos	5
Suicidados	3

TOTAL DE BAJAS	59 %
Oficiales muertos	23 %
Oficiales heridos	14 %

Mujeres en el Alcázar	520
Niños	50
Bajas de mujeres y niños por accidentes de guerra	0

Bajas por muerte natural: 2 señoras de más de setenta años.
Nacimientos: un niño y una niña (otra niña, que no se cuenta en esta estadística oficial, nació al explotar la mina).

Ganado: caballos, 97; mulos, 27. Quedan un caballo y cinco mulos.
Material destruído. *Todo.*
Enfermería. *Nula.*

(*Estadística que se hizo al terminar el asedio, según los datos oficiales y el Diario de Operaciones que se iba siguiendo.*)

NOTA.—Compuesto ya este libro, recibo un ejemplar de los rezos y novenas que se tenían en el Alcázar, a los cuales hago alusión en el capítulo "Los Caballeros de la Fe". Se han publicado en un folleto de 48 páginas, por don Andrés Marín, y se titula: *Rezábamos en el Alcázar...*

INDICE

	Págs.
Dedicatoria a la Virgen Inmaculada del Alcázar	5
Una advertencia del autor	7
Prólogo de D. Federico García Sanchiz	9
Introducción. Palabras del Excmo. Sr. D. José Moscardó (Autógrafo).	
Capítulo I. — Hacia el Alcázar	13
" II. — Días de esperanza	31
" III. — Vida íntima del Alcázar	49
" IV. — Los caballeros de la fe	67
" V. — Los esclavos del honor	81
" VI. — La Radio-Club portuguesa	101
" VII. — Idilios y tragedias	115
" VIII. — La ciudad mártir	141
" IX. — La muerte del coloso	165
" X. — La victoria	189
" XI. — Apoteosis	225
Datos estadísticos	237

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

6059
21.520
27-

Este libro se imprimió en los Talleres
Aldecoa, de Burgos, en el Año de la
Victoria de 1937. Se terminó
el día 5 de mayo, víspera
de la Ascensión
del Señor

G 21486